Juan Cajas

El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York

Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido







El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York

Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido

Juan Cajas

El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York

Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido





MÉXICO • 2004

Esta investigación, arbitrada por pares académicos, se privilegia con el aval de la institución coeditora, propietaria de los derechos correspondientes.

La H. CÁMARA DE DIPUTADOS, LIX LEGISLATURA,
participa en la coedición de esta obra al incorporarla
a su serie CONOCER PARA DECIDIR

Este trabajo obtuvo el Premio Fray Bernardino de Sahagún
otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia

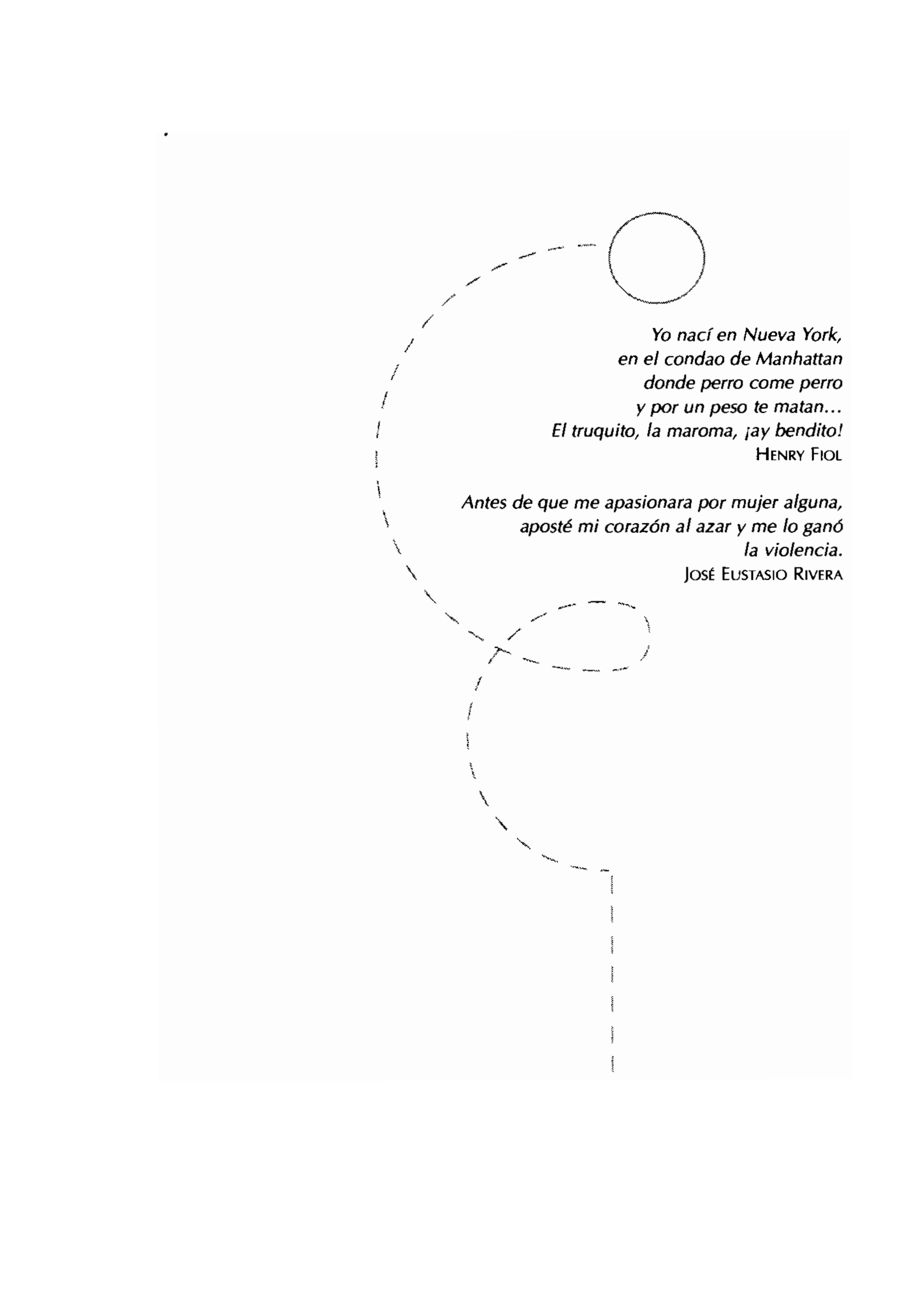
Primera edición, diciembre del año 2004

Córdoba 45, col. Roma, 06700 México, D.F.
sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mex
ISBN 968-03-0064-1

ISBN 970-701-549-7

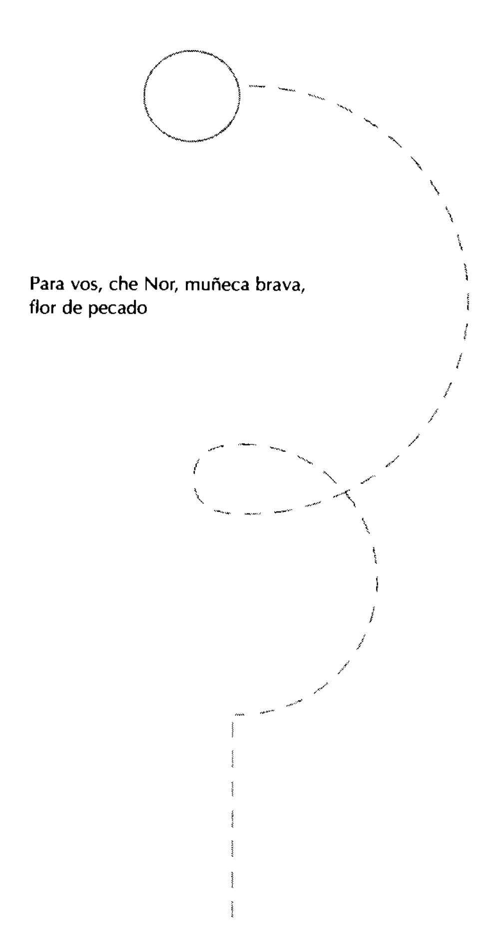
IMPRESO EN MÉXICO  *PRINTED IN MEXICO*

www.maporrua.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.



Yo nací en Nueva York,
en el condao de Manhattan
donde perro come perro
y por un peso te matan...
El truquito, la maroma, ¡ay bendito!
HENRY FIOL

Antes de que me apasionara por mujer alguna,
aposté mi corazón al azar y me lo ganó
la violencia.
JOSÉ EUSTASIO RIVERA



Para vos, che Nor, muñeca brava,
flor de pecado

Introducción

ESTAS páginas son la bitácora de un viaje, la memoria de una expedición antropológica al interior de Nueva York, la moderna capital del siglo XX, el faro mítico en la cartografía imaginaria de los traficantes colombianos de drogas, los que le "ganaron a la vida": puerto utópico del *Sudamerican dream.* Es un inventario de incertidumbres colectivas y violencias asociadas al negocio del narcotráfico, el consumo de drogas adulteradas, y al nudo gordiano de la prohibición. Espejo del caos. Pasaje al acto de una crisis de cultura y de civilización, cuya forma más visible es la emergencia de ciudadanías forjadas en el yunque del miedo, la gran antítesis del modelo democrático. La geografía del narcotráfico y la experiencia anímica, compulsiva de los individuos, no reconoce fronteras, es un fenómeno global, inscrito en la gramática del caos, el desorden social y la incertidumbre: los nuevos descriptores de la realidad, y de ese milenio que se inauguró el 11 de septiembre de 2001, con el ataque suicida a las Torres Gemelas de Nueva York.

Viajar a través de los arcanos de la incertidumbre y la prohibición fue una tarea compleja, un "modelo para armar", que resolvimos en un juego de posibles. Los resultados de la expedición son provisionales. Corresponde al lector evaluar los alcances de una estrategia que eliminando instrumentos fisicalistas de medición, reflexiona críticamente sobre la cultura de la cual formamos parte, desde un ángulo cercano a la metodología del arte e incorpora, una "mirada irónica", tal como sugería David Bohm, no exenta de cinismo, y de pasión. Frente a la retórica de la verdad, hemos optado por el

ejercicio de la duda y las conjeturas. Las teorías sólo son instrumentos para indagar la "realidad", pero no son la realidad. Diversos autores y saberes narrativos, lejanos y a la vez próximos a nuestro tiempo, nos han servido para construir una ruta interpretativa e indagar acerca de la condición humana y de las múltiples formas en que la sociedad moderna modificó sus vínculos con los enigmáticos "mensajeros del paraíso": ese universal de la cultura que permite modificar los estados de conciencia. Duendes misteriosos. Abandonaron la jungla exótica de los antropólogos y se instalaron como nuevos dioses en los intersticios de la selva urbana y en los botiquines domésticos.

El truquito y la maroma tiene como escenario la ciudad de Nueva York, aunque la singularidad del tema y el periplo clandestino de los informantes nos llevó a indagar en otros territorios. El resultado es un diálogo sin concesiones, una mirada subterránea, dotada de antihéroes reales: *traquetos y pistolocos*, violentos protagonistas de vidas reventadas; iconos referenciales en la construcción de una antropología de la incertidumbre y lo prohibido. Sujetos de carne y hueso, cuya actividad, el tráfico de drogas ilegales, obliga a interrogarnos sobre los límites y beneficios de la prohibición, esa invención jurídica del puritanismo norteamericano, que al legislar en nombre del Leviatán terapéutico, y de la moral, coadyuvó en la construcción del narcotráfico. Somos rehenes de la interdicción; víctimas de una "guerra santa" que escapa a la lógica militar prevista por Clausewitz, e instala a los individuos en una cultura del miedo, cuya base radica en el temor ciudadano al narcopoder de grupos irregulares que lucran con el placer de lo prohibido. "Hermosa como el suicidio", diría Alejandra Pizarnik, la *fruta prohibida* es siempre un argumento que invita a la transgresión. Por razones obvias hemos eliminado nombres, sustituido alias y lugares; sólo hemos conservado algunos nombres que son de dominio público.

Este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de "Garfield" y la gentil colaboración de una variada tripulación de amigos, que abordaron mi nave fantasma y me acompañaron a tierra firme. Me reservo sus nombres, pero ellos saben de mi agradecimiento. Escribo el punto final de este ensayo reconociendo que me habitan las dudas más que las certezas. Carezco de verdades, sólo soy depositario de los demonios de mi propia incertidumbre.

[*Chimalistac, 25 de abril de 2004*]

Capítulo 1

Nueva York, la capital del mundo

BROADWAY, serpenteante e infinita como un látigo de fuego, es uno de los espacios urbanos más sensuales de Manhattan, el corazón nocturno de Nueva York; deslumbrante metáfora de la aldea global. Diversos grupos disputan el control de las calles. La ciudad es una cartografía mental sin dueño. Así lo ha sido desde un extraviado amanecer del siglo XVII, cuando Peter Minuit, un mercader de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, sedujo a los indios algonquinos y por unas cuantas baratijas de subasta les "compró" *Manahatta* o "isla de las colinas". Meses después los flamantes propietarios construirían una veintena de casas de ladrillos rojos en el extremo sur, sobre un lecho de rocas, a cientos de metros del cementerio de concreto de las tristemente célebres Torres Gemelas. Con los siglos surgiría el moderno y prodigioso Manhattan, el escenario cosmopolita más espectacular de la Unión Americana. Los bajos fondos coadyuvaron en la construcción del imaginario mítico de la ciudad. Desde su fundación el territorio fue refugio de aventureros, forajidos, piratas, inmigrantes pobres, protestantes usureros, independentistas y *gangs*. Negocios regentados por gángsters legendarios, como Arnold Rothstein y Dutch Schultz, a principios del siglo XX, harían de Nueva York la mitológica capital del crimen organizado: *los Yores*. Símbolo finisecular del *Sudamerican dream* de los traficantes de drogas o *traquetos*.[1]

[1] Remitimos al lector al glosario de *traqueñol* (de traqueto y español). El vocablo *traqueto* alude a la jerga usada por los informantes.

La isla de Manhattan, en el centro de Nueva York, es una lengua pétrea, lanceolada y plana, entre el Hudson, el East River y el río Harlem, de unas 10 millas de largo por dos en la parte más ancha. Sus calles dispuestas como un tablero de ajedrez, numeradas de sur a norte, se recortan en ángulos rectos, y son cruzadas por la Quinta Avenida y la Broadway. Caminar las calles de la Gran Manzana es una delicia posmoderna que invita a evocar, seducidos por la sensualidad del Hudson, a las hespérides, las míticas hijas de Atlas, los demonios *gore* de Easton Ellis, o el espectro nocturno de los individuos intercambiables de Paul Auster: cazadores y presas.

Los *potorros* de Broadway están calientes, eufóricos. No es para menos: tienen bien armada su *selección*. Son "dueños" de un trozo de espacio, rumorante y viscoso, en Uptown, pleno en sudores y rumor de malevaje. Nada escapa a su control; botan *caspa*, y desde luego, *chumbimba*. Los gritos y las risas de los *niches* se mezclan con los altos decibeles de la música que emerge de las bocinas de gigantescas grabadoras que invariablemente se portan como una bazuca sobre el hombro, disparando descargas polirrítmicas de salsa. La expresión sonora de los habitantes de la calle: "¡Oye como va, mi ritmo, bueno pa'gozar, mulata!"

La alegría *potorra* contrasta con un punto débil, su talón de Aquiles: dependen de las fuentes de abastecimiento; los proveedores son colombianos. Casi todas las líneas de introducción de cocaína a los Estados Unidos están controladas por los *caliches*, los hombres *mágicos* de míticos y legendarios *cárteles* (o carteles), vocablo acuñado por el imaginario palaciego de la CIA y la DEA para nombrar a los clanes de traficantes de cocaína de Cali o Medellín. Redes clandestinas de estructura clánica, sí, pero a años luz de la sofisticada organización burocrática que suponen y describen los medios de comunicación, o los organismos de seguridad. El mundo de los *traquetos* opera como un negocio familiar. Encaro la calle. Como "acto interpretativo" la parte alta de Manhattan, aún no me dice nada. Sólo soy un transeúnte en el espacio urbano tratando de habitar el sobremoderno "lugar antropológico". Me olvido de Geertz y Augé, guías virtuales de la expedición urbana y concentro mi temerosa atención en la explosiva sintaxis de mis informantes:

¿Sabe qué, *llave*? –me interrumpe "Garfield". La lógica de este asunto es pillar, sólo pillar, estar pilas, para no ir de gancho ciego, de suizo, o quedar en medio de un ganso, que a la hora del té no se va a poder desplumar. Así que cofres,[2] no se arrugue ni se deje fotografiar a la hora del cruce, que teus no tiene boletos pa'l baile.

"Garfield" es uno de los alias de mi informante; hábil para las relaciones públicas y con más de 10 años de vivir en el submundo de las drogas, en el *business traqueto*. Él dispuso, para mi información básica, la logística del trabajo y sus contactos. Sin su ayuda el trabajo de campo hubiera sido imposible. Al calcular los riesgos de esta aventura antropológica supe que requería de estar preparado para enfrentar cualquier eventualidad con las autoridades, tener, por ejemplo, una coartada creíble y camuflar la investigación. Era necesario vivir la impresionante oferta cultural de la capital del siglo XX. Nada mejor que frecuentar sus atractivos turísticos: los 100 teatros de Broadway, las 1,000 iglesias neogóticas, 100 mezquitas o 500 sinagogas; el Lincoln Center, la monumental librería pública, *beaux art,* y su millonario acervo; el Empire State Building. Observar los vuelos rasantes de los aviones desde las torres del Word Trade Center; los artificios eróticos de los *sex shop* de la 42; ir al cine; visitar a Woody Allen tocando su clarinete en el Michael's Pub; deleitar el paladar en algunos de los 17,000 restaurantes de la ciudad; husmear en Columbia o en la Universidad de Nueva York. Simultáneamente, asumir la aventura de husmear en los bajos fondos neoyorquinos, donde los *calichanos* sin hablar inglés, han aprendido a moverse con una maravillosa facilidad por los diversos caminos de la "gran aldea". Su palabra es ley. Mi estrategia será pasear las calles de día y observar la ciudad como un diligente y distraído turista japonés, disparando la cámara a diestra y siniestra. La noche, reina de los noctívagos, pasión sin límites, es otro escenario. Los desplazamientos nocturnos al corazón traqueto se calculan de antemano.

Un trabajo de campo particular y en riesgo inminente, pero atractivo, negarlo sería inútil. Los antropólogos experimentamos diversión en estas

[2] Cofres es la inversión de las sílabas de la palabra "fresco". Este procedimiento es de amplio uso en la jerga traqueñol y, en general, en grupos marginales. El recurso se mantendrá a lo largo del texto.

suertes. Parece, escribía irónicamente Geertz (1989), que la habilidad de los antropólogos consiste en penetrar otras formas de vida, haber podido habitar, haber *estado allí,* y reproducir ese milagro invisible a través de la escritura; síntesis, diría Bettelheim, de un corazón bien informado que invade con su existencia cálida la razón. Metáfora del fuego pasional que alimenta al antropólogo como autor. Si el investigador no se enamora del objeto, difícilmente caminará el paso de Alicia hacia el otro lado del espejo, al jardín de los inéditos. La sabiduría está en la oscuridad, en el *estar allí,* no en el típico gabinete saturado de polvo y ruinas recicladas. La captura del dato es una aventura *in crescendo;* lo saben aquellos que me han antecedido en este tipo de estudios.

Frente a mí la ciudad parece vivir una orgía perpetua; su nocturnidad es sobrecogedora. La noche es el refugio de lo no soñado. El día es finito, la noche en cambio, sentenciaba García Lorca, en *Un poeta en Nueva York,* es interminable: Hay barcos que buscan ser mirados para hundirse tranquilos. De las bocinas de los autos emergen, inconfundibles, las voces de Ismael Rivera, Héctor Lavoe, Richie Ray, Bobby Cruz, Henry Fiol, Papo Lucca, Rubén Blades y Willy Colón, los salseros mayores. Espectáculo visual. Suenan las maracas, y los timbales, a horcadas sobre las piernas largas de los negros, marcan el taconeo de los *bacanes* en las banquetas, siguiendo el piano enérgico de Palmieri en *Vámonos pa'l monte*. Sin salsa no hay transa. La salsa es traqueta, pero también *niuyorketa*: nació de la soledad y el desamparo; fusión de afroantillanidades, incertidumbre y dolores generacionales, transformados en ritmo y movimiento de palmeras. La salsa nació en Nueva York de un diálogo intercultural entre la ciudad y el Caribe, y de una "manera de hacer música" (Quintero, 1998); es la avanzada cultural de los migrantes. El condimento musical que sazona el placer de darle movimiento a la cadera y giros al esqueleto para seducir a las *hembritas,* liberar el cuerpo de la fatiga diaria en un *parche* o concertar un *tumbe.* Soberbia y sensual la salsa se oye en Manhattan, pero también en el Bronx, Brooklyn o Queens, "pero no hay como los huecos, papá. Que no es lo mismo oír salsita en un tiosi de tacón que en una olleta. En la olla la Fania All Stars es sonido bestial. ¡Epa! Bomba camará".

Sólo la uniformidad de los edificios, erguidos como cubos de concreto, de 8, 10 o 12 pisos, y los chorros de humo blanco emergiendo de las coladeras, mezclado con el olor dulzón de los *hot dogs* en las esquinas, permite diferenciar fragmentos de Broadway, a la altura de Washington Heights, de una calle de Dominicana o Puerto Rico. Casi no hay blancos; sólo unos cuantos gringos despistados que caminan con desparpajo en medio de los negros, mulatos y coreanos. Los *wasps,* blancos anglosajones protestantes, están en otra parte, en el otro Nueva York, en el perímetro de Central Park, en las exclusivas colmenas habitacionales de la Quinta Avenida, o en los añejos vecindarios de Gramercy Park y Chelsea.

Nueva York constituye un enjambre de folclorismos; sus calles albergan infinidad de comportamientos culturales: *melting pot,* crisol de razas. Multiculturalismo engañoso, ficción ideológica de la democracia liberal norteamericana: el crisol desaparece para fundirse en una batalla a muerte del "sálvese quien pueda". Nueva York, escribía Caballero (1997), un agudo periodista colombiano, no tiene dueño, no pertenece a nadie –como sí pertenece, por ejemplo, París a los franceses, y en París hay que estar sin cesar pidiéndoles permiso y perdón a los franceses por no serlo: a la portera, al camarero, a la señora de los baños. Y como no pertenece a nadie –salvo tal vez, a los negros–, cada cual tiene su propio Nueva York.

En ocasiones el paisaje urbano nos remite a un escenario del antiguo tercer mundo o a los actuales "mercados emergentes". Algunas calles de Chinatown o El Barrio, con las inevitables moscas del verano, semejan paisajes urbanos de Calcuta o Bombay: montañas gigantescas de desperdicios, niños famélicos, hurgando en las infalibles bolsas negras de poliuretano, drogadictos mendicantes de un *quarter* para un vial de *crack* y prostitutas a la caza de noctívagos; otras calles, la Quinta Avenida, por ejemplo, con su urdimbre de aparadores multicolores, o las imponentes construcciones de acero y cristal, que parecen perderse entre las nubes, nos ubican en la quintaesencia de la modernidad, en el aparador del mundo. La opulencia de Trump Towers o el Word Trade Center es ofensiva y humillante, si la contrastamos con la miseria de los inmigrantes haitianos, chinos o camboyanos, que duermen su "sueño americano" en las cloacas del metro. No todo es color de rosa en la urbe de hierro.

Las lenguas de asfalto de las calles, obviando los departamentos multifamiliares, apiñados como fichas sobre un tablero de ajedrez, son viñetas sudamericanas, caribeñas u orientales, ricas en sonidos, olores y colores. Negros, mulatos, latinos y blancos se mueven con desenfado entre las calles a la caza de un cliente, un negocio, o buscando cocaína para oler. En esta ciudad todo es posible. Sólo el asombro es imposible. Ha desaparecido. Nueva York es una ciudad para todos los gustos y deleites; pareciera que todos los extremos se dan cita, y eso la convierte en un emporio surrealista sugestivo y agradable. Lúdica en la anormalidad de su fauna urbana: hábitat de excéntricos y asociaciones. Las hay de *boy scout* y de pedofílicos; defensores de animales que recogen de Washington Square y en las cercanías de los Cloisters los desechos de los heroinómanos para que las ardillas o las palomas no chupen jeringas y algodones impregnados de esencias desestructurantes, y zoofílicos que encuentran nuevas fuentes de placer en los animales; sectas hinduistas que buscan trascender a través de la pureza, y grupos coprófagos, que igualmente aspiran a la trascendencia, pero a través de la mierda; de peleteros y nudistas; defensores de la moral y pornógrafos; asimismo, existen variadas expresiones artísticas retro y ultravanguardistas; y una innumerable pandilla de locos, locos-locos, y otros todavía más locos, y los que se hacen los locos; estudiantes, poetas, teatreros, huérfanos, gays, lesbianas, transexuales, ex combatientes de Vietnam, lisiados de la guerra del golfo, drogadictos y, desde luego, antropólogos. Su presencia se hace visible y legendaria, en interminables desfiles pintorescos. El 4 de julio se canta en coro el inevitable *God Bless America!* Obviamente, según nos lo recuerda Kerouac, también hay neoyorkinos normales, ridículamente fuera de lugar, tan raros como su pulcra rareza, llevando pizzas y *Dayly Newses*, dirigiéndose a oscuros sótanos o a los trenes de Pennsylvania.

Las advertencias de "Garfield" me parecen atinadas y coherentes. En la calle la situación está en orden; todo es murmullo, un ir y venir de figuras trashumantes. Andar con un *duro* en los tejemanejes de la observación participante, tiene sus ventajas, inspira respeto, pero también genera confusiones; las *cucas* se acercan dispendiosas y los *líchigos* se ofrecen a colaborar, sin más ni más; intuyen nexos comerciales que en realidad son

inexistentes. Igual tiene desventajas: que las autoridades gringas sorprendan al antropólogo en tan "malas compañías".

En Nueva York, la capital de la aldea global, anunciada por McLuhan, ventana del siglo XX, los inmigrantes *sudacas* que no consiguen trabajo se van de *carrolocos*; lo que sea es bueno, a veces son sólo mendrugos, pero una migaja caída de la mano de un *duro*, es como un *quarter* de oro en tiempo de vacas flacas. Serviciales, atentos a cualquier demanda, los *carrolocos* están para lo que sea. Van y vienen; se desempeñan en un particular servicio de información callejera, que conecta con precisión milimétrica a Manhattan con el enjambre de caletas desperdigadas en Queens o el Bronx. En Manhattan se concentra todo, absolutamente todo. No sólo los altos negocios de Wall Street, sino también los *truquitos y* las *maromas*. Nueva York es esencialmente Manhattan: todo fluye hacia sus fauces hambrientas. ¡Ah! el viejo y amado Manhattan de Gregory Corso, ese loco maravilloso, y de Kerouac, que no dudó en preguntar, ¿quién sería el primero en arrojar un pitillo de marihuana sobre el Presidente en un desfile?

La vida de un *carroloco* oscila entre la delincuencia y una que otra actividad legal; su historia personal es un resumen bastante preciso de los colombianos que entran por *el hueco*: la frontera de 3,200 kilómetros de México con los Estados Unidos, perforada en varios puntos: Tijuana, Laredo, El Paso, Agua Prieta, con la complicidad de los *polleros* mexicanos, arquitectos del tráfico de indocumentados y del moderno contrabando de hombres, capítulo final de la vorágine migratoria de la gran aldea. Los *carrolocos* son portadores por excelencia del relato mítico que rodea como una aureola sagrada a los hombres *mágicos*, los que hicieron realidad el *Sudamerican dream*, de subir a los *Yunais*. Novicios en el arte de los cruces, el relato de los *carrolocos* se va engrandeciendo, en la misma proporción que aumenta su vínculo y lealtad hacia los *patrones*, los "dueños de la mercancía, y de la *marca*". Los patrones constituyen la cabeza visible de la urdimbre clánica. Son millares. Surgen espontáneamente. Destruir la red del narcotráfico es imposible. Los clanes familiares se clonan. Las autoridades destruyen uno y surgen dos. La red se expande en múltiples negocios.

La admiración por los hombres que encarnan lo prohibido se transforma en una secuencia de metáforas. El *carroloco* alimenta de imágenes a los trovadores locales. Las coplas, los versos, hablan de dioses de carne y hueso. La música del coro barrunta la cercanía del dios-hombre: el *mágico.* Los narcos son los héroes épicos de la vida moderna. Sus alias: "el Doctor", "el Ajedrecista", "el Señor de los cielos", "el Mexicano", sus vidas y aventuras, enteramente mundanas, son el condimento de la tragedia que narran los homeros posmodernos en letras, no exentas de censura, con ritmo de corrido o vallenato:

Tuvo cargos importantes/y jefaturas de Estado
y caminaba entre el polvo/pero bien relacionado
Cómo gastar los millones/el problema más pesado
compraron armas y aviones/de lo más sofisticado
ni el radar los detectaba/el viaje iba asegurado
ni la Interpol ni la CIA/lo hubieran imaginado...
De Colombia hasta Miami/de México a Nueva York
Entre todos los carteles/Era el mejor proveedor.[3]

Los *duros* de Nueva York reciben *línea* de las *oficinas* de Cali y Medellín,[4] pero también de clanes diversos, peruanos o brasileños. Algunos completamente desconocidos. El anonimato es garantía de sobrevivencia en el negocio de las drogas. Reducir la ostentación y el lujo, es un recurso difícil, pero necesario para eliminar las sospechas de las autoridades. Lo saben las nuevas generaciones de narcos. "Garfield" es un *duracel*; su habilidad para moverse de manera natural, tanto en los bajos fondos como en la superficie, lo han transformado en un simpático personaje;

[3] Marcos Puente, "El Cártel del polvo", *Cómplices*, Producciones Oro Musical, Monterrey, 1997.

[4] La muerte de Pablo Escobar (1993) eliminó el temor, y facilitó el surgimiento de nuevos grupos en Medellín y en diversas zonas de Colombia. En su batalla contra la extradición (1990-1992), Escobar sometió militarmente a los clanes familiares y los obligó a pagar un "impuesto de guerra". Advierte Boyer (2001) que sólo en estos años, de guerra abierta contra el Estado, es lícito hablar de la existencia del "Cártel de Medellín", pues su hegemonía y verticalismo fue realmente visible. La organización vertical es contraria al sistema clánico (Krauthausen y Sarmiento, 1991). En la actualidad es prácticamente imposible identificar las nuevas *oficinas*; éstas, además, se han diversificado, ya no sólo exportan cocaína, sino también heroína y anfetaminas, coludidos con los poderosos clanes mexicanos.

inflexible, pero generoso; un hombre leal, ecuánime, un *fino*; un *varón* a toda prueba, presto para disparar cuando la necesidad lo amerita, pero siempre dispuesto a mediar en disputas ajenas, y a perdonar a los *faltones*. Error fatal. "Garfield" es un hombre querido y respetado en diversos clanes; su palabra es un excelente crédito en cualquier tipo de transacción.

"¿Saben qué?, el hombre es parcero y viene con patrocinio; así que moscas hijueputas" –sentencia "Garfield", en el protocolo de las presentaciones. Ritual que se repitió en varias rumbas, fiestas nocturnas que culminaban con las primeras luces del alba; espacios de esparcimiento, donde el dinero fluye, se ratifican las lealtades y se conquista la admiración de los recién *subidos* y de las *hembritas*. El lenguaje festivo es áspero y rudo, en apariencia: términos como hijueputa, güevón o marica, son de uso cotidiano y cariñoso. Todo depende del "tonito" de quien lo emplee. Y si el tonito sube las cosas pueden terminar mal. Las viandas de comida típica y los alcoholes nacionales se mezclan con explosiones de júbilo y declaraciones de afecto: "Usté no se amure, mija; déjeme ver un negocito y yo le hago ganar un plantecito; eso sí cayetano, mija, cayetano, que amor con amor se paga." El alcohol diluye las promesas y, en ocasiones, aunque no siempre, se olvidan, "¿pero después de un polvo con un duro, quién te quita lo bailado?" Sobrevive la nostálgica alegría de haber *parchado* con la gente del *movimiento*. Y de haber obtenido unos dólares extras, *cueritos de rana,* de las manos de un varón. La esperanza nunca muere; sólo es cuestión de esperar momentos oportunos o de que la libido de los patrones se vuelva a exacerbar. Y a los patrones es sabido, no hay nada que les produzca mayor placer que comprar cuerpos de reinas de belleza, artistas o mujeres púberes:

> Les gustan los culitos, entre más sardinas mejor. Al Doctor, no le gustaba la mecha ni las bambas. Siempre de camisa, bluyines, y sus pisos sin amarrar, pero siempre tenía hembritas a la mano. Lo último que se comió, antes de que lo quiñaran en Los Olivos, se lo trajeron de la capirucha, un virguito de 13 abriles.

Sobre las mesas, abandonados como dioses tristes, quedan botellas, vasos vacíos, tarjetas telefónicas y partículas de fino polvo blanco "escamita de pescado", esparcidas sobre el vidrio.

Al principio asumí estas *garfilianas* presentaciones con temor; tanto se ha escrito o dicho sobre la "mafia colombiana" que sentía mucha desconfianza; con los meses, ya en el proceso mismo de depuración de la información que iba acumulando, la temida "mafia" se me develaba en el mito y en las fantasías de los medios de comunicación. Nada parecido al mundo de *El Padrino* o *El Siciliano* de Mario Puzzo, los personajes que tanto gustaban a Pablo Escobar, y que gustaba de ver en video en largas sesiones nocturnas. Excepto las anécdotas de un realismo mágico conmovedor, y que "Garfield" contaba con frecuencia: Griselda Blanco, la "Reina de la Coca", y Darío Sepúlveda, uno de sus amantes, habían registrado a uno de sus hijos con un nombre insólito: Michael Corleone Sepúlveda. La idea de rígidas estructuras verticales se disolvía. A mi paso sólo encontraba a núcleos familiares dedicados al comercio de drogas y a negocios colaterales: telefonía pirata, prostitución, robo, contrabando de armas y de seres humanos. Las redes cruzan fronteras, son tan amplias que se vuelven inidentificables. Las alianzas clánicas son transitorias. Duran el tiempo necesario para finiquitar los negocios. La "hermandad mafiosa" o los "pactos de sangre" irrenunciables, son una fantasía. La *Omertá* y los códigos de honor, funcionan en la mafia tipo Cosa Nostra, pero no en la estructura de redes de los traficantes colombianos o mexicanos. Las presentaciones se me hicieron menos forzadas y casi llegué a tener una sensación, transferencial, dirían los psicoanalistas, de ser un "duro", bueno, un antropólogo duro, en el arriesgado, pero no menos pintoresco, submundo del mercado de drogas. Los estigmas de mi nacionalidad me acompañaron siempre. Parece fácil, pero en verdad es como un continuo desangrarse. Ser colombiano, para usar una feliz expresión de Jorge Luis Borges, "es un acto de fe"; debo reconocer que mucho de esto me acompañó de principio a fin. De otra manera hubiera abandonado la investigación con los primeros éxtasis de adrenalina.

Las amistades se sellan con un *pasodoble*: cinco líneas de cocaína amarradas en billetes de 10 o 20 dólares, formando un rectángulo pequeñito. Es parte del rito. Así, y por intermediación de "Garfield", conseguí mis primeros informantes, la fauna, pues, del tráfico de la *mama coca*: el "apo-

calipsis andino" de la Erythroxylon Coca Lamarck, cuyos recursos proveen tantas satisfacciones subterráneas, como el mejor de los programas económicos de cualquier lugar del mundo: millones de personas dependen de los *dineros calientes* que arroja anualmente esa inofensiva planta de tronco color rojizo, tan importante como el maíz y la papa, *mare nostrum* de las civilizaciones andinas. Es como si de repente, siglos después de la conquista, frente a un poporo de oro los desheredados de siempre, los transterrados, los "condenados de la tierra" de Fanon, levantaran la voz para exclamar como los indios bolivianos: "¡Mamita cuquita, ayúdanos!"

La *polocha* ronda de cerca, pero no se anima a intervenir en los negocios; andan a la caza de una pesca mayor. La calle está llena de gente que mueve *material* de poca monta, y compradores de dosis. Los *cruces* siempre se hacen en la calle, de un coche a otro, y en movimientos rápidos. En ocasiones en casas de seguridad o caletas. Mientras no haya policías muertos, las cosas marchan con relativa calma. Un policía muerto es un riesgo; sólo excepcionalmente y para salvar el pellejo, los *duros* se aventuran a un *tiro* con los agentes gringos. Esa es una transgresión imperdonable que los policías tarde o temprano se encargan de cobrar, pero igual muchos sucumben al soborno, y se "hacen los locos". Lo saben los clanes mexicanos que en los ochenta ejecutaron en Guadalajara a Enrique Camarena, un agente infiltrado de la DEA, y fueron brutalmente perseguidos por las autoridades antidrogas. En 1994, vendría la acción del alcalde Rudolph Giuliani y del comisionado de policía de Nueva York, William Bratton, y la publicitada "tolerancia cero". A partir de entonces las cosas irían modificando el escenario de la calle, hasta el extremo de obligar a los individuos a permanecer en casa, y evitar las pláticas de grupos en las esquinas. Si para Corso, el poeta *beatnik*, permanecer de pie en una esquina neoyorkina, sin esperar nada, era "poder", con la tolerancia cero, pararse en una esquina con aspecto descuidado o excéntrico, se convierte a finales del siglo XX en riesgo de terminar en la cárcel. Giuliani se encargó de atacar justamente ese poder, pero igualmente otros mecanismos de acción social sobreviven. Los *traquetos* tienen su propia opinión sobre la autoridad:

Uno los huele, mano. Pille, loco, las antenas de los roca. Los federicos se amuran fácil; eso de la tele, Miami Vice, Eliot Ness, es mierda en la cabeza. Los monos se azaran con facilidad. Uno les bota braviata y listo. Pero ojo, mijo, mucho ojo con los gusanos, que son torcidos los triplehijueputas. A ésos hay que tenerles el lente encima y a tiro de cañón. Son iniciadores, pero además riatas, y siempre que pueden buscan quedarse con el billete o la merca. Esa tomba de cubanos de Miami se enseban con la gente que agarran. Son una plaga, les gusta iniciar a la gente, picarles arrastre, para después joderlos. Con ellos no puede uno patrasiarce; a la primera de cambios hay que sonarles. Pa' gorzobias los cubanos; les queda fácil. Vea, la gusanera habla inglés y español, y algunos como son monos, confunden a la tegen. Primero se la hacen de llavería, que por aquí, que por allá, que furufufú y farafafá, ¿me entiende?, el truquito, la maroma; y "que yo tengo un cliente nítido"; y si uno se pasa de güevón pues cae, entrega los soscos, y luego pum a llevar del bulto; y si estás de buenas no te mandan con beca al Prescint. ¿Se imagina cinco o diez años en tendido de sombra? Así hermano, fácil te bajan del plante. Los gusanos no tienen honor; luego reviran de que los cobradores acaben hasta con el nido de la perra. Este negocio no funciona como en las cintas mafiosas. Los caliches se han ganado la plaza a punta de plomo, y a veces, pues, se han excedido, eso es cierto: hasta los italianos han aprendido a respetar a los calichanos. Donde hemos guerriado por el piso han preferido negociar. Los caliches no respetan nada, las familias valen güevo. Si alguien se pasa de avión, toda la familia lleva del bulto. Le digo, este es un negocio superteso. El Padrino es una cinta rosa. Para los caliches la organización es otra cosa, nada de familias, ni de mafias. Cada quien tiene su combo. Se hacen los negocios y a cada quien su parte. Luego todo vuelve y juega. Como este es un negocio face to face, y en billetes de a contado, nada mejor que moverse con la familia de uno, sangre de mi sangre. Usted sabe. Un man de la calle no se tienta el corazón para tumbarlo, un hermano no, es carne de uno.

Una lluvia tenue, ácida, cae sobre los techos grises de la amplia cadena de edificios, color marrón, de Broadway. Los traquetos menores se agolpan en las esquinas como moscas en una gota de miel. Otros van y vienen, suben y bajan controlando el *piso*; cada quién con su propio combo; algunos son empleados de los carteles, otros son sujetos independientes; y los menos, los recién llegados, se balconean para *agarrar cartel*, son los *subidos*, los que están dispuestos al "yo voy pa'lo que sea". Algo en común es su juventud. Esperan *braviando*; unos cuantos fumando *champaña en rama*. Es lo mínimo permitido. Las *oficinas* no admiten

viciosos en sus líneas; paradójico, pero si alguien cae en el "vicio" automáticamente es excluido; su presencia es un riesgo: varios trabajos se vienen abajo por su culpa al no resistir la tentación de abrir los paquetes y catar el material. Presos de la euforia y el optimismo inicial que produce un pasón de cocaína de buena calidad, se entregan al exceso lúdico y descuidan elementales tareas de vigilancia o brindan evidencia visual fácilmente detectable por las autoridades aduanales. Meterle cizalla a la merca "no tiene perdón de Dios". Se consume algo de hierba o *perico*, sobre todo en las fiestas o, clandestinamente y en forma moderada, fuera de la mirada disciplinaria de los *duros*. Excepcionalmente se permite el consumo en las bodegas o caletas, cuando hay que entregarse a largas jornadas de vigilia, o en las tediosas travesías marítimas, para ponerse a salvo de la fatiga corporal:

> En el mar, con la mercancía a bordo, ni hembritas ni fiesta; ahí sí como dice el cantante de los cantantes, mi Lavoe, papito lindo, que Dios tenga en la gloria, "nadie pregunta si sufro, si lloro, si tengo una pena que hiere muy hondo". En tierra se quedan los amores, y en el mar la soledad te vuelve loco, mano.

Hipotéticamente sólo los patrones tienen licencia para el consumo, no obstante no hacen uso de tal prerrogativa; su relación con el *coco* se reduce, la mayoría de las veces, a un mecanismo para cortar los efectos del alcohol, esa sí su droga predilecta. Su consumo es moderado. Pablo Escobar ocasionalmente bebía cerveza, aunque gustaba de fumar algunos *varillos* de marihuana. La gran excepción en el mundo de los cárteles fue Carlos Ledher, el "dueño" de Cayo Norman, en las Bahamas, punto de obligada referencia en los primeros y más importantes trasiegos de cocaína hacia Miami y, de quien se dice, cayó de la gracia de Dios por su afición desmedida a la ebriedad profunda de la *nieve*: dionisiacas expediciones semanales de varios gramos diarios, y *líneas* tan grandes como la pista de su aeropuerto clandestino. La *oficina* no quiso tratos con él. Se sospecha que sus socios clánicos facilitaron la captura, hartos de sus desvaríos. En ocasiones, cuando el jefe del clan es débil, o está demasiado *quemado* o vigilado por las autoridades, se precipita su caída proporcionando infor-

mación básica para su captura. De este modo, la captura de un capo importante, pero caído en desgracia, contribuye a la gloria vana de las autoridades en sus compromisos con los Estados Unidos, y a relajar la persecución y cercos policiacos a los demás clanes.

> García Herreros[5] –me cuenta "el Robis"– el curita del "Minuto de Dios", el que arregló la rendición de Pablo, quería meter las manos por él, pero ya caído en desgracia con los gringos, ni siquiera él que era un santo, lo pudo levantar. El hombre tiene cadena perpetua en la Florida. Dicen que lo vendieron. Buen tipo, jovial y bien parado. Tenía mucho pegue con las hembras, pero era un narigón de a gramo, y con las tuercas flojas no se puede camellar.

Fuera del alcance de los grupos que se atropellan en las esquinas, hombres y mujeres anónimos, observan distraídos a través de las ventanas, mirando hacia cualquier parte, rumiando sus respectivos problemas. Conservar una prudencial distancia con los vecinos es una estrategia de supervivencia. Los gritos nocturnos de la violencia doméstica alteran los nervios, pero no hay respuesta a las llamadas de auxilio y los alaridos de las víctimas se pierden en las paredes de los pasillos. A nadie parece importarle el correveidile turbulento de la calle, escenario de actores que improvisan roles, papeles y conversatorios con la muerte:

> En este negocio, hermano, es necesario banderiarse un poco: un pase de muleta, de vez en cuando, para intimidar a la competencia, pero a lo bien, a lo correcto, siguiendo las reglas para que salga natural: uno se ajusta severa tartamuda, debajo, debajito de la chaqueta, en la chucha. Va al grocery y pide sus pielrojas de tacón alto; al pagar levanta el brazo para que los manes pillen que va entubao. Uno se va de panel al teléfono, y deja que le vean el fierrito. Si es una Browning de 18 tiros, ufff, queda sano, sanito; y si ya de lujo se le pone el silencioso tiro a tiro, el efecto visual es nítido, inspira respeto. Si uno va montao las cosas cambian; cosas, pues, para marcar presencia. Pero ojo, mucho ojo, funciona en Queens; en Harlem, el trueno hay que llevarlo a lo varón, en la mano. Allá no le comen de parafernalia; allá, vea, hay que ir

[5] Rafael García Herreros, cura famoso por sus obras de filantropía, tramitó la entrega de Pablo Escobar a las autoridades. Luego, dicen, intentó cobrar la recompensa en dólares, que ofrecían por la captura de Escobar.

con la soba soba pelada, echao pa' delante; no es que uno saque el aparato y luego se patrasie. No, 'jueputa, si se saca el tubo hay que estar listo pa' voliar fruta y salir ventiao. Eso es impajaritable. El problema con los grones, no es el de fajarse al tú por tú, sino que les gusta tropeliar en gallada; son bullosos: "que foquiu men!, foquiu men!"; pero cuando uno les hace el quiebre, los malparidos se vienen en montón. El grone nunca sale a voltiar solo. Cuando hay que cascarle a alguno, toca montar un operativo bien tenaz, de dum dum pa'rriba.[6]

En el negocio de las drogas nadie está realmente seguro. Todos se juegan la vida, es como si cargaran la lápida en el cuello. Lo hacen con gusto. La vida tiene otro significado; se asocia con el bienestar, el éxito. El dinero, dicen los traquetos, es para lucirlo: "Vea usté nomás cómo vivía Pablito, el patrón, en El Poblado, o en su hacienda Nápoles de 20,000 hectáreas, rodeado de animales raros y de un hijueputa pájaro que chupaba aguardiente." Se vive en los límites; parafraseando a Bukowski, en la orilla de un vaso roto que corta la carne y la desangra gota a gota. Quizá no saben que "corre el rumor de que ya están muertos". Traquetos y *desechables* forman parte de un mismo engranaje. La "buena vida cuesta, parecen decir los traquetos, la hay más barata, pero es cualquier cosa, menos vida". Morir no entraña problema alguno: "si es que no somos pa' semilla, llave":

No hay que temerle a la muerte/es algo muy natural
nacimos para morir/y también para matar
o no me digan ustedes/no han matado a un animal
Amigos digan salud ¡salud! ¡salud! ¡salud!/
por las mujeres hermosas
al cabo con el Buchanans/
la cruda no es peligrosa.[6]

La única diferencia que los traquetos tienen frente a los desechables, es que los primeros duran un poco más; el desechable configura la imagen violenta del narco, que es al mismo tiempo la imagen perfecta de la pro-

[6] Mario Quintero, Los Tucanes de Tijuana, *14 tucanazos bien pesados*, Alacrán Production Records, EMI, 1995.

hibición: el sicario,[7] el *suiche*, el *suizo*, figuras fantasmales, antítesis de esos personajes bohemios y románticos, como "El Chacal", difundidos por Hollywood, con su rifle de mira telescópica infrarroja, desplazándose con la habilidad de un gato entre los techos de casonas rancias, o agazapado entre los árboles, oteando su objetivo. El traqueto tiene más posibilidades de supervivencia, pero en la lógica de un negocio de roles intercambiables, siempre existe la posibilidad de convertirse de cazador en presa. Sólo bastan pequeñas equivocaciones: quedar mal con el patrón, el error más grave, o *faltonear* en una transacción de parceros: "el dinero del perico es del diablo, y el diablo no tiene amigos".

Ni uno solo de los narcoatentados que se han registrado en Colombia o en México se apega a la modalidad del sicario romántico, elegantemente vestido con ropas negras, que juega al gato y al ratón con su víctima para finalmente eliminarlo limpiamente: "son juegos para la televisión; cuando toca liquidar a alguien lo menos indicado es un rifle; un cuerno de chivo es insuperable, o un buen pistolo". Las ejecuciones no requieren de malabares, ni del virtuosismo del "asesinato como una de las bellas artes", sugerido por Thomas de Quincey. Se golpea y ya. La única distracción emerge "de las llamas del carro cuando explotan las cargas de anfo o dinamita, o de los fuegos pirotécnicos que iluminan las comunas cuando se está voliando fruta, o celebrando el corone de una tonelada de perico".

Los *suiches* son reciclables, ellos lo saben mejor que nadie, son cadáveres ambulantes, desechables; cuando asumen un contrato, lo que realmente importa es una buena suma que asegure el bienestar de la madre, soltera casi siempre, y el futuro de la familia: "denle los billetes a mi cuchita, que yo destripo el carro con las melcochas". La vida es secundaria. Amantes del tango y las milongas lunfardas, los peones de la gran patrona, la "santísima muerte", parecen repetir con Borges: "Morir es una costumbre que suele tener la gente." Los desechables viven poco tiempo, sólo el suficiente para acumular a su cuenta un ramillete de muertes y algunos pesos; en muchos casos no sobreviven a su primera acción; pre-

[7] El *sicariato* llegó a convertirse en una verdadera institución en Colombia; este fenómeno se vivió a partir de 1985, en Medellín, con unas características nunca antes vistas. En su momento de mayor auge llegaron a ser detectadas 120 bandas de sicarios en Medellín, con un total de 3,000 miembros, todos ellos jóvenes entre 12 y 17 años (Salazar y Jaramillo, 1992).

cio inevitable de vidas poderosamente jóvenes, habituadas a jugar con la muerte en una continua sucesión de aventuras. La ejecución por contrato es el acto trágico donde la médula de las cápsulas suprarrenales ponen en movimiento el jugo adrenalínico de los actores, estructurando un artificio de sensaciones, amargas como el hambre, pero dulces e irreales, gracias a la bendición de María Auxiliadora, la patroncita de los sicarios, y al humo blanco del *basuco*:

> morir es sobrado, es una cinta bacanísima; se acostumbra uno a vivir en el punto de quiebra. Una vida bien vivida bien merece un novenario; es una salsa. Sólo después de muerto, como en *El principito,* uno se asoma a las estrellas, y ve la huella. Usté vale por lo que hizo en vida, después de muerto, sólo quedan los recuerdos.

La confesión del *pistoloco* contenida en mis notas, me provoca un profundo silencio. Santiago Genovés que es un maestro memorioso en el arte de las citas poéticas, exhala una bocanada de humo de su cigarro y sonriendo elimina mis dudas literarias: Ya lo decía Machado: "Lleva el que deja y vive el que ha vivido." El desenfado anida en los diálogos de mis informantes:

> En el pueblo andaba a salto de mata, por la vaina de que un día había trabajo y otro no. Mi taita fue un camaján, pero se destripó en Cartagena y perdió el plante. Quedamos fritos; sin casa y en la lleca. Sin agua en el radiador, hermano. Comiendo arepa y frijoles con sal o caldo de papa con callo. Yo y mis brothers éramos lástima caminando. Encontramos un cambuche por los lados de Aranjuez, allá en Medallo. Tenía 17 abriles; entonces me dije: "Bueno, si no hay camello me tiro a trabajar la calle." Conseguí camellos de a mentirita, dos que tres; y la verdá me cansé de ganarme la vida de a centavo. Hablé con mi hermano y le canté la zona. Nos botamos a trabajar la lleca y a coger pescuezos. En seis meses ahorramos un plante chiquito, pero plante al fin. Le echamos ladrillo al rancho y hojas de eternit al techo. Un día mi hermano ligó un cruce para darle tuqui tuqui lulú a un man. Era bueno el billegas. Imagínese: tres pesos. Se me quedó viendo a los ojos y soltó: "¿Sabe qué llavecita?, le encargo a la viejita; no sé si d'esta me levante. Le dejo dos pesos largos, y si algo pasa, luego le entregan el resto; reclama el biyuyo en Envigado; nomás lleva la cédula y un recorte con la noticia." Mi hermano ya estaba oliendo las de malas, pero un varón no se arruga. Esa noche nos metimos dos kilos de aguarnís, y se nos subió un poquito la mierda a la cabeza. Hasta queríamos levantar a un man del

vecindario. Compramos una "huver" para lavar la ropa, estufa de cuatro bocas, grande, y un catre nuevo para mi 'amá; también un cuadro dorado de la Virgen que llevamos a bendecir. Pagamos de contado y subimos todo en una camioneta de trasteos. "Estos manes, dijeron los vecinos, están ganaos", y vinieron a ayudar a conectar los aparatos. Mi brothercito murió voltiando: fue de "me tumbas yo te tumbo". Los dos quedaron muñecos. Se abrió en llamas un poco tarde; le cañoniaron la espalda con una 38 y cayó al pavimento con un pulmón roto. Mi viejita lloró a mares; los dos lloramos al difunto; el hijueputa que la preñó supo del parche pero no apareció. Con el otro peso del muerto y un tumbe extra montamos una tiendita. Ella vive feliz con un negocito a bordo, allá en Aranjuez.

"Viejo Juan, baje del carro y eche ojo" –me indica "Garfield" al oído–. De un momento a otro aparecerá el comprador y el asunto se tratará de resolver sin demoras, a no ser que se presenten dificultades de última hora. Si surgen problemas debo desaparecer del lugar y ubicar a "Garfield" más tarde a través del biper. El negocio de las drogas es de cuidado y el riesgo de que alguien se quiera pasar de listo es siempre una posibilidad a tener en cuenta. Los traquetos operan con base en la desconfianza mutua: nadie invita a nadie al domicilio particular; las visitas o invitaciones se efectúan en lugares públicos, bares o restaurantes. Las transacciones se ejecutan con ciertos márgenes de seguridad. Desciendo del vehículo unas cuadras antes y cruzo la calle. Me dejo habitar por el ambiente, sacudo el letargo, me aproximo a esas formas de poder que se mueven como sombras.

Es viernes. Las provisiones, me comenta "Toñete", están escasas. Desde hace dos semanas las caletas se encuentran semivacías. Se espera material, pero hay problemas con los puntos de introducción. Los precios suben considerablemente. Diez días antes, un kilo de *Uno A* se cotizaba en 25,000 dólares; ahora, con un poco de suerte se consigue en 35. La cocaína sufre los vaivenes de cualquier mercancía: alzas, bajas, caídas abruptas, sobresaturación, acaparamiento; incluso, "mercado negro" del mercado negro, donde la fantasía del consumo supera los límites de la imaginación.

Frente a la boca del Lincoln Tunnel, las mariposas nocturnas que sedujeran a Gardel: "Mary, Peggy, Betty, July, rubias de New York, deli-

ciosas criaturas perfumadas. Frágiles muñecas del olvido y el placer", truecan caricias por droga, a escondidas de sus padrotes. Los diálogos de la noche producen escozor, son como un *blues* largo, triste, repetido: "Crack, man, crack!". El trueque se sucede sin más ritual que el azaroso espectáculo de la mujer echada hacia adelante sobre el cofre del auto; la falda levantada y sus minúsculas bragas atoradas en las rodillas. Prende el carrujo, un *maduro con queso,* el cigarro de base de cocaína y marihuana que le acaban de entregar. Aspira profundamente y con deleite. Gime extasiada. Simultáneamente es sodomizada por un traqueto ebrio que la penetra con violencia y la sacude como una muñeca de trapo. El éxtasis del basuco es inmediato e intenso, pero miserablemente corto, en consecuencia la mujer pedirá más, quedando a merced del tiempo eyaculatorio del sujeto ocasional. El intercambio es gratificante para los dos: ella se funde en la pavorosa irrealidad de 10 minutos de gloria con material de buena calidad y él desahoga, con más pena que gloria, sus esfínteres. Nora, una mulata de San Francisco, retorcida y con uno de sus agujeros desgarrados, bien podría repetir con Bukowski, el Virgilio de esta expedición nocturna: "Ustedes pinches mierdas, creen que esto es fácil, pero no es más que un desangrarse, hijos de su chingada madre." Pero no, no lo dice. Interrogada al respecto sólo pronuncia una frase que congela el júbilo: "¿Y quién me quita lo bailao?" Nadie mira, sólo las risas y albures se dejan sentir en medio de los coches y las botellas de alcohol. Es un ejercicio usual y cotidiano. Las risas se confunden con el aliento alcohólico y el inconfundible sonido Niche, de Jairo Varela, que escapa a todo pulmón del autoestéreo:

Barranquilla puerta de oro,
París la ciudad luz;
Nueva York capital del mundo;
del cielo Cali la sucursal.

Me aproximo a la "esquina del movimiento" como un cliente periquero. El lugar no me es desconocido; lo he visitado en otras oportunidades, al igual que otros puntos de venta, unas veces con "Garfield" y

otras acompañando a gente de su confianza, hombres sin rostro, caras que por estrategias de supervivencia se olvidan con facilidad. La situación que detecto es de crisis en el abasto de los puntos. No hay cocaína para trabajar; es un problema pero se puede solucionar; existen muchas opciones para el cliente: "es la asfixia, brother, asfixia total. Sólo me queda media de tamal; Si quieres, chico, soplar un ratón, te desembalo un par, o te busco pepas". Explica un vendedor, levantando los hombros y abanicando las manos, frente a un usuario exigente. "No. Quiero nieve, y si digo nieve es ¡Nieve! –argumenta el solicitante."

La cocaína tiene sus usuarios que le son fieles; para algunos es la *reina*, la reinita de todas las sustancias. El espectro cultural del consumo de cocaína opera como un embrujo, una aureola mítica, que aminas estimulantes (anfetaminas, metanfetaminas, dexanfetaminas) de similares efectos pero de una potencia mayor, jamás han alcanzado. Numerosos adeptos buscan el polvo blanco con insistencia y es el invitado principal en las rumbas, para ser inhalado, fumado o inyectado. Si bien la cocaína es un estimulante que compite en el mercado con los sucedáneos, ésta aún no ha logrado producirse de manera sintética, lo cual explica el precio y la dependencia hacia los proveedores. En ausencia de polvo para oler algunos usuarios la sustituyen por comprimidos, que en dosis de cinco miligramos, generan estados de ebriedad parecidos a los de la cocaína; otros se precipitan en cocteles químicos que literalmente toman por asalto el sistema límbico y el hipotálamo, liberando neurotransmisores y generando conductas extremas; "cruces malangas, mano, y se pone uno a lo Bobby Cruz: que 'yo soy el negro más bravo, (yo) no reconozco guapo ni me dejo amenazar', y échele candela, que se 'quemó la casa Marcela'". La escasez de cocaína no es un problema, los *dealers* siempre tienen opciones alquímicas para el alma de los usuarios. Los calichanos explican la situación de emergencia en un disparo de las cuotas de demanda:

> Antes la remesa de 20 cosos ajustaba para una semana completa. La demanda está fuerte, llega un aparato, y en dos o tres horas, no queda ni un gramo para soplar. Los puntos de venta están fríos. No hay merca. Pero vea –dice «Toñete», blandiendo ante

mis ojos una bolsa plástica– me acaban de llegar. Introduzco la mano y saco una cápsula blanca y alargada. Es Quaalude. Déjela –me invita sonriendo– por si se le antoja, viene bien con una taza de café; para que se inspire. Total aquí tengo como 200 pildoritas.

Los "dueños de la calle"[8] cobran un impuesto: 100 dólares diarios por punto de venta. Los vendedores de droga al menudeo dependen de una estructura organizativa o banda. No hay vendedores piratas. Las rentas se cobran, al igual que un departamento, dependiendo de la plusvalía que generen. Un punto en Botanic Garden, Brooklyn, cuesta 10 veces menos, que uno en la Upper West Side, de Manhattan. Potorros y dominicanos administran la vía pública; se plantan en las esquinas, revolotean alrededor de los teléfonos; van y vienen anunciando la mercancía: *crack, coke; china white, grass, éxtasis,* o enganchando clientes para los *building,* donde cómodamente se le puede disparar algo a la cabeza, pagando solamente el derecho a la "consulta de diván".[9]

"No asare, ¿bien?, aguante, que la cosa no está tan peluda. Si le urge perico, hermano, bájese de boronda al SoHo, pero ya sabe, si no es su tour se destripa. Tengo anfetas de a dólar, le traigo las que quiera, pero perico no hay, ¿bien?" –agrega el vendedor, justificándose con el cliente que lo acosa. Finalmente el hombre se retira y promete regresar luego; teme cambiar de *dealer.* En las operaciones de compra la relación con el *dealer* es fundamental; es una forma de garantizar material de relativa calidad. No hay droga pura circulando en la calle.

Mi grabadorita de 80 dólares funciona muy bien, registra con claridad y pasa desapercibida. Me permite moverme con relativa calma. Me preocupa, sin embargo, el portar evidencias en las cintas. Tengo que prescindir de este útil, pero peligroso instrumento. La investigación no me

[8]Sobre algunos barrios y calles se ejerce un criterio de territorialidad. Los grupos organizados que allí ejercen control cobran "derechos de piso". Los colombianos no operan como bandas; tienen áreas de mercado, pero no disputan el uso de las calles. El concepto de territorialidad se aplica en lo fundamental a grupos de control de origen norteamericano, cuya actividad se ejerce en las calles de manera indistinta. No sólo controlan puntos de venta, sino también apuestas, prostitución, robos.

[9]Sitios para consumir droga, no son muchos, y hacia finales de 2000 prácticamente habían desaparecido. En realidad son lugares habilitados para vender drogas: un apartamento, una casa, un garaje, un taller mecánico, cualquier sitio protegido de las miradas indiscretas.

sirve de coartada. Vaya disparate escudriñar temas exóticos en el primer mundo. Me han advertido: "a la hora del tropel, m'ijo, nos vamos todos pa'l baile". Con los traquetos, la parte más difícil, *no problem:* el antropólogo tiene licencia de un duro, cortesía para husmear. Lo demás es excedente. La vida, me consuelo con Cioran, posiblemente sea sólo una hipótesis de trabajo.

Broadway, en la parte alta de Manhattan, es un gigantesco punto de venta. La calle no duerme. A cualquier hora se pueden conseguir sustancias, las que sean, para darse en la *torre*; y para todos los estilos: *crack* para los *grones*, heroína para los *yonquis*, cocaína para los *yuppies*; éxtasis para los *diskjockey* y los amantes del *acid house, trance,* o el *drum and bass,* variantes posmodernas del aquelarre electrónico; marihuana para un público diverso, que va desde el adolescente fiero hasta los enfermos terminales, que encuentran en sus efectos una relativa calma a sus dolores o para estimular el apetito de los portadores de SIDA. El consumo pese a que es indiscriminado, tiene variantes que se pueden estratificar por sectores o segmentos de población. Las sustancias para alterar el ánimo se han convertido en artículos de primera necesidad, forman parte de la canasta básica de los hogares neoyorquinos. Los informantes asimilan el fenómeno:

> Los gringos son sopladores; calefaccionan las neuronas con perico. Los encuentra por los lados de Central Park, Lower Manhattan, Chelsea, el SoHo o Roosevelt Island. Los manes le entran al centavito de los 8A o del escorpión, ¿me entiende? Cristal, coquito con escama, loco, sin corte. Usted aspira y con media línea, digamos de 15 miligramos, se siente Lautreámont dialogando con el viejo océano ¿Se acuerda del viejo George? El hombrecito era un oledor teso, sano, manejaba muy bien el balón; nunca, que yo sepa, se fue de balú; escribía empeliculao. Bacano, loco, bacano. ¿Sabe una cosa?, la nieve, si es calichana con denominación de origen, no aloca, garantía de las ofis. ¿Se acuerda de la pizza nostra, se acuerda? Yo gramiaba con clientes de Greenwich Village y Tribieca. Yo me preguntaba: esta gente se ve bien del coco, ¿porqué putas le entran al polvo?, pura gente bien, médicos, ingenieros, loco. Me conocían; más de una vez comía con los clientes o me invitaban a tomar café. Me entregaban el billegas y zanahorio salía a la calle como si nada. Mis clientes eran tran-

quilos, soplaban de fin de semana o para trabajar. Pura concentración. Serenos. El perico ayuda para jornadas de 15 o 20 horas de camello seguido. No lo digo por mí. No me gusta el coco; si me quiero embalar busco pepas. Me decía un arqui que el perico le daba finura en el trazo, nitidez en las líneas, y transparencia en el diseño de interiores. En Medallo conocí un pistoloco que bueno y sano no le pegaba ni al mundo hinchado, pero con una línea de perico en el disco duro, el man no fallaba un tiro. Yo agarraba la Kawasaky y la embalaba a 100 o 120, que es una posición de tiro difícil, por el viento, el ruido, el casco, y el hombre, pum pum, donde ponía el ojo ponía la bala.

En las transacciones el peligro ronda; los caliches lo saben y por eso mismo extreman precauciones.

Estos negros son unas mamacitas –comenta "Gustavón", bajando el cristal derecho del auto. Al menor descuido te están dando en la bezaca los malparidos. Hay que estar pilas, dar sus vueltones, me entiende, antes de llegar con los clientes. El jíbaro cuando está en la olla se tuerce. Nunca está demás cuidar el corte. A mí no me gusta menudear ni manejar puntos; que una libreta, un ocho. Nada. Uno no se puede abaratar. Y menos andar detrás de los jíbaros para que paguen los ochos. Menudear el material es negocio de los dominicos. Uno les entrega, tres o cinco kilovatios y ellos lo restean. El perico aguanta varios cortes, no tantos como la ache; bien o mal cortado, aguanta, depende del marrano. He visto los cortes en las cocinas y da lástima ver con lo que la gente se cerebrea. Pura mierda, cochinada. Los jíbaros son pecuecas. Yo conocí una pinta que, ahorita, entre otras cosas, lo traigo de liebre; hacía rendir los gramos como el divino putas; de un gramo sacaba 10. El man era un giroloco para mezclar. Esa mierda sí aloca. Una vez le vi hacer un corte con cal, anfetas y xilocaína. Una bomba, hermano. Vi la mezcla y dudé que pasara. El man llamó al catador y le sirvió una recta sobre el vidrio de un reloj de campana. El loquito alargó la nariz y de un solo golpe se tragó el material. Se puso lívido, pálido, como empeliculao de basuco. Parecía que el malparido se iba a morir. Pero no; estuvo ido un rato, hecho una soberana güeva; decía que la cabeza le daba vueltas y que le ardía la nariz. En este negocio uno siempre viaja grave, gravesito. La base mía es andar siempre a lo correcto; no como de nada, ni me da miedo que un día de éstos me toque perder el año; si toca oler formol, qué le vamos a hacer, olemos; el destino no se puede torcer. En medio de tanto peye uno tiene que mostrar la casta, probar finura. Así se trabaja en la oficina. Poseer casta es básico para un traqueto. La casta no se aprende, el que ha nacido pa' fino, nace fino. En la gallada uno aprende el glamur,

pero el varonazgo viene de adentro, del vientre; de ahí el cariño por la mamacita. Ella primero, siempre primero; el tránsfuga en cambio, el gonorrea, sólo sirve de tiroloco para que ponga los olios. Mueren temprano por pecuecas; así se esfuercen nunca les saldrá casta. Mire nomás a don Pablo, ese sí que era un miura.

La casta, símbolo de poder de una congregación de hombres violentos, sinónimo de varón, el que se la rifa: "si me han de matar mañana, que me maten de una vez. Que viva Cali, Chipichape y Yumbo, papá".

"Garfield" mira hacia uno y otro lado como midiendo distancias. Desde el interior del auto domina la calle. Me mira y sonríe como sólo él sabe hacerlo, pensando, quizá, en las peripecias de mi trabajo de campo. Estoy intranquilo. Me acerco. "Fresco mijo –agrega 'Pipo', ajustando el frío cañón de su Smith & Wesson, 38 corto, a la pretina del pantalón– que de otras piores hemos salido." Compañera inseparable, el arma es su segunda piel: "ningún parcero se compara con el fierro. Es como la mano, mijo, que nunca traiciona; aguanta las pajas y nunca le duele la cabeza. Siempre está puntualita para resolver entuertos, ¿me entiendes Méndez o te explico Federico?" Sonrío en un intento de desciframiento levistrosiano de ese mítico sortilegio de palabras; lenguaje esotérico, sólo para iniciados, idioma de los rincones, "mezcla rara de penúltimo linyera": lunfardo, caló, traqueñol. Sintaxis maleva de la rebelión sudamericana contra los flagelos de la incertidumbre.

Es curioso constatar cómo esta manera de hablar ha penetrado en amplios sectores de la juventud. En Cali, Medellín, Tijuana o ciudad de México, en los intersticios urbanos, e incluso, en zonas privilegiadas de fortuna, los adolescentes se han apropiado del vocabulario traqueto; la jerga, tal como lo planteaba Monod (1968) en su clásico trabajo sobre las bandas parisinas, se articula como ejercicio identitario; es el soporte lingüístico de un imaginario colectivo, basado en el arte del truquito y la maroma: la especialidad del *sudamerican dream* traqueto. Hartos del *establishment* los adolescentes reaccionan contra proyectos culturales que no consideran de su incumbencia; éstos no satisfacen necesidades espirituales ni su exigencia de certezas. En la apropiación idiomática de lo marginal encuentran una manera de sublevarse. Entender el lenguaje traqueto es difícil al principio. Con los días la magia de

estos bandidos modernos brilla con luz propia; y uno se deja llevar en un lento proceso de aprendizaje. Sus historias encandilan la imaginación. Seducen. Son personajes de un *thriller* cinematográfico que de repente, como en *La rosa púrpura de El Cairo,* de Allen, abandonan la pantalla y toman vida como realidad virtual. Se sientan a tu lado, toman un café y departen amablemente su periplo de aventuras.

–"Vaya al grocery y ponga cara de malo" –me ha sugerido "Garfield". Sigo sus instrucciones sin entender aquello de "poner cara de malo".

Un negro bembón compra cigarros en el *grocery.* Observa distraído a través del amplio ventanal que da a la calle. La greña rasta se pierde entre pastillas de chocolate y frituras del aparador. Mira el auto de "Garfield". Su cara se encuentra con mi inaugural rostro de malo. Da una amplia bocanada a un apestoso "popular" cubano sin filtro. "Garfield" acaba de dar su tercera vuelta y se ha detenido. Mira el reloj. "Era puro viaje de reconocimiento, pero lo normal es dar un par de vueltas ¡y vámonos!" –me explicaría luego. Sus ojos felinos se iluminan; no es una más de las acciones guerrilleras urbanas que lo hicieron temido y famoso en los ochenta, pero es el mismo hombre al frente de un operativo por el placer de otros ideales. Sus hombres cercanos lo apodan respetuosamente "El Estratégico": el espíritu conspirativo lo lleva en la sangre, nada deja al azar, todo se desarrolla en forma milimétrica, aun tratándose de una operación tan sencilla como la que se va a realizar. Compro una cerveza Budweiser y me detengo en la puerta. El coreano recibe el dinero y cierra con llave su caja registradora. "Gustavón" desciende del auto. Ajusta los botones de su chamarra de cuero, Calvin Klein.

Hace frío. En la esquina la cabina telefónica es un trofeo en disputa. Varios negros luchan por tomar la bocina. "Gustavón" espera su turno. Su mano derecha acaricia el metal. Mira a los negros con desconfianza. "Hijueputas, le he escuchado decir en situaciones similares, arrugando el entrecejo, si se me ponen al brinco los quiebro, negros maricas." Toma el teléfono. El ruido de una sirena llega desde lejos; sonido habitual de la urbe de hierro, la tierra de Pedro Navajas. En ninguna otra capital suenan tanto las sirenas y con tan inusual frecuencia como en Nueva York; ni siquiera en Washington, la capital del crimen.

Un ruido apenas perceptible se deja oír. El bembón mira su bíper. "¡Listo!" –exclama, golpeando la mano izquierda con el puño. Marca un número en su celular. Hace una señal y de inmediato uno de los hombres que vigilan en la esquina prende el motor de una Van azul de vidrios polarizados. Cruza la calle y se empareja con el Ford. Baja el vidrio y pregunta a los ocupantes: "¿Bien o pa'qué?"

Doto embi –responde "Garfield". El bullicio toma por asalto la calle. Hay revuelo. Los oledores presienten la presencia de alimento para soplar. El de la Van mira con recelo, ríe nerviosamente. Desde el teléfono, "Gustavón" ha pactado con el bembón los términos del intercambio: que nadie se acerque, excepto quienes traen el dinero.

–¿Tienen el biyuyo? –pregunta "Garfield".

–Simón –dice el de la Van.

–Plata en mano y culo en tierra –agrega "Garfield", sereno y cauteloso, mordiendo la antena de su celular. "Pipo" se aproxima a la Van y la revisa; quiere ver el dinero y constatar que sólo está el catador en su interior. Sube desarmado por la puerta del costado y se cerciora de que el dinero pactado esté en orden. El de la Van avanza, siguiendo instrucciones de "Pipo", dobla en la esquina y unos metros adelante se detiene. Un Nissan circula a vuelta de rueda, se empareja con la Van. El Nissan trae la mercancía. El factor sorpresa está en marcha. Una chica de negro desciende del Nissan con una bolsa de Wal Mart. Saluda coloquialmente mordizqueando unos lentes oscuros, y sube a la Van. El catador perfora los paquetes con una navaja Stanley, automática, y los examina, uno por uno, asintiendo con la cabeza. El polvo brilla sobre la punta de la navaja y se diluye en la lengua. Introduce el metal nuevamente y aspira: "humm, exclama abriendo los ojos, es buen coco". En esta operación no hay escapatoria, "Garfield" tiene todas las salidas controladas. El bembón lo sabe y si algo intentaba, por lo menos en esta ocasión, parece que "jugó a lo correcto". Nunca se sabrá. Cada transacción es una lotería, a veces se gana y otras se pierde. El intercambio se efectúa sin demoras. Cinco kilos de cocaína son transferidos a cambio de 150,000 dólares en efectivo. Es una operación menor y rutinaria; doméstica, "pero a mi 'Garfield', hijueputa, le gusta montarla de emoción".

Transacciones de más de 500 kilos traen el "sello de garantía" de las oficinas, el "seguro" de fuego de los patrones. Diversos exportadores entregan sus cuotas de mercancía en Colombia, y el patrón, jefe del clan, o dueño de la línea de introducción a los Estados Unidos, es el encargado de toda la infraestructura de transporte y entrega. La recepción y distribución en Estados Unidos la efectúan individuos como "Garfield". Este que era un sistema típico en los ochenta y parte de los noventa, fue el usado por el cartel de Medellín. Hoy en día los clanes, excepcionalmente exportan toneladas de droga, optando en su lugar por envíos pequeños. Aún así los clanes logran introducir aproximadamente cerca de 400 toneladas anuales de cocaína a los Estados Unidos.

En ocasiones y cuando el cliente es de confianza se abre una línea de "crédito de palabra". En este negocio no hay papeles que documenten las transacciones; todo se efectúa bajo rigurosos procedimientos de matemática mental; no hay letras de por medio. "El crédito de la palabra, es el crédito del varón." Lo que se debe se paga en los tiempos convenidos. Pasarse de listo en un negocio equivale a la muerte. Ni siquiera la eliminación física pone a los deudores a salvo de un crédito; tarde o temprano llegarán los herederos a saldar cuentas y a poner en orden a los testaferros para que entreguen las propiedades.

"Garfield" aproxima el auto al *grocery*. Subo de copiloto con mi cerveza a medio terminar y envuelta en una bolsa de papel, ya que no está permitido exhibir en la vía pública bebidas alcohólicas. De lejos el bembón nos ve partir. "En estos asuntos, hermano, hay que cuidar todos los detalles" –señala "Garfield". "Gustavón" se cambia al Nissan. "Garfield" hunde el acelerador a la retaguardia del Nissan. Urge llegar a Jackson Heights, "al cambuche, a encaletar la mosca". Es peligroso andar con dinero en la calle. "No se puede comer pan delante de los pobres" –comenta bostezando. Los hombres lucen contentos; retozan acariciando las vestiduras del auto. –"¿Cómo le quedó el ojito, papá?" –me preguntan maliciosos.

El auto desciende raudo desde Upper Manhattan y enfila rápidamente hacia Queens Boulevard. Del radio emerge, nocturna y aguardientosa, la inimitable voz de Henry Fiol:

Yo nací en Nueva York,
en el condado de Manhattan,
donde perro come perro,
y por un peso te matan...
El truquito, la maroma... ¡Ay bendito!

Garfield entró por primera vez a los Estados Unidos a finales de los ochenta, a través del *hueco,* nombre con que se conoce en Colombia, a la amplia frontera méxiconorteamericana. Nos encontramos en el *hall* de un céntrico hotel del Distrito Federal. Visitamos varios bares, tomamos algunas copas de tequila y hablamos hasta el amanecer. Teníamos muchas cosas para recordar, los "años de fuga" de la vida clandestina y la acción política, cuando la revolución comunista se anunciaba a la vuelta de la esquina y, desde luego, un capítulo inevitable, las mujeres, claro, en la vida y en la muerte, con su granito de arena en el desierto de las incertidumbres personales. A "Garfield" lo perdí de vista; esporádicamente recibía noticias de parte de amigos comunes. Años después, rastreando la ruta de Antonin Artaud entre los rarámuris, lo encontré accidentalmente en el poblado de Basaseachi, Chihuahua. Departimos largamente en compañía de un hombre de pelo a rape y facciones rudas. A lomo de mula, en medio de la noche, y por los inciertos caminos de la sierra Tarahumara, eludimos el cerco de una operación antinarcóticos que en aquellos momentos se desarrollaba en la zona. Ávido de información y, abandonado a mis intuiciones, acompañé a "Garfield" hasta el municipio de Ocampo, Sonora, a finiquitar una transacción de heroína con *chutameros* de la región.

"Garfield" es un narrador excepcional. Sus historias son francamente deliciosas. En ese momento, en un insoportable acceso de lucidez y de falta de prudencia, entendí que mi interés por los desvelos de la modernidad tomaba otro rumbo: drogas, ebriedad y prohibición; ingrediente que mantiene en ascuas y dislocado al mundo occidental. Quizá más tarde regresaría a la temática india y a las fatigosas y cómicas jornadas que evoca Barley en *El antropólogo inocente.* No más rarámuris, me dije.

Encontraré mis "dowayos"[10] en el asfalto urbano de Los Ramones, Dylan, King Cole, Auster y Easton Ellis. Meses después "Garfield" y hombres de su confianza me esperaban en Grand Central Station, la terminal de Nueva York. Bebimos como cosacos y por primera vez en mi vida fumé un Cohiba de 25 dólares, preludio inevitable de una faceta inédita en mis experiencias de trabajo de campo, esa metáfora campesina, "invención" de Malinowski para estudiar las sociedades tradicionales; sólo que ahora estaba en el corazón de una metrópoli, jugando al cosmopolitismo antropológico, y a la diáspora desterritorializada de Appadurai (2001), sin más cartografía que unos cuantos paisajes intuitivos y una dosis de buena suerte como metodología.

Por aquella época, el contrabando de cocaína sudamericana era ya un serio problema para la puritana Norteamérica. El consumo había abierto sus fauces: "La cocaína ocupa un lugar de privilegio en la mesa de las clases medias, articulando un escenario inédito en el campo de las adicciones", resumía un viejo ejemplar del *Times,* hallado por casualidad, en una de mis primeras y tediosas clases de inglés para inmigrantes.

Tan pronto se pone un pie en la mítica lengua de cemento de Manhattan, los ojos vuelan hacia los espectaculares rascacielos fundidos en la neblina del amanecer. Pasmado, creo sentir entre susurros un fragmento de *Heliópolis,* de Jünger: "Los gigantescos cristales tienen forma de lanzas y cuchillos, como espadas de colores grises o violetas, cuyos filos se han templado en el ardiente sol de fuego de fraguas cósmicas." Me enamoro de la ciudad; es amor a primera vista. Horas después, rodeado de la salvaje eficiencia de mis acompañantes, observo a los *ameriquenques* en el delirio escénico y el derroche muscular del éxtasis, la píldora festiva; inhalar cocaína en los baños de los restaurantes; y perforar las arterias con la punta de una navaja para depositar gotas de heroína. La utopía del sueño americano se transforma ante mis ojos en una *dystopía* o utopía congelada. Las grandes construcciones de corte ultrababilónico, seudorrenacentista, hiperrománicos o de factura posmoderna, simulan

[10] Los dowayos, tribu de Camerún. Nigel Barley hizo trabajo de campo entre ellos y escribió uno de los textos más irreverentes de la antropología de finales del siglo XX: *El antropólogo inocente.*

una cohorte viviente de monumentos tristes. La fragua de los nuevos Prometeos es incierta y melancólica. El secreto de la felicidad, sobre el que tanto tiempo especularon los filósofos del *American dream,* no radica en la libertad de empresa, ni de asociación ni en los avances de la técnica, el progreso o el ahorro maniaco. La búsqueda de la felicidad, como advirtiera Gore Vidal, es el verdadero bufón de la baraja.

Más que pensar en *The American Way of Life* como fuente de felicidad, los americanos del presente, al igual que los ingleses del siglo XIX, han descubierto, como en su tiempo lo hizo De Quincey, el opiómano más célebre de Inglaterra, que la felicidad puede comprarse por un penique, llevarla en el bolsillo del chaleco, o en medio litro de éxtasis portátil. El consumo de drogas ha dejado de constituir una opción individual –a la manera de los grandes iniciados orientales como instrumento de meditación, o de ascetismo en la tradición tántrica; o de creación para los poetas malditos, o en espacios más cercanos, los apaches y pieles rojas de Norteamérica, consumidores rituales de peyote, para ir al combate, o elevar el alma de sus muertos– y se ha transformado en el recurso por excelencia de una especie de adicción colectiva: inframundo de una novísima subcultura, construida en torno a la parafernalia de las drogas heroicas. No es una expresión elaborada de carácter contracultural, como en su época argumentaron los adictos militantes de la generación *Beat*: Ginsgberg, Snyder, Lamantia, Kerouac, Burroughs, Corso, Cassady; los jazzistas de Harlem, Miles Davis, o "las poetas que cayeron del cielo" (Anaya, 1998): Carol Murray, Marge Piercy, Diane Wakoski o Joyce Johnson. No. El estado de adicción colectiva que vive la sociedad norteamericana en la actualidad, no es un asomo ni siquiera en sus formas más elementales, de ese escepticismo creador del *underground,* tan característico en los jóvenes voceros de la corriente contracultural que se gestó a principios de los sesenta, en las grandes ciudades de Europa y de los Estados Unidos. La adicción de los noventa y principios del nuevo siglo es sólo la esencia de un escepticismo a ultranza.

Una sociedad tan altamente industrializada como lo es la de Estados Unidos, cuyo universo tecnológico maravilla, no sólo acumuló instrumentos que potenciaron su desarrollo, también gestó una crisis pública y glo-

bal, basada en la incertidumbre y la voracidad consumista de sus ciudadanos. Con el proceso de aislamiento y síntesis de los principios activos de miles de plantas, aunado al avance tecnológico, la industria química del siglo XXI, tiene entre manos la posibilidad de reproducir artificial y legalmente, millones de sustancias: más baratas y cómodas de transportar que un paquete de cigarros, y precios tan variados, como marcas de destilados de alcohol en los hipermercados (Mckenna, 1993).

La farmacia posmoderna, al develar los misterios de Eleusis, dio paso a las "drogas de diseñador" de los noventa. Hoy en día los norteamericanos están a siglos luz de repetir con Píndaro: "Bienaventurado quien, después de haber visto esto, inicia el viaje hacia las regiones inferiores. Conoce el final de la vida y su comienzo dado por Zeus." Eleusis ha dejado de ser una ceremonia iniciática nocturna para transformarse en una agresiva subcultura de sucedáneos químicos, donde lo importante es sentirse *in,* aun a riesgo de la intoxicación. El libre albedrío es violentado por los traficantes y los prohibicionistas. ¿No podemos, acaso, reivindicar el derecho a acceder a los estados alterados de conciencia, sin sufrir daño? Sí. Pero ese derecho está perdido, lo secuestraron en alguna parte constriñendo la facultad de reconstruir, lo que Mckenna llama el "eslabón perdido del entendimiento humano": ¿quiénes somos y hacia dónde vamos? La seducción quimérica del sueño americano, que obnubilara el entusiasmo de los inmigrantes, deseosos de seguir al pie de la letra la ética protestante del "tiempo es oro" ha cedido su turno a las consecuencias funestas de un amargo despertar: si en el *American dream* se hablaba del amor a la madre y al pastel de manzana, ahora debemos agregar el amor a las drogas, cerrando así el triángulo afectivo de la sociedad norteamericana de finales del siglo XX y principios de un nuevo milenio (Cajas, 1992).

Delincuencia, prostitución, envejecimiento prematuro, proliferación del SIDA y cerca de 10,000 casos de adicción prenatal en el área de Nueva York, nos recuerdan a cada momento la agonía contradictoria de la democracia estadounidense, tan lúcidamente descrita por don Alexis de Tocqueville a mediados del siglo XIX. La adicción colectiva desnuda y des-

carna el talón de Aquiles de la democracia norteamericana: el hambre de certezas. Más que una exigencia de tipo fisiológico, los hijos del Tío Sam tienen una espontánea, indudablemente trágica, exigencia de espíritu, que sospechamos, sólo podrá dirimirse en el terreno de la cultura.

El país de la oportunidad

En *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, el viejo remero observa con preocupación un barco atiborrado de inmigrantes, fondeando en el Hudson, y cumpliendo la reglamentaria cuarentena: "Un millón de dólares daría yo, dice el viejo soltando los remos, por saber a qué vienen. Por eso mismo, abuelo, le contesta el joven sentado a la popa, ¿no es éste el país de la oportunidad?" El país de la oportunidad del viejo personaje de Dos Passos contaba en 1900 con 76 millones de habitantes; de ellos, uno de cada tres había nacido en tierras del otro lado del Atlántico. La multiplicidad étnica agregó el componente racial, a la tradicional estratificación social, basada en desigualdades de clase, situación típica de países industrializados de Europa.

Así, no sin razón, los Estados Unidos ingresan al siglo XX con un fuerte conflicto de origen étnico, del que no ha podido desprenderse. La multiculturalidad es vista con recelo por los nacidos en suelo norteamericano, más aún cuando se trata de chinos, mexicanos o sudamericanos, considerados como un lastre para el desarrollo. Lejos de desaparecer, fundidas con el tiempo, las contradicciones de origen étnico se acentúan y cobran fuerza: el multicitado y mítico *melting pot* norteamericano es el recurso demagógico por excelencia en la disputa electoral entre demócratas y republicanos. La revuelta en Los Ángeles de 1993, tras los sucesos que culminaron con la libertad de los policías que golpearon salvajemente a Rodney King, un hombre de color, es fruto de la controversia étnica. Las campañas antidrogas se sustentan en criterios raciales: son los *niggers* los que han venido a envenenar el alma de los blancos; las drogas, se acusa, son antinorteamericanas. Las minorías sociales son estigmatizadas como portadoras de una catástrofe amenazante: el opio de los niños blancos. Los migrantes son los modernos hijos de Job, la bestia negra de la Biblia

de Jerusalén que entre la mierda se lamenta: "Mi aliento repele a mi mujer, fétido soy para los hijos de mi vientre." Los inmigrantes se han transformado en modernos chivos expiatorios y, al igual que Job, son obligados, o amenazados a seguir la girardiana "ruta antigua de los hombres perversos".

Los recién llegados optan por las grandes ciudades norteamericanas: Nueva York, San Francisco, Detroit o Chicago; sitios de refugio a salvo de los círculos viciosos de la pobreza ancestral de vastas regiones de la antigua Europa. El siglo XVIII registra grandes rebeliones por artículos tan elementales como el pan. El errático y tardío desarrollo industrial en el sur y este de Europa, además de la sucesiva quiebra de factorías manufactureras, orillaron a la orfandad económica y al desamparo a cientos de hogares rurales y urbanos. La única esperanza en el bolsillo era el edén americano; el mito que verbalizaron los marinos que desafiaron las tempestades y cruzaron el mar. Hacia 1900 la posibilidad de conseguir unos cuantos acres en la "tierra prometida" es una misión imposible; la región centro y noroeste está saturada de colonos. Los nuevos visitantes anidarán en los centros urbanos, con poblaciones de más de 50,000 habitantes, y laboralmente se ocuparán en el área de servicios. Nueva York es una ciudad atractiva para los inmigrantes que la hacen suya y contribuyen con la fuerza de sus brazos en la construcción de sus babélicos rascacielos. La ciudad fue poblada originalmente por inmigrantes holandeses y británicos; a mediados del siglo XIX se llenó de alemanes, irlandeses, italianos, chinos, y de negros esclavos que huyeron desde el sur y se instalaron en Harlem. La densidad de población es desmesurada y sin parangón en Occidente: 300,000 habitantes por kilómetro cuadrado en Lower East Side. Problemas, detectados ya en Europa, irrumpieron en la gran ciudad: macrocefalia urbana, mano de obra infantil, bajos salarios, barrios bajos, insalubridad, prostitución, delincuencia y consumo de opio mezclado con alcohol, el láudano de Paracelso.

La prosperidad económica de la primera década del siglo XX y la bonanza acumulativa de esa abigarrada urdimbre de viajeros ambiciosos, metamorfoseados luego en ciudadanos norteamericanos y estandarizados en el culto a la santa trilogía de perversiones nacionales: goma de mascar,

Coca Cola y hamburguesas. Los desfiles pintorescos, las comidas rápidas, Hollywood y los récords absurdos, las comedias musicales, el Gran Tazón y los partidos de beisbol, reforzaron hasta límites extremos el siempre mítico sueño americano.

El proyecto cultural de los Estados Unidos, cuya síntesis se refleja en Nueva York, surge vinculado a la experiencia cotidiana de sus migrantes. Entre 1820 y 1960 más de 40 millones de personas ingresaron al país; proceso migratorio sin antecedente en los anales de la historia universal. La inmigración influyó en todos los ámbitos de la vida cotidiana: la religión, el arte, la política, la industria, el comercio, la educación, los usos, las costumbres y las ebriedades. Nueva York, puerto de entrada de los inmigrantes, atraídos por ese faro impresionante que es la Estatua de la Libertad, es un enorme laboratorio social; síntesis como ninguna otra capital, de la experiencia cultural del mundo moderno.

La Gran Manzana, con sus obras monumentales de ingeniería sobre el East River, ofrece variados mosaicos culturales: como los de la avenida Broadway y sus teatros; el mítico Harlem, corazón negro de la música, refugio sonoro de Louis Armstrong, Ella Fitzgerald o Billie Holiday; de calles peligrosas e inhóspitas, bandas armadas y cabarets de jazz, el Apollo Theater o el Cotton Club, que dieron lustre al barrio en la época dorada de los veinte, antes de que la ley seca castigara a los amantes de la noche y sus calles se llenaran de maleantes. Harlem y El Barrio concentran población negra y portorriqueña. Importantes negocios de drogas se facturan en el interior de sus edificios quemados o semidestruidos. Nada que ver con el Financial Distrit ni el delirio arquitectónico de Lower Manhattan y las imponentemente trágicas Torres Gemelas del World Trade Center, hermanas modernas del nostálgico Empire State y su King Kong, en Midtown, desenrollando al infinito sus 433 metros de *art déco*. Fuera de Manhattan también encontramos mundos inéditos, perdidos entre los desconocidos suburbios de ladrillo rojo de Brooklyn, el Bronx, Queens o el distrito de Richmond, distantes de la mirada expectante de los turistas. Describir el paisaje urbano es apenas un ejercicio discursivo. Los viajeros invariablemente se refieren al contraste cultural que representa la ciudad de Nueva York; obviamente cada cual, según nos enseña, don Juan, el personaje de

Castaneda, tiene su forma de ver y de mirar. Desde cierta óptica se podría decir que Nueva York es Manhattan. Lo demás no existe. Es el epicentro de lo que Vicente Verdú llama "El planeta americano".

En las coladeras de la ciudad sobreviven los hijos de la posmodernidad, los herederos del sistema usurocrático y del mundo de los negocios: "Hacedor de fetos, con sus protagonistas podridos", al decir de Pound; habitantes de la atmósfera fáustica, las sutiles "abejas de cristal". Víctimas inobjetables de la fractura de la modernidad y su castillo de ilusiones.

Di no a las drogas

En una conferencia sobre abuso de drogas, celebrada en Nueva York, Nancy Reagan pide la palabra y recita al micrófono: "Tal vez precisamente nosotras como esposas y madres tengamos la tarea especial y el objetivo muy particular de crear un porvenir esperanzado y promisorio." Y cierra su discurso con una frase acuñada en Oakland, California, y repetida hasta el cansancio en el orweliano 1984: *Just say no!*[11] La victoriana señora ignora que el problema depende, en lo fundamental, de las formas como la sociedad incorpora las drogas a su cultura. Las sustancias no son peligrosas por sí mismas: el peligro emerge de la persecución implacable. La prohibición transforma las drogas en comercio mezquino, subterráneo y redituable. La droga-mercancía implica el uso de precursores químicos que son lesivos para el organismo.

> Pero el daño verdadero, el mal –para decirlo como las señoras o como los senadores norteamericanos– está en la ilegalización o mejor en la penalización del consumo. Ahí comienza el drama. La llamada sociedad moderna y civilizada, tratando de defenderse del "flagelo", termina creándolo, señalaba Alfredo Molano (cfr. Eastman, 1993: 15).

[11] El *Just say no!* se transformaría en México en el "Di no a las drogas", eje de la campaña antidrogas, cuyos resultados no han sido del todo afortunados. El aumento del consumo de sustancias psicotrópicas es cada día mayor en las principales ciudades del país. Y cada vez son más las "tienditas" de distribución de cocaína al menudeo, en el Distrito Federal.

Fenicios entre los fenicios y poseedores del alma más mercantil que haya conocido la humanidad (Dornbierer, 1991) los norteamericanos al incorporar al *American Way of Life* su amor por las drogas, no sólo aclimatan el espíritu, sino que descubren en ellas formas nuevas de enriquecimiento. Frente a una industria que genera tantos dividendos e intereses, resulta patético e ingenuo el "Di no a las drogas".

El *boom* de la cocaína en los Estados Unidos se inicia en los ochenta, superando con creces el tradicional comercio de marihuana, que tuvo su época de mayor esplendor en los setenta (Salazar y Jaramillo, 1992). En esta época se forjan de manera empresarial los cárteles sudamericanos de la cocaína y, tempranamente, se descubren los beneficios que reportan los llamados "dineros calientes" del narcotráfico, como fuentes de financiamiento para sostener conflictos en el extranjero. El término "caliente", es sólo una cortesía para darle una "connotación tropical" a los dineros mal habidos (Silva, 1997). Así por ejemplo, las llamadas "guerras de baja intensidad", que se desarrollaron como parte de la estrategia defensiva de las dos administraciones del presidente Ronald Reagan, incluyeron actividades clandestinas, a espaldas de las decisiones presupuestarias del Congreso. Investigaciones recientes, han demostrado que las principales líneas de financiamiento de la contrarrevolución nicaragüense, acantonadas en territorio hondureño, provenían de recursos obtenidos con el tráfico de estupefacientes, e igualmente sucedía con el apoyo logístico a los mujaidines musulmanes, Osama bin Laden, entre ellos, que luchaban contra el régimen prosoviético de Afganistán. Instituciones como la CIA o la DEA ejercieron cuotas de autonomía, para efectuar arreglos con los carteles sudamericanos de la cocaína y con los jefes tribales de la Medialuna Dorada del sudeste asiático, o montar actividades encubiertas como las operaciones Casablanca y Milenio. Situación anómala que se remonta a la Segunda Guerra Mundial, con las controvertidas operaciones de la Inteligencia Naval y el Departamento de Servicios Estratégicos de los Estados Unidos, cuyos contactos principales fueron la mafia siciliana y Green Gang, un narcotraficante de Shangai (Krüger, 1980).

Los primeros años de la década de los ochenta, muestran un fenómeno insólito, "el mercado americano se inunda de perico". La oferta

supera la demanda. Los precios caen de forma abrupta: de 70,000 dólares el kilo a la cifra insólita de 11,500 dólares; era tan exageradamente alto el volumen de droga circulando en la calle que fácilmente se coloca al alcance de los presupuestos modestos y de las clases medias. Detrás de este fenómeno, los informantes coinciden en señalar el rol desempeñado por la CIA en su estrategia de aunar recursos para sus campañas de desestabilización en Centroamérica, Afganistán e Irán, cabezas de playa en la agenda anticomunista de Reagan. Si en los sesenta la CIA había propiciado el contrabando de heroína China hacia los guetos negros y boicoteado la disidencia política radical de los movimientos negros nacionalistas (MacCoy, 1972) que en voz del poeta *beat* LeRoi Jones, reclamaban: "Queremos poemas que maten, poemas asesinos, poemas que disparen pistolas", ¿cómo, entonces, no asumir la hipótesis de Escohotado (1989), en el sentido de que el polvo blanco colombiano en los ochenta, representó una táctica gubernamental para contrarrestar la contracultura de los setenta?

Época difícil, los ochenta.

> Nunca –relata el informante– había visto a tanto jíbaro en la calle: la Roosevelt estaba túquia de jíbaros, de dos y hasta tres en cada esquina. Los precios cayeron una barbaridad: de 50 lucas a 10 el coso. Yo tuve un compa, que hacía sus bisnes con los monos, operaba en Miami. El barco llegaba hasta el muelle; los monos recibían la merca y la bajaban. Todo venía encaletado en el cuarto de máquinas. Trabajaron casi como dos años; luego los monos lo encanaron y le montaron cargos de conspiración. En ese tiempo se enfermó mucha gente; vender era tan fácil que la gente se tiró a la calle. Esto no es común en la gente del pueblito; uno arregla todo por teléfono y no da la cara. Pero en los ochenta, todos querían vender. Había trabajo para todos y los gringos compraban con gusto. Muchos paisanos se confiaron en que como las oficinas estaban traquetiando en llave con los tíos no iba a pasar nada. Se equivocaron. Hoy la gente sigue vendiendo a la lata y los gringos se quedaron soplando perico para siempre. El polvo es herencia de otros tiempos.

En los ochenta se transforman radicalmente los tradicionales códigos culturales del consumo de drogas y se accede a una masificación del consumo. Un proceso simbiótico de intereses políticos y económicos fragua una cadena disímbola de productores, distribuidores y consumidores. Insistir en el carácter exógeno del narcotráfico o del consumo es algo pare-

cido a la estupidez. La cocaína no llega a los Estados Unidos como resultado de una cruzada maligna de hombres diabólicos y perversos. La droga accede al público a merced de autoridades corruptas. El irónico planeta americano lucra veladamente con los recursos millonarios del narcotráfico; apuntala con ellos la pata coja de su economía: a principios de los noventa, según se registra en informes de la época, una cuarta parte de la población vive en condiciones de pobreza extrema. La economía registra un déficit en su balanza comercial, en el presupuesto fiscal y en su productividad. La estrategia posible para superar la crisis se tradujo en estimular el flujo de capitales extranjeros, a través de una política de altos intereses, contrarrestando el desequilibrio cambiario originado en el déficit del comercio exterior.

Los dineros calientes del narcotráfico contribuyeron a paliar el déficit de la economía norteamericana y facilitaron el crecimiento sostenido de los últimos 10 años; dato fuerte del *argot* publicitario del ex presidente Clinton. Resulta curioso constatar que las campañas contra el narcotráfico se plantean, no tanto como un mecanismo que elimine las causas del consumo interno, sino como un recurso de represalia en contra de la acelerada fuga de capitales. En efecto, gran parte de los capitales generados en los ochenta, abandonaron el territorio americano y se insertaron en las economías de diversos países sudamericanos, o salieron subrepticiamente, hacia los paraísos bancarios de Europa o las Islas Caimán. El narcotráfico mundial manipula cerca de 500,000 millones de dólares anuales; su origen delictivo no es impedimento para abrir el apetito de economías desarrolladas o de naciones con mercados emergentes. En el *background* de la aldea global el origen de los capitales no se adscribe a problemas de tipo ético o moral, sino a razones de utilidad o de racionalidad instrumental, o para decirlo con Charles S. Pierce, fundador del pragmatismo, esa filosofía sin la cual no se puede explicar la sociedad norteamericana: "Ideas y cosas deben ser valoradas por sus consecuencias de tipo práctico." Frente al dilema de los dineros calientes los capitalistas norteamericanos, no dejan de parecerse a Flitcraft, el puritano personaje de Dashiell Hammett, una de las plumas contemporáneas que más agudamente han olfateado en los intersticios del capitalismo. Flitcraft recibe un golpe indirecto de

una viga que cae estrepitosamente desde un edificio en demolición, primero se asusta, pero luego, sacudido por el impacto, de algo que pudo ocasionarle la muerte, siente como si alguien hubiera levantado la tapa que cubre la vida, permitiéndole ver su mecanismo (cfr. Bartra, 1981).

El gobierno norteamericano fue, en efecto, sacudido, no por el impacto indirecto de las drogas, sino por el potencial de los recursos que amenazan con escapar de sus manos. Es del dominio público que desde finales de los setenta las autoridades habían descubierto el "mecanismo" del dinero sucio. El golpe "indirecto" de las drogas levantó la tapa que cubría el suculento banquete de un negocio escondido: el lavado de dólares. Cerca de tres cuartas partes del valor de la cocaína se deposita en las cuentas cifradas de los capos de "cuello blanco", discípulos posmodernos de los delincuentes de alcurnia estudiados por Edwin Sutherland en los Estados Unidos. Sus nombres nunca aparecen en las fichas policiacas; son seres invisibles; discretos hombres de negocios y de la política. El trato que les otorgan las autoridades es discrecional. El anonimato del secreto bancario limpia las impurezas de la sangre: los centros financieros internacionales son, retomando a Rousseau, el ginebrino, esa "ley que el rico tiene en el bolsillo". Se modifica de acuerdo con las circunstancias. Los grandes bancos de Panamá, Bermudas, Curacao e Islas Caimán fueron, hasta 1985, epicentros del lavado de dinero; al ser intervenidos como consecuencia de la presión internacional, dicha actividad se superconcentró en los bancos privados suizos: Zurich, Ginebra, Lugano y Basilea (Ziegler, 1990).

Suiza, aparte de una excelente producción de chocolates, posee el primer mercado del oro en el mundo; asimismo dispone de un sistema bancario añejo, como los mejores vinos de las cavas francesas, sofisticado y funcional. Maneja sucursales en diversas partes del planeta. Son proverbiales, escribe Ziegler, la discreción, la eficacia, la amoralidad y el profesionalismo de los grandes señores de la banca helvética. Los bancos suizos reciclan dinero mal habido; lo han hecho durante varios siglos. El "emirato" helvético vive de esconder dinero. Sus leyes son laxas; en lugar de restringir el ingreso de depósitos, lo estimulan. La procedencia ilícita no importa, total, negocios son negocios, y los civilizados funcionarios de

la banca no son narcofóbicos. Lo políticamente correcto, incluso, pasa por un reconocimiento al ejercicio emprendedor de los empresarios del narcotráfico: el 17 de agosto de 1989, Carlos Marulanda Ramírez, ministro de Desarrollo de Colombia, argumentaba: "El país no puede darse el lujo de tener un sector real que tan sólo crece 2.5 por ciento al año. Esto tiene que acabarse y la mejor manera de hacerlo es exportando, tal como lo han conseguido con ingenio y malicia los narcos."

Nancy Reagan hablaría de nuevo, el 25 de octubre de 1988; en esta ocasión en la ONU. Su intervención fue menos desafortunada que la anterior. Llama la atención uno de sus párrafos: "El cártel de la cocaína no comienza en Medellín. Comienza en las calles de Nueva York, Miami, Los Ángeles y en cada ciudad de Estados Unidos donde se compra y vende crack. Es el consumidor de drogas quien permite existir el cartel de las drogas, quien proporciona el mercado y quien financia la empresa" (cfr. Eastman, 1993: 42). Olvidó mencionar que los cárteles, no los consumidores, dependen del sistema financiero internacional para la transferencia de sus ganancias: cuatro quintas partes de los dineros calientes se quedan en Estados Unidos. Pequeño detalle. La "felicidad abstracta" que menciona Schopenhauer, como eufemismo del quevedesco "poderoso caballero es don Dinero", no se guarda debajo del colchón ni en sacos debajo de la cama; se protege en soberbias instituciones bancarias. Allí, ese producto social, el dinero, que nunca ha dado señales de decadencia, según advierte Savater, y que según parece, sobrevivirá a los decadentes mortales, se reproduce y reina bajo el látigo de la usura: esa filosofía repugnante del capitalismo contemporáneo que Pound, el visionario poeta norteamericano, lapida en *Cantos.*

El negocio del narcotráfico requiere de la prohibición. La interdicción incentiva el consumo; estimula el mercado de lo prohibido. Círculo perfecto que explica el florecimiento de la sofisticada subcultura de las drogas en los Estados Unidos. No admite comparación alguna con la "generación de la otra realidad", la generación iniciática de los sesenta; aquella que hiciera de la ingesta de sustancias psicodélicas "un paseo a la luz de luna", según Morrison, el rey lagarto de The Doors.

Subculturas e imaginarios

¿Cómo entender el paisaje del narcotráfico y el consumo sin aludir a la cultura? Verdad de perogrullo. Los estudiosos, con el objeto de tejer la especificidad del fenómeno, deconstruyen la realidad en "subculturas": del narcotráfico, de la violencia o de la droga. Trabajos pioneros de la "subculturalidad" se encuentran en la tradición sociológica de la Escuela de Chicago y sus análisis sobre comportamientos diferenciados realizados en las barriadas negras y de inmigrantes; entre los teóricos del "interaccionismo simbólico" y de las "conductas desviadas". La existencia de subculturas no es un fenómeno individual de causas antropomórficas o genéticas sino resultado de procesos sociales específicos. Las sociedades, al reproducirse, requieren de la construcción artificial de los otros: el "chivo expiatorio" para justificar la ley (Girard, 1982); los "extraños" (Becker, 1971) para estigmatizar el acto prohibido e idealizar el orden. Chivos y extraños son figuras espejeantes que garantizan la cohesión social, piezas desterritorializadas del ajedrez de la subcultura. Usualmente se asocia falsamente la subcultura de la violencia o de la droga con un *ethos* tanático y autodestructivo. Se deja de lado una premisa biológico-social: "Los genes están involucrados en todos los niveles en la función del sistema nervioso y proveen un desarrollo potencial que sólo se activa en conjunción con el medio ambiente ecológico y social" (Genovés, 1991: 28). El concepto de subcultura usado por los antropólogos permite diferenciar, analíticamente, esa filigrana particular de prácticas y estilos de vida asociadas a los grupos de narcotraficantes y consumidores de sustancias, de la población total. La subcultura está asociada a otros ámbitos de la sociedad, no es un ejercicio conductual alejado o independiente de la economía, la política y la cultura en general. Los determinismos genéticos: "los colombianos son violentos por naturaleza", "los mexicanos son corruptos de origen", "los gringos son adictos de nacimiento", etcétera, son ingenuos y equivocados.

Peter Laurie, profesor en Cambridge, sostiene que de la innumerable gama de problemas sociales que aquejan a la sociedad contemporánea, el abuso en el consumo de drogas es de los más difíciles de abordar y de

los más inexplicables. Nadie en el mundo posee la respuesta adecuada. Si esto parece trivial, escribe, debe recordarse que, aunque se han publicado unos 10,000 trabajos científicos acerca de esta materia en los últimos 50 años (1,000 exclusivamente sobre los alucinógenos), la información sólida sobre el tema es asombrosamente escasa (Laurie, 1969: 7). La nuestra lo es, sólo agrega algunas pinceladas desde la perspectiva de la cultura, al boceto del problema. En la expedición a las subculturas de la muerte y de las drogas, hemos intentado leer entre líneas la realidad desnuda y descifrar algunos artificios expresivos de los *otros:* la incertidumbre, la melancolía, siguiendo la ruta de Hermes, el "padre de la hermenéutica y de todas las artes"; dios de los ladrones, volátil, ecléctico y ambiguo, sin fronteras, y con la capacidad de estar presente en todas partes. Aspiramos a "des-aprender unas cuantas verdades", demoler pequeños dogmas, tal como lo aconsejaba Bachelard en su lectura de Dostoievski, y aproximarnos a una explicación desde el ámbito de la cultura. Este es un espacio de discusión abierta. Entender la incertidumbre, el consumo de drogas y su secuela de violencia, obliga a leer la realidad como una construcción de la cultura. Más allá del cálculo maniqueo de las estadísticas policiacas y de la narcofobia, subyace un imaginario de significaciones que es necesario recuperar.

El "lugar antropológico", la subcultura del narcotráfico y los imaginarios del consumo están marcados por una coreografía de actitudes y formas de ver la vida, de sentir al mundo: un laberinto topológico de incertidumbres personales, donde el apetito de vida se funde con el consumo: imaginario mítico de vidas de papel, frustraciones y desencantos. Frente a un mundo carente de certezas, la droga es como una gota de agua en la lengua salada de un moribundo: "Placer para el dolor", al decir de Trent Reznor, el poeta maldito de la música *cyberpunk*.

La vida como epopeya

Frecuentemente las personas se miran como sujetos aislados, absolutamente independientes de los demás. Perseguir intereses propios, como esferas aisladas, parece ser algo sensato. La principal tarea de la vida es la búsqueda de

un sentido autoafirmante: Nada tiene de particular que, en la búsqueda de ese sentido, a la gente le parezca absurda su existencia (Elias, 1982). Desde esta perspectiva el consumo, producción y distribución de drogas, forma parte de un solo proceso indivisible: la individualización total. En el momento en que nos desprendemos de la cáscara de las fantasías colectivas que, en buena medida justificaban nuestra presencia en el mundo, entramos en el laberinto de las fantasías personales y de las esquizofrenias. El proceso de acumulación individual degenera en estados peculiares de regresión. No es necesario violentar los modelos teóricos sobre la conducta humana para entender que en la época presente la lucha por la vida, aparte de ser "una epopeya de difícil resolución" (Genovés, 1991), es algo sumamente complicado de explicar y de entender. La vida, escribe Durant:

> Parece ser demasiado intrincada y cambiante para que nosotros podamos comprender su unidad y su significado; dejamos de ser hombres y nos convertimos en individuos; no tenemos propósitos que vean más allá de nuestra muerte; somos fragmentos de hombres y nada más. Hoy en día nadie se atreve a estudiar la vida en su totalidad; el análisis da brincos y la síntesis se rezaga; le tememos a los expertos en cada campo y nos arrinconamos, por razones de seguridad, atados a nuestras estrechas especialidades (cfr. Genovés, 1991: 121).

Fantasear no es malo, desde luego que no. ¿Qué seríamos sin el grato poder de la fantasía? El problema es vivir un mundo de fantasías por proyección. La televisión, el video, el cine, la realidad virtual, estandariza nuestras emociones. No es necesario ir al encuentro de un velero fantasma en el Caribe, cruzar el Atlántico o el Polo Norte. Basta acostarse y reencarnar en los héroes de ficción del celuloide, soñar los labios sensuales de Lara Croft, la versión humana de *Tomb Raider*, degustar el derroche de ingenio tecnológico de *Matrix*, el erotismo *hentai*, o respirar la atmósfera asfixiante de los replicantes de *Blade Runner*. El consumo de drogas no sólo se refiere a un fenómeno de orden social, económico y cultural, sino también a un agudo proceso de crisis existencial, esto es, de incertidumbre y carencia de aventuras verdaderas, quizá de pasiones colectivas. ¿Cómo reconocerlo? La situación es homóloga al amor; dice Durrel, en *Baltasar*: "Si uno se enamora de una máscara estando a su vez

enmascarado, ¿cuál de los dos tendrá el coraje de quitarse primero el antifaz?"

De cara a la incertidumbre de los "tiempos modernos", descrita en imágenes por la magia de Chaplin, el consumo de drogas se abre en abanico como una fantasía por proyección. No son las drogas, claro está, las "puertas de la percepción", anunciadas por William Blake, ni el ilusorio camino al infinito de Aldous Huxley; o la fraternidad del amor eterno, de los *pranksters*; tampoco son las admonitorias puertas del infierno que la trompeta angélica entona en sus campañas de moralina sempiterna, o en los manuales de desintoxicación, a que son tan afectos los estadounidenses. El consumo es otra cosa. Investigadores de diversas disciplinas y nacionalidades avanzan a paso lento tras de diversas pistas. Este ensayo quizá sólo sea un inventario de circunstancias y soledades; no es para menos, ya lo decían los Rolling Stones: "Hay demasiado dolor y demasiada pena."

"Garfield", menos posmoderno que sus "majestades satánicas", argumenta a contrapelo: "Qué incertidumbre ni qué hijueputa; aquí lo que se está viviendo es una crisis generalizada del capitalismo tardío. Lenin lo anunció en los veinte. El consumo de drogas es para los gringos la madre de todas sus batallas." Callo. Cansinamente me dejo seducir por *Mi sueño,* de Willy Colón que fluye del pasacintas con su torrente de nostalgia:

Yo quiero esconderme, nena,
debajo de tu saya, para huir del mundo.
Pretendo también suavizar el enredado de tus cabellos...
Dale una transfusión de sangre a este corazón que es tan vagabundo.

Al fondo se observa el aeropuerto La Guardia, con su nido de sorpresas; parece un bloque de cemento emergiendo de un foso de aguas grises. El auto se detiene detrás del aeropuerto, al borde de las aguas infestas del pantano; masa fétida que tanto preocupara al gran *Moloch* de Nueva York, Robert Moses. "Garfield" espera la llegada de unos "pasajeros" que vienen de Colombia, vía Miami. Es un sitio *ad hoc* para la

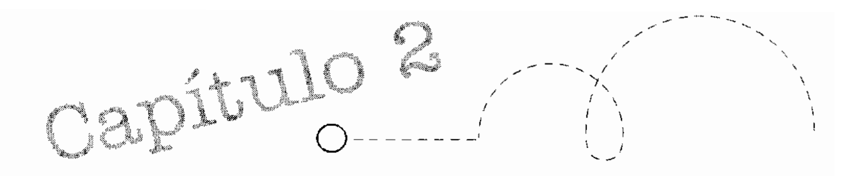
espera. Una hilera de teléfonos públicos sirve de coartada para estacionar los vehículos y no hacer sospechosa la presencia. Una morena de delicadas curvas completa la escenografía, rodeando con sus brazos largos el cuello de "Gustavón". El lugar es un falso parador romántico. Desde ahí se hacen operar los *celuloides* piratas, se habla con la familia, con los amigos y se arreglan negocios. Los diálogos transoceánicos hacen apacible la espera. Los celulares son gigantescos, se conectan al coche o funcionan con batería. Se sobrecalientan después de una hora de uso continuo. Sólo entonces se suspenden larguísimas conferencias telefónicas con los lugares más apartados e insólitos del mundo: Johannesburgo, París, Tokio, o el viejo rincón de una discoteca de pueblo en los Andes, donde invariablemente el "contacto de los Yores" ubica a los traquetos que le "mueven el material", y no para hablar de negocios sino para conversar y recuperar los chismes locales de las bandas: "se enfermó fulano, becaron a sutano, y le dieron lápida a perengano". Los fines de semana los traquetos se entregan a la salsa, perdidos entre el humo del cigarro y la semipenumbra brillante del neón. En noches como éstas recojo información satelital. Tecnología global para mi diario de campo.

El ingenio popular permite operar telefonía celular a bajo costo: por 3,000 dólares se "arregla" un celular para que opere seis meses, sin límite de llamadas.

> Es un camello nítido; se manipulan las claves, los números y, bueno, los satélites quedan para el servicio doméstico, sin huellas, sin registros. Se llama a la lata, día y noche sin problema. A los seis meses, como por arte de magia, no antes porque el servicio tiene garantías, la línea "se cae". El único riesgo es llamar a los cambuches dentro de los Yores. No se acostumbra por cuestiones de seguridad. El telefonito es para llamar al pueblo, recibir llamadas o marcar un bíper.

"Garfield" saborea un refresco dietético; palpa con preocupación su abdomen. Desde hace varios días está obsesionado con la idea de bajar de peso y reducir esa curva de la opulencia que lo obliga a ajustarse el cinturón por debajo del ombligo y a despojarse continuamente de la incomodidad de su pistola automática. Recientemente compró una bicicleta fija, pero sólo la usa para colgar ropa. Sus ojos, dos bolas inmensas

y felinas, escudriñan la distancia. Sus manos ávidas se hunden distraídamente en una bolsa de buñuelos, que minutos antes hemos comprado en una esquina de la Roosevelt. La oscuridad cubre el lugar y me hace reconocer mi condición de cómplice. Ignoro mis límites, conspiro involuntariamente. Nihilismo puro. Guardo la pistola de "Garfield" en la guantera, una Browning de nueve milímetros. El silencio nocturno me funde en una melancolía de introspección profunda. Despreocupadamente me hundo en el asiento del vehículo. Tomo el celular del "Capitán Morgan" y hablo largamente con mis colegas de México y Colombia. Me extravío en un monólogo intimista sobre los aspectos teóricos del consumo de drogas y el trabajo de campo: el geertziano oficio de los antropólogos, la narrativa etnográfica como ciencia-ficción, el psicoanálisis como una "rama de la literatura fantástica", los temas de moda en la literatura antropológica posmoderna; la nece(si)dad de *estar ahí* asumiendo una autoría, descifrando los inéditos urbanos, cosas, pues, de la observación participante. Abro la guantera y tomo nuevamente la Browning, fría y reluciente, miro las estrías para determinar el uso, calculo el peso, con cargador y sin él, para mi diario de campo. "Garfield" se sacude en su asiento. "Nomás de parche, viejo Juan, anda en este güiro" –dice, y se echa a reír, generoso y mortal. Regreso el arma a su lugar. Me reconozco en la incertidumbre de trabajar lo prohibido. No añoro la falsa placidez de Malinowski caminando en bermudas bajo el sol en las playas de una isla trobriandesa en el Pacífico occidental, donde perro no come perro, y por un peso... no pasa nada.



Dios es una sustancia

"HA HECHO falta tiempo para que mi concepción del mundo llegue a un punto en el que toda ella se funda en la frase: Dios es una sustancia." Con estas palabras resumía crudamente sus experiencias un heroíno-cocainómano, en carta dirigida a Louis Lewin, notable farmacólogo y toxicólogo alemán, autor de *Phantastica,* uno de los primeros tratados sobre drogas psicotrópicas del mundo occidental. "En cuanto a la acción que ha tenido la cocaína en mi personalidad –agrega la carta– puedo declarar honradamente que los últimos cinco años pueden contarse entre los más felices de mi vida y esto se lo debo principalmente a la cocaína" (Lewin, 1970: 298). Sin proponérselo, el anónimo informante de Lewin ha colocado frente a nosotros, una de las más certeras metáforas del mundo contemporáneo: "¡Dios es una sustancia!"

Dios no ha muerto, sólo ha metamorfoseado su presencia entre los hombres; su reino es de este mundo: reina en los alcaloides, en el corazón de los enteógenos: la *Amanita muscaria, Cannabis sativa, Atropa belladonna, Papaver somniferum, Erythroxylon coca, Anadenanthera peregrina, Lophophora williamsii, Banisteriopsis caapi,* o entre las casi 3,000 posibilidades de alteración nuclear de la molécula barbitúrica. El universo de las drogas es inconmensurable. No hay bodega en el mundo capaz de albergar las toneladas de drogas, legales e ilegales, que los modernos y sofisticados laboratorios producen diariamente en diversos lugares de la geografía terráquea. Un agresivo fantasma recorre los laberintos de la aldea

global, el fantasma de las drogas: el moderno chivo expiatorio, sustituto del temido comunismo anunciado por Marx en el manifiesto de 1848. Se rompieron las cadenas del *Ancien regime;* nos convertimos en personajes dóciles de una novela de ficción. Los eventos cotidianos al interior de la cultura planetaria, son evidencias de que la "capacidad humana para el comportamiento obsesivo y la adicción ha celebrado unas bodas satánicas con la farmacología moderna" (Mckenna, 1993: 15).

No es, sin embargo, el consumo de sustancias el origen de los problemas que amenazan la extinción o ruptura con lo mejor de la tradición cultural legada por el Renacimiento, el Siglo de las Luces, la Revolución francesa, y la Declaración de los Derechos del Hombre. Si Occidente, como el navío en peligro de Maldoror, lanza cañonazos de alarma, pero zozobra, de forma lenta e inexorable, es debido a la prohibición, al mercado criminal de sustancias sintéticas adulteradas: el barco naufraga atrapado en la red de intereses de los contrabandistas. El Estado, con todo y sus instituciones, está a merced de los napoleones de "cuello blanco" del crimen organizado. El uso recreativo de las drogas se transforma en peligrosa alienación. Se sacrifica la aventura del "paraíso artificial" por los incontrolables sucedáneos de diseñador. El paraíso puede ser, no el opiano éxtasis de Cocteau (1999), sino el infierno de la dosis mortífera de las metamfetaminas fumables, los *speedball* inyectables de heroína y coca, o el amargo hachís cortado con mierda de burro que encontré en el viejo barrio del Chiado en Lisboa; *chocolate* mezquino que hubiera avergonzado a Pessoa, el poeta de la ciudad de la melancolía. Advenimiento del premonitorio *Shock del futuro*, de Toffler. El consumo o la automedicación es una decisión estrictamente individual, de libre albedrío, como el derecho al suicidio asistido o ha practicarse un aborto. No tiene nada que ver con problemas de moral pública; el mercado negro transgrede el derecho a la automedicación; en contra de su voluntad, el usuario es envenenado con sustancias adulteradas.

El trasiego y consumo de drogas lícitas e ilícitas es un fenómeno de dimensiones planetarias, cruza las fronteras de sur a norte y de oriente a occidente. Ni siquiera la muerte ha sido capaz de persuadir a consumidores y comerciantes. Los datos estadísticos que se manejan son relativa-

mente confiables; los porcentajes de producción y consumo son siempre aproximados y proceden de reportes gubernamentales o policiacos. Al hablar de consumo debemos acudir no sólo a la estadística, sino también a la semiótica de los signos de la calle, el cine, la radio, la televisión, la moda, etcétera, y ejercer cierta dosis de *scopiofilia* o pasión por la mirada. Los *media* son extensiones de nuestros sentidos y de nuestras funciones: la rueda es una extensión de los pies, la escritura una extensión de la vista, el vestido una extensión de la piel, los circuitos electrónicos una extensión del sistema nervioso central. Modifican y con frecuencia perturban, nuestras relaciones con el mundo circundante (McLuhan, 1980). Los medios de comunicación han transformado radicalmente nuestra cultura; "el medio es el mensaje" formulaba McLuhan. Los referentes simbólicos del consumo de drogas viajan a través de los medios, y ambientan una estructura significante fantasmática: estímulo mutante, visual, auditivo, escritural: suma de la construcción de un imaginario del consumo.

Interpretar la cultura del consumo de drogas obliga a utilizar una heterodoxa amalgama de fuentes; inspirados en una suerte de eclecticismo ilustrado hemos preferido la "invasión a la evasión". Descifrar los signos es el reto. Tema difícil. Advertía Derrida (1990) que uno de los problemas es que el vocablo "droga", no es un concepto, sino una consigna usada socialmente para evocar el mal. Pero ni el bien ni el mal existen, planteaba Spinoza en *Las cartas del mal.* Asumida como consigna, la droga es un fantasma. La visión apocalíptica que amenaza el mundo de los vivos. La incertidumbre contemporánea se presenta como un inmenso texto cultural de páginas abiertas. Si el mundo se representa como un texto, nada mejor que penetrar la realidad, desde el paradigmático "giro lingüístico" en que la filosofía, la literatura y las ciencias sociales, confluyen en un solo lenguaje, superando el relato tradicional.

Pasadas las 10 de la noche, un auto silencioso se aproxima a nuestra "sala de espera" en La Guardia. Es "Malena", una chica de ojos claros, piel canela, elegante y desinhibida, que llega con los *pasajeros*, una pareja de mujeres jóvenes y atractivas, "muñecas bravas bien cotizadas". Se reclutan en Colombia, Argentina o Brasil, en sectores de clase media, sin más requisito que la piel blanca, y estar fuera de los prontuarios policia-

cos, ejerciendo, además, actividades legales que no despierten la atención de las autoridades, y que les facilite obtener visa de entrada a los Estados Unidos. Vienen en avión o en cruceros marítimos, y transportan la mercancía camuflada en el equipaje, generalmente entre 10 y 20 kilos, o en el abultado estómago de una fingida gravidez. Si es heroína, la carga vendrá oculta en los intestinos en sobres de látex, 200 o 300 gramos en una mujer de complexión delgada, sin embargo "algunas chimbas, una Amparito Arrebato, pueden comerse casi un kilo, o acomodarse unas 'grapitas en el culo o la vagina, sin problema'".

> Es gente que se ubica abajo, sana, sin problemas de seguridad; completamente limpias –me informa "Garfield". Son peladas frescas. Un ida y vuelta les deja, fuera de impuestos, como cinco o diez lucas. Un dineral comparado con lo que pueden ganar en un camello normal. Se les paga pasaje y viáticos. De regreso bajan billetes; por 100 lucas, se llevan cinco, o diez de comisión, dependiendo de la urgencia. O, en últimas, la gente se queda en los Yores, y eso ya es ganancia. Subir un paciente por el hueco sale en tres lucas.

"Malena" sigue de largo en dirección al lugar donde entregará la mercancía. "Garfield" sigue el auto a prudente distancia. Los precios están a la alta y es necesario *cortar* y lanzar cuanto antes la droga a la calle. Mientras circulamos "Garfield" me explica, con tono erudito, los misterios de la *mama coca*:

> La coca es un arbolito chicorio de uno o dos metros. Se da más grande, pero no es de los mejores. Hoja verde, brillante y esponjosa, de tronquito medio rojo. Se siembra en los Andes, también en Japón y creo que en Vietnam, pero no es de la misma calidad. El cocinero es quien mejor sabe de estas cosas. Tienen nariz para detectar la calidad y la denominación de origen. La mejor coca es la que se siembra en los Yungas o en El Chapare bolita: es un alcaloide rico en cantidad y súper concentrado. De ahí sale la Uno A. No es mechuda, tiene poca hoja, pero concentra una potencia del divino putas; el alcaloide viene a la lata. Son cortes de altura, a 1,000 y 2,000 mil metros sobre el nivel del mar. Las culturas de países como Perú o Bolivia carecen de explicación si no se echa mano al memorial de la coca. Dicen que la coca estuvo entre las primeras cosas que los indígenas regalaron a los españoles. La mama coca es una diosa para los indios; los indígenas actuales así lo siguen considerando. Los

"quintines",[12] dicen, nunca entraron en combate, sin antes montar un ritualito de hojas. Cuando atacaron, por primera vez, en Santander, cuentan que algunos llevaban un atadito de coca al lado de las cananas. Con hojas frescas se acariciaba el cañón de los ak 47. Para los indígenas mambear coca es algo cotidianísimo, ancestral, siempre lo han hecho y, es lógico: en una zona con marcados problemas de pobreza, de miseria, donde el maíz escasea, el frijol es un lujo y la papa no aparece, la única opción es la mama coca; ¿sabe por qué?, porque la coca quita el hambre. Así de fácil: comprime el estómago y no suelta, amarra. Un bolo de coca con cal, se mastica lentamente; en contacto con la saliva se libera el alcaloide, no lo empelicula, nada más quita el hambre, el cansancio y la fatiga muscular. La gente trabaja y no se cansa, no se arrugan para nada; usted los ve y están dele, dele y dele a un azadón, ocho, doce horas; su resistencia es suicida. El problema es que los indígenas se alimentan mal, comen una sola vez al día; cargan con una desnutrición de misia hijueputa. Para los indios del Cauca o digamos de Vilcabamba, en Bolivia, la coca no es como la pensamos nosotros, una droga, sino comida. ¡Agárreme ese trompo en la uña! Comida. De ahí surgen casi todos los problemas, los malentendidos: lo que para unos es una planta sagrada, casi que principio y fin de todas las cosas, para otros, digamos para los gringos, es el punto de partida del Apocalipsis.

"Garfield" conduce con cuidado. Se detiene en los semáforos; es respetuoso del reglamento de tránsito. Siempre atento, no descuida los movimientos en la calle. Sabe que para traquetear debe conducir a la perfección. Observa a los policías en las esquinas, pero no se altera en lo más mínimo. Tranquilamente retoma el hilo de la conversación:

El procedimiento de cocina para sacar el clorhidrato no es complicado y se puede realizar de forma superartesanal. Por mucha tecnología que se le meta al procedimiento, como era el caso en los laboratorios de Tranquilandia, en el Caquetá, de la gente de Medellín, o del resto de cocinas que han capturado en el Magdalena Medio, el asunto es sencillo. La diferencia entre la pasta básica que sacan los campesinos en sus laboratorios de tambor y los que se sacan en la oficina, es solamente de calidad; las impurezas se filtran con mayor facilidad, porque son laboratorios montados en medio de los platanales. Cuando se cae un laboratorio, las pérdidas van por el lado

[12] Se refiere al grupo guerrillero Manuel Quintín Lame, compuesto exclusivamente por indígenas de la etnia páez, en Colombia. Tras un largo proceso de negociación abandonaron la lucha armada y se reintegraron a la vida legal. Algunas de sus reivindicaciones culturales están contenidas en la Constitución de 1991.

de la merca que decomisan, no por las instalaciones o la infraestructura. Un solo cruce bien hecho costea toda la infraestructura. Un cosito necesita muchas horas-hombre de trabajo.

Teniendo la hoja y los líquidos, cualquier fulano con conocimientos de química elemental y un poco de cuidado obtiene el sulfato; porque le digo, manipular los líquidos es como si uno estuviera preparando un bombón: al menor descuido y en "átomos volando", como dice el Himno Nacional. Imagínese la cocina: un cuarto bien cerrado, sin rendijas sueltas, en medio de thinner, kerosene, gasolina, ácido sulfúrico, carbonato de sodio, amoniaco, permanganato de potasio, acetona... ¿Se imagina? Es una bomba de tiempo.

El proceso de cocaína es sencillo: agarra un tambor de gasolina, vacío, y lo llena con hojas de coca, más o menos arriba de la mitad, coge un garrafón de gasolina y chorrea en círculo, suave, tirando tranquilidad, sin apresurarse; se trata de mojar las hojas, que medio naveguen. La gasolina es un solvente; si no hay gasolina, usté no se preocupe, mijo, que para eso el capitalismo es multifacético, le echa thinner, también un poco de acetona, ácido clorhídrico y éter, luego agrega carbonato de potasio, si no lo tiene, igual puede servirle cemento Portland, o un abono fosfórico rico en cal; por eso no hay problema, de todo se da en la viña del señor. Todo a su debido tiempo. El orden de la mezcla son tips de los cocineros; ¿se imagina un man que no sepa reemplazar un solvente o calcular la medida de los precursores químicos?, pues no sirve; esto requiere de dialéctica, locuaz, de lo simple a lo complejo. Y mucho cuidado, la mezcla es explosiva. Una chispa de cigarrillo y el laboratorio vuela. Deja el asunto listo en el tambor y espera que los líquidos penetren; luego agarra una espátula o un palo de escoba y empieza a menear; si el tanque es más o menos responsable aguanta, pues un escape es mortal. Se deja de un día para otro para que las hojas amarren.

Al día siguiente, una vez revuelto el masato, se sacan las hojas y se muelen en un molino de maíz; esta es la parte más tenaz porque la molienda llega a durar toda la noche; no hay descanso: termina un moledor y agarra el otro, parejo, a veces son dos o tres, dependiendo de la cantidad de hojas. Si son 1,000 kilos, échele pluma cuánta gente necesita. De la molienda sale una masa verdosa; usté la agarra y la mete en tambores de plástico con agua, y pilas, locuaz, le va echando poco a poquito, y bien calculado, ácido sulfúrico; si se le pasa la mano echa a perder el trabajo, porque el ácido se puede comer el alcaloide, ¿me entiende?, es pura química, loco. Sigue batiendo, suavenol, hasta producir la precipitación, la liberación del sulfato. ¿Sí me entiende? La pasta de coca se va al asiento: es sulfato de cocaína, base, pues. Se filtran las aguas, para separar las hojas del sulfato. Se extrae el sulfato y se pone a secar; puede usar un foco de carro, o un bombillo de 200 wats, o un horno de microondas. Tiene que estar pilanderas, porque al menor descuido quema el sulfato y lo achicharra.

El masato de hojas molidas no se bota, usted las agarra y repite el procedimiento, hasta que suelten todo el sulfato; hay quien lo tira con la primera exprimida, pero un cocinero de calidad sabe que puede seguir sacando provecho. La base se echa para adelante y se extrae el clorhidrato de cocaína, que es ya cocaína para el mercado; es la parte más delicada: usted comete un error y el sulfato desaparece como por arte de magia. En este proceso muchos cocineros se han muerto, porque vienen y no calculan bien, se les pasa la mano en algún líquido y el clorhidrato no aparece como es debido, y el que ha mandado a hacer el trabajo cree que lo avionaron; si usté se va de balú con el ácido sulfúrico, el clorhídrico o la acetona, se le puede perder casi la mitad de la merca, sobre todo si no es base oxidada.
Parece fácil pero tiene sus bemoles. Agarra la base y la mete en agua pura, en un recipiente de plástico, revuelve, deja unas horas; agrega ácido sulfúrico y un tolis de beicon soda; al contacto se forman unos círculos blancos y los granitos se pegan a la espátula. Revuelve. Aparte se agarra un recipiente plástico, se le amarra alrededor un trozo de tela blanca, y encima se acomodan filtros de papel; inmediatamente se toma el primer recipiente, el de las aguas, y se vierte el contenido en el segundo, el de los filtros: el agua pasa de chori y en el filtro va quedando el clorhidrato, blanco, blanquito, si la base ha sido buena, si es malanga queda medio rosada. Se desata la tela, se toman las puntas por arriba y se exprime dándole vueltas para que escurra. Se abre la tela y sobre el filtro queda la cocaína. Una masa blanca, húmeda. Se deja secar; luego se arman los kilos con la prensa para la venta. Y eso es todo.
Las oficinas trabajan con todas las de la ley: mesas, probetas graduadas, torteros, moledoras eléctricas, hornos de microondas, máscaras, e infraestructura bacana, con cambuches para los trabajadores, buena merca, lo que quiera; hay cocinas que producen 100 o 200 cosos en una semana; camellan empresarialmente: turnos, control de calidad, vigilantes, bueno, cual debe ser; a veces mueven hasta 100 manes en una sola cocina, para una sola hornada. Obvio, es una merca de primera calidad. Pero igual, hay gente que camella en cocinas chiquitas, en medio de las matas de café y los plátanos. Es una merca de un 60 o 70 por ciento de pureza; sólo las oficinas sacan mercancía tipo monja, casi pura, gurmet para exportación. La técnica la trajeron los gringos; fueron los monos los que enseñaron a los campesinos a preparar perico. Dicen, hermano, que los pioneros del negocio fueron los Cuerpos de Paz y el Instituto Lingüístico de Verano; de eso hace como 30 años: llegaban con el cuento de enseñar religión y traducir la Biblia a los dialectos indígenas, pero sólo de mampara; bajo cuerda hacían labor de zapa contra la gente organizada y enseñaban el cultivo de la coca. Necesitaban droga para los soldados. No había cárteles, el negocio era semioficial.
Sin embargo, fíjese, en Estados Unidos los gringos no tienen cárteles. Tienen la mafia pero es una estructura organizativa distinta, controlan otro tipo de negocios: sindicatos, prostitución, juegos, y últimamente droga. La tendencia a largo plazo es de

colaboración con algunas familias, aunque se han hecho algunos trueques de coca bajo el agua. Los lazos de sangre son fundamentales para los mafiosos. En Colombia no hay mafia, sólo grupos de interés, de gentes que se asocian y aportan capital para enviar droga; se les llama cárteles, pero es más literatura que realidad. La mafia colombiana es un mito, un cuento, sencillamente no existe. Pablo era traqueto, pero en nada se parecía a un capo siciliano. El Cártel de Medellín fue un cuento que inventaron los gringos. La hegemonía del Cártel de Medellín, si acaso, sólo se dio cuando Pablo se enfrentó al Estado colombiano, y exigió detener la extradición. Eso fue a finales de los ochenta, con la muerte de Luis Carlos Galán (1989), y la campaña militar que lanzó Virgilio Barco contra Pablo, "el Mexicano" y los Ochoa. Ahí sí Pablo impuso su autoridad y toda la gente que operaba en el negocio tuvo que cooperar con dinero para financiar la guerra. Los que no quisieron entrarle al asunto, los que se hicieron los locos, se fueron de viaje a la eternidad, los Galeano, los Moncada, y se aceleró la ruptura con la gente de Cali. Ese es otro cuento.

El negocio grande de la droga no reside en los exportadores, sino en la distribución; el nivel de ganancia, con corte y todo es altísimo. Si un coso la oficina lo pone en 20 yo lo entrego en 23, saco mis 3,000 y deslindo responsabilidades; lo que el cliente haga con el perico es problema de él. Las oficinas nada tienen que ver con los cortes, ni con los precios que los revendedores ponen en la calle. Los compradores reciben un coso en 20, y mínimo se ganan 60 lucas, restíandolo; hay quien dice que sacan hasta 500,000 por coso, pero eso es una exageración; por lo menos no en Nueva York, bueno, en Alaska los precios están altos, igual que en Japón, donde uno fácil pone un coso en 100 lucas, antes quizá, pero con tanta merca en la calle un coso se cotiza bajo. La oferta de cocaína en Estados Unidos es tan grande, que muchos prefieren dejarla en El Rancho (México) e igual el negocio es redondo. El problema es que la masificación del consumo ha abaratado los precios. El perico no aguanta tanto corte; un oledor fino pide perico bueno, sólo los muy viciosos, reciben perico cochino, lo que sea. La única forma de controlar la calidad es el precio: si le ofrecen merca barata, desconfíe, el material de primera calidad es caro.

El negocio de la cocaína es un oficio peligroso pero rentable; sus operadores se mueven como verdaderos profesionales de la industria. La moral no importa, sólo los buenos negocios. Y si todo hombre es un "delincuente en potencia", la posibilidad de entrar al oficio y aprender, es grande. Las utilidades del negocio sólo son comparables con la industria militar. Es un crimen redituable; el foucaultiano "discurso del patíbulo", la sentencia prolongada, o el riesgo interno de la actividad, como amenaza, resultan obsoletos recursos de persuasión:

En la Unión Americana/un tiempo fui prisionero
Cinco años pasé cautivo/en ese maldito infierno
No volví a ver a mi esposa/la encontré en el cementerio
Tengo unas cuentas pendientes/que no he podido tocar
Mi gente ya trae la lista/de los que hay que levantar.[13]

"Garfield" calla. Él, al igual que sus colegas, es parte del eslabón de un negocio que germinó en tierra americana escudado en la prohibición. El *gangsterismo* es una invención gringa, surge del "lucrativo negocio de violar la ley en un sector determinado" (Shoell, 1965: 233). Los grandes sindicatos del crimen nacen como hongos después de una tormenta, escudados en leyes que atentan contra la libertad individual: La War Prohibition Act de 1919 o la Enmienda XVIII de 1920, que prohíben la venta de bebidas alcohólicas. Hombres como Diamond, Lansky, Schultz, Rothstein, se erigieron en cabezas de la "mafia norteamericana" manipulando el negocio de los alcoholes; asociaciones secretas de origen siciliano, que los medios de comunicación gustan de comparar con los cárteles. Según informes de inteligencia, una vez derogada la Enmienda XVIII, en 1933, los capos se reunieron en secreto para dirimir sus diferencias, garantizar la coexistencia pacífica y reordenar el contrabando de heroína y cocaína, prohibidas por el Congreso de la Unión Americana. Tal como lo profetizara el legendario Rothstein, el futuro del crimen organizado dependía del comercio de drogas (Tompkins y Salerno, 1973). Cuatro décadas después, hombres como Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha, y el Clan de los Ochoa organizaban desde Colombia los primeros embarques de cocaína a través de Frederick Luytjes, propietario de Air America (García, 1991).

Comer la comida de los dioses

Las drogas son sustancias químicas del más variado tipo; pueden ser de origen mineral, vegetal o animal. Introducidas en el cuerpo poseen la vir-

[13] Octavio Ventura, *Entre polvo y metralletas,* interpretan Los Incomparables de Tijuana, s.f.

tud de modificar la percepción, el estado de ánimo o contribuir a la expansión del conocimiento. El *quid* del problema radica en quién y cómo las introduce al organismo. Se sabe que el uso de vegetales como droga es, incluso, más antiguo que los hombres. La hoja de *Aspilia*, tiene como principio activo la Tiaburina-A, un aceite rojizo que de acuerdo con las investigaciones de Rodríguez y Tower sirve para sanar molestias estomacales. La *Aspilia*, antes de ser usada por algunas poblaciones de África, era utilizada con iguales propósitos por algunos primates. Los zoólogos han encontrado la hoja sin digerir en los excrementos de los chimpancés (cfr. Mckenna, 1993). Las comparaciones de consumo entre animales y hombres son inevitables. Hay, sin embargo, una línea que marca la diferencia en términos de selección natural, entre el consumo animal y el propiamente humano: el acto racional que facilita la experiencia, y en consecuencia el origen de la gastronomía y la farmacología. Los perros siguen comiendo hierba de la misma manera que lo hicieron sus antecesores. Los hombres, no. La hoja de coca la siguen masticando los aborígenes andinos de la misma forma que lo hicieron siempre; no obstante Occidente introdujo el milagro de la farmacopea y, tras procesos de síntesis de los alcaloides, transformó la hoja en cocaína para ser aspirada, fumada o inyectada. El salto evolutivo de la hominización se debe en gran parte al descubrimiento y uso de las plantas, unas para alimentar el cuerpo y otras para trascender la realidad. La última evidencia de los homínidos herbívoros, comedores de plantas, quizá lo sean los chamanes contemporáneos, receptores calificados del mensaje enteogénico.

El hombre es lo que come, y el acto de comer implica un proceso de recuperación, de introspección sobre lo que se introduce a través del tubo del esófago. La acumulación cognoscitiva permite un salto intelectivo a través del cual se disecciona el entorno natural y se accede a una elaboración taxonómica que determina lo que es apto para la retroalimentación energética, calórica y proteínica y lo que sirve para fines de trascendencia o de "colocación" en grados superiores de conciencia. Se opera, pues, un proceso de simbiosis entre el hombre y las plantas y, desde luego, con los animales. En el proceso evolutivo el homínido, fue primero recolector, es decir comedor de plantas, luego lo fue de anima-

les; en millones de años se transformó en cazador-recolector. En el camino acumuló hábitos alimenticios fundamentales, que explican el aumento en el tamaño del cerebro, la organización neuronal, el comportamiento y, en síntesis, los grandes saltos evolutivos: desde el *Homo habilis* hasta el *Homo sapiens*, según la opinión de paleontólogos como Charles Lumsden y Edward Wilson, citados por Mckenna.

En este braudeliano proceso de "larga duración" existen pasajes ocultos, que ni los primatólogos evolutivos ni los antropólogos físicos, han logrado aclarar, sobre todo en lo que respecta a la rápida triplicación del tamaño del cerebro y en consecuencia la transformación en la organización social de los homínidos. Mckenna sostiene como argumentos la idea de que algunos factores químicos –alcaloides de las plantas– existentes en primigenias formas de la dieta protohumana, catalizaron y dieron forma a la emergencia de la autoconciencia humana. Componentes psicoactivos alucinógenos como la *Psilocibina, Dimetiltriptamina* y *Harmalina*, probablemente contribuyeron a potenciar la facultad de procesar información y reorganizar la capacidad operativa del cerebro, coadyuvando a su repentino aumento de tamaño. Bajo esta óptica podría plantearse que el consumo accidental de *Psilocibina* contenida en los hongos que crecen en la deyección del ganado modificó por completo los parámetros de la selección natural. Siendo la *Psilocibina* un estimulante del sistema nervioso central y un catalizador de la imaginación, puede sugerirse que contribuyó, no sólo a la reproducción humana sino también al desarrollo del lenguaje y la religión.

La interacción simbiótica entre el hombre, las plantas y los animales, genera escenarios evolutivos inéditos. El hombre no sólo accede a los recursos cárnicos de la vaca, que modifican la ingesta de calorías, sino también a una variedad de hongos ricos en *Psilocibina*, que sólo crecen en el estiércol del ganado, y que contribuyen a potenciar sus sentidos. También aprende a manipular el veneno de algunas variedades de sapos, que según se sabe, puede ser utilizado como agente psicoactivo (Ott, 1996). Estos mecanismos de interacción se encuentran presentes en numerosos mitos, la mayoría inventariados por los antropólogos, y presentes en la recuperación contemporánea que se hace del chamanismo y

de experiencias de consumo con vegetales psicoactivos como el peyote, los hongos, el yagé o ayahuasca amazónica, poderosas herramientas de introspección.

El consumo de drogas es, para algunos autores, fuente de abuso y de problemas tanto para el sujeto como para la sociedad; para otros, es el espacio donde el Estado elimina las libertades del individuo. El punto radica, posiblemente, en que la modernidad inauguró la ruptura con una tradición que hacía de las plantas mensajeros químicos de la autorreflexión y del descubrimiento de "la condición humana" o del "espacio sagrado" donde discurre la magia natural del paleolítico: el ensueño meditativo de las materias nuevas y las cosas; los sueños cósmicos de Bachelard: el derecho de soñar, que emparenta al hombre con los elementos: fuego, agua, aire, y la prodigiosa materialidad de las sustancias terrestres. Y de esa ruptura emergió la demonización, y con ella la prohibición y el "abuso" de las drogas.

El consumo no siempre es fuente de problemas para el individuo; hay quienes las consumen de manera adecuada sin llegar a depender de ellas; otros en cambio, sucumben a la dependencia física y psíquica, usándolas suicidamente. El abuso tiene que ver con una estrategia de uso por parte del sujeto. La dependencia es una responsabilidad que construye el individuo, no una consecuencia del consumo: la conducta y el entorno cultural del individuo es una realidad extrafarmacológica fundamental. Un ejemplo paradigmático de comportamiento obsesivo es el consumo de azúcares refinados, conocidos desde el año 300 d.C. Nadie cuestiona su consumo, no obstante, es una sustancia dañina para el organismo y tan adictiva como el alcohol y el tabaco, generando incluso síndromes de abstinencia. Los azúcares alimentan químicamente el hambre fisiológica del cuerpo y conducen a severos traumas orgánicos (Mckenna, 1993).

Antes de que innumerables leyes restrictivas en el mundo occidental emergieran como aves de mal agüero, el concepto más generalizado de droga se acercaba a la bipolaridad griega de *pharmakon*: remedio/veneno. El fármacon es droga curativa, remedio que cura los males del cuerpo, y por eso mismo es sustancia venerada, pero al mismo tiempo, en sentido mágico es veneno, representación de lo maléfico, encarnación

de los poderes del mal, destruye, y por eso es temido. En él se resume el espacio de lo sagrado y de lo maldito, de la enfermedad o la muerte, el goce dionisiaco o la mordedura de una víbora (Derrida, 1975). El brebaje mágico, el encanto delicioso, según describe Cicerón, puede ser bueno o malo. Es interesante destacar el hecho de que los griegos utilizaron la palabra *dosis* en el sentido de veneno. Y es en la manipulación de la dosis donde se define el goce o el castigo del cuerpo.

Es la dosis la que transforma una sustancia en veneno, según nos lo recuerda Paracelso, el alquimista y médico suizo del Renacimiento, fundador, entre otras cosas, de la medicina experimental. La prescripción de un discípulo de Aristóteles, Teofrasto, que se consigna en el primer tratado de botánica científica, *Historia de las plantas,* a propósito de la metel es ilustrativa respecto al concepto de dosis: "Se administra un dragma si el paciente debe simplemente animarse y pensar bien de sí mismo; el doble de esa dosis si debe delirar y sufrir alucinaciones; el triple si debe quedar permanentemente loco; se administra una dosis cuádruple si el hombre debe morir" (cfr. Escohotado, 1989: 134). La dosis la determina el usuario y nadie más; es el usuario el que construye su adicción y en consecuencia no se le puede atribuir a la droga el sino fatal de la destrucción. La adicción es una construcción cultural. Asimismo, el narcotráfico es una construcción jurídica. Burroughs, un profesional del riesgo y la aventura *underground,* autor de *Junkie,* relato autobiográfico, describe de manera cruda y violenta las raíces de su adicción a la heroína:

> Nadie se despierta una mañana y decide ser drogadicto. Por lo menos es necesario pincharse dos veces al día durante tres meses para adquirir el hábito. Y uno no sabe lo que es la enfermedad de la droga hasta que ha tenido varios hábitos. Yo tardé casi seis meses en adquirir mi primer hábito, y aún entonces los síntomas de carencia eran leves. Creo que no es exagerado decir que fabricar un adicto lleva cerca de un año y varios cientos de pinchazos (1976: 15).

Confesión honesta. Burroughs inicia a través de las drogas un viaje sin retorno al fondo de sí mismo, al infierno, al extravío, sin el tufillo quejoso de Baudelaire, ni el móvil cínico-redentor de De Quincey; mucho menos el espíritu místico de Huxley o Leary (García-Robles, 1995). Es una apues-

ta sin concesiones: la construcción de un modo de vivir. Burroughs bebe de la aguja el aliento dionisiaco que necesita para vivir. En ese sentido, como ha señalado García-Robles, las drogas en lugar de destruir a Burroughs, lo auxilian. El opio, advierte De Quincey: "Si se toma de forma adecuada, ordena las facultades mentales, introduce en ellas el más exquisito orden, legislación y armonía. El opio comunica serenidad" (1981: 71). Uno de los "enigmas del opio es que permite al fumador no aumentar nunca sus dosis" (Cocteau, 1999: 26) y de esta forma controla el consumo. De Quincey llegó a digerir altísimas cantidades de opio durante 17 años, ocho de ellos, en el exceso total:

> Yo he tomado la felicidad en estado líquido y sólido, hervida y sin hervir, procedente de India y de Turquía, y he llevado los experimentos en tan interesante materia como una especie de batería eléctrica, y, para beneficio general del mundo me he inoculado yo mismo, por así decir, el veneno de 8,000 gotas de láudano diarias. Se admitirá que si hay alguien que sepa que es la felicidad, yo tengo sin duda que saberlo (1981: 94).[14]

El opio es un remedio eficaz para dolencias estomacales y la disentería, y como tal fue usado ampliamente por Paracelso o Van Helmont, el "doctor Opiatus", pero igualmente es una sustancia que estimula la imaginación y la creatividad. De ahí que muchos de los usuarios fueran artistas o intelectuales. A raíz de las experiencias de consumo de Burroughs, Cocteau o De Quincey, queda claro el proceso mediante el cual el remedio se transforma en veneno. Aún así sigue siendo una decisión, una elección y una responsabilidad del individuo. ¿Por qué abusamos de las drogas? Básicamente por las mismas razones que abusamos del bronceado artificial, la carne de cerdo, o jugamos a la muerte en lechos cálidos, pero ajenos.

Si las drogas son poseedoras de esa estructura dual planteada por los griegos: remedio y veneno, justo es detenerse a reflexionar acerca del escenario de consumo: pureza, dosis, tráfico y, en general, los mercados simbólicos del uso. No se consume en la abstracción total. Los referentes

[14] Láudano, tintura de opio en alcohol. Unas 8,000 gotas equivalen a 320 granos de opio, aproximadamente 80 cucharadas de té.

extrafarmacológicos o culturales de consumo son fundamentales para entender el fenómeno; es el aspecto que más nos interesa: el punto de tensión de ese *Homo Dúplex* del que hablaba Durkheim; contradicción que genera las bases del comportamiento anómico: el individuo que se niega a fundirse con la masa. Cuando los proyectos del individuo no logran coincidir con el proyecto cultural hegemónico de la sociedad la ruptura es inevitable, es el proemio del comportamiento obsesivo: "No seré como quieren que sea y vayan a chingar a su putísima madre." En este sentido el consumo obsesivo de drogas se convierte en el referente cultural más destacado del viejo y nuevo siglo; origen de una multiplicación de preguntas más que de respuestas.

El consumo obsesivo de drogas es, en la actualidad, uno de los interrogantes más grandes de nuestra cultura; su efecto sobre los individuos es una burla socarrona a los principales valores de la moral occidental. Esa moral que Swift cuestionaba en *Modesta proposición*, invitando a convertir los cuerpos de robustos niños en alimento de los pobres; de este modo, advertía, serían útiles para la sociedad. Lo es en la medida que trastoca el concepto mismo de justicia, que desde el Siglo de las Luces se desenvuelve en razón de premios y castigos. El consumidor contemporáneo subyace en el nihilismo que las drogas ofrecen; éstas minan de forma radical los aristotélicos conceptos acerca del bien y del mal, de lo legal y lo prohibido. El consumo se instala en el territorio de los derechos al cuerpo. Es una reacción contra el intervencionismo paternalista del Estado, que al imponer sus leyes restrictivas, no sólo ataca valores esenciales del pensamiento liberal sino, también de las declaraciones de derechos. Szasz ha señalado que desde que los primeros peregrinos desembarcaron, hasta 1914, con la promulgación de la Harrison Narcotic Act, "los americanos tuvieron libertad tanto como obligación, derecho tanto como deber, de cuidar y controlar sus cuerpos, manifestados por un ilimitado acceso legal a la atención médica y a las medicinas de su elección" (1992: 38).

La Ley Harrison despoja a los individuos de su libertad sobre el cuerpo, sacrifica la libertad individual de la automedicación, de la misma manera que otras leyes castigan el uso que sexualmente hombres y

mujeres hacen de sus agujeros y dispositivos corporales: la sodomía es tan penada en algunos estados de la Unión Americana como inhalar el humo de plantas que se cultivan en casa, al lado de hortalizas y crisantemos. Tan arbitraria es la prohibición que para ejercerla, en el caso del alcohol, fue necesaria una enmienda constitucional, la XVIII. No todos los estados de la Unión Americana son inflexibles en materia legal: en Alaska se tolera el cultivo casero de marihuana para consumo personal; en California y Arizona, se comercializa con fines terapéuticos y se recomienda para pacientes artríticos o en fases de cáncer terminal. Nada parecido, desde luego, a los *coffee-shops* que pueblan las orillas del célebre canal Voorburgwal, o el centro de Amsterdam, la ciudad-capital más liberal de Europa, donde se puede degustar en público, no sólo la multiculturalidad curvilínea de las putas detrás de las vidrieras, sino también un orgiástico bufé de potentes hierbas o hachís de excelente calidad. Frente al estigma de la prohibición los habitantes de esta urbe, rica en permisividad y tolerancia señalan con orgullo: Dios creó al mundo, sí, pero a Holanda, afortunadamente, la construimos los holandeses. ¿Moderna Sodoma? No. En Ámsterdam el visitante tiene la opción de trascender en público hacia la otra realidad, o igualmente, de recrear de otra manera los sentidos: Van Gogh, los nostálgicos molinos de viento o el color de los tulipanes. El "espíritu *Gedogen*" del que presumen los holandeses es, en esencia, el ejercicio de una política liberal, cuyo soporte es la tolerancia; resume una actitud moderna y sin dramas sociales, acerca del derecho ciudadano a practicar goces individuales, sin ser perseguido, estigmatizado o sancionado penalmente. En Holanda se legalizó en 2003 el cultivo y uso terapéutico de la marihuana, teniendo los médicos entera libertad de extender recetas a los pacientes, que a su juicio lo requieran.

La tolerancia que se registra últimamente en Alaska, California y Arizona, representa un cambio de actitud, frente a la más inocente de las drogas: la marihuana. La flexibilidad normativa es un avance sustancial contra la intolerancia, y un espacio de apertura hacia la ingeniería genética y cultivos hidropónicos caseros de marihuana, camino previo a la utopía del siglo XXI: la autosuficiencia y variantes perfectas de psicoac-

tividad.[15] El consumo de drogas, voluntaria o involuntariamente, es una reacción contra el Estado, bien dentro del espíritu libertario y anarquista de los marginales o desde el territorio de la libertad del capitalismo, que reclaman Friedman, o Soros, el gran magnate.

La acción de las drogas es, desde luego, una experiencia que es preciso individualizar. La *psique*, tal como lo explican los psicoanalistas, emerge en cada caso como una experiencia tapizada de demandas insaciables. Ya Baudelaire, a propósito del opio, advertía temeroso en *Los paraísos artificiales*, que la acción de la sustancia producía ensoñaciones diferentes: una era la experiencia de un carnicero y otra diferente la de un poeta. El opio no es sinónimo de tragedia; escribe Cocteau: "El opio perdona a sus adeptos si no lo toman trágicamente. El opio se torna trágico en la medida en que afecta los centros nerviosos que gobiernan el alma. Si no, es un antídoto, un placer, una siesta extraordinaria" (1999: 64). El rostro trágico del consumo emerge desde las sombras de una conducta marcada por el dolor y el sufrimiento, el deseo confuso de la autodegeneración individual que se retrata en el yonqui, el consumidor suicida, que no posee más perspectiva que la aguja infecta: la ebriedad es sustituida por el tánatos, la pulsión de muerte. Este no es un problema de las drogas, sino del usuario. Es el consumidor el que carece de motivaciones y se funde en la desesperanza, no las drogas, pensadas desde su origen como instrumento para incrementar el disfrute de la vida. Las bebidas embriagantes son un ejemplo elocuente. Sólo unos cuantos consumidores se transforman en "víctimas" del alcohol y viven los infiernos del síndrome de abstinencia o la cirrosis. Hombres y mujeres consumen alcohol durante toda su vida sin mayor problema. El que se quiere morir se muere, y esto igualmente puede ser devorando compulsivamente chocolates, o como en la *Gran comilona*, de Marco Ferreri (1973), comiendo hasta la intoxicación y el vómito.

[15] La tecnología hidropónica consiste en el uso de luz artificial, agua y fertilizantes, e incorpora sistemas digitales que monitorean los requerimientos de las plantas. Los resultados superan a los cultivos tradicionales. Esta tecnología ha sido perfeccionada en Holanda y Suecia. El "granjero urbano" puede crear sus propias variantes psicoactivas. Los cafés de Ámsterdam ofrecen algunas variedades de marihuana hidropónica que tienen, como el tequila mexicano, denominación de origen.

La ensoñación que producen las drogas varía con los individuos. Los informantes confirman una miríada de sensaciones, placeres y actitudes: naufragio psíquico más allá de las definiciones enteramente racionales:

> La cocaína es una droga noble, dulce como una golosina. Viene bien con un vaso de agua, en un cigarrillo, esnifada, o en piquete para los valientes. La hierba se fuma y basta; bueno, también te llega en un pastel, pero no es lo mismo. Marea. El crack es coca, se fabrica con lo mismo, pero el efecto es distinto. La coca es un polvo, le echan algo y se pone dura como piedra. He mezclado el polvo de coca con el cigarro y no ha pasado nada, nada más se quema; alguien me dijo que se podía fumar pero de otra forma. Ese alguien me enseñó el crack, es un aventón, te levanta en una carretera desolada y no te suelta. Mi amiga trajo un bote de refresco; juntas le botamos el fondo, que era de plástico. Calentamos dos pitillos de vidrio y perforamos el bote, por cada lado. Sellamos con chicle los punticos de entrada. Pusimos tres coras y encima de cada una un trocito de roca; les dimos fuego. Cuando empezaron a humear tapamos el bote. El botecito se llenó de un humito entre blanco y gris. Mi amiga dijo, ¡préndete! Yo agarré uno de los pitillos y ella el otro, y empezamos a chupar, y a meter el humo como si fuera hierba. Una película indescriptible, lo juro. Es como si te estuvieras viniendo; flotas; sientes un estado de paz espiritual, una alegría; te subes, planeas; todo es muy rápido, luego caes, como si te estuvieras meciendo en una hamaca. Delicioso. Repetimos enseguida e igual; el efecto es instantáneo.
>
> Un llegue de caballo, ese sí que es un llegue. Da miedo el primer piquete, luego no. Se siente caliente. Como si un calorcito rico fuera moviéndose quedo, quedito por las venas. Lo máximo. Es felicidad; nada te molesta, nada te preocupa. Te instalas en el centro exacto de tu vida, a salvo del dolor, de la amargura, de cualquier tipo de carencia. El mundo pasa y tú como si nada. Es un espacio de salvación. La heroína es una experiencia religiosa, lo más cercano a Dios. En la iglesia se busca consuelo, la heroína igual; es una serenidad inconfundible. Te sientes rey del universo. Cierras los ojos y dejas que tu imaginación haga el resto. Es un regalo de Dios. Sólo él pudo entregarnos algo tan maravilloso. Los primeros fijes confunden; creo que el miedo, la inseguridad, nos hace pensar que vamos al encuentro de un fantasma; luego no: privados del estupor vamos de asombro en asombro; hay que dejarse seducir, abrir la mente, si no la experiencia es amarga. Si tienes el corazón y la mente abierta, no lo pensarás dos veces para repetir, porque esto es una cosa real, algo tangible, que se puede tocar con la punta de los dedos. Cuando llegas a superar el criterio de lo inmoral estás salvado. En parte es eso; la institución nos llena de un falso pudor, una falsa moral, pero cuando toca definir, nos abandona. La droga no, está ahí para que hagas uso de ella, dejarla fuera no tiene sentido. Bueno, la misma vida carece de sentido.

Una buena línea, o dos, no pasa de ser un momento agradable, equivalente, quizá, a un buen cognac. El grado de euforia es similar, nada parecido, por supuesto, a los dramas adictivos de crónica roja que presenta el Newsweek. Es una sensación de bienestar; no se pierde la sensación de realidad; en dosis más allá de lo acostumbrado no sé lo que suceda; un pasón tal vez. Mi experiencia se remite máximo a esnifar dos líneas consecutivas. Nunca lo hago solo; si la ocasión es propicia lo hago en una reunión, o excepcionalmente en casa. Nunca compro en la calle ni me hace falta; sé donde conseguirla. Cinco gramos me duran generalmente tres meses. Lo que rodea el mundo de la droga me parece detestable. La droga en sí no me genera problemas de conciencia. En el invierno es cuando más consumo, nunca más de dos líneas; para la congestión nasal es fabulosa, mucho mejor que cualquier sustancia de las que venden en las farmacias. Pienso que el consumo es un problema estrictamente individual; más que eso: un derecho. El Estado no puede apropiarse de la libertad de convertirse en juez de nuestros actos. Si se eliminara la prohibición ninguno de los males que rodean el consumo de drogas existiría, tal cual lo conocemos hoy en día.

Un buen rave se mide por la cantidad de droga que circula; pero decir droga huele a engaño. Generalmente se piensa en algo como la coca o la heroína, y no sucede así en la realidad. El concepto mismo ha evolucionado enormemente; quizá no hemos sido lo suficientemente cautos como para detectarlo. El éxtasis me hace sentir sorprendentemente bien, y no por ello me considero un adicto. En un mes puedo tomar hasta 20 tachas, podría incluso consumir más, pero no lo hago porque sólo me gusta para ponerme bien en la disco. Igual que cuando tomo una aspirina o un desenfriol. No tengo problemas para conseguirlas, mi dealer me provee en casa y a bajo precio. No recomiendo el consumo. Si me preguntan diré que el éxtasis me cae muy bien, y si se me sube le doy el bajón con un par de gelatinas.

El crack es basura, garvich. Es el perico del pobre. No hay de otra. Es como el vicio del cigarrillo: si tenés pesitos, *Marlboro, John Player, Chesterfield,* si no, si apenas le alcanza para echarle algo al buche, te fumás un *Pielroja* sin zapato. Es la ley de la vida: el que tiene más, más, el que tiene menos, menos. ¿Para qué le vemos? Así ha sido siempre. Creo que el individuo es libre de meterle al cuerpo lo que el cuerpo aguante, ¿o no?, total no hay vicio sano; sea aguardiente, cigarrillo, cocaína o piedras, es lo mismo; unos harán más daño que otros, pero todos son lo mismo y para lo mismo. ¿Qué se cuida uno, ah? Si pa' morir nacimos, país. Si no es de enfermedad de cualquier cosa, pero todos vamos pa'l otro lao. Es la ley de la vida. Esto del vicio ya lo había profetizado Nostradamus. ¿De qué nos asustamos, ah? Las piedras las vine a conocer acá, en Miami. Fui con unos compas boyacos que andaban de contrato; siempre que había la oportunidad nos íbamos del lado de la playa a tomar budbuéiseres, o al apartacho. Bebía de gorra. Con ellos conocí el crack. Sacaron unas como piedritas de un frasquito de dentistería y se las soplaron. Me pasaron la pipa

para que le diera un pitazo; lo agarré sin dar visaje para no pasar de caballo; el primero no me supo a nada, pero el segundo sentí que se me fue al techo, haga de cuenta el éter, pero más rico. Es un solo fogonazo; después nada, todo normalito. Esa vez nos fumamos como dos frasquitos. Si tengo riales voy a Jamaica, con los negros del Parsons, o de la 125, en Harlem, y me apero; un vialito sale en tres pesos. Compro dos. Si ando muy con la aguja pegada los hago rendir con pepas. Prenden empujados. No se parece en nada al perico; una línea de perico pasma la rasca y ya, lo deja tranquilo; las piedras no. El guayabo es mortal, el dolor de cabeza no lo aguanta nadie. La piedra trae los líquidos crudos, el perico no, ya todo viene cocinao. Con el perico uno va en cámara lenta, pero con las rocas es otra cosa, se va uno a mil, plas plas, y el que comió, comió.

Para el sujeto la droga se configura como un deseo que está más allá de la demanda y antes del goce. Desde la perspectiva del deseo, "esencia del hombre", decía Spinoza, el individuo consumidor, deja de desear justo en el momento del goce o de la "pequeña muerte" (Michaux, 1989; Jünger, 2000). La pequeña muerte chamánica que se experimenta con la ingesta de enteógenos –dios adentro–: es esa suerte de escalofrío, náusea y entumecimiento de brazos y piernas; el miedo de que el corazón se detenga: preámbulo a una pirotecnia de colores y figuras geométricas, y a la lucidez de la conciencia expandida (Harner, 1987; Fericgla, 1997). No mueres, trasciendes: es una muerte suspendida. Los deseos desaparecen y el goce emerge como experiencia particular; algo que la sociedad no puede dar. El goce es ese paréntesis vital que otorga la sustancia, la proteína de los dioses, la esencia de la vida como plenitud. Los efectos son irrepetibles, cada comedor de teonanácatl, por ejemplo, en opinión de etnomicólogos como Gordon Wasson (1983), estudioso de los hongos sagrados de los aztecas, atestigua por su propia convicción la singularidad del milagro que se experimenta.

Si los vegetales alucinógenos son la comida de los dioses, su ingesta transforma a los hombres en dioses momentáneos. En mis expediciones psíquicas con chamanes de la cuenca amazónica, rarámuris de la sierra Tarahumara, o zapotecos de Huautla de Jiménez, Oaxaca, he intentado comprender la suspensión del deseo en el trance del goce, y la catarsis de la pequeña muerte: el momento en que la demanda y el deseo coinciden,

experiencia fugaz e irrepetible, como el destello de un relámpago en una noche descubierta. Las dudas se disipan y emerge la claridad con un crisol de sensaciones nuevas. El paraíso por todos tan querido. La industria farmacológica al liberar, tras el proceso de síntesis, el Prometeo alcaloideo de las plantas, ha metamorfoseado la carne de los dioses, y la ha multiplicado bajo la forma de sucedáneos o drogas de diseñador: millones de píldoras, dioses personales en cada una de las sustancias. La pequeña muerte chamánica, con el tiempo ha evolucionado: emerge el aguijón de la muerte real, verdadera: la conducta obsesiva de quien le queda grande la vida. Sólo entonces, cuando los proyectos ilusorios se cancelan, y el mundo emerge con toda su crueldad, cuando la mierda llega al cuello, los pequeños dioses-demonios emergen y te acompañan en el camino de la autodestrucción. Los alucinógenos difícilmente causan obsesión: se consumen eventualmente y cuando la situación es propicia. El goce, a diferencia de la muerte física instantánea, es una muerte en suspenso:

> el arponazo te instala en un universo de apertura, que es a todas luces demasiado. Lo máximo. El goce es ese flashazo que estalla en el cerebro, un orgasmo múltiple, traducido en una mueca de gloria y bienaventuranza, que incluso llega a percibirse en quienes dan el salto final hacia la «dosis de oro,[16] la estocada postrera, la sobredosis: la última bala de quien ya no espera nada de la vida; triple ración en un solo piquete, y la vida se va escapando por el huequito de la aguja.

Lacan manifestaba que toda demanda es en última instancia una demanda de amor. El sujeto demandante pide al otro lo que el otro no tiene. El amor es otorgar al otro lo que a uno le falta: el deseo es la respuesta a la demanda de amor (cfr. Orvañanos, 1986: 75). En el espacio de la demanda es donde las drogas tienen cobijo; el sujeto exige de las drogas lo que la sociedad le niega: sus deseos individuales no corresponden con el proyecto cultural de una sociedad esencialmente restrictiva, y donde los

[16]La "sobredosis", excepcionalmente es accidental. Una dosis mortal se asocia con niveles de tolerancia del sujeto consumidor. Escohotado calcula la sobredosis mortal en un cuarto de gramo de heroína pura inyectada en una sola vez, aproximadamente, para un hombre de 70 kilos.

únicos estímulos posibles se traducen, en lo que Andy Warhol irónicamente llamaba "goces de gloria televisiva".

¿Bueno, se nos preguntará, cuáles son esos intereses, y esas exigencias tan particulares que alejan al hombre que se droga de los demás mortales?, ¿qué esperan de la vida? Diremos con Aristóteles: aspiran a la felicidad; desean ser enteramente felices; menos que eso: aspiran a un instante de plenitud; afinidad instantánea entre el objeto y el deseo. Exentos de felicidad, los consumidores buscan en el goce la euforia que demanda el encender un fuego en la borrasca, y el temor infantil de que la llama se apague. Para Lacan, el amor es una demanda insatisfecha. Y lo es, no por el prurito del simple desamor, sino como consecuencia de un problema más profundo que tiene que ver con los fenómenos de la decadencia moderna, entre ellos el amor, esa invención de los poetas provenzales que, al igual que muchas otras herencias culturales, evidencian en sus límites, signos inequívocos del ocaso de la noción de hombre en tanto persona (Paz, 1985).

Denis de Rougemont, en *El amor y Occidente* destaca la ambivalencia social hacia el amor: exaltación y condena; origen, dirá Paz, de la crisis moderna del mito central de Occidente: el amor. De un lado, advierte, se exalta el amor y del otro se lo condena como pasión antisocial. El amor, ese "culto secreto y subterráneo", surge como transgresión, y por ello mismo la Iglesia lo combate. Escribe Rougemont, a propósito del destino fatal de Tristán e Isolda: Éstos no se aman [...] lo que aman es el amor, el hecho mismo de amar. Actúan como si hubiesen comprendido que todo lo que se opone al amor lo preserva y lo consagra en su corazón, para exaltarlo hasta el infinito en el instante del obstáculo absoluto, que es la muerte (1979: 43). Aman lo prohibido. Shakespeare, de igual manera, hace trascender a Romeo y Julieta a través del sacrificio; el amor prohibido se consagra y purifica en el ritual del veneno, el *narké* socrático, que paraliza el corazón y lo destruye; como metáfora supera el tiempo y el mito del amor se perpetua. La muerte es una voz desnuda; a través de ella el eros socrático actúa, dirá Derrida, de una manera más terrible que el veneno de las víboras; su huella invade y atosiga el alma de los vivos, y la transforma en un lupanar de sueños rotos. Elemental y básico, el

amor, como el consumo de drogas, se transforma en Occidente en arma de dos filos: vida y muerte, remedio y veneno: pasión por lo prohibido.

El problema de las drogas no radica tanto en su consumo como en su prohibición; al igual que el amor, alude a un problema enteramente individual. Es paradójicamente en el espacio de la interdicción donde el consumo se transforma en diosa coronada. El consumo deviene en colapso social, en muerte; el éxtasis se desborda. Lo que debiera ser goce individual se metamorfosea en caos social. Los demonios abandonan el espejo. El problema de la felicidad es un asunto estrictamente individual; en ella se esconde la soledad irreparable de los hombres contemporáneos, quienes al igual que Eco, muerta prematuramente por la pasión de Narciso, repiten, en cada nuevo picotazo de heroína, una demanda de amor: una súplica a las promesas del nuevo milenio. A través de las venas circula ceremoniosamente el desdén de la demanda insatisfecha: dios transformado en sustancia. Fin de un tiempo donde ya no hay nada que perder; "inténtalo", dirá The Doors en *Light My Fire:*

Ya no hay tiempo para dudar
Ni para estancarnos en el lodo
Inténtalo ahora, sólo podemos perder
Y convertir nuestro amor en una pira funeraria.

"Malena", la bandida con alias de tango, desciende del auto con las pasajeras, exhibiendo una sonrisa angelical. En su cartera de piel guarda una pequeña pistola. "Garfield" dialoga con el superintendente del *building*. La joven pareja se muestra inquieta. Tomamos el ascensor y subimos hasta el quinto piso. "Toñete" deposita sobre una mesa las dos maletas negras, de apariencia normal. Con parsimonia las chicas extraen el contenido y van apilando pequeñas montañas de camisas, vestidos, ropa interior, zapatos, y demás enseres del embrujo femenino, el equipaje típico de quien viaja por un mes de vacaciones. Diez pares de ojos se clavan en las ropas.

"Las colombianas son bien putas, mire nada más" –advierte "Garfield" desaliñado y contento, levantando una braga minúscula con la

punta de su navaja 007. La carcajada es general; las chicas se ruborizan pero no dicen nada. La hoja de acero penetra la tela y la gruesa pared de la maleta. Diez paquetes apretujados en fila duermen en un doble fondo. Igual cantidad contiene la otra. "Garfield" toma un paquete y ejecuta un par de incisiones con su navaja; levanta el pequeño triángulo de plástico color canela. Introduce la afilada hoja en la superficie compacta y blanca. Pequeños cristales brillan e iluminan el extremo del metal.

"¡Uno A!" –exclama alborozado. Sus ojos felinos brillan, giran en sus órbitas. "¡Alerta roja!" –grita. Señal de que todo mundo debe ocupar sus puestos y mantenerse vigilante. No hay lugar para las equivocaciones ni para llamadas telefónicas. Es hora de trabajar. A partir de ese momento se impone el "toque de queda". "Garfield" sale; finiquita el pago de las pasajeras y coloca a dos hombres fuera del edificio, discretamente armados y provistos de un ligerísimo radio. Las chicas se cambian de ropa y abandonan el lugar con dos fajos de dólares escondidos entre el pantalón, y protegidos por un grueso cinturón de piel que resalta las caderas. Afuera les espera un "chofer". "Gustavón" simula salir del edificio; en realidad baja por el ascensor con las maletas vacías y regresa por las escaleras. La delación es siempre una posibilidad, no a la policía, pero sí a quienes se dedican a asaltar las cocinas. Sin embargo, en estas acciones opera un "seguro contra incendios" inobjetablemente perfecto: el traqueto exige la dirección de la familia en Colombia. Se puede perder la mercancía por delación de los pasajeros, pero su pequeña ganancia extra nunca será lo suficiente como para ponerse a salvo, ellos y su familia, de los cobradores. El silencio es total. Más tarde las pasajeras tendrán una remuneración extra en los restaurantes o en las discotecas salseras de la ciudad. Si "van a lo correcto" gozarán de la filantropía traqueta. La delación es una ofensa al "código de honor" de los patrones. El agravio tiene variantes de género: "a un varón, una hembra no le viene a mirar los güevos".

Minutos después pasamos a un edificio anexo y descendemos al sótano; allí se halla instalada una peculiar "cocina farmacológica". Mesas, sillas, un horno de microondas, una máquina eléctrica de moler café, cubetas de plástico, filtros, un pequeño refrigerador, rollos de cinta plástica color canela, se esparcen en medio de los ductos de asbesto de la

calefacción, extendidos como serpientes metálicas en varias direcciones, y objetos en desuso, que el "Super" extrae de la basura del vecindario y acumula, contribuyendo a darle un aspecto más sórdido al ambiente. El "Super" se apertrecha en el *hall* del edificio; su oficio es bloquear la entrada al ascensor, con el pretexto de una descompostura. Los inquilinos tendrán que usar las escaleras. "Gustavón" protege la cocina desde adentro con una poderosa escopeta "soba soba", de cañón recortado. Un grueso ventilador falsamente atornillado disimula el único lugar posible de escape, en caso del más temido de los escenarios: el ataque sorpresivo de las bandolas; agrupaciones armadas que se dedican al asalto de las cocinas. Si es la policía, al menos se conserva la esperanza de llegar vivo a la Corte; si son las bandolas, la única alternativa es "abrirse en llamas", a sangre y fuego. Las bandolas por su propia seguridad cuando golpean se aseguran de no dejar testigos ni "culebras". La existencia de caletas en los edificios de apartamentos es muy frecuente, sin embargo, requiere de medidas de precaución extremas. Contrarrestar la emanación de olores, el movimiento de gente, disimular el trabajo, el ruido. Si se cuenta con la complicidad del superintendente se puede habilitar, como en este caso, el sótano. Y trabajando rápido se puede cortar mucha mercancía en una noche sin problema.

Veinte kilos de cocaína son una pequeña fortuna, que es preciso proteger hasta las últimas consecuencias. "Garfield" no deja nada al azar. Para este tipo de operación siempre se hace acompañar de "Gustavón", su hombre de confianza y de una fidelidad a toda prueba; tosco de modales, frío y calculador en momentos de peligro y acción. Sus ojos inexpresivos quedan suspendidos mirando fijamente al techo. Renuente a mis interrogatorios. Sin embargo, logro vencer su silencio y entretejer su historia, con fragmentos de relatos que se cruzan en el tiempo:

> Soy de un lugar que si me permite no voy a nombrar, militar en retiro. ¡Ja! Qué casualidad tan torcida la mía: mi patrón fue guerrillo, un general de 100 batallas; no por eso nos cargamos ley; al contrario llevamos una amistad bonita. El hombre fue un teso, un man con güevos, inteligente como ninguno. No como la mayoría de caspas que están en este bisnes. El hombrecito sabe de fierros y yo también; hicimos una buena miga, un empastre bacano. El hombre no me cuestiona nada; él conoce, es

instruido, ata cabos; sabe de mis entuertos con la ley. Nomás le oigo la carreta. En asuntos de política no congeniamos. No me gustan los comunistas; a mí me patina el coco la gente del "Pelao"[17] pero esto no interfiere con los negocios. En neuyorquito nos olvidamos del tropel. "Garfield" lo sabe, a él le interesa mi lealtad de bacán: me muero en la raya, y ningún hijueputica me viene a dañar el mate. Este negocio es como en el ejército: él manda y yo cumplo. Sí le cuestiono que se madreteresee de a mucho; el man se saca el pan de la boca para dárselo a los micios, y agarra deudas que no le corresponden. "Un día de éstos –le digo– me lo van a matar por bondadoso." Póngale la firma y verá. Todo eso le viene de su comunismo. Esa vaina a la hora del té no sirve, porque las pintas lo faltonean. Él me detiene a cada rato, sino, uf, los murracos serían un resto. Hay gente que no merece estar viviendo, viven de prestao. Los faltones no me gustan nadita.
Siendo oficial le hacía vueltas a un capirucho, pero igual cumplía con la institución: proteger a los ciudadanos, raquetear, pedir papeles y encanar subversivos. Si "Garfield" no me lo pide, yo no le estaría contando nada; es maluco desempolvar historias; se vuelve uno esclavo de lo que dice. No me gusta contar mis cosas: es una norma de seguridad básica; uno no se da cuenta, pero a veces alguien le pica arrastre, nada más para encochinarlo. Pero usted no la monta de seriedad, y es un parce serio mi Johnny, y si el patrón le da patrocinio es porque va a lo correcto, ¿o no? En los ochenta me cambiaron de base y me enviaron a la selva con los monquis. Me molestó mucho. Yo la pasaba bien en el cuartel y disfrutaba tener a mi familia junta. Los días francos los pasaba en casa; tenía mi hembrita, iba al cine o a jugar billar. No me dolía una muela. Lejos de la familia se me patrasió el corazón y empecé a sentir una soledad, una malparidez del putas. La selva es un cagadero lleno de zancudos; la única distracción era nadar en el río, tomar cerveza en la cantina del pueblo y oír música de rocola, siempre con los ojos bien abiertos para estar a salvo de los farrucos de Tirofijo. Las órdenes eran precisas: avanzar de día y armar el campamento ya entrada la noche, no fumar ni hacer ruido. La misión era seguir el hilo rojo, la huella que van dejando los subversivos en la selva. La historia de siempre, usted sabe, circular: pegan y huyen; y la tropa atrás, con culillo pero siempre atrás, pisándoles los talones; ésa ha sido la historia de la guerrilla en Colombia: jugar al gato y al ratón. Los malparidos nunca plantean una guerra de posiciones, todo es guerrita, maricadas tiro a tiro; la tropa vive como tigre encerrado, buscando la oportunidad de cascar. Tienen gente, pero no güevos para ganar el poder; pille nomás que los comanches no se mueren guerreando con los fierros puestos, sino de cuchos. Es una guerra extraña y traicionera: por un peso la gente cambia de bando y faltonea.

[17] Alias de Carlos Castaño, comandante del grupo paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia.

Llevábamos como dos meses selva adentro, hasta que de pronto como guiados por "la mano de Dios", ¿se acuerda de Maradona en México?, sentimos ruidos lejanos. Viene la vanguardia y dice que como a un kilómetro, habían sospechosos bajando de unos cuchucos. Avanzamos. "Moscas –dijo mi capitán– y a la primera de cambios, fuego." Cortamos cartuchos y esperamos. Se me hizo raro que los manes estuvieran dando papaya, desprevenidos, felices de la pelota bajando unas cargas. No se veían fierros, nada. Mi capitán dijo que podía ser una trampa. Esperamos como media hora, rodeamos el objetivo y tan tan, que les caemos en manada: "¡quietos en primera hijueputas y las manos arriba o aquí mismo se mueren sin decir ni pío!" No dijeron nada, se rindieron sin dar batalla. Eran siete. De regreso al campamento los fuimos surtiendo en las canillas; uno quiso revirar y pum que le marco el fierro en la cara.
"Bueno señores, dijo mi capitán, ahorita mismo van a cantar, con pelos y señales, nombre, señas particulares, chapa y dirección de los jefes del movimiento." Los detenidos no decían ni mu. Tenga y tenga; los empezamos a romper. Chillaban como micos. Los manes, necios de que ellos no sabían nada, con su carita de "yonofuí", aunque por encima se les miraba la complicidad. "Pues tienen una hora, dijo mi capitán, para que se arrepientan de sus pecados, porque a las primeras horas del amanecer les vamos a partir su alma." Bien de mañana, luego de vaciar las raciones de mortadela, queso y agua de panela con pan, los detenidos fueron puestos en fila. "Les doy la última oportunidad, dijo mi capitán, luego no anden diciendo que no se les advirtió." Cortamos cartucho y con los primeros eructos, al pan, pan y al vino, vino: cantaron hasta el himno nacional.
Luego todo se churretió y disolvieron la tropa; a mí me tocó en suerte irme pal' Valle. Ahí fue donde ardió Roma; como yo desde pelao entiendo de carros, me asignaron de fercho de otro Capirucho; una mamacita; hace años le dieron una matada nilahijueputa. Él me inició en los cruces: "que vaya y recíbale a ese man un billete, que a fulano otro tanto, y que a éste recuérdele mi cumpleaños". Mi capi tenía olfato pa' los negocios, pero era una riata de lo tacaño; soltaba migajas. Me aplicaba la ley del embudo, para él lo ancho y para miguelito lo angosto del tubo; malanga, porque yo frentiaba todos los cortes. Ni me la pasaba en el batallón, siempre estaba de comisión. Qué comisión ni qué pan caliente, sólo andaba de regalado. Gracias al capi conocí el ambiente, el truquito, la maroma, y me fui haciendo a la idea de independizarme, de definir mi territorialidad; y no faltó quién me aceitara las alas: entregué el fierro y me abrí en llamas para Yumbo. Allá me hicieron un buen paro, cambié papeles y me tiré a la calle, con unas llaverías que estaban subiendo perico.
En mi bitácora tengo algunos fiambres pero no me gusta balconiar el asunto. No es de varones; es maluquito desempolvar los muertos. Para que no se me olviden los marco con una rayita en el mango del fusco, a lo bien. Si un día me llaman al juicio eterno, yo le digo al señor: "no me cobre de más, que yo le respondo por lo que está

marcado en mi cuenta". Fuera del ejército empecé a echarla bueno con un culo de negra de Jamundí, cerquita de Pance, con mis heladas y un tres-ocho para espantar las pulgas; puro bacanal, buena mecha y merco a la lata. Está camarón que me echen cuello: nadie sabe, nadie me oyó. Mis problemas son de otro tipo: Nueva York es una ciudad descomplicada; no me quejo, pero lo del pueblito no es nada comparado con los negocitos de acá. Las ideas no cambian, son como la religión que uno lleva por dentro; en eso me parezco a Bush: le tengo miedo a los rojos; a la primera de cambios hay que darles chumbimba, bueno, en Colombia digo yo, porque esto aquí es tóqueme otro vals porque me muero.

"Garfield" mira de vez en cuando hacia nosotros, mueve la cabeza y ríe estrepitosamente.

–Bueno maricas, pilas, pues, con esta vaina –grita introduciendo un casete de Francisco Canaro:

En el mundo todos tienen
su sino ya señalado,
unos nacen con estrellas
y otros nacen estrellados...

Los sonidos del bandoneón invaden la cocina. Acto seguido el cocinero inicia la delicada tarea del corte; el lucrativo proceso de mezclar adulterantes a la droga que llega de Colombia. El primer paso de una cadena ininterrumpida. Luego tomará su propio camino hasta llegar al escenario cultural del usuario, en la comodidad de una fiesta familiar; el *night club*; la atmósfera erótica de un *topless*, el cabaret, o la densidad nocturna, sibarítica, evocada por Sinatra en *The From New York, New York*. La cocaína generalmente no se consume en solitario, se busca siempre la complicidad nocturna de los amigos en una fiesta, los baños de los restaurantes, o en las oficinas, de cara a la gran ciudad. Nada mejor que una tarjeta de American Express para cortar las rayas; hay quienes prefieren una nostálgica cuchilla de afeitar, o una ligerísima cucharilla de acero inoxidable para llevar el polvo a las fosas nasales. En cuestión de gustos, sentenciaba el poeta nadaísta Gonzalo Arango, "ni vas ni vienes, amor mío".

El siglo XX con su *spleen* de altos vuelos es un resumen lúdico de siglos de historia. Nunca antes la humanidad había tenido a su alcance tantas cosas, recursos, tecnologías y conocimientos. A principios de 1900 se auguraba un mundo pleno en prosperidad y goces nuevos. Eran días de júbilo. Julio Verne convertido en realidad; Joyce redactaba el *Ulises*; Freud descubría los beneficios de la cocaína y publicaba *La interpretación de los sueños* e inventaba el psicoanálisis; los poetas modernos se deleitaban con *Una temporada en el infierno* de Rimbaud y *La siesta de un fauno* de Mallarmé; Munch daba fuerza al impresionismo. Los futuristas italianos recitaban a la menor provocación: "Os decimos ahora, que el triunfante progreso de la ciencia hace que los cambios de la humanidad sean inevitables, cambios que están abriendo un abismo entre los dóciles esclavos de la tradición y nosotros, los modernos libres que confiamos en el esplendor radiante de nuestro futuro" (cfr. Apollonio, 1973: 25). La aventura humana, aventura al fin, abría de par en par las puertas del futuro.

Con la misma velocidad de los descubrimientos, la vida de los hombres entró en crisis:

> ¿El progreso tecnológico desquició su mente como ha desquiciado a la naturaleza?, ¿vivir con comodidades desconocidas, ni siquiera imaginadas por la humanidad de otras épocas, significa dar al traste con los valores espirituales, morales e intelectuales que hacen de la vida humana una apasionante aventura de superación?, ¿es tal el horror de la vida moderna que la evasión de la realidad es imparable? (Dornbierer, 1991: 13).

Parece que sí.

La humanidad aún no se repone de la sorpresa. Lo que empezó siendo una "invitación al viaje" se ha transformado en el finisecular y estigmatizado heraldo que la moral victoriana y prohibicionista denomina "peste de la droga". Hoy en día, y respirando los aromas del nuevo siglo, una buena parte de la humanidad, huye desesperadamente de la realidad introduciendo a su organismo innumerables sustancias, o lamiendo, incluso, la no agradable epidermis de los sapos (Ott, 1996), para calmar el

estado de ansiedad, el estrés y la incertidumbre. Las cifras son elocuentes. Antonio Escohotado, el lúcido filósofo español, y estudioso consumado del fenómeno de las drogas presenta un dato revelador:

> Pensando en términos farmacológicos reales y atendiendo sólo a las narcóticas, y olvidando tanto alcoholes como estimulantes, la suma actual de opiáceos semisintéticos, sintéticos, sedantes e hipnóticos no barbitúricos, barbitúricos y tranquilizantes (legales, análogas a las prohibidas, e incluso más potentes) ronda los dos millones de kilos. Esas 2,000 toneladas poseen una actividad equivalente a 20 o 50,000 toneladas de opio, lo cual significa entre tres y siete veces la cifra consumida en China a finales del siglo XIX (1989: 410).

Estados Unidos no escapa a las estadísticas. En opinión de Escohotado su población consume en la actualidad entre 12 y 28 veces más sustancias que todas las consumidas en la historia china. Sólo en el rubro de anfetaminas y fenmetracina, devora 500 toneladas, equivalentes a 4,000 kilos de cocaína pura.

¿Y por qué tanto apetito por las drogas? Básicamente por las mismas razones por las que deseamos otros bienes. "Deseamos drogas para mitigar nuestros dolores, curar nuestras enfermedades, acrecentar nuestra resistencia, cambiar nuestro ánimo, colocarnos en situación de dormir, o simplemente sentirnos mejor" (Szasz, 1992: 26). Muchas de estas sustancias, advertía tempranamente, Ludwing von Mises, son ciertamente peligrosas y causan hábito. Pero también son peligrosos y causan hábito los chocolates, las dietas para adelgazar y los esteroides para aumentar la masa muscular; igualmente lo son los cuchillos eléctricos, los hornos de microondas y los deportes extremos. ¿Deberían prohibirse? No. El individuo aprende a manipular las tecnologías y evita los accidentes. ¿Deben las autoridades prevenir a los individuos de su propia necedad y castigarlos por el uso de sus cuerpos? No, respondemos con Von Mises. El cuerpo es un territorio privado. Está dispuesto en la constitución eterna de las cosas, señala Szasz citando a Burke, que quienes carecen de moderación no pueden ser libres. Sus pasiones forjan sus grilletes. El grillete de la enfermedad: la adicción a las drogas y al delirio. La necesidad de alimentar el cuerpo con sustancias para espantar el síndrome, el "mono" y re-

cuperar transitoriamente la forma humana. Y si la pasión se desborda y afecta la vida de los demás, entonces sí, el gobierno debe intervenir estableciendo límites: así como las leyes penalizan conducir en estado de ebriedad, igualmente puede limitarse que los sujetos manipulen cosas o instrumentos bajo el efecto de sustancias psicoactivas. La libertad del consumidor termina donde comienzan los derechos de los demás: principio básico del contrato social.

Anthony Summers en su libro *Arrogancia y actitudes. El mundo secreto de Richard Nixon* (2000), relata que el presidente Nixon era usuario del *Dilantin* –en los días duros de la guerra de Vietnam–, una droga destinada a calmar estados de neurosis, pero que genera alteraciones mentales y confusión. Esta situación obligó al secretario de Defensa, James Schlesinger, a recomendar a los mandos militares, no obedecer ciegamente las órdenes de la Casa Blanca. Sería completamente irresponsable que el derecho a las drogas se transformara en violación de los derechos individuales de los demás; este es un asunto de vínculo dialéctico entre el submundo de lo privado y el mundo de lo público. No se prohíbe fumar, se prohíbe hacerlo en lugares cerrados u oficinas públicas: no se restringe un derecho, sencillamente se limita y se pone a salvo la salud de los no fumadores. Las drogas dan respuesta parcial a los anhelos fundamentales del hombre; son un artificio para ponerse a salvo del dolor; "el mundo, que parece extenderse ante nosotros como una tierra de ensueños, tan variados, tan maravillosos, tan nuevos, no ofrece en realidad ni alegría ni amor ni luz ni certeza ni paz ni auxilio en el dolor", escribe con certeza Matthew Arnold, poeta inglés, en *Dover Beach*.

Las drogas resuelven las carencias descritas por Arnold. La sensación que otorga el goce es fantástica, tanto así que el consumidor considera a las drogas como sinónimo de felicidad. La seguridad y la tranquilidad real, no se obtiene con las drogas. La incertidumbre, el estrés y los dolores del alma, son más tolerables con la ingesta de sustancias psicoactivas; contribuyen a amortiguar el impacto que los sentidos experimentan en contacto con los sucesos desagradables de la realidad. El "auxilio en el dolor" es una de las razones más ancestrales para el consumo de drogas, por ejemplo, los opiáceos. La afición a las drogas es un fenómeno preo-

cupante, exhibe una realidad social inocultable. Y si bien el consumo ha existido desde siempre, hace aproximadamente tres décadas se ha transformado en un problema complejo. Impávidos asistimos al espectáculo de generaciones de jóvenes adolescentes, virtualmente destrozados por el consumo de drogas adulteradas.

El concepto de dosis desaparece; en su lugar emerge el fantasma de las reacciones anafiláticas, mortales casi siempre. Sustancias psicoactivas que en estado puro son inocuas o indefensas se transforman en mecanismos asesinos: el usuario está a merced de los victimarios del mercado negro. Un ejemplo extremo, por lo escatológico, es la heroína que las "mulas" transportan escondida entre la pasta blanda de los intestinos. Los excrementos no alcanzan a contaminar el polvo; basta un poco de jabón para limpiar las cápsulas de látex. Los ingredientes usados en las cocinas para cortar la heroína, son más extremos que el medio de transporte; la mierda, al menos, no es un adulterante; curiosamente una de las variedades de marihuana más cotizadas en el mercado es la potente "caquita de mono". La heroína desciende desde los intestinos a las sangrantes venas de los usuarios extraviados. La muerte por sobredosis es un fenómeno inherente a la prohibición. El usuario no ejerce un control de calidad sobre las sustancias que ingiere. ¿Podríamos, imaginar el número de muertes, si la cantidad de drogas legales y sin receta médica que a diario consumimos, fueran producidas en cocinas clandestinas? No es lo mismo, escribía Escohotado, tomar un Alka Seltzer de laboratorios Bayer, con la especificación de su fórmula (bicarbonato de sodio, ácido cítrico y ácido acetilsalicílico) que ingerir un Alka Seltzer "cortado" en una cocina farmacológica. Un día, quizá, despertemos con la buena nueva de que la resaca alcohólica se debe padecer como castigo. Esperemos que no. Prohibido el Alka Seltzer tendríamos que buscar nuestros propios *dealers*. En este hipotético escenario Malcom Lowry, hubiera muerto, "bajo el volcán", no por su proverbial ingesta de alcohol en las cantinas de Cuernavaca, sino de sobredosis de acetilsalicílico adulterado, y Fitzgerald seguramente hubiera corrido igual suerte en alguna cafetería de Hollywood. Y ya no digamos de Bukowski, poeta de la vitalidad, que hasta la muerte rindió tributo a Baco, el dios griego del vino.



El libre albedrío

El hombre es un sujeto de naturaleza frágil y vulnerable, voluble y ondeante; no está exento de enfermedades ni libre de la búsqueda de edenes artificiales o, para decirlo con Casarino y Leonetti: "De placeres enfermizos y de la sofisticación de los ilusorios paraísos de la intoxicación" (1992: 71). El hombre es víctima, más que ningún otro animal de la especie, del temor a la muerte y al dolor. Resolver el conflicto entre salud y enfermedad ha sido una batalla memorable; en él se transparenta la vulnerabilidad del cuerpo frente a la soberbia de los años. Lo dijo el sabio Merlín "morir es haber nacido". La excursión psíquica tiene que ver, primero, con la avidez exploratoria del hombre para poner fin a sus dolores; en esta búsqueda el hombre descubrió el opio, el jugo lechoso de la amapola, que los sumerios (3500 a.C.) usaron para los dolores estomacales o mejorar el estado de ánimo de los ancianos; y segundo, con el usufructo del libre albedrío que de una forma nítida se legitima con los relatos fundadores de las revoluciones norteamericana y francesa, la declaración de los derechos del hombre y las constituciones liberales del siglo XIX: síntesis del pensamiento político liberal de la creación voluntaria del vínculo social (Touraine, 1995). Como competencia heurística el libre albedrío es una epopeya moderna: el triunfo del hombre real, el sujeto total, el "hombre situado" de George Burdeau, que reclama para sí el ejercicio de su libertad negativa o la "libertad como principio", preconizada por Rawls, en su teoría de la justicia.

No es la libertad a la usanza de los antiguos, señalaba Bobbio, donde los ciudadanos, a imagen y semejanza de los astros se integran a una aristotélica totalidad en aras de la felicidad colectiva, sino una libertad moderna donde el individuo, como actor social, marca su territorialidad, limita la acción del Estado y define una línea de demarcación entre lo público y lo privado: el ejercicio de la intimidad, el "derecho a las cortinas como baluarte de la cultura occidental". La libertad del individuo de proveerse de lo que le venga en gana. Escribe Meister Eckhart:

El ser un hombre
lo tengo en común con todos los hombres;
el ver y oír,
lo comparto con todos los animales.
Pero lo que yo soy es exclusivamente mío,
me pertenece a mí
y a nadie más,
a ningún hombre,
ni a un ángel ni a dios,
a no ser en cuanto soy uno con él.

El hombre es un ser libre y soberano, dueño de voluntad y sabiduría. No es la sociedad la que se droga, es el individuo. Lo hace bajo su propio criterio, responsabilidad y riesgo; coadyuvado sí, por un entorno cultural favorable, no coaccionado por misteriosos "agentes de la muerte" que operan revólver en mano, para obligar al consumo de dosis de marihuana, hachís o cocaína. El consumo no opera de ese modo. Es la sociedad la que orilla al individuo a una radicalidad obsesiva, sin límites. El individuo depende más del Estado y de sus instituciones que de las drogas: del Leviatán vigilante y castigador que violentando su laicidad, condena la conducta de los hombres en nombre de la moral, y los sumerge en los pantanos de la interdicción. La idea de las "malas amistades" o el engaño sutil de los "enganchadores" de drogas que anuncian los *spots* televisivos es la imagen demoniaca que manejan los prohibicionistas. Los agentes propiciatorios pueden estar en casa sin despertar sospechas: padres intolerantes, madres castrantes; hogares expuestos a una orfandad de besos. El comerciante de drogas existe porque las instituciones lo engendran y la sociedad lo tolera; es el hijo bastardo de la sociedad de consumo.

Nada es más engañoso que la supuesta venta de estampillas impregnadas de LSD en la puerta de las escuelas. La inducción a la "adicción" es una trampa de los modernos y paranoicos cazadores de brujas; sus acusaciones se desmoronan bajo el peso de un argumento sencillo: la *dietilamida* del ácido lisérgico no es adictiva, y por sus propias características químicas, la presentación en azúcares o estampillas, evapora rápidamente sus

efectos. Además es una droga barata: de un gramo de monohidrato de ácido lisérgico puro se pueden extraer 10,000 dosis de excelente calidad. En numerosos conciertos de rock realizados en California, los organizadores repartieron miles de dosis de LSD, y según se ha documentado no se registraron cuadros clínicos de adicción instantánea. Ningún alucinógeno, hongos, peyote, yagé, ololiuhqui, o LSD, es adictivo. Los hombres no se transforman en adictos o "enfermos" al margen de las sociedades en que viven. El microclima cultural y los deseos individuales se entrecruzan, complementan el escenario crítico del usuario.

Ser adicto en el sentido estricto de la palabra no es tarea fácil; convertirse en usuario de una droga, así sea la más ingenua de éstas, como la marihuana, requiere de esfuerzo y dedicación. Quien piense que basta una dosis de droga para convertirse en adicto, se equivoca; seguramente es víctima de un exceso de televisión. Hasta el cigarrillo requiere de algo de dedicación para aprender a disfrutarlo; el "uso empírico" de la marihuana, sin disposición cultural, según lo constata Becker en *Los extraños*, sólo produce dolor de cabeza e insatisfacción. No se aprende a fumar tabaco de la noche a la mañana. Disfrutar del "golpe" y la narcosis de un habano requiere de místico aprendizaje. Masticar tabaco trenzado y expulsar saliva amarillenta y viscosa, al mejor estilo de los guajiros cubanos, no es tarea de principiantes. Para acceder a la adicción se requiere de trabajo y fuerza de voluntad. Más aún en el caso de sustancias somáticamente habituadoras como los opiáceos, o la "temida" heroína, la "más dura de las drogas", la "más maldita que el género humano haya conocido", según los eufemismos demonizadores de los primeros prohibicionistas. Un panfleto que circuló en 1902, en Estados Unidos, con la rúbrica de H. Gustav y S. Gompers, dirigentes de la American Federation of Labor, es una muestra de la lírica argumentativa de los prohibicionistas:

> Los chinos inducen a los niños a convertirse en diabólicos opiómanos. Es demasiado horrible imaginar los crímenes que cometen con esas inocentes víctimas los viles amarillos. Hay miles de muchachas y muchachos americanos atrapados por ese hábito mortífero, que están condenados, condenados irremisiblemente, sin sombra de posible salvación (cfr. Hill, 1973: 52).

La condena se tiñe de prejuicio y racismo.

Depender levemente de la heroína, adjetivada como la más dura de las drogas, según se desprende de investigaciones médicas llevadas a cabo en los prestigiosos hospitales de Lexington, Kentucky y Fort Worth, Texas, y resultado, además, de protocolos experimentales con drogadictos voluntarios que purgan condenas en prisión, "requiere de por lo menos un cuarto de gramo diario durante tres semanas; lo cual incluso no llega a degenerar en síndrome de abstinencia agudo; sí se produce cierta adaptación, pero difícilmente el consumidor se convierte en adicto" (cfr. Kolb, 1928: 171).

La adicción instantánea no existe. Es un mito. Un nivel de dependencia exige, en opinión de Escohotado, por lo menos de ocho semanas y un promedio de 10 a 15 pinchazos diarios de un gramo cada uno de heroína de alta pureza, y el desembolso de una fuerte suma de dinero. La cantidad no es una exageración. La dosis más alta que se conoce en los anales de la medicina y registrada por Laurie (1969) es de 37 gramos diarios de morfina. El nivel de tolerancia es muy alto. No se muere de adicción a la heroína; se muere de los efectos somáticos colaterales: alimentación deficiente, carencia de vitaminas e higiene, etcétera. Según los registros médicos de Lexington recuperados por Laurie, las afecciones más frecuentes de los adictos a la heroína son la desnutrición, hinchazón y bloqueo de las venas, hepatitis, infecciones epidérmicas, caries e infecciones de las encías, tuberculosis, pulmonía; y recientemente debemos agregar el SIDA. El hábitat de los heroinómanos es particularmente similar: habitaciones oscuras, sucias y malolientes; jeringas y algodones impregnados de sangre y moscas, restos de comida descompuesta y la inevitable figura agonizante y famélica del yonqui, con la ropa descolorida y un pavor cínico al agua. Este es un paisaje que igual encontramos en Las Barranquillas madrileñas, Harlem, o en los picaderos de Tijuana, Bogotá, Río de Janeiro o Sidney. En esta última acaba de abrirse (2001), en la zona de Kings Cross, una sala para que los adictos puedan inyectarse heroína y recuperarse con asistencia médica; una medida sin precedentes en Australia, experimentada con mucho éxito en algunos centros comunitarios de Europa, sobre todo en España donde funcionan las llamadas "narcosalas". Advirtamos que en algunas

ciudades de Estados Unidos, las jeringas sólo se venden con receta médica.

A estos individuos les habita el deseo de sentirse rendidos; son poseedores de una estructura psicosomática y de una subcultura que los hace consumir heroína y otras sustancias de manera suicida, sin ejercer control alguno. Aún así, adictos malditos, según lo reconoce Burroughs, lograron despertar de la adicción luego de tres lustros de consumo, "serenos, cuerdos y en bastante buen estado de salud, a no ser por un hígado resentido y ese aspecto de carne de prestado que tienen los que sobreviven a la enfermedad". Existen experiencias de consumo, pero ninguna tan salvaje y brutal como la que Burroughs describe en *El almuerzo desnudo*:

> Fui adicto durante quince años. He consumido la droga bajo muchas formas: morfina, heroína, dilaudid, eucodal, pantopón, diccodid, diosane, opio, demero, dolofina, palfium. La he fumado, comido, aspirado, inyectado en vena-piel-músculo, introducido en supositorios rectales. La aguja no es importante. Tanto da que la aspires, la fumes, la comas o te la metas por el culo (1989: 7).

El individuo debe trabajar con voluntarioso empeño para llegar a niveles terminales de habituación. No es fácil sobreponerse al pavor de las agujas, las inyecciones intravenosas o intramusculares, las náuseas, el vómito, incluso la desnudez, mordizquear la carne con un clavo afilado y abrir un pequeño agujero para descargar gotas de material. El nivel extremo de la adicción es el universo de los antihéroes de vidas fragmentadas; brillan con luz propia en *Aullido*, el golpe de mazo de Ginsberg al *establishment* norteamericano:

> He visto, escribe el poeta, las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, hambrientas histéricas desnudas, arrastrándose de madrugada por las calles de los negros buscando el pico rabioso, ángeles rebeldes quemando por la vieja conexión celestial hacia la dinamo estrellada en la maquinaria de la noche (1997: 1).

No todos los usuarios tienen vocación de héroes malditos. Los *beat* fueron héroes por convicción, y sus niveles extremos de adicción se cele-

braron en el ejercicio de la irreverencia y el desacato; y desde esa posición, como modernos Ícaros, rozaron los extremos hasta quemarse las alas: así como dios necesita del hombre para afirmarse, así las sustancias han de requerir de gentes como los *beat*, esos carnívoros del tiempo, para saberse existentes (García-Robles, 1995).

No son las drogas las que matan; es el individuo el que transforma las sustancias en veneno, quien carga de dosis letales el aguijón metálico para la estocada final. Hay en la conducta autodestructiva del consumidor extremo una actitud que los psicoanalistas denominan regresiva, infantil; una salida psicopática equivalente a la actitud del niño que reclama la atención de la madre, golpeando la cabeza con las manos. Es lógico pensar que si el individuo asume administrarse, bajo su propio riesgo, dosis por encima de lo que aconseja la prudencia, se exponga a una muerte prematura. La responsabilidad de la adicción no descansa en las sustancias sino en los individuos. Es en el sujeto donde finalmente se resuelve el conflicto de una conducta abiertamente sadomasoquista y fuertes problemas de personalidad, y donde se manifiesta de forma clara, para decirlo con Freud, el "vasallaje del yo". Escohotado da cuenta de usuarios de heroína que la han consumido durante toda su vida sin reportar niveles de dependencia aguda ni trastornos conductuales que pongan en riesgo su vida laboral o doméstica. En este tipo de usuarios podemos encontrar una suerte de equilibrio en sus pulsiones yoicas (represión y autoconservación), que les garantiza la supresión de cualquier forma de vasallaje y mantener una conducta fuera del círculo vicioso de la intoxicación-desintoxicación. Se puede ser consumidor de alcohol sin llegar a ser alcohólico ni manifestar un cuadro psicótico.

El consumo y los niveles de introducción de sustancias al organismo constituyen un acto voluntario en el proscenio del fuero interno de la intimidad. Lo privado es el refugio donde el individuo se pone a salvo de la mirada demoledora del mundo externo. La "esfera privada es el lugar donde el «uno» toma conciencia de su existencia frente a 'los muchos', el nido donde el individuo tiende a desarrollar sus potencialidades, lejos del ruido de la colectividad" (Béjar, 1988: 15). Si bien el ámbito de la privacidad es uno de los más contemporáneos límites morales frente al poder,

el Estado, al erigirse en agente de interdicción, interfiere con las decisiones de lo que Weber llamaba el "hombre desencantado". Las acrobacias prohibicionistas obligan al individuo a renunciar a su autonomía e inaugurar un estilo de vida criminal que lo convierte en el "otro", el chivo expiatorio o actor protagónico de la subcultura de la droga. El placer seductor de la droga cede su lugar a conductas depresivo-masoquistas, donde el dolor y el ataque salvaje a la piel y la carne opera como una estrategia de la lástima: el "álgebra de la necesidad" de Burroughs; la embriaguez misteriosa de sustancias inocuas desaparece para que aflore en su lugar el tormento de adulterantes como la *estricnina,* sustancia extraída de la nuez vómica, y usado en el diseño de veneno para roedores: "un serpa de vicio, papá, no le hace de chupamelculo, y se deja ir un dragonazo cortao con nina sin dar color".

Nada mejor para evaluar la experiencia prohibicionista que recordar a Artaud, el artífice del llamado "teatro de la crueldad":

> Suprimid el opio, no impedireis que haya almas destinadas al veneno que fuere, veneno de la morfina, veneno de la lectura, veneno del aislamiento, veneno de la debilidad enraizada en el alma, veneno de los coitos repetidos, veneno del tabaco, veneno de la asocialidad. Hay almas incurables y perdidas para el resto de la sociedad. Quitadles un recurso de locura e inventarán otros mil absolutamente desesperados.

Escohotado (1989) agrega datos importantes sobre la experiencia prohibicionista: en India, en 1981, no existía un solo registro médico de adictos a la heroína, sujetos a tratamiento; tras la prohibición de la heroína en 1985, ésta se transformó en fuente de esparcimiento para cerca de 100,000 individuos, en Nueva Delhi. Según los especialistas, los indios dejaron de consumir el tradicional jugo de adormidera, y tras la prohibición lo reemplazaron por la heroína. Marad IV decretó, en Asia Menor, la amputación de un brazo para los comerciantes de tabaco, y éste se negoció como nunca; en Paraguay, se prohibió por motivos religiosos el mate, y éste fue consumido hasta el hartazgo por nativos y gachupines. Soudum Sheikoumi, emir egipcio, impuso por castigo la extracción de un diente, para quien fuera sorprendido fumando cáñamo. La ley fue suspendida 15 años después, para evitar el carnavalesco espectáculo de una pobla-

ción desdentada. A los rusos se los amenazó con la mutilación de nariz y orejas si tomaban café; y éste fue consumido con mayor deleite que de costumbre.[18]

El tiempo pasa. Me distraigo observando la parafernalia del "sastre cortador" dispuesta sobre una amplia mesa de madera cubierta con papel aluminio. El cocinero se desplaza con propiedad entre bolsas de adulterante. Su cuerpo rollizo se comprime en un ajustado vaquero y un saco a cuadros sin botones. Lleva un tapabocas y unos guantes de goma. Más que sastre tiene apariencia de boticario de pueblo. Todo su conocimiento es empírico. Aprendió el oficio en Colombia y lo vino a perfeccionar en Nueva York. En ocasiones como ésta colabora con "Garfield" "por cuestiones de amistad" y para devolver un "favorcito".

> Un buen sastre –me explica el cocinero– se conoce por el tipo de tijera que usa; el filo determina la calidad del corte; si es aprendiz a lo sumo hará un buen remiendo, pero nunca un buen corte. La sastrería deja, pero hay que hacerlo bien y, además, disponer de una buena sala de juntas; si no dispone de lo último mejor es quedarse quieto, porque en menos de lo que canta un gallo lo suben a la báscula. Las sastrerías son un loto para las bandolas; una vez que te ubican, no hay más que entucar ¡y sálvese quien pueda! Te llegan con todo. En este oficio lo primero que hay que aprender es a comer callado, no soltar la lengua ni la ubicación del cambuche, por muy pana que sea; lo mejor es montarla de silencioso; vos no sabés lo que hace la micies; por muy amigo tuyo que sea el micio canta; son botadores de corriente, pican de arrastre a ver qué pescan; igual sucede con las chimbas: se echan unos chorros con uno y luego se van de concurso de preguntas y respuestas. Si vos no soltás donde está la sastrería quedás sano; es más, nadie debe saber cuál es tu movimiento. Entre menos gente sepa, mucho mejor. Una sastrería maneja corte ajeno, clientes que han logrado coronar o que la oficina les da juego. Vienen con uno, primero por confianza y, segundo, por el precio. Básico. Un sastre faltón no sirve, en un dos por tres está marcando calavera. Pero si se va a lo correcto, el cliente solito llega.
>
> Yo cobro una luca por cortar un coso. El tipo de corte depende del cliente; hago lo que el cliente pida, pero también recomiendo. Por ejemplo: me traen un coso; reviso, pruebo, hago mi cálculo, y diagnostico: a esto se le puede cortar tanto, con un margen de siza, así o asá. Un coso de calidad con un corte de 100 (se retiran 100

[18] Advirtamos una curiosa paradoja: los laboratorios Bayer se transformaron en un gigante de la industria farmacéutica gracias a dos drogas que durante varios lustros se anunciaron juntas: la aspirina y la heroína. Escohotado (1990).

gramos de cocaína y se sustituyen por 100 gramos de adulterante), entra bien, cotiza en cualquier parte; un mono oledor no lo detecta. Hay catadores que se plantan y no se transan con el corte. El arte está en que los compradores no detecten el corte. Uno pregunta para dónde va, ¿comprende? Para clientes de cartera, entre más puro mejor. Si es para revender se le echan unos 200 puntos de xilo y pasa. Si es novato el marrano, se le cargan 400 puntos y aguanta; es mucho, pero el cliente conoce su mercado y sabe cómo mover los cosos cortados. La mayoría de la gente se va con la finta de que la cocaína debe adormecer la lengua; piensan que es una prueba de calidad. No saben que en el mundo de las anfetaminas se consiguen píldoras que anestesian la lengua, se muelen y se revuelven con el perico, usted sabe, el truquito y la maroma.

"Malena" que ha estado escuchando –agrega, distraída, golpeando con sus largas uñas rojas el cañón de su pistola–: "La pericia del cortador está en mezclar y arreglar los paquetes de tal modo que parezcan de las oficinas." Y para calmar mi curiosidad sobre su arma añade: "Es una Pietro Beretta; las balas me las rezaron con agua bendita." Me entrega un pequeño proyectil. El plomo tiene marcada una pequeña cruz en el costado. No dice más, prende un cigarro y se queda en silencio mirando al techo, exhalando circulitos de humo. Devuelvo la bala. "Guárdela, me dice, es de buena suerte." Y su mano dobla mis dedos sobre el proyectil.

El cocinero vuelve a la carga:

Siempre me muevo entre 100 y 200 puntos de corte por coso. El precio de la masa, del excipiente, va por aparte; a veces me traen el extra, pero yo prefiero cargarlo a mi cuenta. También proceso base para sacar perico y cocino crack. Tengo mis clientes. Lo único que no hago es vender, no es lo mío. Mi oficio es el corte de calidad. En los puntos de venta, tipo Bronx o Jamaica, no se cuida el corte: los potorros mezclan con lo que encuentran, cal, harina o pastillas, el requisito es que no huelan. Si usted se descacha y usa polvo para niños, se delata por el olor. Los sobres de la calle no traen más del 10 por ciento de coca. Una grapita se consigue en 20 pesos. Los grones aguantan todo. Compran para ellos y además revenden cortando por su cuenta. Lo curioso es que venden: en los Estados Unidos hay clientes para todo; la gente se mete a la cabeza lo que encuentra.

A mí me dicen: "¡Oiga están dañando el perico en Colombia!" Hay gente que reclama como si uno tuviera la culpa, pero no, el asunto no es del pueblo; que yo sepa nadie, hermano, absolutamente nadie, negocia perico cortado abajo, porque no es

> negocio, el corte es negocio de los revendedores, de la gente que distribuye, no de cárteles porque eso no existe acá, es fantasía de la prensa. El perico entra puro, 100 por ciento, yo lo sé, porque me ha tocado recibir de primera mano, vea, puro, con escama y tal. Lo que pasa es que venderlo puro, al menudeo, no es negocio por el precio, claro, hay personajes que manejan cartera y la manejan por lo alto, a 30 o 40 dólares un pasón de 9 líneas; es gente pintosa, tipo holly. Pero en la calle, donde hay que esperar que el cliente llegue por una papelina, se vende cortao; así sí resulta, de lo contrario no. Imagínese a las oficinas metiendo perico cortao; no es negocio. Los revendedores son los adúlteros, los caliches no. El negocio del calichano no está en vender por grapas, sino por kilos.

"Garfield" no pierde detalle, vigila cada uno de los movimientos de su *chef*. Los descuidos son fatales. El cocinero toma con parsimonia cada uno de los paquetes y los libera de la cinta plástica que los cubre. Abre la "panela" y extrae con sumo cuidado las lajas más grandes de la cocaína prensada, depositándolas sobre hojas de papel metálico. Toma el resto y lo introduce en una bolsa de plástico. Pesa el material en una báscula de precisión: 545 gramos. Pesa una pequeña laja y la agrega al material de la bolsa. Repite la operación hasta que logra que la aguja marque 600 gramos exactos. De una segunda bolsa extrae una cucharada de xilocaína y la deposita sobre el platillo de la balanza. La aguja oscila por segundos y luego se detiene. La acción continúa sucesivamente hasta completar 200 gramos. Una vez que se han aislado las cantidades necesarias para el corte, se van mezclando las dos sustancias, cocaína y xilocaína, en una tercera bolsa, en cantidades iguales, y con las yemas de los dedos se las va desmenuzando hasta lograr que éstas se fundan en una sola cosa. Una vez que se han mezclado perfectamente los 800 gramos, se depositan sobre moldes de madera y se colocan, tanto en la parte de arriba como en la de abajo, las lajas escamosas que se habían retirado al principio del trabajo, las cuales suman 200 gramos. De este modo la cocaína cortada queda en la mitad, y la cubierta de lo que será la panela, con cocaína de excelente calidad. El molde de madera se coloca en una prensa y se comprime lentamente. Se retira el molde; se abre: aparece una panela rectangular de finos ángulos; sobre la superficie se perfila ese universo de escamas y cristales que tanto cotizan los oledores gringos. Acto seguido

se recubre con una delgada piel de cartón, y se "viste" con la típica cinta color canela, no sin antes falsificar con un marcador verde el distintivo, la marca, de un patrón "de los grandes": sello de garantía, sinónimo de calidad. En realidad es un acto de piratería. La marca de la mercancía permite reconocer al propietario. El dueño de la línea o exportador de cocaína, maneja droga de distintos clanes, algunos, incluso, enemigos entre sí. Pero esto no es un problema. Lo importante es que la droga llegue a Estados Unidos y sea entregada a los distintos distribuidores.

La operación de corte en los 20 kilos –a cada kilo se le extrajo 200 gramos y se sustituyó por adulterante– deja de ganancias netas cuatro kilos de cocaína de excelente calidad, aparte de la ganancia extra por cada kilo que se ponga en la calle. Esta es una operación normal, propia de un introductor menor o traficante hormiga, los cuales abundan en Nueva York y no llegan a representar una competencia real frente a los clanes grandes o cárteles, que en su momento sí disputaron algunos mercados de la Unión Americana. Disponiendo de contactos y un poco de suerte, cualquier desesperado padre de familia puede perfectamente invertir sus ahorros o el dinero de su jubilación en un envío de droga y convertirse en patrón; un duro la comercializa en Estados Unidos, cobra el dinero, y retira su porcentaje de ganancia. En este sentido el patrón es invariablemente el dueño (o dueños) de la mercancía, y distan mucho de los míticos "capos" que retratan los medios de comunicación. La desaparición de clanes fuertes como los cárteles de Cali y Medellín, han facilitado la multiplicación de este tipo de maniobras de pequeña escala. Nunca fueron monopolios hegemónicos. "Garfield", por ejemplo, recibe mercancía de diversas oficinas, pero igualmente maneja su propia línea de introducción.

El riesgo de perder el capital invertido en una operación individual es siempre una posibilidad: "Pablo eliminó ese temor al abrir sus líneas para exportar en pequeño y operar una especie de seguros. No había riesgo de perder los ahorros en el camino. El seguro cubre las pérdidas." En operaciones a gran escala, propiedad de los cárteles, la droga es una reliquia sagrada que no se puede tocar: la pureza de la misma se garantiza con la vida: "la gente de la nómina garantiza que nadie le meta mano". La adul-

teración es posible cuando el cargamento se fragmenta en entregas de 10 o 20 kilos, y el operador con un poco de suerte y calculando el riesgo puede ejecutar un corte, antes de entregar a los clientes locales. En sentido estricto la adulteración es patrimonio del comprador que así multiplica su ganancia. Por regla general no existe droga pura circulando en la calle. Las operaciones de corte se realizan en una batalla contra el tiempo, en ello la habilidad de los cocineros farmacológicos juega un significativo papel. La parca con su guadaña vengadora, ronda a la espera del más mínimo error. No es tarea fácil manipular los cortes; un error de cálculo en los químicos puede echar a perder la calidad del material y abaratar su precio. Incluso, en el caso de la heroína cuando se manipula con Estricnina puede transformar la sustancia en un *caballo caliente* o dosis mortal, útil sólo cuando se le quiere ayudar a un yonqui a desaparecer del mundo. La advertencia de Melingo, el roquero argentino, en *Tangos bajos*: "Narigón compadre, vas a tener que parar."

Una larga noche ayuna de dioses

Tiempos hubo, advierte Nietzsche, en que "pecar contra Dios era el pecado más grave, pero Dios murió y con él murieron también esos pecadores" (1984:18). Tras la muerte de Dios, irrumpe lo inevitable: el vacío; la humanidad inaugura la orfandad, abre paso a una nueva forma de divinidad: Mefistófeles, el espíritu que todo lo niega. La humanidad, parece repetir con Fausto: "¡Qué espectáculo!, mas ¡ay! ¡un espectáculo tan solo! ¿Cómo te he de aprehender, naturaleza infinita?" (Goethe, 1963: 10). Coreografía transgresora, hábitat de lo trágico-moderno, cuyos signos se anuncian con pasos de animal grande, inundando vorazmente todo aquello que Novalis llamó "morada de hombres nuevos". Morada frágil, escéptica. El advenimiento de la modernidad no es una invitación al viaje al auténtico país de Jauja, descrito por Baudelaire en uno de sus poemas en prosa, donde "todo es bello, rico, apacible, honesto, donde el lujo se complace mirándose en el orden". No. La historia ya no seduce mediante la promesa de una recompensa sino que ofrece apenas un empleo de agrimensor, escribe lapidariamente Kundera.

La historia "no tendría mucho interés si implicara una solución. Como justamente carece de ella nos obsesiona y atormenta. Durante dos siglos, porvenir y milagro fueron más o menos sinónimos. Admirable y maldito siglo de las luces con sus ilusiones frenéticas" (Cioran, 1987: 10). La modernidad, alabada por unos y despreciada por otros, es una "suerte de autodestrucción creadora" (Paz, 1985: 20). Anuncia, libera, pero también condena; inaugura esperanzas y malestares: se niega a sí misma. La lejanía de los dioses, más que una metáfora, devela el olvido del ser de los hombres modernos que batallan con denuedo para separarse del pasado: "Quiero gozar, le dice Fausto a Mefistófeles, lo que de toda la humanidad es patrimonio": la autodeterminación, los saberes y goces prohibidos; cercenar el reino de la interdicción; reconstruir el amor, la risa y las pasiones, incluso el olvido y las preguntas; apostar al revival arcaico. La copa que Fausto aproxima a sus labios, poco antes de que suene la trompeta angélica, contiene una crátera de opio.

Hölderlin, antes de abandonarse a la pleamar de la locura, evocando a Dionisos, reflexiona acerca de la modernidad occidental. Para el poeta, autor de *Himnos* y precursor del romanticismo, Occidente vive, una "larga noche ayuna de dioses". La tragedia de Occidente no radica en la ausencia de los dioses, sino en el descubrimiento terrible de su ausencia. De este reconocimiento emerge la incertidumbre primigenia. Es en el escenario de la ausencia donde los hombres transforman a Dios en una sustancia. La ausencia denota lo inconmensurable. Melancolía. Las sustancias reavivan en el sujeto una nostalgia de infinito. Ahora bien, "la evaporación de la idea de Dios en el mundo moderno no procede de la aparición de las drogas" (Paz, 1986: 83), ni es un problema de deslinde entre lo natural y lo sobrenatural: la transformación de la idea de Dios en sustancia-droga, demuestra en el mejor sentido que lo sobrenatural forma parte de la naturaleza del hombre (Paz, 1986; Habermas, 1989). La existencia del hombre configura un plexo de sentido: de un lado habita lo mundano: se alimenta y bebe, mitiga el sueño y el placer sexual; del otro, es deseo de trascendencia hacia lo absoluto.

La tentación de las drogas, escribe Baudelaire: "Es una manifestación de nuestro amor por el infinito." Un viajero fugaz puede recitar

con el Rig Veda: "He bebido el soma. Me he alzado del dorso de la tierra. He llegado al mundo de la luz, de la luz supraterrestre. Mi corazón se halla ahora libre de tormentos. Soy una vasta llanura, un océano de extensión. He llegado a la luz. Me he vuelto inmortal" (cfr. Michaux, 1989: 13). A diferencia de las múltiples y disímiles deidades griegas, Dionisos es un dios ausente. Dionisos, hijo de Zeus y Semele (mujer mortal), es condenado por Hera, esposa de Zeus, a extraviarse en la locura. Dionisos escapa del mundo, haciéndose acompañar por una cohorte de sátiros y bacantes. Dionisos, antes de abandonar el espacio de lo humano, cede a los hombres el don del delirio, el don frenético del entusiasmo, como paliativo o recurso para sustituir su ausencia. Dionisos, sin embargo, regresará algún día, recuperará su lucidez y habitará eternamente entre los hombres. El paralelismo con Jesucristo es para Habermas, evidente: "Cristo no huye, muere, pero igual asegura su retorno. En su lugar deja a los hombres el pan y el vino" (1989: 119). ¿Qué identifica a estas deidades: una de origen griego, y otra de la tradición hebrea?: el vino.

Dionisos es un exegeta de las virtudes del vino. Los iniciados al culto dan rienda suelta a la orgía; es un operador de metamorfosis; en Dionisos se vislumbra un intento por recuperar la fuerza plástica de la vida. El Antiguo Testamento es claro con relación al vino. Señala en los Proverbios: "Brindad una bebida fuerte al que va a morir, vino al corazón colmado de amargura: ¡Que beba! ¡Que olvide su miseria! ¡Que no recuerde ya su pena!" Vehículo de la ebriedad, el vino une; elimina la ausencia, libera el yo escindido, lacerado, recupera su unidad y lo integra al cosmos. El alcohol es quizá uno de los fenómenos más incómodos de la cultura contemporánea; expresa diferencias entre el consumo que de él hacían los antiguos y el que hacen en la actualidad los delirantes borrachos que inundan las tabernas, ocasionando más muertes y violencia, que todas las drogas juntas. El alcohol desinhibe impulsos antisociales; los opiáceos en cambio inhiben los impulsos criminales.

Tanto los discípulos de Dionisos como los adeptos a la tradición judeocristiana, comparten entre sí su afición por los placeres del vino.

Amparados en los efectos mágicos de lo dionisiaco, del "influjo de la bebida narcótica" se "establece un nuevo pacto entre los hombres y se reconcilia el ser humano con la naturaleza" (Nietzsche, 1989). La embriaguez posibilita lo lúdico: ju(e)go mágico entre la naturaleza y los seres humanos. El acto cotidiano del *methyein* (embriagarse) del que hablaba Filón de Alejandría en el siglo I, es de trascendencia y representación. Sus huellas se remontan e incluso llegan a perderse en los laberintos egipcios, la civilización sumeria o el imperio babilónico, casi dos milenios antes de la era cristiana. Datos provenientes de la arqueología y la etnobotánica permiten plantear que la ebriedad es la compañera milenaria de los hombres. Afirma Drower, que "la vid y su jugo tienen una larga historia de significado religioso. Deificados, como el haoma zoroastriano y el soma védico, sus poderes regocijantes y de intoxicación se tomaron como manifestaciones de posesión divina" (1956: 7).

De la prohibición de la ebriedad

El *methe* griego o la *ebrietas* de origen latino, unen y dividen la historia de Occidente; unen en la búsqueda de estados alterados de conciencia, o experiencias superiores, y dividen en la prohibición. Politeísmo y monoteísmo. La sobria ebrietas o sobria ebriedad, operó como modelo de consumo de las sociedades no cristianas: tolerancia y prudencia. Según Escohotado, en Grecia y Roma, en la cuenca mediterránea, en Oriente, los hombres degustaron los néctares del paraíso; y la ebriedad prudente fue siempre borrachera del espíritu, dosificada para atemperar los males del cuerpo y las aflicciones. Después de las batallas, nos recuerda Homero, Helena de Troya, servía a los soldados cántaros de opio disuelto en vino: el *nepenthe.* El monoteísmo destruiría el modelo de la *sobria ebrietas.* Siglos antes de Cristo, según registra Lewin, se manifiestan las primeras reprimendas morales en asuntos de ebriedad. Así le habla el padre al hijo: "Sé que abandonas el estudio, que vagas de callejón en callejón. La cerveza es la perdición de tu alma; eres como un templo sin Dios" (cfr. Lewin, 1970: 173). Los padres repiten, investidos de autoridad, el sermón lapidario de antiguos sacerdotes hacia sus correligionarios ebrios: "Yo, tu superior, te

prohíbo acudir a las tabernas. Estás degradado como las bestias" (cfr. Escohotado, 1989: 81). El vino atormenta el corazón de los mensajeros precristianos. Elías, profeta del siglo IX a.C., ordena la sobriedad; impugna el aquelarre, y ordena en nombre de Yahvé, el Dios del desierto, degollar a los sacerdotes cananeos, los orgiásticos e impúdicos celebrantes. A nombre del bien se asesina el mal.

La ebriedad incomoda, encoleriza, y adquiere diversas particularidades a lo largo de la historia. Una es, por ejemplo, la experiencia embriagadora de los saceos, pueblo nómada del Asia antigua, descrito por Hesíodo y Jenofonte y, otra, la de los albaneses del Cáucaso occidental, los apolíneos griegos o la civilizada Europa, donde el vino operó una metamorfosis cultural, más radical que el imperio de la espada (Jünger, 2000). El concepto de ebriedad deviene de una concepción del mundo. Advirtamos, sin embargo, para eludir el equívoco, que el término ebriedad no corresponde de manera exclusiva al estado de ánimo logrado tras la ingesta del vino, sino también a la experiencia anímica que deviene del consumo de sustancias tan disímiles como el soma-hindú, ampliamente alabado en los 108 himnos del Rig Veda; la cizaña impregnada de cornezuelo, descrita por Aristóteles en *De Somno*; el teononácatl mexicano; el toloache de América Central; el kava del Pacífico occidental o la iboga africana, de amplio uso en ritos iniciáticos, cuyas propiedades complementan la acción del mosto fermentado. La ebriedad es un estado individual producido por el consumo de una droga. La domesticación milenaria del vino, igual que el tabaco, en nuestra cultura, dificulta su ubicación en la taxonomía de las drogas. Para Baudelaire el vino libera los obstáculos, y es, junto con el opio y el hachís, el punto de entrada a los paraísos artificiales. El mito de la ebriedad orgiástica de Dionisos, con el tiempo, ha sido desvirtuado; en su lugar Occidente celebra fiestas vinícolas para los turistas. La ebriedad mágica de *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare, ha sido sustituida por la ebriedad alcohólica y violenta de los *hooligans* de Brighton o Liverpool.

Escritores de la Antigüedad clásica griega como Homero, autor de la *Ilíada* o Eurípides de *Los cíclopes*, describen el consumo de jugos de uva fortísimos, capaces de provocar, en dosis leves, la muerte o el delirio pa-

ranoico. Se mezclaba con agua, en cráteras diseñadas especialmente para tal efecto, para reducir los riesgos de una muerte ebria. Si el proceso de "destilación es completamente desconocido para la época y por vías de fermentación natural el zumo de uva no logra superar los 14° –cuando un proceso de fermentación alcanza su concentración, se inhibe la posibilidad de formación de nuevo alcohol–" (Mckenna, 1993: 171), debemos sospechar que algunas variedades de vegetales psicoactivos se anexaban a la mezcla de agua y mosto fermentado, con el propósito de potenciar sus efectos. Sólo así los antiguos bacantes accedían al abandono ritual, plácido, y ajeno al tormento de la vida cotidiana. Séneca, en su tratado *Sobre la tranquilidad del alma*, reivindica la embriaguez, no como recurso para ahogarse, sino como estrategia para barrer nuestras preocupaciones; el vino nos remoza espiritualmente y soluciona las dolencias. No se llamó al inventor del vino Liber, escribe el estoico filósofo y suicida, porque liberó la lengua, sino porque ha liberado nuestra alma de las preocupaciones que la agobian.

Los hombres de la antigüedad conocieron cientos de drogas; degustaron su intimidad con fines espirituales o contemplativos. Su origen se remite, quizá, hasta la frontera límite entre el paleolítico y el neolítico, como vehículo del éxtasis. La hipótesis es plausible, si tenemos en cuenta que en el salto de la vegetocultura (del paleolítico) a la cerealicultura (del neolítico) que se remonta hasta 5000 años a.C., el hombre encontró accidentalmente los primeros vegetales psicoactivos y embriagantes. Siegel sostiene que un fenómeno como el de la fermentación es un proceso perfectamente natural:

> Equipos de campo han investigado multitud de casos, desde Sumatra al Sudán, que incluyen a criaturas que van desde abejorros a elefantes macho. ¿El resultado? En su hábitat natural, la mayoría de los animales buscan alimentos que contienen alcohol por los olores, sabores, calorías o nutrientes que proporcionan. La ingestión de savia fermentada se ha considerado responsable de muchos de los comportamientos anormales observados en colibríes o picaflores, ardillas y otros insospechados chupadores de savia (1989: 119).

Cierto tipo de "palmas como las de ponche del sudeste asiático generan directamente en el árbol un alcohol dudoso, pero consumible" (Mc-

kenna, 1993: 172), tanto por hombres como por manadas de elefantes que buscan estados de intoxicación.

La invención de la agricultura viene precedida de un profundo ejercicio de experimentación con la flora silvestre. Nunca antes el hombre había conocido tanto de vegetales como en la gran revolución neolítica. La observación del comportamiento animal fue de mucha ayuda. Investigaciones recientes llevadas a cabo en Asia Menor, China y el Turquestán, han puesto al descubierto la existencia de plantas psicoactivas prehistóricas, cuya existencia se fecha hacia el año 4000 a.C. Este es el caso de la adormidera o amapola y el cáñamo; incluso las tablillas cuneiformes de Uruk, fechadas hacia el año 3000 a.C., legan a la posteridad lo que puede considerarse como el primer registro escrito de una planta psicoactiva: la adormidera; uno de los signos contenidos en dichas tablillas, en opinión de los arqueólogos, significa placer o júbilo (Escohotado, 1989).

Ahora bien, si deseamos llegar a límites extremos, podemos abrirnos el paso hacia la larga noche de los tiempos y recorrer las huellas de la vid en las costas del mar Negro, o en el pleistoceno mediterráneo, cinco millones de años antes de nuestra era, y evocar ritos de prehistórica embriaguez, fundamentales en el amplio proceso de hominización. Milenios antes de que la elaboración del mosto fermentado se convirtiera en profesión de los enólogos, los hombres descubrieron el más elemental de los procedimientos para obtener alcohol: basta obtener un fruto cualquiera, un tubérculo, o un cereal, introducirlo a la boca, ensalivarlo y molerlo lentamente con los dientes. Masticación y saliva. El resultado es una masa que fermentada, genera una bebida de bajo contenido alcohólico. La evidencia más contemporánea a este antiquísimo procedimiento es la "chicha de maíz mascado". Hace ya algunos años observé el procedimiento en las profundidades del valle de Sibundoy, en el suroccidente de Colombia. Reunidas en torno a una olla de barro un grupo de mujeres masticaban granos de maíz y los escupían sobre el recipiente. Horas después sobre la masa granulada agregaron agua y trozos de panela. Luego pusieron el líquido a fermentar. El sabor es parecido al tesgüino o bebida de maíz de los rarámuris, del noroeste mexicano.

La obtención de alimentos vegetales, procura al hombre un conocimiento realmente excepcional sobre la flora; no es entonces disparatado suponer que es en el salto del paleolítico al neolítico, donde el hombre acumula sus primeras experiencias farmacológicas, y tal como sugiere Mckenna, desarrolla formas particulares de raciocinio, apoyado en la intensidad intelectual que provocan sustancias naturales contenidas en la *Amanita muscaria* o la *Atropa belladona*. Drogas que, de acuerdo con investigaciones etnobotánicas, al generar el privilegio de contemplar la vida en su totalidad, provocan visiones de correspondencia universal y facilitan el ejercicio de la analogía (La Barre, 1987; Mckenna, 1993; Wasson, 1998; Harner, 1987). Diversos mitos cosmogónicos, recreados en culturas agrícolas, corroboran el uso de sustancias como potenciadores cognitivos. El mito tiene sentido como "historia breve" o repetición de un "pequeño relato" de los sucesos cotidianos del mundo, y son fundamentales como punto de apoyo de los antropólogos, en la tarea de construir hipótesis sobre el consumo.

Uno de estos mitos es el pequeño relato bíblico del "árbol del conocimiento y de la vida", que en opinión de Escohotado, se inspira en el mito sumerio de Enki y Ninhursag, cuyos orígenes se remontan al año 2800 a.C., aproximadamente. En él, según evidencias escritas, se narra la experiencia de los seres humanos con el "paraíso perdido". Enki "gran señor de la tierra", se empeña, en contra de los deseos de su madre, la diosa Ninhursag, en digerir el corazón de todas las plantas, a fin de descifrar su contenido. La diosa madre, al enterarse de la desobediencia de Enki, entra en un acceso de cólera y lo castiga, condenándolo a no ser visto nunca más por el "ojo de la vida". Enki enferma. Ninhursag, sintiéndose culpable por el calamitoso estado de salud de Enki, crea a Ninkasi, diosa de los brebajes, para que cure al enfermo.

En el relato del Antiguo Testamento o Biblia hebrea, principal fuente de inspiración del judaísmo, el cristianismo y el islamismo, se narra una experiencia homóloga, posterior al mito sumerio. Dios aparece como un ser poderoso, omnipotente, creador del hombre y de la naturaleza que lo rodea. El hombre, sin embargo, puede convertirse en un ser como Dios comiendo del árbol del conocimiento y del árbol de la vida. El primero

otorga la sabiduría de un dios; el segundo, el sueño perverso de los hombres: la inmortalidad. Adán y Eva, por instrucciones de la serpiente, comieron del árbol del conocimiento; fueron sabios. Dios al igual que Ninhursag, estalla en cólera: "He aquí que el hombre, fustiga en el Génesis, es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre" (cfr. Fromm, 1990: 27). Exiliado del "paraíso terrenal", el hombre se habituó a vivir de manera independiente; su primer acto de desobediencia, afirma Fromm, es el inicio de la historia, porque es el comienzo de la libertad humana: la reivindicación del libre albedrío.

Autores como Wasson y Mckenna apoyados en la lectura semiótica del fresco románico de la capilla de Plaincourault, sostienen como hipótesis que el árbol del conocimiento, más que de rojas manzanas, era en realidad un hongo rico en psilocibina: *Amanita muscaria*, degustado pródigamente por los primeros homínidos en la faena cotidiana de recolección de alimentos. En el fresco de Plaincourault se observa a una mujer parada al lado de un hongo; sobre su tallo está enroscada una serpiente. Esa mujer señala Escohotado corresponde a Eva. Wasson es de la idea de que el árbol del conocimiento y el de la vida, son uno solo: conocimiento e inmortalidad; la simbiosis perfecta que desde siempre han buscado los hombres a través de las drogas.

Somos conscientes de que nos movemos en un submundo de hipótesis difíciles, próximas para los escépticos posmodernos, a una especie de ciencia-ficción ubicada en la prehistoria. No obstante, recordemos por curiosa analogía la presencia de una pléyade multifacética de paraísos perdidos en diversas culturas: el dilmun sumerio, el paridaeza persa, el pardess hebreo, o los edenes polinesios y americanos, todos ellos ambientados en escenarios donde abundan plantas con poderes visionarios, es decir, dotadas de alcaloides indólicos. La imagen del paraíso (presencia-ausencia) es una perfecta metáfora para medir el alcance de la relación dios-hombre. No es por simple azar que religiones como el cristianismo, de paradigmática influencia en la historia cultural de Occidente, repruében el uso de plantas visionarias. En ellas está en juego una visión del mundo, "para los espíritus religiosos –y aun para el sentido moral corrien-

te– no es menos repugnante la idea de la droga como donadora de la visión divina, o por lo menos, de cierta paz espiritual" (Paz, 1986: 86). Es en el espacio de la prohibición, donde la religión busca proteger sus intereses, erigiendo sólidas barreras que la diferencien de las prácticas paganas. No es de extrañar que los viejos cultos precristianos de Persépoles, vinculado a los cereales, y Dionisos, el dios loco, al vino, de Attis y Mitra, sean recuperados por el simbolismo sacramental cristiano, pero eliminando de ellos su huella ancestral.

Attis y Mitra, Persépoles y Dionisos, son el pan y son el vino; banquete fundido en la lacaniana trilogía de demanda, deseo y goce. Curiosamente su aura pagana es destruida y refuncionalizada por la doctrina cristiana, en una pompa de sobriedad y rutina: la ebriedad se transforma en fuente de pecado. El alcohol en agente del mal. No es posible que el hombre se eleve hasta la estatura de los dioses; es preciso alejarlo del árbol del conocimiento; esto es: del mundo de las drogas visionarias, los frutos prohibidos. Por antonomasia la función de la religión, una de las más poderosas construcciones de la cultura, es represiva. A nombre del amor eterno, desexualizado, y de la promesa de una vida placentera en el más allá, postula Kolteniuk, en su lectura de Freud, los "hombres se someten a normas intolerantes y acceden a todas las normas y sacrificios. La amenaza de condenación universal y el consabido castigo celestial, operan como garantía para preservar los preceptos morales, reforzar los tabúes e inhibir a los individuos de la realización de actos prohibidos por la cultura: el libre albedrío de la sexualidad" (1986: 47), y la ingesta de sustancias embriagantes.

La religión opera como poder emasculante. La moral culpígena succiona al individuo y lo inhabilita como hombre inteligente, lo vuelve deudor de un dios sangrante. En épocas premorales asociadas al mundo griego y romano, plantea Orozco, es la fuerza la que "pulsiona de un modo dominante y con apego al cuerpo, la guerra, la sensualidad y el deseo irrefrenados; es un mundo donde el instinto prevalece por encima de la razón y el dionisiaco festín de las horas se vive con entusiasmo pues sólo hay tierra y dioses humanos, ¡ay! demasiados humanos" (1992: 5). Sin embargo con la irrupción ideológica del judeo-cristianismo, el mundo de los dioses

polifacéticos desaparece y en su lugar se erige la intolerancia dogmática de un dios único y verdadero, depositario del capital de deudas humanas acumuladas en la vida terráquea. No obstante, la pulsión de la fuerza, de la que habla Orozco, se debilita. El hombre libre de las sociedades antiguas es sustituido por una era de hombres débiles, hipócritas y mentirosos con la bolsa cargada de promesas de una vida eterna en el más allá, y una invención: la moral. Se estigmatiza el cuerpo, la carne, los agujeros y sus fluidos: la sexualidad deviene en lo prohibido, será fuente de pecado. El tormento de la vida cotidiana será el castigo del dios vengador, el instrumento de un círculo victimario que fincará en la cultura como totalidad y cuya paradoja terminal será el reclamo lastimero del dios-hijo, que Saramago registra en *El Evangelio según Jesucristo*: ¿Padre por qué me habéis abandonado? La era occidental de la divinidad unipolar se resume en la frase: "Dios vive, todo está prohibido." La moral será el recurso por excelencia del dios sadomasoquista que pende de la cruz y de sus obesos representantes en la tierra para esclavizar a los más débiles a través de la prohibición. No es casual que la rebelión posmoral de los hombres modernos de Novalis se despliega en la prolongación semántica del paradigma nietzscheano: "Dios ha muerto, todo está permitido." O en la consigna del mayo francés: ¡prohibido prohibir!

Es en este contexto donde se construye una radical disputa entre individuo y sociedad, es decir, entre el hombre individual y los ideales de cultura. Desde esta perspectiva, la idea de dios como sustancia, coloca frente a nosotros una interrogante inevitable: ¿la automedicación, como sinónimo de ebriedad, es un derecho inalienable? O planteado de otro modo: ¿bajo qué circunstancias la ebriedad evolucionó en recurso para eliminar la incertidumbre de los hombres nuevos? Los que llamaron la atención de Goethe; su Fausto, lúcidamente ha sido descrito por el poeta ruso Puskin como una "Ilíada de la vida moderna" o por autores como Berman como la primera gran tragedia del desarrollo; esto es, de la modernidad.

"Garfield" revolotea siguiendo de cerca el proceso de corte. Llama por radio para asegurarse de que todo marcha bien en la calle. La policía y las bandolas son un riesgo constante; estas últimas merodean las cocinas farmacológicas, siguiendo la pista de chivatos ocasionales,

que a cambio de unos cuantos dólares delatan los lugares de trabajo. La investigación y mi integridad física dependen de la eficiencia en las medidas de seguridad; soy consciente de ello. Con los días mis temores se han disipado. Me divierto, pero no olvido las precauciones. La temida "mafia colombiana" me parece *macondiana,* aunque su capacidad de violencia es poderosamente real. Es una mafia de variados matices. Nada parecido al mítico mundo del *capo di tutti capi,* ni al imaginario nostálgico de los relatos de origen que se escuchan en Palermo y Corleone.

Siga preguntando, viejo man, pero no se vaya a olvidar de mis regalías –insiste "Garfield", mientras acoso de preguntas a los informantes, y estalla en una sonora carcajada que hace saltar su palillo de dientes. Si no se le echa tijera –continúa el joven ayudante del cocinero– no es negocio el perico; póngale que me compro un ocho en dos lucas, mínimo tengo que sacarle una luquita libre. Tengo mi punto en la 42, yo solano frenteo. Nunca saco más de un ocho semanal para no comprometerme; un ocho lo pago sin problemas, dos ochos, traen cola. Prefiero un corte chicorio; me da culillo enfermarme: primero, porque de dónde saco billegas pa'l aboganster y, segundo, quedo con la deuda. Un ocho es un ocho, y lo mínimo que puede hacer el dueño es darme dos o tres semanas para cancelar; si no me lo cobran a la cañona. Yo cuadro mis gastos cortando mi ochito semanal, lo hago en la casa. Corto poquito, por si las moscas, usté entiende. Ya de micies, le colaboro a la pinta de la cocina. De ahí yo me llevo unos cuantos pesos. Afortunadamente no me ha pasado, pero sé de parroquianos, que les ha tocado entregar sus cositas en el pueblo para abonar un crédito. Yo no pago la merca en efectivo, digamos que me entregan un ochito hoy, y la semana entrante ya estoy cancelando. Si tienen, ahí mismo me surten otro ochito, sino luego. Así se trabaja.

Puntear es riesgoso, pero de eso a no tener con qué pagar el apartacho o dar para la lata, se prefiere el riesgo. El asunto está en saber mirar, pillar el cliente, en esto uno desarrolla sus mañas: yo con sólo ver al personaje saco si quiere un pasodoble pa'l parche o si nomás anda de riata; rara vez me equivoco. No crea que saco todo el ochito, no, eso lo llevo restiado, a mucho dos o tres pasodobles; mi mujer guarda el resto, me hace el paro en un grocery. Vendo un toque y voy por el otro, sano, ¿me entiende? No nos arriesgamos a más por el susto; en esto estamos desde el 90; no es lo mejor pero permite vivir honradamente: yo no creo que le esté haciendo daño a nadie, pues a nadie obligo; eso sí evito a los pelaos: esos chinos nomás los pillan y ya están soltando la papa.

Me gustaría estar en otra cosa, ganarme la vida a lo legal, pero no hay de otra: los Estados Unidos no son como los pintan; se sufre, se padece; a mí la verdad me da miedo. Recién llegado trabajé en una compañía de aseo, limpiando casas, pero como a los seis meses me liquidaron. Sí me pagaron, porque hasta eso acá la gente es muy honrada, pero no tenía papeles. Luego no pude conseguir nada fijo. Topé con gente que me enseñó este oficio, y aquí estoy ayudando en la cocina, quién sabe hasta cuándo; esto no parece tener fin, tal vez hasta que San Juan agache el dedo.

El cocinero interrumpe a su ayudante para cerrar su historia:

Yo tengo mi caleta en Jamaica; a veces cocino pero otras no; todo lo que manejo es ajeno; nunca se me ha hecho de subir mi propia tela; es complicado. Se necesita tener gente de confianza abajo que flete la base y organice el envío. He soñado subir mi material; un coso de base oxidada en Colombia se consigue en 1,000 dólares. Cocinado se puede vender en 20. No ahora, más adelante a lo mejor se me hace. La cocina deja dinero, pero como oficio se ha vuelto peligroso: los londras rondan las cocinas que da miedo. Hay mucho faltón suelto, pendiente de un descuido para caer encima y llevarse el camellito. La situación está tan delicada que evito dejar trabajo de un día para otro. Me contacta el cliente y le digo: o usted espera que acabe o me deja unos parceros con que querer para que frentien si hay zafarrancho. Ni loco me quedo a cuidar merca ajena.

Cocinar no es difícil pero tiene su maña. Las cocinas son nuevas; se abrieron cuando la gente empezó a subir base por su cuenta. Las oficinas no suben base, sólo perico listo para el consumo. La base es maniobrable y se camufla muy fácil. Se mezcla, por ejemplo, con un polímero, y se produce un plástico con el que se pueden confeccionar maletas, artesanías, hilo, hojas largas de hasta tres milímetros de grosor. Una vez coronaron un "mural de plástico" de cinco metros por dos, con una chimba de dibujo y paisaje de un artista local. Lo usual son maletas Sansonite; un trabajo muy fino que hacen en Cali. Las maletas se arman con 10 kilos de base oxidada y el resto es polímero. La maleta negra viene con todo: cierres, manija y cerradura, lo de una maleta normal. Pasa la aduana de los aeropuertos sin problemas. Si el pasajero da visaje, o el material empieza a sudar por la temperatura, los aduanales se llevan la maleta al laboratorio y la rompen para analizar el plástico, a veces descubren la base, en otras, cuando el trabajo es de calidad se quedan con una masa negra molida y no hallan nada. En las cocinas se trabajan las maletas: se rompe en trozos pequeñitos y se muele en molino de café, primero manual y después en uno eléctrico; la pasta debe quedar menudita, granulada, casi. A la pasta molida se le echan los polvos de la madre celestina (agua, ácido sulfúrico y sosa cáustica) y se aísla el polímero de la base: el plástico queda abajo, asentado, y la base oxidada en las aguas. Se filtra;

luego se echa la base para delante y saca la cocaína. El único problema de mezclar base con los polímeros es que se pierde mucho: de un kilo de base se recupera la mitad, el resto se pierde en el proceso. Un truco bacano es subir las aguas, la base de cocaína disuelta en líquidos; un kilo de base se puede esconder en botellas de ron o gaseosas de sabor; 10 kilos se pueden mezclar en un barril de vino, y en las cocinas se hace el resto, es decir se separan las sustancias. Se pierde algo en el proceso, pero igual la ganancia es neta.

A mí me subieron a los Yores para frentiar los cortes. No vine a buscar trabajo; si para eso fuera mejor me quedo en mi tierra. Eso es impajaritable. Me vine a cocinar y no me arrepiento; tengo más camello que en Colombia. A cocinar aprendí en Colombia, con un boyaco. Si uno es prudente, levanta un buen plante y ahí muere. Se baja al pueblo y monta un negocio sano, legal, a la luz del día. Si se cae se va a la sombra. Es el riesgo; quien no arriesga un huevo, no tiene pollos.

Aguas benditas y aguas del grifo

El consumo de drogas tiene su propia historia. Han sido usadas por todas las culturas, en rituales, por motivos de salud, o simplemente para provocar estados de ebriedad y de placer. La automedicación ha sido guiada por procesos de acumulación de conocimiento y de conciencia individual. De ello deriva la certeza de lo que se consume, los efectos esperados, y un uso racional de la dosis necesaria para lograr el bienestar psíquico. En síntesis, tal como lo plantea Escohotado, el individuo alcanza el estado deseado, la serenidad inefable, por propia voluntad y muy lejos de la enajenación y el crimen. El problema real al que nos enfrentamos en la actualidad deviene de la aristotélica batalla entre el bien y el mal; la "lucha por controlar la mente". Resulta absurdo erigir una división entre drogas buenas y drogas malas. El criterio del bien y del mal no forma parte de la estructura de la droga, sino del individuo que la consume. No podemos dividir las aguas en "bendita y del grifo" comenta jocosamente Szasz. Menos argumentar una naturaleza maldita de los fármacos. En este punto es donde fracasa y confunde la cruzada farmacológica, inspirada en una función terriblemente hipócrita y de catequesis sanitaria que, para corroborarlo con Sade: "Es el homenaje que el vicio rinde a la virtud." La prohibición lejos de superar los problemas contemporáneos que devienen del consumo de drogas, los ha exacerbado a límites socialmente ex-

tremos. No podemos sustituir la libertad de conciencia por un código penal. Poco es lo que puede modificar el derecho penal: los deseos de los usuarios, responden a la dinámica espiritual de un comportamiento ceremonial que antes que debilitarse con la prohibición, al contrario se fortalece (Szasz, 1992).

En las últimas dos décadas, cuando la prohibición se ha agudizado, se han descubierto drogas alternativas, clones perfectos de los frutos prohibidos. La prohibición, tal como lo corroboran investigaciones recientes es una guerra perdida (Boyer, 2001; Husak, 2001; Restrepo, 2001). Los sucedáneos son más baratos, poderosos y tóxicos que los originales. La década de los noventa y la primera del año 2,000 es un paraíso de sucedáneos sintéticos como el Quallude o la efedrina, comercializados en el mercado norteamericano por flamantes organizaciones mexicanas:

> con un papiro teus no le da piso a nadie, es un tiro nítido. Pone el paper en la lengua y se lo avienta con Evian o con un Gatorade de naranja. Chévere, ¿entiende? Pero si un peye maluquea el paper se le azota el mate y daña el baile. Una tachuela de buen ver, sin corte, es una bacanería: un goce pagano. No sé cómo le hacen, pero hay cada hijueputica chichipato: vea, el éxtasis es blanco, pero un día un peye me quiso ligar una pastilla de color azul. Me dio mala espina y no le compré. Mi nena tomó media pastilla y le dio una tembladera nilahijueputa en el baño. Una tacha no cuesta nada. ¿Por qué putas faltonean con las cápsulas?

En asunto de drogas no existen imposibles. Lo saben los estudiosos de la química orgánica. Los alcaloides –las drogas psicoactivas en su mayoría son alcaloides– son compuestos de carbono y nitrógeno. Estos dos elementos abundan en la atmósfera terrestre. La interdicción de los alcaloides lo único que genera es potenciar, y con grandes beneficios, el estudio de la química orgánica. No es descabellado suponer un progreso vertiginoso de la química orgánica, superior o comparable al que ya ha experimentado la técnica en el siglo XX, ampliando el catálogo de alcaloides (Mckenna, 1993).

La prohibición ha propiciado la irrupción de laboratorios clandestinos; cualquier improvisado funge de químico e irresponsablemente expe-

rimenta con los consumidores en aras de encontrar alguna sustancia que pueda "pegar". Lo importante es colocar sustancias al alcance de todos los presupuestos, "democratizar el vicio" y hacerlo más redituable. El consumo de la élite es restringido; la ganancia se potencia con la multiplicación de usuarios, que pagan menos pero compran más. La idea es vender. Este es el fundamento filosófico del negocio de la prohibición. La prohibición es la fuente del problema central que azota al mundo contemporáneo: el narcotráfico. Drogas, usadas por el hombre durante milenios, nunca generaron un problema social. Las muertes por sobredosis, antes de que las drogas fueran penadas, según registros médicos de Europa y Estados Unidos, fueron siempre excepcionales.

La prohibición construye el escenario cultural de los traficantes de drogas: ajuste de cuentas, ejecuciones en la vía pública, y un inusitado desprecio por la vida, característica esencial de quienes especulan con lo prohibido. Escribía Cioran que no es la eternidad lo que enamora; lo que verdaderamente seduce es la muerte. Para los pistolocos, los agentes inevitables del narcotráfico, morir expresa retos placenteros: "morir es bacano; un tiro, sólo uno, y usted descansa para siempre sin remordimientos". Para los pistolocos la única certeza es la de apuntar con pulso firme, coquetear con la muerte, y respirar de nuevo en un meridiano nuevo día. "Vivir del dedo es una nota, llega el billete en efectivo y sin güiros. Un disparo bien dado y ya la hizo. La vida se rifa de una vez. Si toca morir, se muere. Nadie dijo que la vida era para siempre. Mejor muerto que viviendo de pirobo, de perro o de prestado."

En el mito del paraíso, dios prohíbe a la pareja primigenia el consumo del "árbol del bien y del mal". El castigo amenaza al transgresor. El relato mítico inaugura el placer por lo prohibido. Antes que Freud, los inquilinos del Edén descubrieron el "malestar del paraíso" y apostaron por una vida incierta y a cuentagotas. La escatológica terrenalidad de la serpiente desnudó públicamente nuestra incapacidad para la felicidad. El paraíso carece de destino. En la desobediencia caímos del tiempo y optamos por la historia (Cioran, 1993). Nadie salva a nadie. El individuo expulsado del paraíso, se salvará a sí mismo, sin más estrategia que su amor propio. Expulsados los hombres del paraíso y de la ebriedad sin censura, serán

condenados al extravío, a la errancia: siglos caóticos y sin esperanza, siglos de amor por lo prohibido, artífices de una sobremodernidad donde el asesinato asociado a sustancias clandestinas, se pontifica como profesión. En Pink Floyd escuchamos: "¿Te gustaría aprender a *volar*? Deberías." Sí, pero ten cuidado, los pistolocos están aceitando sus pistolas; y los adulterantes, quizá, no te permitan levantar el vuelo.

"Garfield" ignora la invitación de los músicos ingleses a *volar*. Observa complacido los resultados del trabajo de adulteración, de "multiplicación de los panes": 20 paquetes de lujo, correctamente encintados, como recién salidos de un laboratorio colombiano. La operación deja cuatro kilos de excedente: 120,000 dólares. La tarea ha terminado. Es tarde. El reloj marca las dos y treinta de la madrugada. Los campaneros reportan desde la calle tranquilidad absoluta. Se organiza la salida. El "Super" indica que la vía está libre. "Gustavón" queda a cargo de los 24 kilos de mercancía que se camufla en cajas de *corn flakes*. Será el encargado de llevar los paquetes a la caleta; un lugar que sólo él y "Garfield" conocen. El "Super", aparte de ganar una comisión, limpia la cocina y se queda con las partículas de polvo que quedan sobre la mesa; es un tipo de confianza. Se ofrece a cuidar la droga hasta el otro día. "Garfield" agradece el gesto palmeándole la espalda. El hombre insiste argumentando que es muy tarde para salir "cargado" a la calle.

–¡Nos vamos! –ordena. Sonriendo justifica: "no se puede dejar una cucaracha en un baile de gallinas; el oro blanco maluquea a la gente".

–"Qué jartera dejar huérfanos de besos por una pecueca", remata "Gustavón", levantando el cañón de su escopeta.

–"Uy, marica, no juegue con eso", Revira el "Super". La risa es general.

Salimos. A esa hora el frío golpea con fuerza y las manos se congelan. Tomamos la calle en dirección a la Roosevelt. En El Ojal, un restaurante-bar de medio pelo, canta un fulano con la cabeza enfundada en un pañuelo de lunares. Media hora después departimos alegremente en compañía de un grupo de traquetos. Al fondo, sobre un pequeño estrado de madera, ubico al cantante que se pega al micrófono: "Mi tristeza es mía y nada más... no, no, no; yo no creo en el amor; yo no creo en nadie más". El "Pecos" se exalta; acompaña la canción con su voz destempla-

da: "Iujaa, otra pa'l peso" –grita. Pero la noche no está para departir con juglares románticos. Salimos en dirección a un antro bailable, con música en vivo y repertorio de la Fania Records, el mítico sello disquero del son cubano y las grandes bandas de salsa, fundado en 1964 por el flautista Johnny Pacheco y Jerry Massuci, un abogado judío. En 1971, nace La Fania All Stars y, con ella, Nueva York se convierte en la capital mundial de la salsa. Los coches se amontonan en el estacionamiento. Dos colombianas y una dominicana que hemos recogido en el camino lucen ajustadas minifaldas negras; el cuello y las muñecas sobrecargados de alhajas de oro, las legendarias *bambas*. Se acomodan en las sillas. "Malena" sacude los rizos de su cabellera a media espalda y agita las caderas, tarareando una letra de Blades: "Maestra vida, camará, te da y te quita y te quita y te da." En los baños circulan discretamente los "paso-dobles". Las hembritas *afilan* con sus *parceros*. Dedos húmedos impregnados de saliva y cocaína reptan suavemente entre las piernas; a tientas buscan el clítoris entre el césped púbico, descifrando e imaginando formas nuevas de placer; se regodean en un cachondeo interminable. La mitología urbana supone poderes afrodisiacos a la cocaína si es aplicada en los genitales. "Malena" desmiente el mito: "Es fantasía, Juanchito, esa mierda en el gallo, lo único que deja es un ardor nielhijueputa. Por la nariz el periquito calienta la libido, desata la hormona, y te pone calentona, de orgasmo múltiple, pero, ¿polvo en la chocha? No'mbre, ni la mamá de Superman." Minutos después el fuego transitorio del amor se prolonga sobre una pequeña pista de baile, donde la reina rumba, Celia Cruz, lleva al paroxismo a los presentes con su tradicional grito de combate: ¡aaaaazúca!

Los cuerpos se mueven con desenvoltura, giran, envueltos en los rayos multicolores que disparan los cañones de luz suspendidos en el techo; se apretujan y sudan con el sabor de la salsa, el ritmo de fuego en que se abaten las penas y se olvidan los dolores. Seducción plena. Todo es risas. Juego. Apuesta a lo imposible. La felicidad es efímera para los traquetos; tarda en llegar. La fiesta es un sacrificio de los cuerpos. Muchos de los hombres y mujeres que rodean la mesa, no podrán repetir esta faena cinco años más tarde; su felicidad se marchitó en las calles: "Babal"

en un retrete de Queens con un tiro en la boca y los ojos extraviados; "Moncho" en un estacionamiento público, amarrado y babeante con tres tiros en el pecho; "Tribi" en Europa, "becado" por 10 años; "Mauri", huyendo de los fantasmas y las deudas. Y las *niñas*, las hembritas del combo, las que no tienen la marca del guerrero, en la diaria faena de enviudar perpetuamente, dos, tres, las veces que sean necesarias hasta conseguir un plante, que las ponga a salvo de tanto dolor e iniquidad. Otras traqueteando, asumiendo la casta del guerrero. La vida es breve. Sí, pero el *show* debe seguir. "Papito, uno en esta mierda, como en el tango, lucha y se desangra, pero insiste, insiste, no se patrasea: coronamos o coronamos; usted sabe, unos caen pero otros se levantan. No le vea: a coger y bailar, que el mundo se va a acabar", sentencia "Malena", contorsionando el cuerpo; sus caderas y hombros vibran con las congas de Andy Montañez. Sensual hasta el dolor, "retadora del furor genital", diría Guillén, se desplaza sin miedo por la pista. La salsa es para "Malena" un paréntesis a la realidad metálica que guarda en su cartera de piel: "que te ando cazando camaleón".

–"Dígale al 'Garfield', que nos vayamos pal' Palladium" –me susurra al oído.

–Déjame ver –agrego, contagiado de su sensualidad mortífera, y del soneo dionisiaco de Ismael Rivera en *Las caras lindas de mi gente negra*.

Suena un bíper. Por reflejo los hombres miran hacia el adminículo electrónico que ajustan en la cintura; sueltan la pareja de baile y abandonan la pista. El alcohol hace de las palabras un silbido de víboras. Minutos después estamos en camino. Ni siquiera se me ocurrió sugerirle a "Garfield" ir al Palladium, la "discoteca de salsa más chimba de niuyor, papá". Las jornadas traquetas son impredecibles, y cuando se anuncia el "abrirse en llamas" hay que partir. En ocasiones salíamos a comer en restaurantes caros de Manhattan y terminábamos, sin saber cómo, respirando la madrugada en congales perdidos y miserables del Bronx, oyendo tangos y tomando cerveza Pilsen para saciar la resaca, luego de una jornada de excesos. La noche invita a penetrar los misterios y sus vapores homicidas. La ciudad no duerme; un mundo extraño se gesta entre las sombras. Los traquetos son hijos de la noche. Es su hábitat; fuera de él son

hombres grises. Muy pocos se interesan por los problemas del mundo. "Garfield" es una excepción. No sólo le gustan las armas, también disfruta de la buena literatura; le encanta la poesía de Neruda y Benedetti. En su coche se amontonan libros de ensayo, manuales de fotografía y novelas. Los amigos sabían de sus placeres. Un día me sorprendió con los regalos de cumpleaños que le llevaron de México: una metralleta Mini Ingram, calibre 380, y *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, envueltos en papel de colores y un moño rojo. El libro lo leyó en una sola noche. "Oiga, me preguntó al día siguiente, ¿que esta chimbita es una princesa?" La noche posibilita el ejercicio de múltiples representaciones simbólicas: es el reino del desvalido, del marginal, del hombre confuso, del anarca. Los "huecos", las "ollas", bares y burdeles de mala muerte son abrevaderos de los habitantes de la noche. Al amparo de la noche transgreden las normas. Los "hombres normales" de Manhattan, hombres diurnos por naturaleza, cuyas vidas permanecen enjauladas en los panales de los edificios de oficinas, abandonan su madriguera en la noche para ir en busca de prostitutas o un poco de droga; caminan con desparpajo sumidos en sus pensamientos, por las orillas del Hudson. La Gran Manzana permanece en un estado de sopor y duermevela; chorros de luz escapan desde lo alto de los postes; espectaculares anuncios publicitarios y hologramas disparan sus haces lumínicos sobre la arquitectura de acero, vidrio y soledad.

Contrasta la noche de la moderna capital del siglo XX, de aquel París, que Benjamin llamara, capital del siglo XIX, con sus bohemios opiómanos perdidos bajo una atmósfera de bruma. La modernidad es diurna; en cambio "el sueño, el trance y la locura", son eminentemente nocturnos. En la noche la utopía de la modernidad rompe sus alas. La grán capital, como en el juego de Penélope, teje en el día lo que en la noche se desdibuja. El día es, parafraseando a Pink Floyd, como Hollywood esperando al final del arco iris.

La noche exacerba la incertidumbre, como la luna llena a los vampiros: "un fije nocturno es un fije; diurno es distinto. En la noche haces el amor, en el día te masturbas. Es como hacer lo mismo pero oyendo el ruido del subway. Tienes ganas, vas con tu *dealer*; tienes

miedo, vas con tu *dealer*; tienes ansias, vas con tu *dealer*. Tienes hambre, vas al refrigerador".

Horas después abandonamos la discoteca y salimos de Queens. Circulamos veloces en dirección a Fort Tryon, en la parte alta de Manhattan. "Garfield" detiene el auto a la altura de Lincoln Center y marca un número en su celular. Una niebla espesa circunda el lugar. Partimos; subimos por Broadway. En el camino, sobre el extremo del Hudson, observo la fría y solemne Universidad de Columbia. Imponente. Dos siglos de historia se concentran detrás de sus paredes conventuales, y en sus edificios de gruesas columnas. Mis dedos acarician distraídos la culata de una pistola de juguete que "Garfield" ha comprado para "El Gelatinoso", su pequeño hijo neoyorquino. Nos fundimos en la bruma del amanecer. Falta poco para que salga el sol. Rememoro mis apuntes y los viejos sueños de los primeros inmigrantes que llegaron con sacos de esperanza amarrados a la espalda a vivir la modernidad en Nueva York: el puerto y metrópoli más importante de los Estados Unidos, epicentro de las comunicaciones mundiales más lucrativas desde 1825, tras la inauguración del canal Erie que abrió la región de los Grandes Lagos al comercio mundial.

Dejamos atrás los edificios de Columbia. Activo una palanca y deslizo hacia atrás la silla de mi "gabinete" ambulante. "No se duerma, locuaz", me previene "Garfield" conocedor de los estragos que causa el alcohol en mi organismo. Y desde ese particular observatorio móvil, mi "aleph antropológico", reflexiono. Debo reconocer cierto encanto por la especulación; sin ella es imposible la interpretación. No me importa que los lectores no estén de acuerdo conmigo; todo esto no es más que una interpretación. Ya sé que objetaréis, pues bien, ¡tanto mejor! Balbuceo recordando a Nietzsche, el siempre puntual filósofo germano. "Garfield", nostálgico de ausencia, añora en madrugadas como ésta a la compañera de todas sus batallas, la amorosa pero distante madre de sus hijos colombianos, varones todos. Vencido por la melancolía destapa una botella de aguardiente e introduce un compacto de Willy Colón en la descomunal grabadora potorra que le compró a un ladrón de la Rusvel. "Garfield" es un *gallero* de corazón: "compra cualquier maricada que le pongan en frente": cámaras fotográficas, teodolitos, fresas de odontología, y hasta

una lancha con motor fuera de borda que se robaron en Long Island le quisieron vender. Desistió de última hora ante la dificultad de "bajar la lanchita al pueblo". Lavoe describe en *Ausencia* la tristeza de ese garfiliano amanecer:

Ha terminado otro capítulo en mi vida
La mujer que amaba hoy se me fue.
Esperando, noche y día
Y no se decide a volver...
Pero yo sé que volverá
y si no de penas moriré.
Por mi madre, yo te juro,
así cosa buena,
que si no vuelves, yo me voy a volver loco.

"Garfield"

"Garfield" tiene los años que su vanidad no autoriza nombrar. Nos conocimos hace algunos lustros en una ciudad de paredes blancas, techos altos y calles estrechas fundidas en asfalto y melancolía. Él, y su hermano "El Ojón" escasamente mayor, resumían el prototipo de lo que muchos jóvenes inconformes deseaban ser en los setenta: militantes de izquierda; ser rojo era un principio de identidad. El partido era un refugio para la tribu. Los ecos de la Revolución cubana y del mayo francés golpeaban los tímpanos llamando a la batalla. Aislada del mundo, la pequeña ciudad enclavada en los Andes, despertó una mañana con los gritos de un loco de ojos cavernosos, la cabeza enfundada en un viejo gorro de lana, y la camisa por fuera sin el último botón, que repetía frases de Bob Dylan, trepado en el monumento que la ciudad erigió a su sabio de cabecera: "El orden se está hundiendo rápidamente. Y el primero de hoy será el último mañana. Porque los tiempos están cambiando."

Luchar contra "el sistema, la oligarquía vendepatria y el imperialismo norteamericano y todos sus lacayos", era la consigna que identificaba el compromiso generacional de cientos de jóvenes que veían escapar la

noción de futuro entre las manos. Hartos de corrupción y de la hegemonía de gobiernos liberales y conservadores, numerosos jóvenes apostaron por la posibilidad de transformar el mundo, y vieron en la toma del poder, la esperanza de construir un futuro más prometedor. Los partidos de izquierda canalizaron la desesperanza y transformaron el ímpetu juvenil en punta de lanza de la guerra revolucionaria que habría de llevar al pueblo a una moderna tierra prometida: "¡Patria o muerte, venceremos!"

Los setenta sorprendieron a la pequeña ciudad con gases lacrimógenos y fuego de fusil. Las campanas doblaron a duelo. Un joven estudiante había muerto, abatido en un desigual combate callejero con los soldados de una República consagrada al Sagrado Corazón de Jesús. Horas antes el joven sacrificado había escrito en la soledad de su recámara, un breve texto premonitorio: "Miren, miren la muerte recorriendo las calles." El sacrificio lo transformó en héroe. La ciudad se cubrió de luto. Las sirenas anunciaron el toque de queda. Pese a las advertencias familiares y a las amenazas de las autoridades de hacer cumplir la ley, muchos jóvenes no se quedaron en casa, salieron e inauguraron la vorágine de la conspiración. Una noche de marzo y de relámpagos, descubrí a "Garfield". Su hermano arengaba a la multitud con un megáfono, de color rojo y blanco, obsequio de una filántropa que vino y desapareció como una sombra, dejando en la memoria las líneas suaves de su rostro. Los dos personajes protegían su identidad con un pañuelo sobre el rostro, sin embargo, el murmullo era general: "Son las vacas." Sus inevitables ojos negros y grandes los delataban.

La revolución popular y el consecuente triunfo del proletariado, en un inspirado concierto de fábricas rebeldes, se anunciaba casi a la vuelta de la esquina. Cientos de jóvenes abrigaron como propia la causa de esa "alianza inexpugnable de obreros y campesinos" que "Garfield" anunciaba a la menor provocación: "sólo bastaba una chispa para incendiar la pradera". Ese era el diagnóstico de Mao en los *Tres permanentes*, pequeño folleto que, al lado de las *Citas* y las *Cinco tesis filosóficas*, rigurosamente empastadas en plástico rojo, circulaban profusamente y se exhibían con orgullo en el bolsillo de la camisa. Textos básicos que algunos exagerados leían en las fiestas, mientras los demás bailaban. Se supo de un joven estudiante de medicina que tirado en el quirófano para ser opera-

do de apendicitis, solicitó ser anestesiado mientras su novia le leía algunas páginas de *Servir al pueblo* del ideólogo chino. Y en el sopor de la anestesia se le oía repetir: "Morir puede tener el peso de una pluma o el de una montaña de Shanghai."

"Garfield" descolló rápidamente como un líder carismático y, en opinión de algunas de sus admiradoras, creció romántico, pero platónico en los afectos. Su hermano era un organizador nato, pero más decidido en las artes del amor. Juntos constituyeron una mancuerna perfecta para la conspiración. Junto con ellos unieron fuerzas numerosos jóvenes con habilidades para el trabajo de masas y el accionar militar. En pocos años se constituyeron en parte importante del sector estudiantil del Partido Comunista, Marxista-Leninista-Pensamiento Mao Tse Tung, la organización de izquierda más importante en los setenta; fueron el brazo ejecutor de la propaganda roja. La exacerbación de los conflictos de clase, aunada a la necesidad de participar más ampliamente en el proceso revolucionario, fue motivo para que "Garfield" y su hermano abandonaran los estudios y se profesionalizaran como cuadros del partido. Pronto habría de asumir importantes responsabilidades políticas en una zona estratégica del país; una posición de privilegio. Seguían la senda trazada por Pavel, el personaje de Nicolai Ostrovski, en *Así se templó el acero*; lectura de obligada referencia en los círculos de estudio, igual que *La madre* de Máximo Gorki, o *Un hombre* de Oriana Fallaci. Ser militante comunista, un rojo, era ser parte del partido. Obtener la militancia era complicado. No cualquiera podía serlo. Se requería de superar las largas etapas de un proceso dialéctico: de "lo simple a lo complejo"; del trabajo de base, a los círculos de estudio, de ahí a los círculos de trabajo y acción revolucionaria, y desde luego preparación militar, que invariablemente pasaba por un rito de paso: los asaltos bancarios. La prueba de fuego para enseñar el coraje y dar fe de un salto cualitativo en el compromiso de clase.

En la cabeza de los jóvenes siempre se ocultaba el sueño de ser llamado a las montañas, emprender el camino iniciático del Che y saludar a la muerte con arraigado compromiso. Un selecto grupo de camaradas decidía quién entraba y quién no; si el pan salido del horno estaba listo, o necesitaba de un grado más de cocción, para eliminar cualquier atisbo

de actitudes pequeñoburguesas: "He nacido hijo de familia acomodada, pero al llegar a mayor no me gustó la gente de mi clase, ni dar órdenes ni ser servido", se repetía con Bertold Brecht. Ser parte del partido significaba la aceptación plena del clandestinaje, la magia de una doble vida: la formal que se llevaba en casa y la de conspirador que se ejercía en las calles. La miserable vida privada, ese remanente refugio de la vida burguesa dejaba de existir. La vida del militante era propiedad del partido, su nueva *familia*, la segunda piel.

Tener al "Ojón" en el partido llenó de orgullo a "Garfield" que, desde muy chico, recibía línea del partido, pero no era militante; esto le llegaría más tarde. Operaba como organizador y agitador del movimiento estudiantil; en él reposaba la responsabilidad de trabajar al interior de los comités estudiantiles y estructurar grupos de choque para la "confrontación directa con el enemigo de clase". A su lado crecieron y se forjaron numerosos jóvenes. Bajo el influjo de su verbo incendiario y su capacidad como estratega, pronto se incorporaría a la tarea de aunar recursos para el partido y con ello la acción directa y las campañas de expropiación para alimentar de pertrechos los frentes de guerra en el noroeste del país.

La ciudad, un bucólico enclave colonial de familias ilustres venidas a menos, pero poseedoras de escudo de armas, paraíso de poetas, locos y el récord de haber visto nacer a 17 presidentes de la República, se convirtió en un semillero de jóvenes revolucionarios, violentos y aguerridos, reclutados para acciones difíciles en diversos puntos del país. En distintos lugares de la ciudad se ocultaban buzones de armas y las casas de seguridad funcionaban día y noche, adiestrando comandos en la técnica del sabotaje, el manejo de dispositivos electrónicos, manipulación de explosivos y diseño de propaganda. Un mundo aparte, insólito, coreografía de sombras, en una ciudad enteramente religiosa, profusa en iglesias y que año tras año se entrega con inusual empeño a los rituales celebratorios de la Semana Santa. Tras la muerte de su padre, en un desafortunado accidente de tránsito, "Garfield" abandonó los estudios. Se radicalizó. Asumió nuevas responsabilidades. Su trabajo se hizo multifacético y se movió por distintos rumbos. Era común encontrarlo en los más disímiles lugares. Alegre, simpático y popular, discutía con profundidad e inteligencia sobre

cualquier tema. Siempre al acecho, sorprendía a sus interlocutores con explosivas y desconcertantes carcajadas, que dejaban brillar sus largos dientes blancos. Su mente parecía no descansar, siempre, invariablemente, se hallaba maquinando un plan, una acción.

El proceso de radicalización de individuos como "Garfield", trajo consigo un desarrollo impresionante en el plano organizativo. Los jóvenes exigieron más de lo que los viejos burócratas del partido estaban dispuestos a dar. Constreñidos en sus ambiciones políticas, los jóvenes radicales impulsaron por su cuenta y riesgo espacios de organización local, que en la práctica vinieron a fungir como una estructura paralela al partido. Si los viejos jerarcas se habían anquilosado, lo natural, en opinión de hombres como "Garfield", era destrabar la organización y contribuir "desde abajo" creando formas nuevas de acción política que prepararan el camino para una guerra frontal. Estas ideas eran apadrinadas por algunos camaradas del Comité Central. Algunos dirigentes se oponían al ejercicio de una "guerra popular prolongada" que, irónicamente se comentaba, más bien parecía "infinita", y optaban por una modificación en la línea política del partido, de tal modo que éste pasara a trabajar directamente en la consolidación y apertura de nuevos frentes guerrilleros. El lema *gorquiano* "¡Ay de aquella juventud que no haga temblar el mundo!", se transformó en estandarte.

Pronto habría de descubrirse que los apóstoles de la guerra popular prolongada y de la violencia revolucionaria, ni siquiera sabían disparar, ni estaban dispuestos a la lucha por el poder; su militancia en los órganos de dirección era solamente, en una parte de los casos, un trabajo profesional bien remunerado. La política era, para algunos, una forma de vida y nada más. De ahí que a la exigencia a profundizar el trabajo militar la consideraran una necedad de los "pájaros tirándole a las escopetas". La ruptura fue inevitable. Hartos de esperar su ingreso a las montañas, las organizaciones juveniles empezaron a accionar por su propia cuenta en aparatos militares urbanos. La idea era generar acciones de guerra que obligaran a un replanteamiento de algunas tesis partidarias; fenómeno que no sólo se dio en distintos centros urbanos del país como Cali, Bogotá o Medellín, sino también en los centros fabriles y en

las zonas rurales. La revolución tardaba en llegar; los obreros seguían en sus fábricas y los campesinos maniatados a sus parcelas; era preciso acelerar la marcha, crear las condiciones y lanzarse abiertamente a la guerra.

La disputa teórica fue cruenta y se polarizó en dos bandos: "oportunistas de izquierda" y "oportunistas de derecha". Adjetivos típicos de la época. En el primer bando se adscribían hombres como "Garfield" y su hermano, jóvenes brillantes y maduros en sus ideas, con sentido del tiempo y fuertes convicciones; en el segundo, los burócratas, los patriarcas de un clandestinaje a ultranza, sin riesgos; los dueños de los órganos de dirección: la *nomenklatura*. Lo que en principio se planteó como una disputa ideológica rápidamente se transformó en una réplica de los "procesos de Moscú". A nombre del centralismo democrático y de la purificación del dogma, las diferencias dejaron de ser ideológicas para convertirse en "crímenes contra el partido". Y por castigo, la muerte. "Garfield" y otros militantes fueron sancionados; su hermano recibió una sentencia sumaria.

Se desmoronó el sueño de toda una generación. Ahora asistía estupefacta al espectáculo de una cacería injusta, sanguinaria y bandolera. Fanáticos fundamentalistas, jóvenes desorientados, instruidos en falsas lealtades, fueron utilizados para la eliminación física de los compañeros de armas. Los primeros atentados fracasaron, pues siempre había alguien para filtrar información sobre los operativos de ajusticiamiento. En su totalidad eran crónicas de muertes anunciadas. "'Ojón', le decían sus allegados cuando lo encontraban departiendo su inevitable café con leche y almojábanas en las cafeterías del centro de la ciudad, 'cuídate que por ahí te andan buscando'." Él reía, acariciando la culata de su aparatoso revólver, un "fierro viejito pero respondón". Un día cualquiera cayó preso en una fallida acción. Meses después, al poco tiempo de haber salido de la cárcel, caía víctima de un alevoso atentado. El asesino le saludó cordialmente y con un cinismo estremecedor, sin mirarle a los ojos, le descerrajó tres disparos a quemarropa. Tardíamente se arrepintió de haber dejado su inseparable revólver en casa. Murió creyendo en los ideales del partido y en los ojos trágicos de la adolescente que lo acom-

pañó en la emboscada. La muerte del "Ojón" abrió el periplo de las ejecuciones y el desencanto de la política. Muchos jóvenes fueron *desaparecidos* por sus camaradas de armas y sus cuerpos nunca fueron encontrados; páginas aciagas que podrían agregarse a la borgiana *Historia universal de la infamia.*

Las ejecuciones desembocaron en escepticismo, incredulidad y retraimiento de la juventud frente a la acción política. Principio del fin; la helleriana "presión del péndulo hacia la autodestrucción". Algunos militantes migraron hacia otras organizaciones político-militares buscando protección; y éstas otorgaron refugio. Muchos salvaron la vida de este modo, "Garfield" entre ellos. Otros salieron al extranjero, a fundir su desencanto generacional en otras guerras, a vivir y pelear revoluciones ajenas, en Nicaragua o El Salvador, donde el reto de liarse en una confrontación directa con los gringos, más que ficción era una realidad.

A "Garfield" le sorprendió la muerte de su hermano estando en la cárcel y el dolor lo hizo desplazarse como fiera enjaulada. Meses antes, al abandonar transitoriamente la clandestinidad para entrevistarse con el "Ojón", había sido capturado y llevado a juicio. El fiscal centró su alegato en evidencias endebles que lo asociaban con la subversión. Nunca se le pudo comprobar nada. En sus trabajos no dejaba pistas. En la cárcel eludió la muerte; los presos, delincuentes comunes, crearon en torno a él una muralla inexpugnable. Nadie osó tocarlo. La orden de ejecución reposaba en los bolsillos de un preso político, capturado por la policía recientemente.

Una vez libre, el escenario para un hombre como él era lamentablemente desolador. A la fatiga de algunos meses de reclusión se aunaba el escepticismo de sus antiguos compañeros, y el temor a la purga. Tras largos años de militancia, la razón de su vida: el partido, era una figura desteñida. La revolución estaba más lejos que nunca; sus oídos ya no escuchaban las voces de Sorel, ni el sonido de cornetas llamando a la revolución. Sin trabajo y con la responsabilidad económica de sus pequeños hijos, "Garfield" resumía el proyecto truncado de toda una generación que lo apostó todo a una causa perdida: la utopía revolucionaria. El partido mismo, herido de muerte en su estructura, por acumulación de

errores, hizo aguas y se fue a pique. Nada de lo que lo mantuvo con vida quedó en pie. Atrás quedó el recuerdo y la mística de sus fundadores. El partido, luego de brillar como un sol, fue perdiendo su luz hasta desaparecer por completo, fundido en sus contradicciones, y en la nostalgia guerrillera de los últimos combatientes. La autoaniquilación del partido, más el desmoronamiento del bloque de los países socialistas, contribuyeron a la hecatombe definitiva. Los militantes se dispersaron, unos ingresaron a nuevas organizaciones político-militares, otros modificaron sus posiciones radicales y se integraron a agrupaciones civiles, o crearon organizaciones independientes, con nuevos estilos y formas de lucha pacífica, institucional. Hoy forman parte del proceso de democratización que se impulsa en el país, a contrapelo de las ciudadanías del miedo, que imperan en la sociedad colombiana.

El reingreso de los militantes a la vida civil fue difícil y tormentoso; algunos reiniciaron sus estudios universitarios, otros ingresaron a actividades fabriles o se integraron a las actividades de organismos no gubernamentales, y quienes no pudieron reintegrarse definitivamente a la vida legal, por estar culturalmente acostumbrados al ejercicio de actividades clandestinas, se agruparon en bandas armadas con el propósito de cobrarse una jugosa "jubilación" y retirarse. Algunos, los menos, se dedicaron al mercado negro de armas, y al trasiego de droga. Muchos cayeron en sus primeros lances fuera de los bancos o ajusticiados por la policía o comandos paramilitares. Unos cuantos viven retirados, luego de una acción rentable, dedicados al usufructo de pequeños negocios legales. Otros operan en Estados Unidos de forma independiente, al servicio de las oficinas, o realizando trabajos para los patrones.

"Garfield" siguió operando en la clandestinidad; sus roles siguieron siendo los mismos: las medidas de seguridad se quedaron impregnadas a su piel. Su talento para la conspiración encontró suelo fértil en el submundo de las drogas. No fue fácil. Lo pensó dos veces; sus escrúpulos le impedían dar el salto. No obstante se percató de que era un hombre moderno, condicionado por convicciones que navegaban a la deriva; se reivindicó en el nihilismo que supone la *ética como*

amor propio de Savater. En Pessoa, el poeta lusitano, encontró argumentos a sus dudas. En una vieja antología del poeta de la melancolía, había subrayado:

> *Eres importante para ti porque es a ti a quien tú sientes.*
> *Lo eres todo para ti porque eres para ti el universo,*
> *el universo propio y los otros*
> *satélites de tu subjetividad objetiva.*
> *Eres importante para ti porque sólo tú importas.*
> *Y si eres así, oh mito, ¿por qué los otros no han de ser así?*

La política había eliminado su amor propio para condensarlo en el pudoroso y falso amor altruista hacia los demás: quien prescinde del amor propio está *de facto* condenando a los demás. Es el individuo, no las organizaciones, el "amor propio de cada hombre, quien descubre que el mundo es mescolanza inextricable de lo deseable y lo odioso, de lo conveniente y lo dañino, de lo imprescindible y lo fatal" (Savater, 1991: 214). Tardíamente, quienes sufrieron la incertidumbre de las utopías políticas, descubrieron el aspecto trágico de la política: esa fuerza oculta, que sugiere Cioran, lleva todo movimiento a negarse a sí mismo, a traicionar su inspiración original y a corromperse a medida que se afirma y avanza. Los náufragos de la política, a edad temprana fueron obligados a realizarse sobre sus propias ruinas y a navegar como las "pájaras de la noche", sobre un mundo sin aceras.

Una "noche de copas, una noche loca", me confesó "Garfield", escuchó a Gardelito, y su último tango, *Sangre maleva,* en El Sotareño, el viejo bar de los años perros, recorrió por última vez las calles, y dio el salto: tomó su pistola, el amoroso instrumento de los años de fuga, el nostálgico fetiche adquirido con su primer salario, y la obsequió de despedida a la dueña de algunos insomnios. "Con mi arma –le dijo, citando a Fito Páez–, yo vengo a ofrecer mi corazón." Rito de paso que marcó su ruptura con la política de izquierda. Tomó sus cosas y sin avisarle a nadie, despertó en México, con un grueso fajo de dólares en el bolsillo y la idea de

cruzar el *hueco*. Esa noche del mes de abril de hace ya varios años, erráticos, caminamos largamente por el Paseo de Reforma. La madrugada nos sorprendió, ebrios y delirantes, cantando "la vida no vale nada", con un mariachi en la Plaza Garibaldi.

El "letargo posnapoleónico" (Steiner, 1992), guarda cierta similitud con el letargo que precede a la caída del gran relato revolucionario de los ochenta, cuando el marxismo se diluye en una pintoresca nigromancia. Época de lúgubre apatía política para los jóvenes. "Garfield" es sólo el ejemplo de una suma de individualidades que vieron ceder bajo sus pies la seductora utopía de los de abajo, sin tener la oportunidad de volar hacia el crepúsculo, tal como el inspirado Hegel deseaba al mítico búho de Minerva.

La geografía del narcotráfico incorpora en su *hinterland* a hombres de diversa pelambre, entre ellos a antiguos militantes de diversas nacionalidades, en una curiosísima mezcla de incertidumbres ideológicas: troskistas argentinos departen con estalinistas colombianos; maoístas peruanos con chinos y taiwanenses; *contras* y sandinistas; judíos y palestinos. Nueva York, en términos ideológicos y delictivos, es un mundo sin fronteras, síntesis de una mafia de características globales. Al lado de hombres de Colombia o México, operan grupos italianos, rusos, chinos y afganos. Su única afinidad ideológica es compartir el mercado de drogas más grande del mundo: Estados Unidos. Cono de sombras del crisol delictivo. Dice Rubén Blades, el cantautor de la vida moderna, que "ocho millones de historias tiene la ciudad de Nueva York", y no se equivoca.

"Garfield" es en realidad un sugestivo prototipo, en cuya actividad se resume la experiencia de cientos de hombres de distintas nacionalidades que vieron sus utopías personales descender y desintegrarse en sepulcros sin fondo; hijos, pues, de la incertidumbre, hoy en día, lucran con el narcotráfico. El caso de "Garfield" no indica en modo alguno los hipotéticos vínculos entre las guerrillas y el narcotráfico. Esta es una afirmación hecha pública por funcionarios del gobierno norteamericano. El vocablo "narcoguerrilla" fue acuñado por Lewis Tambs, en 1984, a propósito del asalto armado a Tranquilandia, un gigantesco laboratorio de

cocaína, propiedad supuestamente, de la gente de Escobar y la guerrilla. El tema es materia de especulación. Nadie ha podido comprobar con certeza la naturaleza de dichos vínculos. Se comenta que en algunos lugares de Colombia los cultivadores de coca pagan un "impuesto" o "vacuna" a la guerrilla, el llamado *gramaje*, similar al que cobran a los finqueros o a las compañías petroleras. "Garfield" es un caso particular, una biografía que al igual que otras, sin militancias ni compromisos, expresa situaciones de tipo económico, pero también de orden cultural: los proyectos del Estado no coinciden con los intereses de los individuos; los ciudadanos carecen de certezas. Los traquetos son hijos de economías en crisis o, al contrario, de economías boyantes. Superar la depauperización ancestral de las familias, muchas de ellas de clase media venidas a menos, es una apuesta generacional, sobre todo para los nacidos en la década de los setenta. Los grandes exportadores de cocaína rondan los 40 años; sus legionarios oscilan entre 20 y 30. Cada día es más frecuente que individuos pertenecientes a fragmentos pudientes de la población se involucren en actividades ilícitas. El narcotráfico cubre una pirámide de empleos de acuerdo con la disponibilidad y actitudes. El caso más conocido es el de los *narcojuniors* de Tijuana, modernos y elegantes sicarios del narcotráfico, sin más apremio que disparar sus armas los fines de semana.

Superada la nostalgia, "mi cuota de melancolía, viejo Juanca, que guardo en el lado oscuro del cerebro, mejor le cambiamos a la música, porque qué malparidez tan jodida la que traigo encima. Sólo soy un loco enamorado, hijueputa, si yo tuviera una hija, ¡vida triplehijueputa!" –advierte "Garfield" sorpresivo y confesional, limpiando con el dorso la acuosidad de sus ojos grandes. Me pide que cambie la música. Lavoe, el rey de la puntualidad, no es propicio para esta hora de la madrugada. Es demasiado triste. "Sus letras me taladran el alma." Eddie Palmieri y la espectacularidad sonora de La Perfecta es una opción. Dudamos. Finalmente nos quedamos con El Conjunto clásico Los Rodríguez.

–Una hija, ¡jueputa! –reafirma con vehemencia.

–¿Hija? –pregunto sorprendido.

–Simón.

Nunca antes habíamos tocado el tema de sus preferencias paternas que, incluso, podrían llevarlo a dar un golpe de timón a su vida aventurera y descansar de tanta brega. Escéptico de los asuntos reproductivos guardo un prudencial silencio. Años después, el "libro del destino, abierto siempre a la mitad", al decir de Wislawa Szymborska, la vida respondería positivamente a la embriagadora queja de aquel feroz amanecer. Desafortunadamente muchas cosas en la vida de "Garfield", llegarían demasiado tarde. Irónico Rubén: "La vida te da sorpresas... Sooorpresas te da la vida..."

Capítulo 3

Los escenarios de la incertidumbre

VIAJAR al interior de la incertidumbre de la sociedad contemporánea, exige la presencia de nuevas cartas de navegación. No estamos ante el "buen salvaje" ni ante las clásicas otredades de la antropología social, sino frente a un conjunto humano de abigarrada especiería, cuyo análisis requiere de trabajar con nuevos métodos y mecanismos de interpretación. No la interdisciplinariedad meramente declarativa o la ilusión de un holismo, sustituto en apariencia de una supuesta unidad o totalidad perdida de la antropología (Geertz, 2002). El cambio de escenario, la metamorfosis de los objetos tradicionales de investigación, no agota el "objeto de estudio". Tampoco señala la apocalíptica "muerte de la antropología", anunciada por Carlos Reynoso, antropólogo argentino, a principios de los noventa. Al contrario, plantea su enriquecimiento: la antropología asienta raíces en fenómenos globales, en un mirar hacia la humanidad. "Qué y cómo hacen los humanos para convivir entre sí y con la 'naturaleza' ha sido el objeto que le ha dado entidad a la antropología como ciencia humana" (Fernández, 1997: 17). Esto incluye, desde luego, la emergencia de fenómenos culturales inéditos, asociados –en lo fundamental– a una poderosa revolución tecnológica, que requieren de nuevas estrategias metodológicas. La antropología contemporánea debe enfrentar retos como la reproducción asistida, la clonación humana, y lo que ello implica en términos de las relaciones de parentesco; el genoma humano, las nuevas identidades que se forjan a través de Internet (Mayans, 2002),

o el descubrimiento de actividades neurológicas del cerebro, asociadas a la producción orgánica de neurotransmisores o endorfinas, y desde luego, a la construcción de drogas de diseño. Roger Bartra (1993) es de la idea que es necesario superar, y no en sentido peyorativo, los estudios del buen salvaje y concentrarse en el análisis y penetración de nuestra propia cultura: mirar hacia dentro, diseccionar la constitución cultural (o moral) de esa sociedad de la cual formamos parte y someterla a crítica.

La selva primigenia decimonónica de los antropólogos tradicionales se ha transformado en la jungla urbana del siglo XXI. Y en ella habitan humanos personajes. Sujetos que experimentan formas nuevas de convivencia y de interrogación social: modernos *otros* de la reflexión antropológica. Silva (2000), por ejemplo, analiza el caso del "defecador anónimo", en Irvine, California. Refugio urbano diseñado *ex profeso* como ciudad-corporación. El terrorista excremencial depositaba sus olorosos "regalos" en diversos sitios del campus universitario. Protesta silenciosa contra la "ciudad modelo", búnker seguro, superhigiénico, además, de los urbanícolas prósperos del sur de los Estados Unidos.

Desde otras superficies y saberes narrativos, la disección y crítica de la constitución cultural de la sociedad ha corrido por cuenta de hombres como Nietzsche, Marx, Freud, Adorno y Horkheimer y, desde luego, por esa línea de intelectuales bárbaros y desmesurados: Jünger, Mishima, Pound o Cioran; que escépticos frente al Estado, pero al mismo tiempo al margen de la sociedad civil, abrieron el camino. Pensadores atípicos que, como intérpretes de lo social, interrogaron crudamente el racionalismo del Siglo de las Luces y de la civilización del siglo XX (Ontiveros, 1987), y exhibieron la falacia del progreso de la vida moderna. Los excesos del racionalismo conducen a la decadencia y a la destrucción humana: los hombres pierden las huellas y el sentido del equilibrio. Para estos escritores la lectura de la realidad debe ejercerse desde adentro, desde el punto exacto en que la experiencia de vida se transforma en una "mordedura de serpiente". Terreno difícil, advertido por Bartra: "La crítica de la cultura se topa generalmente con las fibras emocionales y con las texturas de los sentimientos, de los mitos y de la fe. Todo antropólogo conoce

estos riesgos, que casi pueden ser vistos como gajes de su oficio; pero estos riesgos se multiplican cuando aplica el oficio a su propia sociedad" (1993: 10).

La incertidumbre contemporánea alude a un universo de experiencias culturales y sociales, propias de una aguda crisis moral que emana, no de una coyuntura incidental, sino del resultado de la evolución fenoménica del mundo occidental, cuyo síntoma más visible es una aguda crisis de civilización. Se resume en "falta de certidumbre: vivir en la incertidumbre". Estamos expuestos tardíamente a la resolución de problemas que se engendraron en la génesis del capitalismo: el demiurgo de los heideggerianos "tiempos de indigencia". La incertidumbre es una manifestación de tipo cultural, difícil de cuantificar; los test psicológicos ayudan pero no son suficientes. El exceso de precisión numérica, ironizaba Bachelard "es frecuentemente un motín de cifras, como lo pintoresco es, para hablar como Baudelaire, un motín de detalles". Es posible que asuntos del siglo XXI no sean tan radicalmente diferentes de aquellos que preocupaban al mundo en los tiempos de los filósofos de la naturaleza. Sin embargo, el desarrollo de la ciencia y la técnica introducen variables diferentes. La industrialización al mecanizar el trabajo resta iniciativa al individuo y elimina su participación como creador: desaparece el hombre que fabrica y emerge el hombre que labora. No es que el individuo del siglo XXI se haya transformado en un ente menos inteligente, "sino que su saber le es proporcionado cada vez con mayor frecuencia por códigos: ciencias, programas. En consecuencia, la experiencia afectiva está cada vez más descodificada, es decir, más diversificada, más rica y abundante, pero sin embargo, desprovista de sentido; aunque integrado en el plano del saber, el hombre moderno se encuentra «desorientado» en el del deseo: es un hombre incierto" (Guiraud, 1986: 28).

El escenario de la incertidumbre es diverso; lo pensamos desde un ángulo próximo al camino abierto por Derrida en *La diseminación* (1975). Una estrategia desconstructiva de acercamiento a la realidad consistente, ante todo, en jugar con la pluralidad de sentidos del vocablo incertidumbre, en los distintos dominios del conocimiento. Sólo así es posible entender, por ejemplo, la analogía del principio de incertidumbre

de Heinsenberg, con la situación del presente: "Podemos conocer la velocidad, pero no simultáneamente la posición del electrón", o su asociación con la "teoría del juego" de Caillois, el "tedio, fruto de la lúgubre apatía" de Baudelaire, la "hemorragia psíquica" de Freud, o la termodinámica no lineal de Prigogine. Los actores del juego derridiano de la droga son como las caras de Jano: consumidores y agentes del consumo, pasado y porvenir de nuestros días: claroscuro de un mismo fantasma.

El descubrir las motivaciones del consumo de los inciertos hombres del siglo XXI, nos obliga a la exhumación de gestos. La metáfora de la crueldad que homologa al teatro con la peste es sugerente: "La peste toma imágenes dormidas, un desorden latente, y los activa de pronto transformándolas en los gestos más extremos, y el teatro toma también gestos y los lleva al paroxismo" (Artaud, 1987: 29). Si abandonamos la imagen convencional que tenemos sobre el teatro como espectáculo de consumo, podemos entender, tal como lo sugiere Duvignaud (1966), la idea del teatro como manifestación social, y descubrir ese poder de evocación y perturbación colectiva que intentamos leer en la dramatización de la incertidumbre de los hombres contemporáneos.

> ¿Cómo explicar, se preguntaba Artaud, a propósito de la peste que asoló a Europa, esa oleada de fiebre erótica en los enfermos curados que en lugar de huir se quedan en la ciudad tratando de arrancar una voluptuosidad criminal a los moribundos o aun a los muertos semiaplastados bajo la pila de cadáveres donde los metió la casualidad? (1987: 25).

¿No es, acaso, una situación similar la que viven los hombres modernos "prisioneros" de la ingesta de drogas adulteradas? La química ha sustituido a la peste; "oscuridad de los futuros" del hombre fragmentado: el moderno prisionero de la batailleana "parte maldita" de la sociedad de consumo.

En los siglos que nos antecedieron, la incertidumbre marcaba la cotidianidad de la sociedad, sin embargo, en sus signos más extremos, era patrimonio de sujetos obsesivos. Hoy día es el signo inequívoco que marca el espíritu de la época: el idioma común de la carencia de certezas

y del desconsuelo frente a la historia. Lo único visible es el residuo excremencial de la realidad. La derrelicción espiritual se suple con dos cosas: el consumo de drogas y un esoterismo insípido, vehiculizado a través de sectas, destructivas algunas, o nuevos movimientos religiosos. Los grandes relatos que presidieron la emergencia de la primera modernidad naufragaron: el siglo XIX es reminiscencia quimérica. La razón ordenadora es un gigante de rodillas. El sujeto, el maravilloso relato que inaugura la modernidad, termina metamorfoseado en un tránsfuga infeliz, insecto kafkiano. Ícaro deforme. Son tan voluminosas sus alas que no puede volar; requiere de aditamentos químicos para hacerlo. La segunda modernidad, la pos o sobremodernidad es la explosión simbólica del sinsentido, la masificación de las conductas obsesivas; relectura en mano de mercaderes, del culto a la noche dionisiaca y al frenesí de las bacantes, que conduce al éxtasis o a la muerte. Dionisos, el "dios misterioso" de Baudelaire, hijo del éxtasis y del temor, habita las fibras de la vid. Dualidad. Vid(a) embriagadora o muerte epidémica. La sobria ebriedad primigenia cede. Su lugar es habitado por la epidemia que contagia. El Dionisos posmoderno es un dios global o, para decirlo con Detienne (1997), un "dios cosmopolita": el consumo de "vid" sintética o sucedáneos metamorfoseados en mal pandémico planetario. La ingesta de sustancias, no como experiencia mayor, sino como enfermedad que ataca a los oficiantes más vulnerables. Lennon exégeta de los dioses epidémicos dirá en el álbum *The Beatles* (1968): "La felicidad está en una jeringa llena." Religión y drogas forman parte de un esfuerzo frenético en la búsqueda de experiencias que justifiquen la existencia. Inhibido para la aventura, el sujeto abandona los riesgos de la jungla, y se convierte en heroecillo solitario de la vida urbana. Timothy McVeigh, el "diablo de Oklahoma", es un ejemplo extremo. La cara opuesta del pacífico impugnador de Irvine. Actor involuntario de la facilidad obscena de la tecnología y de la realidad virtual, demuestra que el sueño americano, puede tener un amargo despertar.

La posibilidad de aventura se ha extinguido, "las drogas son sustitutos a ese estado anterior, reciente, de aventura física. La aventura de nuestros bisabuelos, era la normal, la inevitable, la constante, la necesaria. La de hoy,

ficticia y tonta" (Genovés, 1991: 163). Aventura posible, aunque dolorosa, por su carga sadomasoquista, es la del consumo extremo de drogas o de experiencias místicas, disfrazadas de ascetismo, vegetarianismo e inmolaciones colectivas: los súbditos suicidas de David Koresh, en Waco, Texas, 1993, del reverendo Jim Jones, en Jonestown, Guyana, o el sanguinolento *performance* de Schwarzkogler, síntesis de una estética del desvarío: en escena, el émulo blanco del derrotado gran jefe Keoua de Hawai, se mutila el pene con un cuchillo de carnicero. Cultos vieneses, herederos de Mozart, aplauden el desenfreno estético, sedientos de sangre y muerte.

El fenómeno de la ingesta de drogas como reacción contracultural se desarrolla en la sociedad de consumo de los sesenta; preámbulo de la aldea global. Esta década, "himeneal", diríamos con Derrida, es un periodo de transición: "La virginidad de la página aún no escrita" (1975: 320), entre el cenit del capitalismo estadounidense de mediados de los cincuenta y el nuevo orden internacional, que se anuncia con la revolución verde, la cibernética, los medios de comunicación y el espectáculo. Los sesenta resumen la coyuntura de un capitalismo que ha llegado a su máxima expresión; simultáneamente es víctima de sus "contradicciones culturales", según anuncia Bell. Es inevitable, entonces, hablar de un antes y un después de los sesenta. La "década maravillosa", transparenta los signos de la calle como un texto de páginas cifradas. En sus intersticios anidan los puntos de amarre de un juego topológico donde abreva la incertidumbre. Los seres humanos "tienen edades y por lo tanto historias" (Pelicier, 1992). Nada es lineal. El mundo está cruzado por hechos y circunstancias: ¿por qué el juego, la droga o la pasión? Aún no lo sabemos. Algunas explicaciones las intuimos, otras no; probablemente conjeturamos demasiado, pero ese es un riesgo saludable, diríamos con Popper. Tratamos de encontrar respuesta a la incertidumbre en las edades de la historia. Infancia y madurez impregnadas de una visión incierta. La palidez de los yonquis neoyorquinos, tendidos sobre Central Park, o en el área verde que rodea a los Cloisters, no deja de mostrarnos hasta dónde el cuerpo puede comprender los dolores del alma, y la impureza de la vid, despojada de su dios misterioso, conducir al crimen.

Modernidad e incertidumbre

Ser modernos, escribe Berman evocando con nostalgia al viejo Marx, es ser parte de un mundo donde "todo lo sólido se desvanece en el aire [...] es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo, pero que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que somos" (1982: 1). La modernidad, alabada por unos y despreciada por otros, es una "suerte de autodestrucción creadora" (Paz, 1985); anuncia, libera, pero también condena, inaugura esperanzas y malestares: se niega a sí misma.

La Edad Moderna demoniza el ambiente. Luzbel, el ángel rebelde expulsado del mundo ultraterreno, saluda el salto hacia lo nuevo: el pacto fáustico del desarrollo. Monstruo ambiguo que amenaza con la disolución: "Las cosas se disgregan, el centro no las sostiene", escribe Yeats. Todo fluye, nada permanece, nos recuerda Heráclito. El caos emerge de la larga noche; fuera de los puntos tradicionales de equilibrio, anuncia Prigogine. De la evanescencia de la vida moderna surge un universo simbólico inédito. El mundo ya no es el mismo; se ignora el oráculo. Apolo duerme en Delfos. Dionisos emerge, en la pleamar moderna, con su máscara en madera de olivo, como reencarnación mítica del fáustico progreso. Portentosa ebriedad en la "vid" de lo enteramente racional. El éxtasis de la religiosidad desaparece en la imagen del padre Antonino, sodomizando a Justine, con su enorme daga sexual empujando la hostia sagrada en la profundidad de sus intestinos (Sade, 1985). El cálculo egoísta de la usura moderna supera hasta el hartazgo la voluntad más pura. La verdad aflora con su rostro crudo. No hay tiempo para el espanto ni las dudas. Para el rey Lear, el personaje de Shakespeare, analizado por Berman, y puesto en escena en el comienzo mismo de la época moderna, "la verdad desnuda es lo que el hombre se ve obligado a afrontar cuando ha perdido todo lo que otros hombres pueden quitarle, excepto la vida misma". Este es el caso de Justine: lo único que tiene para perder es su vida. La virtud tan férreamente defendida es un fortín del Medioevo que debe sucumbir, perecer, para que en su lugar aflore algo completamente nuevo, a tono con los tiempos victoriosos que anuncian los heraldos de la Edad Moderna.

Situación parecida enfrenta la bella Margarita, la heroína trágica de Goethe. Seducida por Fausto con la ayuda de Mefistófeles. Reflejo fiel de la transparencia ancestral; lo más prístino y bello del pasado: pureza y virtud; la castidad provinciana a prueba del mal. Sin embargo, cede. A diferencia de Justine, virtuosa militante, Margarita no reprime los gestos de alegría que le devuelve su imagen en el espejo: su cuerpo cubierto por las joyas mundanas de Fausto. En su corazón se opera una revolución. Su pío moralismo no le impide exclamar con resignación: "Todo depende del oro, ¡ay de nosotros los pobres!" Margarita entrega sus agujeros sin rendir batalla. La virginidad es una puesta en escena heroica. Margarita pierde y junto con ella lo que se fragmenta, lo que se destruye, configura un hecho de autodestrucción creadora. El himen es culturalmente una figura idílica. Occidente, esto es: tradición, familia y propiedad, se ha jugado en la húmeda membrana lo más preclaro de sus normas y valores. Los placeres del bajo vientre forman parte del contrato moral. La violación de Justine, en estado de inconsciencia por el malvado Saint Florent, como factura por haberle salvado la vida, y la entrega voluntaria de Margarita, son bellas imágenes que ambientan la ruptura con el pasado y la emergencia del presente. La historia se lee a trasluz de un cartílago. A través de sus cuarteaduras se filtran los valores, las figuras de universo simbólico enteramente nuevo. En la viscosa caverna prehimeneal se pudren los restos idílicos de lo feudal, lo no moderno. La gruta desflorada anuncia los tiempos nuevos.

El himen expresa confusión entre el pasado y el presente, con todas las indiferencias que rigen entre todas las series de oposiciones binarias: percepción/no percepción, recuerdo/imagen; recuerdo/deseo; pasión/sumisión. Himen, palabra, la única que recuerda el espasmo supremo: consumación, identidad entre dos; es un punto de ruptura, fin de un valor supremo: salto al porvenir, al individualismo posesivo (Derrida, 1975). Lear expulsado del trono, degusta el sabor de la lluvia y el lodo. El frío mortecino de la calle y la pálida desnudez vomitiva de Edgar, el mendigo loco, es el espejo que lo confronta con la miseria pútrida de los mortales. Contagiado de terrenalidad desgarra su túnica púrpura, palaciega. Desnudo reconoce la fragilidad del poder y los olores fétidos de la carne. Despojado del derecho

divino de los reyes se transforma en hombre de carne y hueso. A través del sufrimiento desentraña los misterios de la frustración humana. Lear se humaniza en la tragedia, en el reconocimiento de "los otros". Aprendizaje que lo habilita para gobernar; su tragedia es no poder hacerlo. Lear asume la desgracia y su perdición. En el hombre desnudo, "desguarnecido", limpio de ropajes divinos, Berman visualiza la imagen de ese hombre moderno que es capaz, libre de atavismos, de acceder a una comunidad objetiva: la de los hombres vivos, pero también desnudos. Los ropajes sagrados han sido desgarrados y, como en Lear, se hunden en el lodo; el púrpura cede al excremento de los caballos y el incienso se dispersa. El *locus* de lo objetivo/real, es ocupado por un sujeto que se prepara para asumir responsabilidades, derechos y obligaciones, frente a la sociedad y consigo mismo, como actor, es decir, como ciudadano.

En *El relato de Sergio Stepanski,* León de Greiff recrea el escenario resolutivo del libre albedrío de los hombres modernos, la apertura de lo enteramente individual:

Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...
Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la regalo
la juego contra uno o contra todos,
la juego contra el cero o contra el infinito,
la juego en una alcoba, en un ágora, en un garito,
en una encrucijada, en una barricada, en un motín;
la juego definitivamente, desde el principio hasta el fin.

En Nietzsche corrobora Vattimo, el hombre se repliega del centro y alcanza el punto *X*. En este lugar fenecen los valores supremos, Dios entre ellos. La muerte de Dios es un agente liberador. El filósofo interroga en *La gaya ciencia* a los incrédulos, ¿no oís el rumor de los sepultureros enterrando a Dios? ¿No perciben la putrefacción divina? Los dioses también se descomponen (1984: 159). El nihilismo forja nuevas formas de vida, eli-

mina la eternidad, lo sacro. Los valores individuales se nutren de una simultaneidad de procesos. Los saberes prohibidos sustituyen a los dogmas: el "conocimiento del origen aumenta la insignificancia del origen". Dios muere en la medida en que el saber ya no tiene necesidad de llegar a las causas últimas; el hombre no requiere de un alma inmortal. Los valores últimos prescritos por la tradición judeo-cristiana acentúan su carácter de superfluos (Vattimo, 1985). Muerto Dios, el valor supremo, la Iglesia será como una vieja loca, que dando de palos, camina en calcetines. El "mundo verdadero se convierte en fábula", leemos en *El crepúsculo de los ídolos.*

Lo humano enteramente humano, libre de ataduras, asume el reto desde la desnudez del ego. Lejos de la interdicción, el hombre es baluarte de un nuevo espíritu. Como en Lear, al asumir su destino ratifica la tragedia. En este sentido el salto a la Edad Moderna es un salto hacia el vacío; expresa una segunda "caída" en el tiempo; la primera es la expulsión del paraíso. El imaginario social de lo moderno se funde en un universo donde la realidad empieza a operar como narración, como gran relato. La irrupción del valor de cambio en la vida moderna introduce un componente imaginario que no sólo es, en términos lacanianos, mera "rigidez alienada", sino un espacio de amplia movilidad simbólica. La pérdida del ser como fundamento es, en la visión de Heidegger, un "salto al abismo", a la incertidumbre, al caos, al malestar social, al freudiano "malestar de la cultura" o estado de propensión social.

Los simulacros de la moral moderna

El escenario del comercio de drogas magnifica la forma en que opera el "simulacro", el individualismo secular en la Edad Moderna. ¿No es el eufemístico "quinto jinete del Apocalipsis", una criatura surgida de las entrañas del capitalismo? Los carteles de las drogas no son una invención de perversos y malvados sudamericanos. Éstos tienen sus antecedentes directos en antiguas compañías, que al igual que otras dedicadas a comercios tradicionales, como especias, cereales y de "almas", encontraron en las drogas una veta a cielo abierto. Comercializaron con libertad sin ser satanizados por manipular con sustancias propiciatorias de experiencias vo-

luptuosas. No es extraño, entonces, señalar a la Compañía de las Indias Orientales, como promotora del comercio de opio, en un lejano 1715. En este año abre su primera oficina en Cantón para comerciar con opio.

Y, sin embargo, quizá para corroborar con Sade que "tras la virtud se esconde el vicio", debemos agregar que antes de que los avezados ingleses monopolizaran la droga, "ese sustituto de Dios", los jesuitas ya tenían intereses en el negocio del opio. En 1601 se instalaron en Pekín. Y desde allí operaron el comercio con el lejano oriente. Su cercanía con la corte mongol, que controlaba el comercio con la India, fue ejemplar. Hábiles para el negocio, los jesuitas, "compañía" al fin, mediaron oportunamente entre los manchúes de China y los mongoles. Para los británicos, el tráfico de opio, no era un negocio irrelevante. Al contrario era visto como un bastión del fisco. El imperio se apuntaló fuerte en el siglo XVIII gracias al comercio de opio. Los teóricos del libre cambio, Smith, Ricardo, Stuart Mill, se refirieron al opio con reverencia. Smith, empleado, incluso, de la Compañía de las Indias Orientales, no sólo apoyó la política colonial, sino también el comercio agresivo de opio hacia China.

De la competencia feroz y sangrienta por conquistar el mercado chino nace la primera versión de un cártel de la droga: Noble House Jardine and Company (Berg, 1981), subsidiaria secreta de la Compañía de las Indias Orientales para contrabandear opio, el más importante artículo del comercio internacional. Tanto Jardine y Matheson como la Compañía de Jesús utilizaron asesinos para proteger bodegas de opio. Los asesinos se reclutaban entre miembros de las tríadas de la "Sociedad del cielo y la tierra", secta religiosa fundamentalista, y opositora del gobierno de los Manchú. Las tríadas se usaron para eliminar adversarios, cobrar cuentas y comerciar opio en las estrechas calles cantonesas. ¿Por qué los jesuitas en el mercado del opio?, ¿es imposible que la virtud triunfe sobre el vicio? Seguramente no. Recordemos el consejo de Rolando a Justine: "No te vuelvas hacia la religión en busca de respuestas."

La participación de la Compañía de Jesús en el tráfico de opio, es una pequeña muestra del ímpetu audaz y profano del nuevo orden burgués.

La doble moral opera como virtud. La euforia y el goce de los sentidos son ejercicios inadmisibles para el cristianismo. Escribe San Pablo: "La carne está contra el espíritu en su deseo, y el espíritu contra la carne." La interdicción de la risa, sugiere Eco, en *El nombre de la rosa*, justifica el crimen. El dolor es grato a los ojos de Dios; más aún si el dolor emana de la mortificación de la carne. El fuego divino sobre Sodoma es el paradigma. El goce sensual ofende al creador: Justine vilipendiada hasta el exceso, muere en olor de santidad, no por su capacidad de sufrimiento sino por su fortaleza para impedir el goce. El discurso cristiano elimina el disfrute, el goce de las sustancias para alterar el ánimo. Al menos en la orientación que sigue al año 312, con el emperador Constantino, época en que se instaura la religión católica como Iglesia oficial del imperio. Las drogas se agregan al catálogo de prohibiciones; su pecado es facilitar el hedonismo, el placer puro, instantáneo y trascendente. El vino vulnera la majestad divina. Se mantiene en el rito pero se estigmatiza su consumo. No olvidemos que el vino es cómplice de las fantasías sexuales de las dos hijas de Lot: una por noche, se entregan al coito ilícito con su padre (Génesis 19: 30-38). La Iglesia asocia el placer con lo diabólico. Satán copula con la tierra y da origen a la vid. La versión la encontramos en las experiencias mistéricas de los encráticos, tacianos, o los marcionitas. Satán y Dionisos, son sinónimos.

El comercio de droga posee vínculos estrechos con el proceso de expansión del capitalismo; fue una de las columnas de la arquitectura colonial del siglo XVIII. En nuestros días lo sigue siendo del capitalismo transnacional. Giovanni Falconne, el "superjuez" italiano, famoso por el golpe a la conexión turco-libanesa, desenmascaró el denominado "tercer nivel" en el comercio de drogas: los altos círculos financieros de la banca internacional, y el mundo de los políticos. Anotemos, también, la coincidencia de dos sucesos del siglo XIX: 1. el nacimiento de la *maffia* tiene sus orígenes en Sicilia, y se consolida tras la invasión de Napoleón a la isla; y 2. los grandes descubrimientos de la química farmacológica: el *pharmakon* de Platón, en *El Fedro,* evoluciona en una redituable mercancía: la morfina, alcaloide del opio, es aislado en 1805; la heroína en 1874; la cocaína en 1859; la molécula barbitúrica se sintetiza en 1864; y por la mis-

ma época, el aplaudido "bozal de los epilépticos": cloral y bromuro de potasio. Drogas básicas de la modernidad; instrumentos de resolución de incertidumbres. Apertura del individuo hacia la automedicación. Continuidad de un proceso iniciado en el siglo xv. Los médicos del Renacimiento, Paracelso entre ellos, habían recuperado para la humanidad la farmacopea y la terapéutica. Tolerancia científica. Con el médico de Basilea se liberaliza la práctica alquímica, se crean laboratorios, y renace la prohibida relación del binomio hombre-drogas.

La modernidad como relato del tedio

La historia cabalga sobre un brioso corcel; en su grupa atesora un arsenal importante de mitos, símbolos e imágenes; añejos como el tiempo. Memoria colectiva de los hombres contemporáneos. Analizar el presente, y su espectro de formas recurrentes es, siempre, una reconstrucción de su cuadro mitológico. Inventario desconstructivo del almacén de imágenes y arquetipos simbólicos. Introspección de los hilos del pasado y su punto de contacto con el presente. La tradición alude a la transmisión o herencia, de una generación a otra, de su catálogo cultural: historias, leyendas, expresiones artísticas, ideas, estilos de vida, hábitos: el "gran relato" de la cultura (Lyotard, 1984), diacríticos fundamentales que perfilan la identidad y los mitos fundacionales de la cultura moderna occidental.

Tradición, advertía Paz, no es necesariamente pasado; ni lo nuevo, obligatoriamente, lo moderno. Novedad, en el campo de la estética, no es sinónimo de lo nuevo. Las tendencias posmodernas confunden pero no engañan. Lo "nuevo" *retro* asume el riesgo de la parodia. El concierto de Woodstock, por ejemplo, celebrado en 1969, constituyó un momento de ruptura con el relato cultural fundamentalista del *establishment* norteamericano. Coadyuvó en la construcción de inéditos vivenciales; formas nuevas de aprehender la vida y una sensibilidad hacia lo auténtico. Veinticinco años después, en Saugertis, a 60 millas de Betthel donde se realizó el concierto original, se reprodujo el evento musical, con nuevos jóvenes y nuevas bandas. El Woodstock II, no es lo nuevo, ni tampoco

constituye un golpe vanguardista; es, apenas, una fragmentación de lo auténtico. Es dramaturgia, no ruptura. El evento reconstruye, confunde con artificios tecnológicos pero, en el plano de lo real, es sencillamente tradición; un pálido reflejo de los acontecimientos del pasado. Nuevo será, en apariencia, el *Love parade*, la gigantesca fiesta de los jóvenes berlineses, y la propuesta "maquinera" del *tecno*. Se junta en las calles a más de un millón de celebrantes y a docenas de discjockeys en sus cabinas, sin más consigna que bailar, querer, y dejarse querer bajo los amorosos efectos del éxtasis químico. Como evento recupera la tradición carnavalesca; en el plano musical aísla el pasado y construye lo "nuevo", lo efímero: el instante simultáneo suspendido, repetitivo, lejano de la escala cromática dodecafónica. El metarrelato de la modernidad

> [...] es una tradición polémica que desaloja a la tradición imperante, cualquiera que ésta sea; pero la desaloja sólo para, un instante después, ceder el sitio a otra tradición que, a su vez, es otra manifestación momentánea de la actualidad. La modernidad nunca es ella misma: siempre es otra. Lo moderno no se caracteriza únicamente por su novedad, sino por su heterogeneidad (Paz, 1985: 18).

El metarrelato cultural de la modernidad trasciende e incorpora en el relato de la sobremodernidad, formas de sentir y percibir el mundo: exhibe la condición dramática de la civilización, la paziana "expresión real de la conciencia histórica". El mundo de los hombres, pensado antropológicamente, más que histórico, es ritual. Paz, lector de Bajtin, señalaba que no son los cambios los que identifican al siglo XX, sino la repetición, rítmica a veces, de un pasado arquetípico; nostalgia del edén. A través del rito, la fiesta, el carnaval, se reactualiza el universo simbólico perdido: los cuerpos se confunden y golpean en el delirio nocturno del *slam*, se lubrican en la fiesta *rave*, o se erotizan y se pintan de colores en el carnaval, a imagen y semejanza de los tiempos de la tribu. Remembranza cúltica de los eventos prohibidos. Reto a la vida y a la muerte desde el inconsciente festivo. En situaciones de colapso o de fragmentación del tejido social, el retorno al pasado seduce como posibilidad de edad futura. Después de la destrucción, como en *Heliópolis* o *Eumeswil*, vendrá la reconstrucción quimérica: la edad feliz donde la tierra y el espacio

dejarán de ser territorios escindidos: Dionisos y Apolo en comunión de intereses. A la usanza helénica. Cambio y felicidad el primero, estabilidad y orden el segundo.

El pasado es una edad venidera

La historia disuelve el arquetipo edénico, la eternidad primigenia "donde todo fue mejor". El tiempo inaugura la indefensión, el hambre de certezas. Fragmenta el destino. Los círculos viciosos de la ansiedad y el tormento se gestan en los intersticios del cambio histórico, en la "oscilación del péndulo" (Heller, 1994). Así, al asumir la fosilización del ser y la condición de errancia, los individuos adoptan como reacción, una sensibilidad decadente. Pensar y vivir el mundo desde una otredad espiritual maldita. Los antihéroes de la modernidad asumen en el color negro, la estética de un luto perpetuo. Se muere en vida. Lo nuevo-decadente del siglo XIX, será lo "nuevo" un siglo más tarde: el disfraz decadente de los "modernos" *dark*, la parodia de neogóticos vampiros. Los noventa son años de repetición y revivales que retroalimentan el gusto de los consumidores. El explosivo coctel sonoro *No hay futuro* de Husker Dü y Crass, lo nuevo radical del *punk underground* en los setenta, servirá de música de fondo de comerciales cursis en los noventa. Rolling Stones, Led Zeppelin, Black Sabbath, Sex Pistols, institucionalizados por la mercantilización y el consumo, resultan inofensivos. Son, en la actualidad, una parodia mediática, el simulacro de la vanguardia *underground.* El nuevo público es un rebaño; los súbditos de la estética del nuevo milenio padecen, para decirlo con Eliot Weinberger, el escritor norteamericano, autor de *Invenciones de papel,* una "macdonalización de la contracultura".

La actitud decadente aspira a la reconstrucción del sentido de la vida; es una estrategia de *condottiero* que avanza rompiendo la circularidad del tiempo, la luz cegadora de la nieve: la herencia salvífica de orígenes cristianos. Occidente, escribía Paz, tras la caída de las civilizaciones antiguas, incorpora como estilo de vida una concepción cristiana y lineal del tiempo. En el politeísmo primigenio el tiempo fluía de forma infinita e impersonal; el monoteísmo cristiano subvierte el tiempo y lo hace finito y per-

sonal; círculo vicioso de la linealidad celebratoria que aspira a la trascendencia: "bienvenidos los que sufren porque de ellos será el reino de los cielos". La eternidad cristiana devino tedio, aburrimiento y ostracismo crepuscular. Horadar el círculo es romper con la concepción lineal del tiempo. La modernidad se afirma como negación del tiempo cíclico, como apoteosis de lo secular, como pasión crítica de lo que se niega (Paz, 1985). Si la eternidad cristiana se configura como resolución de lo trágico y agónico, la modernidad será la respuesta crítica a lo terrenal inmediato. El dramático no futuro es el éxtasis efímero de lo inalcanzable. Simultáneamente, negar, es avanzar. El espíritu florece en coyunturas de crisis del tiempo: destrucción-reconstrucción. Historia del mundo: en 3,435 años de historia, hemos tenido 270 años de paz; menos del 8 por ciento de la vida del hombre civilizado (Genovés, 1991). A pesar de ello el hombre avanza. La reconstrucción del sentido de la vida, dirá Jünger, es un evento en tiempos de crisis: *Heliópolis,* y la *Visita a Godenholm*, son metáforas de reconstrucción del desengaño moderno; afirmación-negación del tiempo nuevo.

El proceso de modernidad es una vorágine contradictoria: cambio y decadencia. Desastre. El tiempo nuevo, el de la reconstrucción, determina la constelación del presente y sus significaciones. El presente es para Heidegger "aparición catastrófica" (cfr. Habermas, 1989). Cioran, el inefable y desencantado filósofo rumano, príncipe del aforismo, en su inventario de vestigios, retoma como eje de análisis el mito de "la caída en el tiempo". A partir de éste efectúa uno de los análisis más lúcidos e implacables sobre la condición humana. El hombre moderno, escribe, es un hombre que "ha caído del tiempo", es un tránsfuga. Al cortar con la noción de trascendencia, relato heredado del cristianismo, perdió el secreto de la vida. Huérfano de inocencia y expulsado del paraíso, se hizo hombre: al incorporar la historia fragmentó la certidumbre. Como Macbeth vivirá asediado por fantasmas; las dudas sentarán sus reales en el lado derecho del cerebro, el jardín neuronal del pensamiento emotivo. Dios fue despojado del reloj del universo, y el metafórico "juego de dados", del que hablaba Einstein, quedó en manos de los hombres y con ellos la relación tiempo-espacio adquirió un nuevo significado. Separado

del creador el hombre se hizo individuo; dueño de sus actos, incorporó a su cotidianidad la fractura, el ahuecamiento de su propio ser. Se incorpora lo trágico en el cuerpo de la vida. A fuerza de malquerencias y equívocos el hombre descubre alternativas para procurarse el olvido de los espacios perdidos. En el "pasaje al acto" se abren artificialmente las puertas de la percepción. Paréntesis de gracia, suplencia narcótica a la frustración de los cambios del tiempo nuevo. A través de la ebriedad los sujetos buscan superar la opacidad de la realidad, la "sensación de distante catástrofe" (Steiner, 1992); cuadros místicos de recuperación del edén, el paraíso perdido de los trashumantes viajeros del nuevo "camino a Polinesia" descrito por Stent (cfr. Bartra, 1993).

El mito de la caída en el tiempo descubre la fractura central del relato cultural de Occidente: el derrumbe de los valores y los sistemas de vida: "Una civilización comienza con el mito y acaba con la duda, duda teórica que, cuando se vuelve contra sí misma, acaba en duda práctica" (Cioran, 1993: 56); en el tiempo aflora el naufragio metafísico de la incertidumbre. El fin del mundo en las sociedades antiguas, era anunciado con tañido de campanas. Presos del nerviosismo los habitantes deambulaban a hurtadillas por los caminos. Escépticos cambiaban de dioses. Actitud prudente. ¿No pueden los dioses, en sus ratos libres, modificar el destino trágico de los hombres? La interrogante se prolonga hasta nuestros días. No hemos sido capaces de eliminar la sensación de catástrofe. La caída en el tiempo, es una metáfora alusiva al sino trágico de la historia: la portentosa civilización del hombre fáustico, es atraída peligrosamente por un descomunal "agujero negro", misterio del universo descrito por Hawking, en su *Historia del tiempo,* donde de nueva cuenta según la aterradora sentencia de Alexandre Blok, el poeta y simbolista ruso: las pasiones salvajes se desencadenarán bajo el yugo funesto de la luna.

No habitamos el selenita "mar de la tranquilidad" que tanto sorprendiera a los pasajeros del Apolo 11. Aventura sin par, uno de los hitos más grandes del progreso humano en toda la historia de la humanidad. Lejana, en el recuerdo, de la "aventura" de 20 millones de dólares que pagó el primer turista espacial, un multimillonario estadounidense en 2001. Al contrario, asistimos a un periodo de derrumbe ético y moral, de

retorno a las pasiones, a la carnicería sangrienta que coloca en entredicho los avances de la cultura y de la civilización. En el año 961, el emperador Nicéforo usó como proyectiles de las catapultas, las cabezas de los sarracenos y éstas cayeron como rocas sobre las filas enemigas. En el África de los noventa se cortaron cabezas y fueron usadas para jugar futbol. En Colombia se colocan bombas-collar que revientan las cabezas de los secuestrados, y se descuartizan cadáveres con sierras eléctricas. En Estados Unidos la ejecución de los condenados a muerte es un espectáculo mediático de elevado *rating*. La justicia asesina a los asesinos.

Frente a la edad aciaga del presente, nebulosa, del no futuro, el hombre moderno, víctima de los temores de su propia naturaleza, no tiene más opción que el jardín imaginario de los arquetipos mitológicos, una edad de oro, el "país de Jauja" de lo posible. Maravilloso. Todo pasado fue mejor, dicen los abuelos; sus ojos melancólicos se clavan con recelo en la libido explosiva de sus nietos modernos, cuyos cuerpos llameantes padecen los efectos del nitrito de amilo. ¿Qué es el futuro? El pasado que vendrá. La exhumación balcánica de nacionalismos tribales, tras la caída del socialismo real, reafirma la idea del hombre contemporáneo como un ser melancólico. La desilusión del presente arrodilla a los individuos en el altar de la nostalgia y la tristeza. Retorno al mito: mito refuncionalizado de la melancolía, que siguiendo a Bartra (2001), opera como fundamento de la subjetividad moderna.

La nostalgia del edén

Steiner ubica el edén de Europa occidental en el "verano liberal" del siglo XIX: de 1815 hasta "el verano sin nubes" de 1914. Los signos de esta centuria grandiosa son inconfundibles: estado de derecho, gobierno democrático y división de poderes; derecho a la vida privada, incremento en la alfabetización; reconocimiento del papel civilizador de las artes; coexistencia pacífica de los estados nacionales a través de la regulación del derecho internacional; seguridad en las calles, etcétera (1992).

La visión de ese siglo luminoso, heredero de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, llega hasta nuestros días, gracias a los paisajes de *La cartuja de Parma* o *Rojo y negro* de Henri Beyle, Stendhal. No todo es placer ni idilio. Gautier y Balzac se decepcionan de la aventura liberal de 1830 del rey burgués, Luis Felipe de Orleans, arquitecto de la masacre a los obreros de la seda en Lyon, y de la carnicería que efectúa sobre los disidentes del claustro de Saint Merri. Se necesita, dirá Gautier, piel de hipopótamo, para soportar el siglo de infamia de los reyes. El verano liberal es rico en reminiscencias: libertad, progreso, emergencia del ciudadano, la sociedad civil, el libre mercado, la Revolución Industrial. Centuria de contradicciones entre capital y trabajo. El "diálogo social" se dirime al interior de la "civilización industrial". Hombres desarraigados. Apéndices de las máquinas. A través del exacerbado industrialismo los hombres modernos saltan a la sociedad de la abundancia y del consumo: una sociedad de satisfechos e insatisfechos, de mendicantes y suicidas; hombres circulantes émulos de la "serpiente chupándose la cola", de León Felipe, el poeta español, o como su extraordinaria familia de fantasmas:

El abuelo fantasma
el padre fantasma
el hijo fantasma...
Señor Arcipreste:
Somos una interminable
cadena de fantasmas.

El submundo del individuo es circular y fantasmal, masa anónima. En aras de la colectividad se sacrifica al individuo. Pretensión conflictiva. El hombre se niega a sacrificar su libertad individual frente a la voluntad de una sociedad de masas (Freud, 1984). Punto nodal de los conflictos modernos; vórtice donde los grandes espíritus de la modernidad se dan cita para exhibir el malestar civilizatorio; jeroglíficos premonitorios de una escritura desgarrada: los soles negros de Durero o la melancolía desdichada de Nerval.

El tedio de la sociedad industrial

La sociedad industrial del siglo XIX es brumosa; dispone, no obstante, de un catálogo mítico, necesario para explicar el horizonte de sucesos de la incertidumbre del hombre actual. Steiner ubica el imaginario liberal en Europa occidental. En éste se ordenan las viñetas de la civilización, el progreso y el bienestar humano, trío de eventos de la nostalgia posmoderna. Al mismo tiempo, señala Steiner, de ese jardín de la decimonónica edad de oro, emerge una espesura azufrada: el tedio, la incertidumbre, el aburrimiento de un mundo de esperanzas vacías. La lúgubre apatía de los ciudadanos contrasta con el empuje positivista de Comte, el historicismo de Savigny, el cientificismo de Benthan o la promesa de certidumbre en las calles ofrecida por el Código de Napoleón. Los alarmados franceses aún padecen el escalofrío producido por las víctimas de Pierre Riviére, el parricida.

La revolución romántica reclama con Hugo, en el prólogo a *Cromwell*, los derechos de la imaginación y la libertad de palabra del escritor: la sensibilidad auténtica como realidad principal. Liberación del yo. El romanticismo en Hugo y Nerval, se plantea como una ruptura radical con el sistema de creencias de Occidente; "se manifiesta como una manera de sentir, de pensar, una erótica, una política; una manera de vivir y una manera de morir" (Paz, 1985). Se alaba el progreso, la nueva fuente de la poesía redescubierta por el "príncipe de los proscritos", Byron, pero asimismo, se exhibe la desazón de la existencia; la incertidumbre ante los desvaríos de la razón de la burguesía reinante, el terror jacobino, o de la reacción imperial de Luis Napoleón. "¡Ay de mí! La política, esta es nuestra desdicha", escribe el desilusionado Musset, hundiendo su existencia en las mieles nocturnas del opio y en los dorados pechos de George Sand. El romanticismo es una rebelión contra la hegemonía de la razón. Abre las puertas a la poética moderna, irónica y mordaz de los malditos, herederos de las fantasías diabólicas de Hölderlin, las apostasías de Shelley y las blasfemias de Nerval. Baudelaire, exégeta de una estética del mal, en sus libros condenados, llega al fondo de la experiencia del desgarro. En *Mi corazón al desnudo* saluda a Satán, como su par rebelde; su inspirador autoafirmante, negación del relato cristiano occidental.

En *Las flores del mal,* exalta el erotismo de la mujer: "Tengo los labios húmedos y conozco la ciencia de perder en una cama la antigua conciencia. ¡Los ángeles impotentes se condenarían por mí!" Condena en el "aburrimiento", el fiero vicio de la sociedad industrial: "El tedio, fruto de melancólica falta de curiosidad, alcanza las proporciones de la inmortalidad"; dramaturgia cotidiana donde se representa la cotidiana deshumanización del ser: el hombre se disocia del mundo y evoluciona en un miserable apéndice de las máquinas.

Steiner encuentra en el grito iracundo de Gautier, el célebre autor de *El informe a la presidenta,* "antes la barbarie que el tedio", el gesto más certero del ilusorio paraíso liberal del siglo XIX. Curiosa contradicción: Occidente vive la bonhomía que le deparan sus riquezas trasatlánticas, y sin embargo, el tedio, "fruto de la lúgubre apatía", irrumpe como un golpe de maza sobre la cabeza de los victorianos habitantes. Gotas de lluvia ácida irrumpen subrepticiamente sobre la superficie de Europa. Una suerte de crisis nerviosa sacude a los obreros, las amas de casa, a los intelectuales, la vida social toda, y "hasta el alma de las criadas", agregaría el siempre irreverente Eliot, citado por Steiner. El nerviosismo es general y abreva en medio de los logros positivistas del siglo liberal: "¡Horror del horror, voy a que me devoren los gusanos!", escribe el bardo de Charleville, Rimbaud, antes de huir de la poesía y del tedio parisino y refundirse para siempre en el África ardiente, lejos de la angustia social y de la violencia ciega de Verlaine.

Freud identifica la "lúgubre apatía" con cierto malestar en la cultura. Malestar, sinónimo de tedio, incertidumbre, ansiedad, indefensión; "pérdida del sentido", diría Weber, o superabundancia de sentidos y acontecimientos sin articulación; preludio de los temas que retrata la sobremoderna etnología de la soledad de Augé. El ser humano es víctima de la neurosis debido a que se siente incapaz de soportar los niveles de frustración impuestos por la sociedad. Los intereses del individuo no corresponden con los ideales de cultura de la sociedad (Freud, 1984). La ciencia hace más llevadera la existencia; los fármacos logran alargar los índices de vida. ¿Pero de qué nos sirve, una vida más larga si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos, que sólo se puede saludar a la muerte

como una feliz liberación?, agrega el médico vienés. Los artificios tecnológicos suministran fuerzas extras, que maniobran como sus músculos en cualquier dirección; el navío y los aviones liberan sus movimientos. Corrige los defectos de la naturaleza; gracias al microscopio supera los límites de la visión. Su vida es un cuento de hadas. El hombre es un dios con prótesis: magnífico cuando se coloca todos sus artefactos, pero absolutamente indefenso sin ellos. La tecnología le procura sinsabores (Freud, 1984).

El diseño racionalista no sólo corona certezas y profecías, también abre el camino de los tormentos y las incertidumbres personales: pléyade heroica de intelectuales procaces que, desde discursos inaugurales, dieron vuelo a un vocabulario del desconsuelo, y exhibieron las debilidades de los grandes relatos del mundo. La modernidad, señala Casullo, coadyuvó en la refundación de valores y saberes. Fijó paradigmas para la crítica y la utopía, replanteó la identidad de lo real; determinó procedimientos para la aprehensión de la realidad, estrategias de interrogación acerca de las cosas. La construcción de la novísima escena de la historia, si bien se expresó como permanente conflicto de intereses y contradicciones económicas, sociales, nacionales y políticas, "tuvo como suelo sustentador aquel universo narrativo que propuso el imperio de la razón, que situó al sujeto como conciencia plena de los cursos históricos, que pensó el progreso tecnoindustrial como cultura redentora de la humanidad" (Casullo, 1989: 18). Docilidad y progreso es la mancuerna heráldica, casi esfinge, de ese hombre huérfano de divinidades y oráculos teológicos. Un falso Dionisos anuncia la exuberancia de la máquina civilizadora, la libertad creadora y atormentada del hombre fáustico. Nada es imposible, el progreso debe llegar a cualquier costo. El júbilo que ocasiona el imperio de la razón no es, en modo alguno, el riguroso sistema newtoniano, las leyes de la gravitación universal, que seducen a Voltaire. La razón es una vorágine que hiere. Rousseau lo advierte tempranamente. Catador visionario de los conflictos sociales anuncia que Europa se encuentra "al borde del abismo". El hombre, huyó de su rostro y se escondió en el bosque de la noche, dirá Blake en su *Profecía de Europa.*

Para Berman, Saint-Preux, el héroe roussoniano de *La nueva Eloísa,* anticipa el espíritu del siglo: "Siento, exclama, la embriaguez de esta vida

violenta y tumultuosa; el vértigo de objetos que pasan delante de mis ojos. Las cosas perturban mis sentidos, me impresionan, pero no cautivan mi corazón. No sé quién soy." Para Saint-Preux el presente carece de sentido: es un promontorio de insatisfacciones. El hedor social se ha adueñado de su espíritu. La ebriedad moderna, que molesta y perturba a Saint-Preux, hace decir a Maldoror, el antihéroe de Lautréamont: "Soy sucio. Los piojos me roen. Los cerdos vomitan al mirarme. Las costras y las escaras de la lepra han convertido en escamosa mi piel cubierta de pus amarillento [...] Sin embargo, mi corazón late. Pero, ¿cómo podría latir si la podredumbre y las exhalaciones de mi cadáver (no me atrevo a llamarlo cuerpo) no lo nutrieran abundantemente?" (1988: 124). Duro, ácido, implacable, Lautréamont arroja su indignación sobre los ideales de cultura del siglo XIX. Los valores de la tradición occidental le producen asco. Su alegoría al mar es una imagen de contraste: las aguas augustas, fuertes, con su universo de formas vivientes en su matriz profunda difieren del egoísmo posesivo del hombre moderno. Viejo océano, reclama Maldoror:

> Si un trozo de tierra está ocupado por treinta millones de seres humanos, éstos se creen obligados a no mezclarse en la existencia de sus vecinos. Grande o pequeño, cada hombre vive como un salvaje en su guarida, y sale de ella muy poco para visitar a sus congéneres, acurrucados igualmente en otra guarida. La gran familia universal de los seres humanos es una utopía digna de la lógica más mediocre (1988: 21).

El lenguaje de los modernos es áspero, decadente y provocador. Fuego de altos matices en contra de la mojigatería que ha tomado por asalto las calles. En Los miserables, Víctor Hugo, ese "animal verbal", como lo llamó Daudet, exalta el grito de los pobres; Gautier se burla del arte de vestir usando un extravagante chaleco rojo, e ironiza sobre la proverbial beatería de Carlos X, expulsado del trono en 1830. Baudelaire es un volcán en erupción; Las flores del mal constituyen el canto de la nueva sensibilidad posromántica, parnasiana. Apertura de un verbo que no puede callar y que abre espacios al simbolismo de Mallarmé, Valéry, o a la irreverente visita de Rimbaud a los infiernos. Baudelaire reacciona con furia. Le escribe a su madre, una noche de 1863: "Si alguna vez puedo reco-

brar el vigor y la energía de que gozara antaño, aliviaré mi cólera por medio de libros espantables. Querría volver contra mí por entero a la raza humana. Veo en ello una satisfacción que me consolaría de todo" (1963: 1244). Voces del desgarro; anticipan en el "apacible verano liberal", la cloaca que en 1914 destapará la guerra inundando de excrementos las huellas de la civilización y el progreso. En la pleamar de la modernidad no está demás recordar a Rosario Castellanos: "Aré en el mar Simón, ¿en qué otra parte era posible o necesario arar?"

La modernidad psíquica

Un ambiente de agitación y turbulencia, vértigo y embriaguez psíquica, es la atmósfera en que nace la sensibilidad moderna. El paisaje pastoril ha desaparecido. Las praderas, escribe Blake, han sido sustituidas por "fábricas satánicas" y los trabajadores condenados a la "muerte eterna" en las industrias. Para Thompson, el historiador inglés, las consecuencias humanas de la transformación han sido pavorosas. Paralelo al rápido proceso de crecimiento urbano, surge una literatura *psychopharmaka* que se interesa en las sustancias que multiplican la conciencia y aligeran el ánimo. Coleridge, poeta y filósofo inglés, amante de las aguas mansas de los lagos, es un iniciador de los "viajes internos" como instrumento de creación. Del opio dijo que era como un "oasis de encanto en el corazón mismo del desierto", y de un extracto de adormidera: "Leche del paraíso." La excursión psíquica, más cómoda y barata que el "anticuado alcohol", será una opción a la vida hecha de desolación y vidrio, del balbuceo febril de los delirios modernos, según la lapidaria descripción de Mandelstam, en *El sello egipcio.*

Inspirado en Coleridge, el filósofo De Quincey revela en *Confesiones de un opiómano inglés*, publicado en 1822 por el *London Magazine*, la potencia que encierran los sueños de los hombres. Escribe:

> Era un domingo por la tarde, húmedo y desapacible; y esta tierra nuestra no puede ofrecernos espectáculo más sombrío que un domingo lluvioso en Londres. Vi una droguería. Pregunté por tintura de opio [...] Ahí tenía una panacea [...] para todos los deseos humanos; el secreto de la felicidad sobre el que tanto tiempo discutieron los filósofos sin encontrarlo, hallado súbitamente: la felicidad podía comprarse por

un penique, y se podía llevar en el bolsillo del chaleco, en una botella de medio litro cabían éxtasis portátiles (1981: 68-69).

De Quincey celebra con su relato deslumbrante la boda secular de Occidente con las drogas. Se abre un horizonte de sucesos inédito, un estilo literario de tipo épico, con guerras y desafíos, como la épica tradicional, pero con una enorme diferencia: el escenario no requiere de doncellas, Polifemos o Poseidones. Ni suertes, ni triunfos de epopeya: los nuevos dramas se realizan sobre los pliegues mismos de la sensibilidad. Se olvida el temido Juicio Final para cohabitar en los edenes autónomos, en la ebriedad del descubrimiento, en el viaje psiconaútico (Escohotado, 1989). Coleridge y De Quincey, al igual que Gautier, Nerval, Dumas, Balzac, o el viajero psiquiatra, Moreau, avalan el uso de sustancias para combatir la inercia existencial, la miseria anímica. La excursión psíquica es lícita. De Quincey invita a viajar con los ojos cerrados y la mente despierta: su obra es una apología de la ebriedad psíquica; la "llave maestra" de Jünger, que permite franquear las cerraduras proteínicas del cerebro, e invita a descubrir, a recuperar la sobria ebriedad de la antigüedad clásica.

La experiencia de los escritores psiconautas causa revuelo y seguidores entre los hijos del desencanto y la utopía europea; hartos de la moralidad convencional rápidamente se convierten en usuarios del opio. Los fumaderos de opio irrumpen como revelación del mundo urbano. Renovación estética. Las drogas: el opio, el hachís, y luego la heroína, tendrán como objetivo "revelar heroicamente la forma en que los hombres digieren la terca amargura del presente". Los relatos de la época, malditos en los recuerdos y en las esperanzas, retratan la forma en que los hombres modernos, los hijos de la cultura occidental, asumen la perpetuidad de la crisis. El desencanto del presente arroja a los europeos sobre las costas de Norteamérica: el mito de la tierra prometida. Los desguarnecidos hombres del verano liberal, expulsados del progreso y sin más alternativa que el hambre y el desasosiego, habrán de seguir el ejemplo de los peregrinos puritanos que en 1620 desembarcaron en Massachusetts. El desencanto europeo se desplaza a tierras americanas. En las bodegas de los barcos

viaja el opio. El humo del hachís contagia los sueños de los hombres; desde cubierta imaginan un futuro luminoso en las soberbias urbes. Los transterrados soñarán en ser hijos del nuevo mundo, y habitantes de las ciudades legendarias que levantaron los pioneros. Carl Sandburg, el poeta de Illinois, heredero de Whitman, recuerda:

Hombres fuertes levantaron una ciudad
y una nación al mismo tiempo
y pagaron con cantores para que cantaran
y mujeres que gorjeasen.
Somos la más grande ciudad
y la más grande nación:
Nada semejante hubo nunca.

Optimismo deslumbrante. El nuevo mundo parece exento, en el imaginario de los inmigrantes, de la incertidumbre que habita al viejo mundo. Pronto se descubrirán como fantasmas extraños, deambulando por las calles, extraviados en el amanecer de un nuevo siglo.

Tedio y vacío

El vacío existencial del siglo XIX es real. El tedio, según lo definió tempranamente Shopenhauer es la enfermedad de la nueva edad: frustración y desencanto. La vitalidad napoleónica que sedujera a Stendhal ha desaparecido. Es un recuerdo que se pudre en la isla Santa Elena. Los gritos de guerra en Austerlitz, Friedland y Jena han sido sustituidos por el hartazgo efímero de la vida burguesa, y el mundillo de opereta de los *dandies*: los personajes de Musset, Byron o Puskin. Millares de pobres desarraigados toman por asalto las urbes y se quedan a vivir en ellas, cohabitando entre el hambre y el desconcierto (Berman, 1982), y generando un nuevo problema social: la ansiedad. La frenética búsqueda del crecimiento económico generó cambios demasiado bruscos en la vida cotidiana de la gente. Los cambios se tradujeron en neuróticos círculos viciosos (Wachtel, 1989).

La modernidad restringe el sentido de pertenencia, aniquila el sentido de lo colectivo. El futuro deja de ser una experiencia de destino compartido, un antídoto contra la duda. La modernidad elimina de un tajo la praxis social comunitaria y subsume la idea de arraigamiento. El tejido social primigenio se volatiza. La nueva cotidianidad obliga a una existencia de cuerpos dolores y muertes separados. La ruptura identitaria funde al hombre en la masa, en el anonimato: "hacemos amistades, pero no necesitamos tener vecinos". Las comunidades tradicionales eran una forma de membrana que envolvía imperativamente a todos los miembros. En la Era Moderna, no. Incluso, la familia es completamente revalorada. Su rol es puesto en cuestión: el idilio ha terminado, su aureola de eternidad y respeto se ha fundido en los pantanos. De ahora en adelante el hogar, como magníficamente lo expresa el poeta Robert Frost, "es el lugar donde, cuando se tiene que ir, lo tienen que llevar a uno". Eliminado el arraigamiento, sólo queda la panacea del crecimiento económico individual. Los sujetos al enfrentar la soledad y la vulnerabilidad que deviene de sentirse fuera de los lazos comunitarios entran en brazos del consumo: las mercancías proveen una sensación transitoria de bienestar. Fatuo, efímero. La acumulación de bienes no alcanza a resolver la incertidumbre. La derrelicción arroja al individuo a un delirio asociativo. Aislado del pasado, el sujeto será un sonámbulo del presente; vivirá el desarraigo de lo trivial. Obligado a interpretar los códigos urbanos, y desterrado de su comunidad de origen, vivirá la precariedad de los saberes. En la dramaturgia cotidiana de la experiencia cosmopolita el sujeto representa al *Extranjero* de Simmel, o al "tartamudo social" de Shutz. A latigazos se educará en la gramática de la nueva sociabilidad urbana.

Las libertades que otorga la modernidad son trocadas por la libertad de comercio. La dignidad humana es puesta en entredicho. El libre mercado rige el destino de los hombres. De esa circunstancia, brutalmente destructiva, emerge el nihilismo moderno. Desde este punto de vista cualquier forma imaginable de conducta humana se hace moralmente permisible. No es inmoral lo económicamente posible. No es inmoral el comercio de drogas. No se equivoca el biólogo molecular Gunther Stent, cuando afirma, que "los logros de la cultura moderna dejaban a esa cul-

tura satisfecha pero exhausta". Insomnio, neurosis y abatimiento, son inevitables dentro de la frágil vida que provee la civilización industrial. El "hombre necesita del trabajo, cierto, pero también tiene otras necesidades [...] entre otras necesidades tiene la del suicidio, que se afinca en él y en la sociedad que le forma; y es más fuerte que su instinto de conservación", escribe Benjamin citando a León Daudet (1999: 104).



La ciudad como escenario del tedio

La ciudad es una mezcla explosiva: infierno de alambres y cemento. La ciudad resume la naturaleza de los nuevos conflictos sociales. Los parias urbanos se agolpan en los cuartos de los herrumbrosos edificios y se apropian de nuevos objetos simbólicos; se reafirman en nuevas identidades. Las relaciones intersubjetivas de corte comunitario desaparecen inmersas en el maremágnum de los simulacros: principio del mal, espiral del vértigo, aniquilación del horizonte de sentido de las sociedades contemporáneas (Baudrillard, 1984). El sujeto victorioso de la modernidad abandona la escena palaciega; el moderno escenario se despliega en la superficie de la calle, ese "laberinto de procesos de penetración" y de opuestos, planteados por Benjamin en *El París del Segundo Imperio en Baudelaire*: día y noche; optimismo y escepticismo. La ciudad es un hervidero de motivos encontrados, subterráneos. En la calle, escribe el frankfurtiano, irrumpe el *flâneur,* y con él objetos-fetiches, y formas inéditas de propensión expresiva: la estrategia de los ojos se impone sobre la de los oídos. Al margen de la rutina social y de la apoteosis del individuo el *flâneur* es un devorador de imágenes que funde su melancolía en la multitud: moderno vagabundo urbano, "obra maestra de la naturaleza distraída", lo llamó Virginia Woolf, antes de abandonar por su propia cuenta, esa fiesta prolongada que es la vida; el *pasota* o los *drogotas* que duermen su hastío en las alamedas de la gran ciudad. Sujetos metropolitanos que, a través del siglo XX, abrirán las puertas a procesos de reconstitución gregaria: la "sociedad de las esquinas", descrita por Whyte en los *slums* de Boston; el "tiempo de las tribus": los salvajes posmodernos de Maffesoli.

La ciudad "modernizó el corazón de los ciudadanos". Los obreros se rindieron a los placeres del láudano, alternativa feliz a salarios miserables que los inhabilitaban para el consumo de ajenjo, cerveza o cognac. Bastaba una buena botella de opio diluido en alcohol para divagar en torno a un presente más generoso, libre de las fatigas cotidianas y de los dolores del alma. La heroína, en cambio, por el costo, fue patrimonio de sectores con capacidad de compra. El consumo extremo se reservó para un puñado de personajes. El opio que "hace profundo el tiempo y ahonda los goces", se consumió generosamente y en absoluta libertad. La ingesta de opio en el verano feliz del siglo XIX, es el humo grato que disfraza el tedio, la tristeza quijotesca de los habitantes de las urbes. Los opiáceos habilitan un sugestivo imaginario: la utopía psíquica que seduce y conquista. Placer para el espíritu. El consumo de opio y heroína, libre de prohibiciones, es el preámbulo que nos arroja a las playas del siglo XX, con sus dos guerras mundiales, la primera cierra el ciclo del verano liberal de Steiner. De 1914 en adelante la humanidad vivirá, como nunca antes, al borde del abismo; comienzo de una situación insólita, mezcla de soledad, esquizofrenia, incertidumbre [...] y tráfico de lo prohibido.

"Garfield" detiene el auto. Interrumpo la reflexión y regreso a la realidad. El violín eléctrico e irreverente de Alfredito de la Fe se paraliza en un *solo* memorable. Hemos llegado. Fort Tryon luce desolado. Unos cuantos negros duermen en estado abandónico, apretujados sobre los umbrales de las puertas, con los brazos recogidos sobre el abdomen y la huella de largas horas entregados al crack. Seguimos hasta la 190, y luego de un pequeño rodeo entramos a un edificio. Saludando con cordialidad al portero. Sentados frente a una humeante tasa de café "Garfield" abunda en comentarios:

> Los antioqueños abrieron las primeras líneas a través del mar. Entendieron a tiempo a la cultura gringa y la trabajaron. Sin coco en las neuronas no pueden sobrevivir. Son manes que viven para el trabajo y la cerveza, el béisbol y el futbol americano. Los monos viven un ritmo superacelerado. Los primeros kilos se coronaron en los setenta. Los paisas son entrones; no se varan por nada: venden camellos en el Sahara, hielo en el Ártico, y hasta la abuela, si ésta se deja. El paisa es un judío nativo, criollo. Llegan con una mano adelante y otra atrás, y de repente ya son dueños de los

negocios del barrio. Usted sabe el papel que jugaron los judíos en las economías de Europa. Son unas mamacitas. Si alguien faltonea, uno dice "me hicieron una judía". El paisa no se deja ver las güevas. Pero igual y se pasan de aviones. Si uno no se avispa le dan tumbes bacanos. Pablo venía de Rionegro, Antioquia, no era pobre del todo porque su mamá tenía sueldo del magisterio. Doña Hermilda, mis respetos, que cuchita más tesa. Ya ganado montó su puesto de mando en El Poblado, lo más cuca de Medellín. Y desde allí quiso comerse la parte grande del pastel. Pablo contribuyó a armar el negocio en grande. Lo hizo redituable como empresa. Con sus líneas movía su merca y material de diversos socios de Medellín, gente que le entregaba el perico y Pablo lo subía con "El Osito", su primo Gustavo, o con su cuñado, gente del clan. Tenía una infraestructura de exportación muy bien montada. Todos ganaban. Pablo, los dueños de la merca, los trabajadores, todo el combo, desde el más grande hasta el más chiquito. Luego había gente que operaba por la libre y despachaba su propia mercancía, de a 20 o 30 kilos por envío, y sin ningún problema. Decir que el Cártel de Medellín controlaba todo es un embuste. El problema es que Pablo por sus güevos quiso presionar al gobierno, y el asunto se le salió de las manos. Los gringos presionan al gobierno colombiano, y todo se vuelve pesca en río revuelto. Se estaba negociando la no extradición de los narcos. Pablo y el "Mexicano" se unen en una aventura descocada.

Cuando Pablo se fue a la guerra, y la ley se le vino encima, algunos socios se echaron para atrás. Y no porque quisieran disputarle la plaza o retirarlo del mercado. Faltonean porque la guerra era costosa y no les parecía justo que Pablo les obligara a una contribución económica. Pablo no era el único extraditable. La lista era larga. Pablo, claro, se extralimitó y quiso meter a todos los clanes en la guerra. Equivocó la estrategia. La gente decía: "esta pelea no es mía". Los clanes quieren el billete; lo menos que les interesa es guerriar con el gobierno o los gringos. Así empezó la guerra con el gobierno, con los ex socios de Medellín, y luego con la gente de Cali, la historia de los muertos, los atentados terroristas. Una pelea contra todo el mundo. A Pablo no lo derrotó el gobierno y su "Bloque de Búsqueda" de casi 5,000 hombres. No, a Pablo lo vencieron los Pepes (perseguidos por Pablo Escobar), ex socios que se aliaron con la gente de Cali y entregaron información a las autoridades. Lo regalaron. Pablo, dicen, le quiso hacer la judía a todo el mundo. Esa fue su perdición.

En un principio el negocio no era problema, salvo uno que otro ajuste de cuentas con garullas que se pasaban de listos. Lo normal. A veces son muertes entre los trabajadores y los patrones ni cuenta se dan. Se lucraba como el divino putas. El polvito se movía casi legal. Incluso, gente de buena posición social, se acercaba con los traquetos y cantaban la zona: "sabe qué, lléveme en algo" y aportaban capital. Burgueses en crisis de liquidez. Los riesgos eran mínimos, los manes no daban cara y se

tacaban de más dinero que el verraco'e Guaca. El material entraba por Miami, Los Ángeles y Nueva York. Gente del combo recibía el coco en los Estados Unidos y lo distribuía. Las familias colaboraban con el parche. Un coso costaba entre 40 y 50 lucas. Igual y había pintas que menudiaban gramitos por carta. Los cortes se frentiaban personalmente. Hoy en día no, porque la situación se puso color de hormiga. El material lo mueve gente de los patrones. Muchos traquetos paseaban por los Estados Unidos como Pedro por su casa. Pablo, que yo sepa, sólo subió una vez a gringolandia, y de turista. También estuvo en España, no en plan de negocios: fue a la ceremonia de Felipe González, cuando recibió la Presidencia. Usted, viejo Juan, busque el dato, porque tengo extraviada la memoria (1982). A mediados de los ochenta se vino la perseguidora, pero el negocio ya se manejaba solo, y en autopista de varios carriles y alta velocidad.

Los combos eran de gente humilde. Unos hicieron sus capitalitos con la maracachafa, otros con el perico. La marihuana hace mucho bulto y no rinde. Ese corte se manejó un tiempo. Luego se cayó. Los gringos no son maricas, sembraron en California, Illinois, Nuevo México, y se volvieron autosuficientes. Ahora producen un tipo sin semilla, superpotente, kriptonita pura. Los yanquis producen una chimba de yerba casera: con un phototron, abonos Dutch y semillas Green House, usted produce marihuana de excelente calidad hasta debajo de la cama. En un departamento se pueden cultivar hasta 200 matas. Lo que queda de ese mercado lo manejan los mexicanos. Los colombianos se abrieron del negocio de la marihuana en los ochenta. Para el mexica es rentable porque no tienen problemas de transporte, tienen un hueco del tamaño del mundo, y hasta túneles por debajo de la frontera. Fletar un barco o un Cesna es una inversión grande y el riesgo es alto. Pablo tenía una flota de aviones nítida. La primera avioneta que usó la tiene de adorno en la entrada de Nápoles, su hacienda. Los mexicas meten pipas ventiadas, y si algo se cae es porque algún faltón chivatea. Tienen variedades buenas, pero faltonean con el control de calidad, mezclan Acapulco gold con material de deshecho. Se mete uno un cacho de pelirroja rebajada y de inmediato le entra la rompepechos: No tiene comparación con la punto rojo, o la caquita de mono: calidad ISO 9000.

De los combos de los ochenta la mayoría están muertos, encarcelados, o reinsertados después de cumplir las penas pactadas, tras la rendición a las autoridades. Otros siguen trabajando bajo el agua. ¿Quién los conoce? Nadie. Este es un negocio de familias. Algunos grupos operan solos, y de manera artesanal, siguen enviando cargas mínimas de cocaína o heroína, usando mulas. Otros tienen mayor infraestructura y mueven más mercancía. Nada que ver con los submarinos en fibra de vidrio que inventaron los rusos, y que navegaban a dos o tres metros por debajo del mar, llevando hasta media tonelada de carga, o los *jets* sin asiento, volando a ras de las olas para evitar los radares. Eran los tiempos de Pablo, los Ochoa, el "Mexicano", y sus

trabajadores de Envigado, Sabaneta, la "Estrella", y las comunas de Medellín. Hombres leales que lo siguieron hasta la muerte.

Hoy en día, cuando se habla de cárteles, no se piensa en Medellín o Cali, sino en México: Cártel de Tijuana, del Golfo, de Juárez, de *Mae Baker*, en el Distrito Federal. Los tiempos han cambiado. Los clanes colombianos siguen operando, pero se han hecho menos visibles. Y siguen exportando cocaína en iguales cantidades que antaño, y heroína, que es un comercio nuevo. Sin embargo, el estigma de los cárteles ha cambiado de región geográfica. Los medios de comunicación hablan con insistencia de una supuesta "colombianización" de México, probablemente porque las ejecuciones públicas, a manos de sicarios, son como en Colombia, asuntos cotidianos, o porque "la gente empieza a morirse de miedo", según las certeras palabras de Norbert Lechner. No obstante, es de advertir que los casos de Colombia y México son completamente diferentes. Estamos del otro lado del espejo, no en manos del antiguo Leviatán, sino de un monstruo borgiano extraído de su *Zoología fantástica*. Según reza una antigua leyenda china, las gentes que habitan los espejos eran el caos; un día abandonaron su refugio e invadieron el mundo de los hombres. El Emperador, enojado por el abuso, urdió un hechizo que obligó a los caóticos a copiar exactamente los gestos de los hombres. Dice la leyenda que el mito es fuerte pero no eterno; éste cederá y las formas turbulentas de los espejos empezarán a agitarse, se separarán los gestos, se transfigurarán los colores y ese mundo encarcelado del caos se volcará violentamente en el mundo de los hombres (Briggs y Peat, 1989). La crisis de cultura, de civilización, a la que asistimos quizá sea una muestra de que los demonios están abandonando los espejos.

Son casi las seis de la mañana y el sueño me vence. Me ofrecen una cama de agua y duermo hasta el medio día. "Garfield" ha salido en compañía de dos hombres, "con instrumentos para fumigar". Algo anda mal. Despierto relajado al filo del medio día. En la habitación de al lado la dueña de casa y su pequeña hija ordenan en paquetes billetes viejos de 20, 50 y 100 dólares. Sobre la cama, en medio de las cobijas, se

asoma un Kalashnikov, siete sesenta y dos, y varios cargadores encorvados.

–¿Y "Garfield"? –pregunto.

La chica sonríe. –Fueron a cotizar unos líquidos que está feriando una pinta. Al rato vuelve para ir al merco en la 125 –dice.

–¿Y a qué hora?

–No se topapi, primero le quieren poner óleos a un man.

Capítulo 4

Los diálogos de la incertidumbre

LA INCERTIDUMBRE no se encuentra instalada en nuestro legado evolutivo, ni en parte alguna del genoma humano; no corresponde a la freudiana disputa entre Eros y Tánatos, los hipotéticos padres de la cultura. La incertidumbre corresponde a un estado de ánimo, no instintivo, próximo, quizá, al concepto de *Trieb* (a la deriva) desarrollado por Lacan en *Escritos* (1975), donde melancolía, soledad, angustia, y ansias de afecto, se conjugan en una particular desnudez espiritual frente al mundo. La náusea sartreana. El mundo moderno es un mundo a la deriva. Habitar la vida moderna, el espectáculo de las vidas flotantes, requiere de fuertes dosis de heroísmo, señalaba Baudelaire. Los personajes de Víctor Hugo son los héroes anónimos del siglo XIX: vidas infames obligadas a fundirse en "la soledad de las multitudes" del capitalismo en ascenso. Esperanza y desesperanza, síntesis de la tragedia del desarrollo, ese "oscuro faro aceptado sin garantías de la naturaleza o Dios".

En el pasado los hombres se ponían a salvo de la incertidumbre buscando amparo en la religión, en la mirada protectora de los dioses. En la Edad Moderna, la idea de Dios se ha evaporado. La "razón absorbió a Dios y se coronó reina" (Paz, 1967: 127). Nietzsche habla de la "muerte de Dios" y del "advenimiento del nihilismo". La sentencia: "Dios ha muerto, ha sido asesinado", pronunciada por el loco, el héroe del filósofo de Röcken, y recuperada por Lacan, inaugura el diálogo moderno de la incertidumbre. Sin dioses, la humanidad moderna se encontró en me-

dio de una gran ausencia y un inmenso vacío de valores. Nosotros los semibárbaros, escribe Nietzsche, sólo estamos en medio de nuestra bienaventuranza cuando el peligro es mayor. El único estímulo que nos halaga es lo infinito, lo inconmensurable.

¿Las drogas, nos preguntamos siglos después, no llegaron acaso a sustituir a la religión en la tarea de paliar la incertidumbre y procurar un poco de alegría? Algunos autores afirman que la expansión del consumo de drogas en la cultura occidental es correlativa a su proceso de secularización (López Ibor, 1976). A través de este proceso se fragmentaron o disolvieron algunos de los valores fundantes de la cultura occidental judeo-cristiana. La disolución de valores sociales comunitarios, por ejemplo, coadyuvó en la forja de valores centrados en el individuo. La maximización del individualismo evidenció la sensación de vacío, la carencia de sentido del quehacer humano. Borges, ese ciego virtuoso, introspectando el universo, llegó a preguntarse, sin encontrar respuesta:

> ¿En qué reino, bajo qué silenciosa
> conjunción de los astros, en qué secreto día
> que el mármol no ha salvado, surgió la valerosa
> y singular idea de inventar la alegría?

> [La] droga es una ecuación celular que enseña al usuario hechos de validez general, afirma uno de los personajes de Burroughs: Yo he aprendido muchísimo gracias al uso de la droga: he visto la vida medida por cuentagotas de solución de morfina. He experimentado la agonizante privación de la enfermedad de la droga, y el placer del alivio cuando las venas sedientas de la droga beben de la aguja. La droga no es un estimulante. Es un modo de vida (1976: 16).

La ingesta de drogas, desde esta perspectiva, es un acto moderno. Se realiza en el ámbito de decisiones individuales que, como nuevo valor, forja el proceso de secularización. Eliminar la angustia, la incertidumbre, procurar alegría, es una tarea que el mundo moderno impone a los hombres.

Vehículos de la ebriedad

La noción de ebriedad es tan antigua como el hombre; tema ignorado por la moralina contemporánea. Usualmente se asocia con los efectos del alcohol. Metafóricamente muchas cosas nos embriagan: la fragancia de una mujer desnuda, amanecer y vino en la copa de su ombligo, o el zumbido de un pájaro al levantar el vuelo. Embriaga también el ejercicio del poder y la bienaventuranza del éxito a expensas de los demás. Ezra Pound fustiga esta última experiencia embriagadora en *Cantos XV*: manifestación plena de la "usura corrosiva"; coronación perfecta de la libertad de empresa que en los países desarrollados es:

Una lluvia interminable de los pelos del culo,
al moverse la tierra, su centro,
pasa por todas partes, su sucesión,
un continuo eructo del culo,
distribuyendo sus productos.

El uso o consumo de drogas no es un fenómeno típico de las sociedades contemporáneas; como vehículos de ebriedad, festiva, terapéutica o sacramental, tienen varios milenios de existencia. El uso de sustancias ha obligado a una toma de posición en diferentes frentes: la religión, el derecho, la economía y el arte. Especialistas admiten, hoy en día, que el empleo multicultural de drogas ocupa un rol tan importante que bien podría plantearse que es un capítulo necesario en la historia de las religiones y la medicina (Escohotado, 1989). Señala el filósofo español que hace falta construir una historia de la ebriedad o del consumo de drogas. No se conoce cultura alguna exenta del consumo de sustancias visionarias, tan básicas como los alimentos. ¿Podemos, acaso, ignorar que los hombres del siglo XXI padecen una crisis cultural, cuyo origen radica en el consumo de alcaloides de plantas milenarias, que son aislados en modernos laboratorios? Dice Paz que "el deseo del viaje es innato en los hombres; no es enteramente humano aquel que no lo haya sentido alguna vez. Viaje es sinónimo

de ebriedad: la imaginación es hija del deseo y el deseo nace con la distancia" (1993: 8). Si es así, ¿por qué Occidente no puede asumir y aceptar la euforia y el éxtasis?, se pregunta Jonathan Ott, autor de *Pharmacotheon*, en la actualidad, el texto más acabado y erudito sobre embriagantes enteogénicos. Algunos piensan que la "felicidad no es buena para los mortales". A ésos, advertía Blake, el poeta inglés, hay que decirles que la "tristeza no es adecuada para los inmortales, y es inútil para cualquiera".

Los hombres no se drogan por maldad o perversión. Las drogas cubren, en lo fundamental, necesidades psicológicas. En presencia de una situación de derrelicción, angustia o incertidumbre, satisfacen el ansia de reposo u olvido; otorgan seguridad y alimentan los impulsos para trascender más allá de las vidas mezquinas y nerviosas; son una invitación a navegar en el éter de las utopías. Las drogas resumen el ansia mitológica de abandonar los cuerpos, de expandir la potencia del cerebro: la bóveda sagrada. ¿Y todo para qué?, se nos pregunta. Nadie lo sabe exactamente, ni siquiera los neurobiólogos que trabajan sobre una de las últimas fronteras de la ciencia. Sospechamos, sí, que esa angustia psíquica que avoraza el alma de los hombres, es sed de felicidad y de bienestar, fascinación por una vida, donde predominen no las sombras de un Rembrandt o los gritos lacerantes de Munch, sino los geométricos colores de Picasso, las fantasías de Varo o los rojos encendidos de Tamayo.

¿Cuál es entonces el sentido de la vida? Lo que en el sentido más estricto se llama felicidad representa por norma general la satisfacción instantánea, de necesidades acumuladas sometidas a tensión. Es un fenómeno episódico difícil de alcanzar, o imposible de asirlo con certeza. La desgracia, en cambio, es una experiencia más cercana:

> El sufrimiento nos amenaza por tres lados: desde el propio cuerpo que, condenado a la decadencia y a la aniquilación, ni siquiera puede prescindir de los signos de alarma que representan el dolor y la angustia; del mundo exterior, capaz de encarnizarse en nosotros con fuerzas destructoras omnipotentes e implacables; por fin, de las relaciones con otros seres humanos. El sufrimiento que emana de esta última fuente quizá nos sea más doloroso que cualquier otro (Freud, 1984: 20).

Alejandra Pizarnik, poeta bonaerense, síntesis de insomnio pasional y lucidez, atrapa en tres líneas el significado de la desgarradora experiencia externa:

La muerte se muere de risa pero la vida
se muere de llanto pero la muerte pero la vida
pero nada nada nada...

La caída en el tiempo

Cioran, el profeta de la utopía negra, ha señalado que no es del todo bueno el hecho de que el hombre recuerde a cada instante su condición de hombre. Es estúpido autoexaminarse. Examinar a la especie con celo obsesivo, es aún peor pues contribuye a otorgar fundamento objetivo y justificación filosófica a las miserias arbitrarias de la introspección: "Mientras trituramos nuestro yo, podemos pensar que estamos abandonándonos a una chifladura; en cuanto todos los *yoes* se convierten en el centro de una cavilación interminable, encontramos generalizados, mediante un rodeo, los inconvenientes de nuestra condición, nuestro accidente erigido en norma, en caso universal" (Cioran, 1993: 9). La modernidad es la que nos obliga a comprender las anomalías en bruto de la existencia. El asombro ante el "ser", dirían los filósofos modernos, precede al que se experimenta ante el hecho de ser. El momento en que empezamos a descubrir nuestras flaquezas, sin que existan posibilidades de reconocimiento en el espejo. Opacidad de origen, como en Edipo. Límite del presente. Fatiga del futuro.

Sugiere Pelicier que el sujeto existe en el acto de pensar el objeto, pues aun si se refiere a una reflexión cogitativa, este sujeto que se vuelve sobre sí mismo, se piensa de hecho como un objeto. Desde esta perspectiva, la imagen narcisa adquiere la dimensión del mito: "Lo que Narciso ama en la imagen que le devuelve la superficie del agua es algún otro: él no sabe que se trata de su propia imagen" (1992: 62). Esta es la imagen de nuestra propia civilización puesta al desnudo: "Todo paso adelante, toda forma de dinamismo, entraña alguna vertiente satánica: el

'progreso' es el equivalente moderno de la caída, la versión profana de la perdición" (Cioran, 1993: 39). Idea que también podemos leer premonitoriamente en el *Fausto* de Goethe. Estamos intoxicados por la civilización. Nuestra droga, nuestro apego a ella presenta las características de un fenómeno de hábito, mezcla de éxtasis y execración. Planteado así el proyecto de felicidad es un problema que los individuos resuelven como les venga en gana: la felicidad es un asunto estrictamente individual. No hay reglas. Cada cual debe encontrar y utilizar sus propios mecanismos para construir el escenario de la felicidad.

Es en el escenario de construcción de felicidad donde la estructura psíquica del individuo ocupa un rol en extremo importante: el ansia de felicidad puede resolverse por medio de las drogas. Vía corta. El ansia de felicidad deja entrever eso que Cioran ha llamado "el otoño del cerebro, el desenlace de la conciencia, la última escena de la razón". Búsqueda enigmática, a través de la cual la droga vislumbra una luz que hiela la sangre. La ansiedad es una utopía negra, y lo es en la medida en que, al abrazar el vacío, el futuro deja de tener significado. El "no futuro" es algo no cuantificable, pero que se puede resumir en las visiones narcóticas del siempre entrañable saxofonista Art Pepper (1979):

> Miré al espejo y parecía un ángel. Miré mis pupilas y eran cabezas de alfiler; eran puntos pequeñísimos. Era como mirar en un universo de alegría, gozo y felicidad [...] me miré a mí mismo y dije: "señor... soy perfecto. Soy un ser completo y absoluto. No hay nada más que necesite [...] No necesito preocuparme por nada". Había encontrado a Dios [...] Me amaba a mí mismo y cada cosa de mí. Amaba mi talento. Me miré al espejo y miré a Sheila y miré la heroína sobrante y, junto con unos billetes, la tomé y dije: "esta es la única respuesta para mí. Si esto es lo que hace falta, esto es lo que haré, pagaré lo necesario [...]" Y supe que me arruinaría y supe que iría a prisión. Todo lo que puedo decir es que en aquel momento creí haber encontrado la paz mental. Inducida sintéticamente. A partir de entonces hice cualquier cosa, incluso comerciar con aquella miseria, "para conseguir la felicidad". Hice cualquier cosa, y me convertí en un "yonqui". Eso es lo que hice; y eso es lo que aún soy. Y de esa forma moriré [...], como un yonqui.

No debe sorprendernos el hecho de que los médicos, en pleno siglo XIX, denominaran a la morfina "medicina divina", o "madre sustituta". Los

opiáceos no sólo poseen capacidad para eliminar el dolor. Proveen, al mismo tiempo, una sensación de bienestar y felicidad. Generan un estado de paz y felicidad. Evaporan una constelación de angustias, diurnas, nocturnas, fantasmáticas; eliminan la depresión y los estados de ansiedad. El mundo se hace más plácido. El individuo supera la melancolía. La heroína, en una dosis de cuatro miligramos entrega a los sujetos lo que la sociedad les niega: certeza. Ahí yace su fuerza seductora:

> La ache no se cala por la boca; por ese hueco es tiempo perdido. El caballito es picado o "cazando al dragón". Un piquito en los cables dura una eternidad. Es un flash. Rico, suave, suavito. No problems. Es un orgasmo múltiple. Todo es luz. Claro, clarito. Dios se deja ir por los cables, las venas. Es como un canto, de sirenas, claro, ¿no dicen que una vez oídas no se olvidan jamás? La droga es una hostia líquida, una religión.

El consumo suicida de sustancias puede servir de ejemplo para ilustrar el escenario de lo que Gunther Stent, en los sesenta, llamó colapso o fin del "hombre fáustico". Todo consumo, más allá de ciertos límites racionales, exhibe la fragilidad del proyecto de la razón, ese "proyecto incluso", según lo calificó Habermas. Es un retroceso en términos de significantes civilizatorios: cuestiona en los hechos la idea de progreso. La "edad de oro" que Stent presagiaba, tras el agotamiento de la ciencia y las artes, no será habitada por efebos fáusticos, sino por renovados salvajes, entrenados en el lenguaje de las computadoras, hábitos hedonistas y formas sintéticas de felicidad: un mundo global, pero estático, dominado por la cibernética y las drogas (cfr. Bartra, 1993). "Moriré como un yonqui", parece ser el epitafio de Pepper. "Muero como me da la puta gana", anuncia el joven moribundo, víctima de droga adulterada, en la sala de urgencias de un hospital sin nombre. Consumo salvaje. La posibilidad de una aguja infectada es para los apostadores del riesgo, como la ruleta rusa, el premio del azar. Maestra vida, camará, te da y te quita y te quita y te da. Salvajismo y racionalidad parecen confabularse para crear un escenario futuro; mezcla de sinsentidos y excesos de sentido y remem-

branzas. Lugares y no lugares. Un futuro sin contenido. Un mapa sin coordenadas,

> ...mundo de mierda; si no te conectas estás perdido. Tienes que meterle fuego al corazón. Despiertas, desayunas, vas a la escuela, aprendes computación, te enfermas tragando conversaciones inútiles en los chats, y es un eterno retorno a la misma porquería: prepararte para ser alguien en la vida y luego a jugar al desempleo. Jugar a que tienes una mujercita en casa y luego un par de hijos, que flojera, ¿no? Trabajar, trabajar, ¿pero cuándo empezamos a vivir, maestro, cuándo? Le digo, necesitamos fuego en el altar, humo mágico en los pulmones; fuego eterno en el corazón.

La década maravillosa

La década de los sesenta es, al lado de las dos guerras mundiales, uno de los periodos más apasionantes e intensos del siglo xx; se registran cambios sustanciales en la economía y la política, pero de forma definitiva en la cultura global. El fin de la barbarie bélica inaugura una irrefrenable oleada de optimismo y bienestar: la industria bélica anglosajona se transforma en una pujante industria productora de bienes de consumo. Nuevos productos y sofisticadas tecnologías se colocan al alcance de las clases medias y abren el camino a la utopía de reconvertir la vida cotidiana en algo fácil y agradable. El famoso *Ensayo sobre Bacon*, escrito por Macauley, en 1837, exaltación desmesurada sobre el papel de la ciencia, resulta limitado si se compara con la apoteosis y la nueva fe en la ciencia, que se despierta en el esplendor de los sesenta. La técnica evoluciona hasta alcanzar niveles únicos en el campo de la exploración espacial y en la manipulación genética. Preámbulo de la búsqueda de vida en otros planetas, de la clonación y descodificación del genoma humano. El progreso transpira a través de los poros del mundo de la posguerra. El bienestar permite un transitorio olvido de la sangrienta carnicería y el olor a carne chamuscada de Hiroshima. Las artes, sobre todo el cine, la música y la pintura, evolucionan y metamorfosean sus códigos de representación iconográfica. Pluralidad y apertura. El mundo del arte se vuelve *performance,* íntimo y espontáneo: la Mona Lisa con bigotes.

El aire de triunfo, la aureola libertaria de los norteamericanos, y la propaganda de "artífices de la victoria aliada", pronto se verá resquebrajado: en el horizonte surca los cielos un animal de alas negras, extraído de una zoología fantástica, Vietnam. La explosión de las bombas y la fetidez de los cadáveres recordarían a los soberbios comensales de la sociedad posindustrial que "el dios de la utopía es un dios celoso". La sociedad opulenta se desmorona carcomida por el fuego interno de sus contradicciones: enajenación, violencia genocida, sacrificio y despilfarro de las materias primas, represión sexual, discriminación racial. El hábitat contemporáneo se cierra. Emergen las sociedades cerradas para huir de la polución, la violencia y la estética falsa de los supermercados. La brutalidad metropolitana elimina, virtualmente, la esfera de lo público y lo privado: serán simples entes de una sociedad absoluta, orweliana. Las proféticas imágenes que obsesionaron la escritura de Poe, Lovecraft o Henry James, plena de peligros subterráneos, poderes demoniacos emergiendo de las cloacas, aterran al mundo. El "inextinguible carmesí de las bombas atómicas", advertido por Wells, en *World Set Free,* adquiere en 1960 una pavorosa exactitud. La amenaza de una hipotética tercera conflagración global evoluciona en chantaje: ¿sobreviviremos a una guerra nuclear? Seguramente no. El temido átomo y su energía misteriosa oscilan, como un péndulo, sobre ciudadanos poseídos por el miedo.

La sociedad opulenta norteamericana ejerce una implacable influencia cultural y económica; el consumismo gringo genera veneración catártica. En Europa el Plan Marshall, y en América Latina, la Alianza para el Progreso, contribuyen a imponer la hegemonía ético cultural de un estilo de vida sustentado en la obsesión por el consumo y el despilfarro. El consumo se fundamenta en un sistema totalizante y arbitrario; cultura, política y economía devienen en categorías indiferenciables. La razón tecnológica será una forma más sofisticada de dominación (Habermas, 1984). La sociedad industrial basada en el progreso técnico, justifica su razón de ser en la ausencia de libertad: la individualidad se emascula en el proceso de mecanización. Individualidad y derechos, ejes rectores en la naciente sociedad industrial, son eliminados paulatinamente en la sociedad posindustrial, posmoderna o multinacional; se extravían en los laberintos mas-

mediáticos. La democrática libertad del individuo es instrumento de una totalidad represiva, de dominación y manipulación. La libre capacidad de elección no suprime la hegeliana dialéctica de amos y esclavos. El racional ejercicio de la irracionalidad económica de la época es paradójico: lo superfluo se vuelve necesario, los recursos naturales, un obstáculo; se destruye para construir. El mundo será un "mundo objeto". La gente se reconocerá no en sus cualidades personales, sino en sus mercancías: el coche, la casa de campo o los anteojos de marca: el mecanismo que une el individuo a su sociedad se transforma, y el control social se adhiere en las nuevas necesidades que ha producido (Marcuse, 1985).

Para Marcuse seleccionar soberanamente entre un universo de bienes y servicios no significa libertad; sobre todo si éstos sostienen formas de control social sobre una vida de esfuerzo y temor, es decir, si sostienen la alienación. Bajo la ética brutal de la opulenta sociedad de consumo se democratizan las posibilidades de compra: los narcotraficantes consumen los mismos objetos que los especuladores de la bolsa y con igual desparpajo los lucen en las calles. El mundo opera bajo la dialéctica de comprar y vender. Occidente no discrimina en pieles ni colores a la hora de negociar: trafica armas con amigos y enemigos; igualmente autos deportivos o toallas higiénicas, con la misma facilidad que acciones en la industria, órganos humanos y material radiactivo.

Los sesenta son años de transición; el orden mundial surgido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial abre formas nuevas de colonialismo y competencia. La revolución electrónica y tecnológica anuncia un nuevo amanecer. Para el común de la gente la expresión "tecnología" suscita imágenes de trepidantes artificios mecánicos o humeantes chimeneas; quizá "el símbolo clásico de la tecnología sigue siendo la producción en cadena creada por Henry Ford hace medio siglo y convertida en elocuente icono social por Charles Chaplin en *Tiempos modernos*. Pero este símbolo ha sido siempre inadecuado y ciertamente engañoso, pues la tecnología ha sido siempre algo más que fábricas y máquinas" (Toffler, 1976: 37). Y es engañoso, dirá Toffler, porque la tecnología se mide en otros campos de la cotidianidad humana; el trabajo en cadena resulta hoy en día obsoleto. Más que la imagen de las chimeneas, la sociedad posmoderna

nos enfrenta a un mundo donde la tecnología es tecnología de la tecnología. A "siglos luz" de los primeros 20 kilómetros recorridos por la locomotora de vapor, en 1825, la tecnología es algo tan usual que cualquiera puede llevarla a casa o portarla en el bolsillo y consumirla hasta el hartazgo; tal es el caso de las computadoras personales, prólogo del *chat, hackers* y teléfonos celulares del presente, sustitutos del diálogo en "carne y hueso", constructor de nuevas y sugestivas identidades. En el metro los parisinos no miran a nadie, sombríos clavan sus ojos en el "portable". Timbra el adminículo y sus rostros se transforman en efímeros animales parlantes. Terminan de hablar y regresan a la noctámbula y silenciosa monotonía.

La tecnología es un asunto individual y colectivo que se dirime en términos de espacio, tiempo y movimiento. Los usufructuarios de la tecnología posindustrial experimentan la vida de forma acelerada. La tecnología potencia el vértigo. Mantenerse al margen de la tecnología es como vivir en otra dimensión. Es lógico pensar que la población se beneficia en forma indirecta de cosas como la tecnología médica. No obstante, una cosa es la vacuna contra el sarampión y otra, bien distinta, el sentirse en medio de un torbellino tecnológico devorando las tinieblas. No el "torbellino social" de Rousseau, extraviado en la utopía revolucionaria del siglo XVIII, sino el éxtasis del "No futuro" devorando las certezas: el relámpago tecnoindustrial que estrangula la vida y la transforma en naturaleza muerta: los hombres convertidos en ciudadanos anónimos de las grandes urbes (Joseph, 1988; Lefebvre, 1980; Silva, 2000). Las fauces devoradoras del metro son un ejemplo paradigmático (Augé, 1998). No es casual que una de las primeras reacciones obreras contra el mundo ultraindustrializado opere como impugnación al tiempo. Y obliguen a hombres como Fayol, Taylor, o a los psicólogos industriales a descubrir mecanismos que revolucionen el cronómetro fabril. Para los trabajadores reducir el ritmo de producción, el paso, detener la marcha, es una forma de huir, una estrategia a contrapelo de ese tiempo impredecible y flagelante que opera sobre límites extremos. Mishima, el escritor japonés, antes de llegar al sacrificio ritual, solicitaba desde su escritura silenciosa, un deseo: "Que alguna mañana, cuando mis ojos estén todavía cerrados, el mundo entero

cambie." Deseo inconcluso. *Stop the World... I Want to Get Off*, es más que una pieza musical un manifiesto contra la modernidad: *Parad el mundo, quiero bajar.*

Cada década tiene un sello generacional distintivo. Las generaciones se comportan como unidades del tiempo social (Bell, 1977): integran un mapa cultural que se despliega en un escenario específico; son una construcción simbólica y un punto de obligada referencia para congelar el tiempo. Una de estas generaciones hizo su aparición en 1955; el punto de partida es la presencia pública de los poetas *Beat* en la galería Six de San Francisco, California. En esta paradigmática ocasión Allen Ginsberg, dio lectura a *Aullido*, largo poema dedicado a Carl Salomón, su amante, y escrito bajo el éxtasis de su inconsciente liberado por los jugos mágicos del peyote y el ácido lisérgico. Un año más tarde *Aullido* le costaría un juicio por obscenidad. El poeta interroga a los hombres de la sociedad posindustrial:

¿Qué esfinge de cemento y aluminio
abrió sus cráneos de un hachazo
y devoró sus cerebros y su imaginación?
¡Moloch cuyo cerebro es pura maquinaria!
¡Moloch cuya sangre es dinero circulando!
¡Moloch cuyos dedos son diez ejércitos!
¡Moloch cuyo pecho es un dínamo caníbal!
¡Moloch cuyo culo es una tumba humeante!
¡Moloch cuyas fábricas sueñan y graznan en la niebla!

Preludio, pues, de una nueva sensibilidad frente a la vida; reacción contracultural, obertura de esa geografía compleja e impenetrable del mundo *underground* de los sesenta (Fadanelli, 2000). La juventud toma las calles por asalto, se nutre de un espíritu antibélico. Las universidades se llenan de colores y cabellos largos. La música eléctrica: The Beatles, The Rolling Stones, Bob Dylan, inundan las alamedas: ¡música, paz y amor!, resumen el paroxismo juvenil de los sesenta: época de radicalismo político y cultural, de los Panteras Negras, los *motherfuckers* y los *hipsters*; un grandioso

intento por eliminar las fronteras sacrosantas entre la vida y el arte, fusionar el arte y la política, y atacar el racionalismo tecnológico del capitalismo norteamericano. Basta rastrear un poco en los escritos de Timothy Leary, el profeta del LSD, para mínimamente entender el espíritu de la época; o mucho mejor, cómo se construye el imaginario de la droga: la construcción cultural de la ebriedad, y cómo se extiende en la *California dreaming,* el hipermercado de drogas más excitante de los Estados Unidos en los sesenta.

Estos años, no sólo en los Estados Unidos, sino en el resto del mundo vienen acompañados de fuertes reacciones de carácter contracultural. Una muestra tangible del espíritu que se vive en esos momentos está dada en el repertorio teatral, pictórico y poético. El ejemplo inevitable es Woodstock. Cerca de medio millón de jóvenes se reúnen durante tres días con el único propósito de escuchar música rock, fumar marihuana y condenar la intervención norteamericana en Vietnam. El movimiento contracultural expresa el agotamiento ideológico y unificador del mapa cultural estadounidense. El país ha cambiado, ya no es el mismo: cierta opacidad en la vida cotidiana contrasta con la efervescencia doméstica que precedió a la celebración del triunfo bélico. El desorden social se propaga, la virulencia acumulada explota. Parafraseando a Keats diríamos que se empieza a vivir entre la duda y la incertidumbre. El mundo tendrá que acostumbrarse a un nuevo paisaje y a escuchar la voz sin concesiones que proclaman una revolución espiritual: Kerouac, Ginsberg, Burroughs, Corso, Cassady, Dianne di Prima, Lamantia, Leary, Ferlinghetti, Watts, entre otros, y que además, llaman a experimentar con drogas y expandir la mente, a través de "nuevas" herramientas educacionales: marihuana, peyote, LSD. La "marihuana era para mi generación, declara Lamantia, lo que el alcohol era para Robert Burns", el poeta escocés, autor de *Cantos populares de Escocia*.

Los habitantes del movimiento contracultural, esa suerte de contrapeso de la cultura dominante, se apropiaron de la mariguana, el peyote, los hongos y el LSD, excepto de la cocaína, e hicieron de su consumo un ejercicio público, psicodélico. La cocaína no se incorporó al universo de apertura de la psicodelia; la razón es sencilla: con la cocaína no se "viaja", el

placer es corto y dulce, pero no se viaja.[19] Y viajar, planear, colocarse más allá de los mortales, alcanzar la altura de las nubes y despojarla de sus ropas, era el más claro objetivo del consumo de drogas, sobre todo el LSD: impactar los receptores del sistema nervioso central y dejar que las alucinaciones identifiquen al individuo con el universo, sin mediaciones y sin culpas, olvidar transitoriamente el salvaje imperio de los rascacielos, las tarjetas de crédito, la fatigante miseria cotidiana, heces y menstruaciones, "el vaho de las cocinas de los hoteles, el humo de los vestíbulos, y la babaza de sus escupideras", según las palabras de Hugues, el poeta negro norteamericano.

El uso de la droga como espacio de recreación, "nuevo tipo de visión" al decir de Di Prima es, en cierto sentido, parte de una historia moderna: la psicodelia se emparenta con la "sensibilidad decadente" de los autores franceses de mediados del XIX. Es una prolongación de los antiguos nigromantes, como llamó Hugo a los escritores, en el mundo alterno de los jóvenes sesenteros. A diferencia del tedio francés, el tormentoso desasosiego que asfixiaba hasta "el alma de las criadas", los jóvenes de los sesenta tienen en sus manos una herramienta vital de primera magnitud: el *rock and roll*, y con él la incertidumbre se vive de otro modo. Las palabras explotan en sonidos mágicos y violentos; lo desconocido es llevado al escenario y se exploran hasta las últimas consecuencias los mundos alternos. Los nuevos dioses emergen de la noche: Brian Jones, Syd Barret, Jimmy Hendrix, Jim Morrison, Janis Joplin, y se estrenan piezas de antología como *The 49 Minute Technicolor Dream*, la experiencia más extrema del LSD, el ácido popularizado por Leary, y producido subrepticiamente en los laboratorios de Harvard, sin la anuencia de Albert Hofmann, el químico suizo que lo descubrió en 1938 –y experimentó accidentalmente en 1943–; artífice en opinión de Szasz (1975), de un salto cuántico en la psicofarmacología. Segundo Paracelso lo ha llamado Escohotado.

[19] Agreguemos, como paradójica curiosidad, que uno de los instrumentos por excelencia para dividir las "líneas" de cocaína es la tarjeta de crédito, el icono posmoderno de la sociedad de consumo, que en los sesenta era blanco de críticas por la carga de alienación implícita. Y nada mejor para inhalar que un billete enrollado de 100 dólares. La cocaína tendría que esperar el advenimiento de una nueva generación de *brackets* y sonrisas de bicarbonato: los *yuppies*.

La droga psicodélica o "revelador del alma", expresión acuñada por Humphry Osmond, un investigador del LSD en los Estados Unidos, abre una época, cuya característica principal es la batalla por extender hasta horizontes insospechados los límites de la conciencia. De estos esfuerzos surgirá la subcultura de la droga. La sustancia, por excelencia, será el ácido lisérgico. Su consumo, aparte de "amigable", es inofensivo; no se conoce dosis mortal. Siendo barato se inhibe la posibilidad de adulterarlo. Es, además, difícil almacenarlo: el oxígeno del aire lo oxida y anula sus efectos. La taquifilaxis o pérdida de efectos en el organismo luego de dosis altas, elimina de forma natural el riego de abuso. El consumo de ácido requiere de una preparación espiritual a fondo y estar predispuesto al encuentro con lo inesperado, a dar paso al asombro de mundos extraños; o "revivales" internos. Los jóvenes se reencuentran con la naturaleza, y en ella descubrirán los hongos, el peyote, y una variedad de vegetales, ideales para explorar sin riesgos los sentidos. La aventura psicodélica deviene una especie de trance místico religioso: el ácido, la mescalina y la psilocibina, estallan en una pirotecnia de colores, el oído se funde en sonidos misteriosos y los olores afloran en una gama de delicias infinitas. Sonidos como *Light Years From Home*, de los Rolling Stones, bajo los efectos del ácido, serán indescriptibles: "Un *trip magic* alrededor del tiempo y sobre el éter."

El ácido inspira la consigna de batalla de Leary, el psicólogo de Harvard, transformado en apóstol de las drogas: ¡Déjalo todo! Sintonízate y libérate. La voz del profeta ilumina al movimiento *hippie*. El ideal contracultural de los sesenta difunde la necesidad de renunciar absolutamente a todo: el ostracismo burgués, el consumo, la escuela. Liberar el cuerpo. Desprender de la piel las huellas de la modernidad malsana. La opción de vida serán los viajes hacia "el cosmos del alma". Huxley, militante del éxtasis químico, en *relax* agónico, abre su cuerpo a una dosis postrera de ácido, y se despide del mundo sin dolor, sin más prisa que abrazar una sinfonía de arquetipos colectivos: soles, fuegos y minerales danzantes sobre un abismo límpido; una poética del espacio: el paraíso infinito de Blake. Hereda una obra fantástica, apologética de las drogas y de la aventura psiconáutica. Su legado literario sirve de inspiración a

hombres como Jünger, Kesey, Michaux, Watts, o Jung. También para toda una generación de jóvenes que abrazaron amorosamente *Las puertas de la percepción* (1954) y *Cielo e infierno* (1956). Textos embriagadores. Para el novelista inglés la ingesta de alucinógenos permite revelar la identidad de la mente y la sustancia del cosmos. Leary, en *La política del éxtasis* (1964) saluda al militante irónico, crítico, y a veces amargo, Huxley. Devora sus propuestas psicodélicas y las traduce al lenguaje de la calle: no a las guerras del Tío Sam; no al racismo; no a la servidumbre y a la opresión femenina. No a formas anacrónicas de existencia. Sí al éxtasis de la vida silvestre, campirana, al sexo libre y sin tapujos morales.

La política del éxtasis y de los mundos alternos gana militantes en escuelas y universidades, entre la juventud y los miembros de pandillas, entre aristócratas y plebeyos, putas, mendicantes y poetas que se niegan a ir a Vietnam. Las conjeturas de Huxley, los manifiestos de Leary, las apologías de Cassady, el conductor de *Furthur*, el ómnibus psicodélico de Kesey, y los alcaloides del cornezuelo de centeno armados en terrones de azúcar, diluidos en jugo de naranja, ganan adeptos. Primero en Haight-Ashbury, San Francisco, y luego en las grandes ciudades norteamericanas. Manos anónimas trazan *graffitis* en los vagones del metro y en los blancos tableros de la calle: Se escribe en hojas sueltas y en *fanzines*. Los pósters y las playeras inauguran una estética que rinde culto a los rostros marginales del rock. Una heterogeneidad de formas culturales se abre camino en el subterráneo mundo urbano. Retumba la voz de los poetas con Gary Snyder:

Si la civilización es la explotadora;
las masas están en la naturaleza
y el partido lo forman los poetas.
Si el intelecto racional y abstracto es
el explotador, las masas están en él
inconsciente y el partido lo forman los yoguines.
Y el PODER
sale de las sílabas semillas de los mantras.

El *establishment* norteamericano reacciona iracundo, sataniza y ataca con saña el consumo de sustancias como la marihuana y el LSD, los dos principales instrumentos de la psicodelia juvenil, prohibidas en 1936 y 1966, respectivamente. Destruir la fuente del mal de los modernos herejes es el objetivo. Los prohibicionistas ignoran que siglos antes George Washington, dos veces presidente de los Estados Unidos, cultivaba marihuana en sus campos de Virginia. Y Jefferson alababa las virtudes de la planta maldita. La prohibición busca regresar a los jóvenes al redil doméstico. Paradójicamente, Estados Unidos se convierte, a mediados de 1970, en el mayor productor del mundo de marihuana sin semilla. La persecución a los consumidores de marihuana y ácido y anfetaminas propicia la introducción de cocaína a los Estados Unidos. Esta droga circulaba en escala reducida desde los años veinte. Los usuarios eran parte del selecto grupo de Financial District o del *jet set* internacional, la fauna del éxito y el glamour del sueño americano, y entre los iniciáticos decadentes de la Guerra Fría que, años después, en los noventa, conquistarían el mundo con sus lentes oscuros, autos de moda, ropa de marca y el lujo de los modernos barrios neoyorquinos.

El presidente Nixon combate en dos frentes, la guerra en Vietnam y la guerra contra el consumo de drogas, el "enemigo público". En la primera ordena bombardear sin tregua hasta regresar a Vietnam a la edad de piedra; en la segunda, combate la "amenaza roja". El Sargento Pimienta y su Club de Corazones Solitarios es eliminado de la radio, y los acetatos de vinil, confiscados. Los Beatles se vuelven sospechosos. Los "hombres de negro" del FBI, con sus zapatos de charol y el pelo engominado, se lanzan a la cacería de los *freaky,* los "colocados" y sus costumbres promiscuas, mezcla de sexo, seconal, Amytal, benzendrina, marihuana y motocicletas Harley-Davidson. Famosos fueron los Merry Pranksters y los Ángeles del Infierno, una violenta pandilla de Los Ángeles. Amantes del desmadre y la música electrónica sentaron reales en La Honda, un pequeño terreno, en las afueras de San Francisco, propiedad de Kesey, el joven autor de *Alguien voló sobre el nido del cucú.* También lo fueron: The Diggers, Grateful Dead, The Family Dog. Todos fueron obligados a huir por el país llevando consigo la voz tosca y ronca de Bob Dylan, los

sonidos espontáneos de Chuck Berry, las risas mortíferas de Morrison, Zapa y Lennon, en un viaje alucinógeno sin final. Kesey es acusado por posesión de marihuana y huye a México; Leary y Alper abandonan la academia y son vigilados por la policía; Abbie Hoffman, Hayden y Rubin, legendarios anarcolocos son hechos prisioneros y golpeados por incitar a la quema pública de dinero; Cassady escapa hacia San Miguel de Allende, México, y muere deprimido y solo, abrazado a unos arbustos. La policía ataca a caballo y con macanas. Los jóvenes responden con canciones. Los legionarios del ácido se disgregan, pero la voz profética de Dylan permanece intacta: "¡Todo mundo tiene que ponerse hasta la madre!"

Los visionarios hombres de la modernidad desencantada se dispersan por los senderos del sur de Estados Unidos y diversos lugares del mundo, con su mensaje de amor, y fundan sus comunas, lejos del *smog* y la persecución institucional. Sacian el hambre con comida vegetariana y las ansias auditivas con música indígena; abrazan con fe resuelta el I Ching, el taoísmo, el yoga y el zen. La unión libre sustituye la obsoleta institución del matrimonio; los hijos serán hijos de todos; se practica el erotismo al aire libre: las mujeres liberan sus pechos y calman la sed de los amantes a la luz del día. La liberación sexual incluye el respeto a la diferencia. Otros, los que condenan al sistema, pero que se niegan a "abandonarlo todo", levantan sus trincheras en el cemento urbano y pelean marcusianamente en escuelas y universidades. No logran culminar la parisina encomienda de llevar la "imaginación al poder", pero sí conquistan reivindicaciones importantes: los demonios tienen cabida en las aulas: se lee a Whitman pero también a Gautier, Baudelaire y Rimbaud; a Parsons pero también a Marx y Darwin. Harvard abre sus aristocráticas puertas a los negros (Escohotado, 1989). Se forja una conciencia ecológica y planetaria, los movimientos de feministas y homosexuales adquieren un lugar de respeto; los derechos reproductivos de las mujeres se vuelven importantes y formarán parte del catálogo de los derechos civiles.

La búsqueda espiritual de los sesenta tiene su momento de plenitud en 1968: el año paradigmático. Las grandes capitales del mundo se vistieron de flores, pero también de cárcel y muertos, y también de triunfo

para los jóvenes que impugnan el obsoleto proyecto cultural del sistema. Un año después, 500,000 jóvenes se reúnen en Woodstock, en un evento sin precedentes, sin más consigna que Amor y Paz. Incendian sus corazones, y el sistema nervioso central, con el sonido roquero de las mejores bandas de Estados Unidos y con los exquisitos ácidos viajeros de Augustus Owsley Stanley III: Spring sunshine, Purple haze, White lightning. Pese a los augurios de la policía neoyorquina, el dionisiaco aquelarre transcurrió sin que la nota roja empañara la pacífica convivencia de las tribus, venidas desde los lugares más extremos del país. Complacido con la revuelta juvenil, el médico Szent Gorgyi, recientemente premiado en Estocolmo, no tiene dudas al declarar ante los medios de comunicación, de que le gustaría coger y drogarse; protestar contra los imbéciles que gobiernan el mundo.

Woodstock es una experiencia irrepetible. Los Rolling Stones, para lavarse el complejo de culpa por no haber asistido, invitan a un concierto gratuito en Altamont, California (Agustín, 1996) y logran reunir a 300,000 jóvenes. Pero las cosas han cambiado y en el aire imperan "vibras siniestras". Las botellas y los golpes estallan entre la multitud; el olor a sangre se confunde con el olor a marihuana quemada. Las grandes bandas de San Francisco: Jefferson Airplane y Grateful Dead rasgan sus liras en el vacío, nadie escucha; los golpes sustituyen a los acordes eléctricos de las guitarras: ni siquiera sus "satánicas majestades" fueron capaces de extinguir las llamaradas del dragón despierto. Jagger intenta controlar a la multitud, pero es inútil. Segundos después de maltocar *Simpatía por el diablo*, escribe José Agustín, uno de los Ángeles del Infierno, encargado de la seguridad del evento, clava con sevicia su puñal en el cuerpo indefenso de un negro. El espíritu de Woodstock estaba llegando a su fin. La página final la escribiría Charles Manson con su revólver de nueve cartuchos, Buntline Especial, 22. El 8 de agosto los miembros de la comuna de Rancho Spahn entran en el 10050 de Cielo Drive, y tejen certeras puñaladas a Sharon Tate, embarazada, y a cuatro personas más. Fin de una época. Los nigromantes del rock: Hendrix, Barret, Joplin viajan hacia el país del frío, acompañados por los alardes sonoros de *Summer '68*.

La revolución psicodélica cede, víctima de los extremos místicos y de la violencia policiaca. La cara oculta del amor y de la paz exhibe colmillos luciferinos. El ácido lisérgico y la psilocibina desaparecen de la escena contracultural. El mundo siguió su marcha; las cosas no cambiaron radicalmente: la "otra realidad" fue una experiencia efímera. Los épicos *estados alterados* de conciencia, se transformarían en *estados adulterados* en el altar del mercado. La "revolución final" anunciada por Marcuse y Roszak, quedó en propuesta: el temido taller oscuro y satánico de la época, del que hablaba Blake para referirse a los adelantos tecnológicos, absorbió a los adolescentes y los hundió, primero en la robótica y, después, en la Internet. La contracultura no cedió a la prohibición, cedió a la asfixia de la cultura dominante que terminó transformando la "otra realidad" en artículo de consumo, en fuente de entretenimiento (Escohotado, 1989). Los gestores de la revuelta, en no pocos casos, evolucionaron en prósperos empresarios del sueño americano.

La aventura contracultural cuestionó los valores puritanos y legó a las nuevas generaciones el deseo de imitar a las subculturas marginales, a los *freaks*, a los *acidheads*. La apuesta no estaba con los *hippies* de la contracultura sino en el mundo violento de la calle, en el gueto, con los negros *fonqui* del *underground* urbano, consumidores de heroína de baja calidad, preámbulo de las bandas, los *rockers, punk,* o del mundo neogótico de los *darks,* y de los nuevos habitantes de la calle: las tribus urbanas. Asimismo, abrió la puerta al consumo masivo de cocaína, una droga terrenal y no viajera. Y no expuesta a las aventuras místico-criminales de hombres como Manson y su pandilla. Las clases medias requerían de un "nuevo aire" cultural. Ese papel fue ocupado por la cocaína. La otredad se vistió de ropajes *lights* y dejó de ser contracultural. Los cuerpos clasemedieros se llenaron de tatuajes multicolores, predominando el verde y los trazos artísticos perfectos. Los más radicales imitaron a los indígenas maorí, de Nueva Zelanda, y se tatuaron el rostro. Las carnes se inundaron de acero quirúrgico, y los genitales de artificios metálicos. La piel se transformó en objeto de un culto, aparentemente "nuevo".

Los nuevos "rebeldes" expropiaron la soledad epidérmica de los presos y los marineros y transformaron la experiencia del tatuaje en entreteni-

miento visual. La cocaína eliminó el dolor de los pinchazos. Lo contracultural en manos del consumo se convirtió en algo "bonito": Gaultier, Mogani, Versace, Armani, Gucci canalizaron la estética de los marginales; los trapos hipiosos se transformaron en colecciones de alta costura. Las modelos desfilan en pasarela a lo *punk* o a lo *grungle* avergonzando a Sid Vicius y a Cobain. La prendidez de la tribu evolucionó en *raves* multitudinarios y a campo abierto; los *toques* en asuntos estrictamente sociales y decorativos. El cultivo de la marihuana se transformó en un ejercicio de jardinería interior: "nada de cultivos clandestinos y traficantes, cultive en casa", reza uno de los anuncios de la Hamilton Technology Corporation, productora de sistemas hidropónicos. *High Times*, la revista de Tom Forcade tiene una oferta amplia de premios para el mejor jardín, la mejor flor, la mejor planta de marihuana. Y ya se anuncian viajes a Hawai para el mejor cultivo de hongos. *Aqua System* es la alternativa feliz de Jay Jackson, precursor de los sistemas hidropónicos, para el granjero urbano.

El ingenuo bienestar de la clase media, construye un paréntesis a la carencia de certezas: acceden al polvo blanco como relax de fin de semana. No hay viaje, sólo una sensación de estimulante bienestar. El consumo de cocaína marca el final de la ingesta de drogas como propuesta heroica contracultural; con los años se convertirá en consumo de masas. La acción contestataria que inspiró a los discípulos de Marcuse, sencilla y llanamente fue asimilada en su totalidad por el *establishment*. Es el paso primigenio al consumo a ultranza de la metafórica "sociedad adicta". El usuario de cocaína no es contestatario ni tiene interés en serlo. El *American Way of Life* le tiene sin cuidado. La cocaína es sólo un ingrediente más de la canasta básica, un *video clip* para la mente. La cocaína no es un recurso para la "experiencia interna"; es, como se conoce desde el siglo pasado en una descripción insuperable:

> Un remedio inocuo para combatir el abatimiento, una panacea cuyos dones no pasan ningún tipo de factura. El efecto consiste en optimismo y una duradera euforia que no se diferencia de la normal en una persona sana. Se nota un aumento del autocontrol y también un gran vigor y capacidad para trabajar continuamente. Por otro lado, si uno se pone a trabajar echa de menos el aumento de fuerza que el alcohol,

el té o el café producen. Uno se encuentra sencillamente normal y pronto le resulta difícil creer que se encuentra bajo los efectos de una droga (Freud, 1985: 105).

La derrota en Vietnam, tras la estruendosa y celebrada huida de los norteamericanos en 1975, de las fatigantes selvas indochinas, marca el principio del fin de una época. Los jóvenes ya no tendrían necesidad de sacrificar sus vidas en una guerra fuera de sus fronteras. Ni de quemar sus tarjetas de reclutamiento, como lo habían hecho en Boston en 1967. Tampoco acceder a masacres como la de My Lai, el símbolo del horror: "Buenos días Vietnam, la guerra terminó." Falsa ilusión, el imperio se preparaba para ajustar cuentas con los países que quedan al otro lado del río Bravo. Nicaragua está en la mira de su política exterior, también Afganistán ocupado por los soviéticos. Del sudeste asiático los soldados traen consigo, aparte de la derrota, el gusto por el opio, la heroína, y la pasión por los negocios clandestinos. Ford, luego, Carter, Bush, Clinton y Bush Jr., tendrán entre manos la tarea de lidiar con el fenómeno del narcotráfico que, de los años noventa en adelante, adquiere una dimensión avasallante, no sólo por la masificación del consumo, sino también por el uso indiscriminado de adulterantes. La droga se abarata y, como estrategia de mercado, se pone al alcance de todos los bolsillos. Con nostalgia y amargura el ex presidente Nixon, obligado a renunciar en su segundo mandato, escribe en su libro *En la arena*: "La clase dirigente de Estados Unidos urge al gobierno para seguir adelante y bombardear las plantaciones de drogas de Colombia y para limpiar los fumaderos de *crack*, mientras que al consumidor de marihuana y cocaína de fin de semana lo dejan en paz para hacer lo que le dé la gana. Y esa gente será recordada por el papel que jugó en la pérdida de dos guerras: la de Vietnam y la de las drogas" (1990: 135). La guerra contra las drogas, hoy lo sabemos, es una guerra perdida. Es hora de aceptar, tal como lo sugiere el periodista Jean-Francois Boyer: la narcodependencia del mundo actual.

"Garfield" regresa sonriente. Es su costumbre. Para matar el tiempo he ayudado a la chica del departamento a ordenar el dinero, "siempre con la cara para arriba y alisando los dobleses de las puntas". Las máquinas de contar son funcionales, pero el ruido –aunque leve– es en ocasiones

un riesgo que debe evitarse. "Con uno solo de esos paquetes –dice 'Garfield', filosófico, señalando los dólares– usted, resuelve en un santiamén sus güiros existenciales." Sonrío. En alguna ocasión le comenté que una matrona de la academia, había rechazado mi solicitud de una beca, porque dudaba de la "cientificidad de un ensayo sobre la incertidumbre". Nunca había visto tanto dinero junto. Es dinero fácil. La opción de vida para muchos colombianos que viajan a los Estados Unidos a probar fortuna. Los hombres que acompañan a "Garfield" se dirigen al refrigerador y sacan latas de cerveza. El calor es desmesurado. Gruesas gotas de sudor perlan mi frente. Son las siete de la noche.

–En un minuto salgo –grita la chica de la casa; desde hace media hora ocupa el baño, arreglando su cabello. Minutos después caminamos desprevenidamente por la calle 125, buscando un sitio para comer.

Entramos a un restaurante; el mesero nos acomoda en un rincón. Ignoro si haya motivos para celebrar, pero "Garfield" y los dos hombres chocan, primero las palmas de las manos y después las copas. Se ven animosos. Me agrego al brindis. Salud viejo Juancho, grita "Garfield" y suelta una contagiosa carcajada. Al fondo un negro gigantesco pone música de Koko Taylor. A la tercera copa, observo, sobre la manga de la camisa de uno de nuestros acompañantes, pequeñas gotas de sangre seca. Sospecho, entonces, el motivo de la celebración. El ajuste de cuentas es un asunto cotidiano. De los brindis pasamos a un festín pantagruélico. Entrada ya la noche se nos unieron tres negros, clientes de "Garfield", dueños de un español atropellado. Compañeros perfectos para ir a los bares de Harlem y disfrutar algo de blues y jazz, en la "mera mata" de esos sonidos prodigiosos. "Si quiere –me sugiere 'Garfield' malicioso y complaciente– le pitamos a la negra para que nos alcance. Yo no le soy infiel a la salsita, y a ella, usted sabe, le gustan estos merequetengues. Una vez me atarzanó como tres días en Nueva Orleans." ¡Órale! –respondo entrado ya en los calores de un Jack Daniel's.

Los traquetos son devotos de la salsa y el tango; se apasionan con sus letras. Bailan y se emborrachan. Cuando el alcohol está a punto de extraviarlos y hacerles perder la cabeza, sacan sus líneas puras de coca y conservan la calma. Asumen el control de sus actos y continúan bebien-

do. Turner, Berry, King, Clapton, son nombres extraños para "Garfield". En vano insisten los amigables negros para sacarle un gesto de entusiasmo ante las notas que un inspirado músico improvisa con su saxo, sobre una pequeña tarima de madera: "Soy dogmático musicalmente; a mí que me pongan a La Ponsá, y bailo en una mano", argumenta "Garfield", risueño y ligeramente ebrio. No se emborracha ni consume drogas. Probó la marihuana pero dice que no le gustó "esa sensación de caminar como astronauta". "Malena" llega sola. Son las tres de la mañana; viste unos jeans negros y trae una chamarra de piel sobre los hombros. Noto la ausencia de su cartera. Se dirige a "Garfield" y algo preocupante le comunica al oído. "A correr putas que llegó la ley", le oigo decir, antes de ponerse de pie y salir apresuradamente con los dos hombres del brindis. Antes de desaparecer tras la puerta que da a la calle, le alarga a "Malena" un fajo de billetes de 20 dólares, y grita a los negros: "Ahí les encargo al antropólogo." Sonríe maliciosa, dejando al descubierto una fina hilera de dientes blancos. No tengo tiempo de reaccionar.

–¿Qué pasó?

–Nada, papito, que se apareció un Lázaro.

–¿Un Lázaro?

"Malena" lleva su índice a los labios. Comprendo la situación. No tiene sentido seguir preguntando. Callo. Me preocupa el lugar y la ausencia de "Garfield". En otras ocasiones me ha insistido en que "lleve un fierro por si las moscas", pero me he negado. Creo poder sobrevivir al trabajo de campo sin más armas que el placer del riesgo. Harlem seduce pero igualmente intimida. Indago con discreción sobre la inseparable cartera de "Malena". "Es que ahora mi ángel de la guarda lo traigo acá", responde levantando la blusa de seda. Estiro mi mano izquierda y siento las líneas del metal. Respiro con alivio. En los bajos fondos las armas inspiran respeto. Ella ríe con desparpajo. En sus ojos descubro fragmentos de historia:

> Un día me cansé del soye y de la rumba. Y de los finitos de semana en Pance o Yumbo. Tanto parche termina por cansar. Mi rutina era tenaz. Un lunes, miércoles, el viernes, cualquier día era bueno pal'parche, salsa y control; o para el trance, una onda chévere, pero repepa. Reuníamos el combo y nos íbamos de rumba. Tomábamos un coctelito con bioenergética y ¡listo, Medellín, cabina ocho! Jalábamos de

chori para el norte. Allá llegan los tesos de Cali. Y uno pepo está listo para lo que sea, el truquito y la maroma. Perdí un semestre en la San Buenaventura y mi cucho dijo "si querés seguir el parche, trabajá y rebuscate los centavos". Malanga, ni no lo hubiera dicho. Me fui de rebusque con unos baby faces de San Fernando y cazamos patos a la lata: 100, 200, 300 milanesas por noche. Yo me acercaba al paciente, a lo Casanova, pedía candela y cuando el pato buscaba los fósforos, mis parceros llegaban y, ¡quieto en primera malparido! Luego venía el parche, unas rumbas impajaritables, movibles. Si el parche estaba malongo nos abríamos para otro.

Cali tiene huecos como arroz. En la Avenida Sexta conocí unas pintas y me cantaron la zona: "pepas, mamita, pepas". Me entregaron como 50 pepas holandesas y las ferié en Acopi, Yumbo. Traje la plata y el dueño me dio lo mío. Me dieron cuerda a lo bien, 100, 200 pepas: éxtasis, cápsulas, papelitos, gelatinas. Me acomodaba el material en las tetas, para no dar visaje, usted sabe. Y entraba de una con mis parceros al parche. Me paraba al baño y subastaba las pepas de sanidad. La rumba era completa y no nos faltaba para el traguito. Recibía el material los viernes en la mañana, y en la noche correteaba con mis baby faces para el norte en una chimba de nave. De madrugada corríamos a parchar a Yumbo. Estaba uno en Cali bien enrumbado y de repente, ¿sabe qué?, se acabó la fiesta. Con la "Ley zanahoria" mandaban a taparse temprano. Pero en Yumbo la rumba seguía hasta el amanecer. La gente me conocía. Llegaban los pelaos con sus hembritas y, me decían: "dame una pepita, dame dos, mamita". Era un camello fácil, bien pagado y sin los riesgos de cazar patos en la calle. Una vez por poco y quiebran a uno de mis parceros; le montamos cacería a un man en Imbanaco y resultó ser un feo. Sacó el fierro y se nos puso de "me tumbas yo te tumbo". No había caso frentiar sin tubos. Nos abrimos en llamas.

Las fiestas de soye, se hacían en fincas, en las afueras de Licalabel. Me llevaba mis ácidos. Unas estampillas de Ámsterdam con monitos de Los Simpsons. Pura bacanería. Los pelaos venían, sacaban la lengua y los surtía. Tenga papito. O las hembritas, venían con su botella y las dotaba. El discjockey soltaba gabber o jungle y todo mundo a moverse. Taca taca taca. Un rave bacano es hasta el otro día. Ni sueño ni hambre. Usted quieto y sano en su programa. Nada que ver con la salsa. Es un empastre de los pelaos, pero se pasa chévere. Si se cansa se acuesta en el pasto y listo. O se toma un vigorizante y ya. Vendía bien en esos parches. Y lo bacano es que los pelaos no asaran. Una vez casi me pillan. Pero no me di color. Vi los polis y dije, "estos hijueputas ya me la montaron". Agarré la bolsita con las pepas y la escondí en los calzones. "Buenas tardes, señorita", me dijo el tombo. "¡De buena no sé que tenga!", le contesté, y me alejé sin hacerles caso. Lista para pegar el pique. Me comieron de seriedad y ya no me dijeron nada. Agarré la nave y me abrí de una. Destapé una capsulita y eché la mitad en una gaseosa, para pasar el susto. Y listo: yo quiero al mundo y el mundo me quiere a mí.

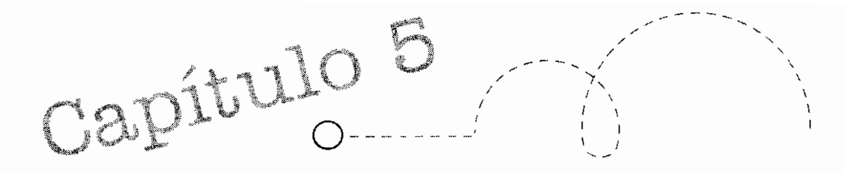
El corte marchaba de maravillas: peso va y peso viene. Un guango efectivo. A una pinta del combo se le metió el diablo en la cabeza y me bajó de la nube. Las pintas ven el billete y se les corre el champú. Me quiso choriar un peso grande. Yo le dije: "a lo correcto, papito, lo que sea, pero a la mala ni por el putas". Se enverracó el man. Estaba pepo el malparido y me soltó un riendazo que por poco y me da en la cara. Error, error, a mí nadie me rompe, Juanchito. Vino la gallada y le paró el carro. Me abrí del parche ofendida. Me compré un Taurus con un parcerito de Santa Elena, un truenito visajoso, mi primer fusco. Un viernes de rumba me encontré a la pinta en la calle. Estaba parquiado en una esquina esperando un taxi. Me le acerqué y corté el cartucho. Vio el fierro y le entró la pálida: "¿Sabe qué viejo man?, estoy mamada de sus güevonadas del otro día. Así que dígame si arreglamos esto de una buena vez." Se quedó de una sola pieza. "No negrita, cómo cree, yo no tengo nada contra usted. Usted sabe que repepo se me sube la mierda a la cabeza." Temblaba. Retiré el cañón de su estómago. "Por hoy se la paso, pero no me quiera ver la cara papito." Lo cañé lindo con mi tubito. Luego compré una automática: el revólver lo emproblema a uno en un tiro a tiro. Una pistola es un solo apretón del dedo y se va el cargador completo. Cuando toca voliar fruta es mejor estar descomplicado. Nomás cambia los cargadores. Si es de abrirse en llamas tiende su cortina de plomo y ni quien se acerque.

Renté una rechimba de depa en San Antonio. Las encerronas eran tenaces. No me dolía ni una muela. Rumba, billetes y pepas. Salsa y trance israelí, uf que nota. Las pepas vienen bien con mezcla electrónica. Son amargas las malparidas. La primera vez que me puse una debajo de la lengua no la aguanté y la escupí. Mezclada con jugo de naranja, es como el vodkita, ni se siente. Pega bacano. La salsa en cambio prende con aguardiente. Un día me descolgué a mi casa con mi nave del año y unos regalitos de navidad. Papá se puso sentimental. Le dio una llorona nilahijueputa. Y mamá miraba. Me dijo que me quería como el putas, pero que ya no volviera porque ya sabía en lo que andaba y no quería problemas para la familia. Nos bajamos un kilo del valle y temprano en la mañana salí de la casa. No volví más. Les giré un billete, pero sigue en el banco. Papá dice que ni por el putas lo toca y que si es el caso, que mejor se pierda: "Nanai cucas, negrita, con billete narco."

Mi parce se destripó en Palmira. Abandoné la farmacia y me puse a frentiar un corte más nítido, con unas pintas que conocí del parche: perico. Los manes tenían una línea por Venezuela. Me llevaron a lo bien y junté un guango grande, pero ya sabe, el truquito y la maroma. En un flete aposté mi plante, mis ahorros, todo, y me llevaron al baile; 10 cositos. Me coronaron. "¿Que sabe qué, negrita? –me dijeron– la gente se enfermó en Miami." ¡Ya voy Toño! Un parcerito que me arrastraba el ala, me cantó la zona: "Se la llevaron de gancho ciego, mamita." "¿De gancho ciego?, las güevas." Junté a unos parceros y levantamos una caleta que tenían en Aguablanca.

> Me cobré a lo chino. Nos repartimos el billete. Armé el chivo y me abrí en llamas para los Yores. Por ahí me dicen, "cuídate mamita, que te andan buscando"; ja, me río: "Siento una voz que me dice: agúzate, que te están velando...".

Las luces del amanecer nos sorprendieron danzando sobre el fuego y deambulando por los bares, en el Cadillac blanco de un negro vociferante, orgulloso de su poderoso motor: "el puto cuatro ruedas donde me cojo a mi puta hembra blanca con mi verga negra". En una noche, Harlem, me había como embriagado, escribió Malcom X. Busco en mis bolsillos la brújula de la objetividad antropológica y no la encuentro. Era nuestra la noche. Y nos la bebimos completa.



La híbrida modernidad en los Yores

LOS COLOMBIANOS viven en su gran mayoría en Queens, distrito de Nueva York. Casi todas sus actividades, diurnas, nocturnas y fantasmales, se desarrollan en la populosa zona que circunda Roosevelt Avenue. Punto de obligada referencia para conspirar y traquetear. El *hinterland* de la "Rusvel", se confunde con espacios urbanos de Colombia. El bullicio de un viernes en la noche guarda una curiosa similitud con la caleñísima Calle 15 o la Avenida Séptima de Bogotá, mezcla de folclor y bienaventuranza. Masa desterritorializada. Diáspora de hombres y mujeres de distintos olores y sabores: caminan con botellas de aguardiente escondidas en bolsas de papel, degustando el olor que emana de las humeantes parrillas donde se asan arepas de maíz blanco, trozos de carne, chorizos, y demás fritangas. No falta, desde luego, el sonido de la salsa con sus letras salpicadas de anécdotas locales, climáticas y cotidianas. La Selecta de Ralphy Leavitt acompaña los destellos del son:

Somos el son de Borinquen
Somos el son hispano
con este son unimos
a todos nuestros hermanos.

No falta el tradicional juego de la bolita donde los ingenuos pierden, quizá, sus primeros dólares; el "riverita" con su florido repertorio mitó-

mano; las "doctoras corazón" y los vendedores de filtros amorosos; curanderos formados en "los saberes de la selva amazónica"; merolicos y encantadores de serpientes; cine porno, salas de *topless*, prostíbulos con "hembras de la tierrita", restaurantes con cazuelas paisas, mondongo, sancocho, ajiaco, y variadas muestras de la gastronomía colombiana. Los gringos parecen despistados, extraños, en un paisaje mestizo, híbrido, *collage* cultural que no reconocen como suyo. En Queens pervive un curioso proceso de aculturación a la inversa: lo hispano-desmoderno mueve las fronteras de lo anglosajón y conquista espacios, se apodera de las calles, invade y se fusiona con lo anglomoderno. Las barreras culturales, pequeños muros de Berlín, se colapsan, pero no ceden del todo. La identidad, el mítico retorno a los orígenes de la nacionalidad y su mercado simbólico se desplaza, y en su lugar emerge un amasijo multicultural inédito, o para expresarlo en una gramática de actualidad: posmoderno. La modernidad pierde su máscara.

De la obnubilación que produce un escenario como Queens viene a despertarnos el ruido infernal del metro que corre por encima de la calle, opacando transitoriamente las voces de los vendedores de suertes y de curas para el mal de amores, y nos regresa a los orígenes de la nacionalidad; aflora la nostalgia, la queja, y un poco de esquizofrenia cultural: "no soy de aquí ni soy de allá".

La Roosevelt, a la altura de Jackson Heights entre las calles 74 y 90, origina un submundo cultural sudamericano conocido como "la pequeña Colombia". El territorio aglomera colombianos, pero también judíos, hindúes, peruanos, ecuatorianos, chinos, brasileños, y mexicanos. Abejas de la fortaleza urbana neoyorquina donde, diría Alfred Kasin, se puede "vivir y morir anónimamente". Un mundo de ajetreada mezcolanza, donde pareciera que desaparecen las fronteras, y sólo queda la plástica imagen de esa Babilonia de fantasmas de Manu Chao:

Solo voy con mi pena, sola va mi condena,
correr es mi destino, para burlar la ley...
Me dicen el clandestino, por no llevar papel.

Clandestino en el "corazón de la grande Babylón", el inmigrante indocumentado recién llegado, el genérico hispano, se ve obligado a la automarginación, y a peregrinar por la geografía urbana, apenas conquistada por sus paisanos, a la caza de un trabajo para sobrevivir. Ameritar el esfuerzo de abandonar la patria para ir en busca de la tierra prometida, y cumplir el sueño de ganar en dólares. Sin un peso en la bolsa, los colombianos abandonan los refugios diurnos. Se aventuran a caminar por la "rusvelita" buscando los olores de la tierra, y explorando la posibilidad de encontrar un conocido que los conecte con la gente del "truquito y la maroma".

> La Rusvel es traqueta. Ahí se vive una rumba bacana, tesa. Usté entiende. Si teus tiene un bisnesito entre nosma lo jorme es tirar un pase de muleta por la rusva. Vea hermano, si teus necesita un cruce: un topun, meter tegen por el hueco; estómagos para subir; que le armen maletas o quebrar un man, lo efectivo es darse un rondín. Los bandidos teus los videa en los chuzos, en la noventa o bataniando en flochin. Claro, hay que tener un conecte, teus entiende. No quieracual deja que una pinta así por así se le arrime. De pronto y le quiere ver las güevas. Hay tanto hijueputa suelto que los taims no dan para enfermarse gratis, a lo jodepen. No es difícil llegarle a la tegen; ya ve que los caliches son bien entrones, conversadores y sobre todo picaos. Suave, papá, no me toque ese vals porque me muero. He conocido patraceros que orita mismo están marcando calavera. Uno tiene que ser serio, varón. Si no va a lo correcto, mejor toquie. Si traiciona la confianza se va de viaje. Yo conecto algunos bisnecitos, que bien que mal me mantienen a teflo, sin arriesgar chomu; ya no tengo juego, o tengo pero muy poco, después le cuento. El ciovi, papá, el ciovi. ¿En qué íbamos? Ah, en la rusva. Caliche que se respete, o sea un chelica ganao, lo primero, lo primerito que hace es montar un chuzo en la Rusvel: que una tienda de ropa, un grocerito, peluquería o restaurante. Si el teplan es grande, el bisnecito se monta de categoría, de cachete. Si el plante es ñoquepe, que sé yo, de unas 10 luquitas, monta una sancochería, un cacharro de mecato, fritanga. Si usté es sano y cree en la virgen, y está llevao del putas vende arepas, con mantequillita, queso, y todas las de la ley. Llavecita, en la Rusva se vende de todo; como se mueve puro calichano no hay problem. Nadie se muere de malparidez. El caliche no se deja morir de jangri. Ni por el divino putas. Ese comercio que ve es traqueto, no todo, pero que me corten las güevas, si no hay platica caliente. La gente no es marica, corona un plante, y ái nos vemos: a vivir legal. Ahora, que si usté corona medio melón, y quiere otro, para completar un peso largo, se la juega. Si es vivo se planta en mínimas. Se retira y monta un bisnes legal. Si se pica como en las apuestas, va la de malas y pierde todo. Así

es esto. No hay colombiábiris en los Yores que no lo tiente el perico. Si le cantan la zona y deja pasar la oportuneison, es que es muy marica.
Yo me vine por el orificio y, claro, dizque a trabajar de sanidad, ¿me entiende?, no qué va, esto es muy hijueputa, y uno sin mierda de inglis pikinglis, ja, para qué le hace al cuento. Uno ve un avisito: 'uantad'. Va y mendiga el work, ¿y luego qué pasa?: sale un gordo marica, y dice que "an sorri". Uno los manda a comer mierda. No falta el caliche que viene y nos calienta la oreja: "¿y que sabe qué mijo, quiere ganarse un biyuyo sin problems?, ¿teus va pa' lo que sea? Yo conozco cómo y con quién". Y así se va uno metiendo al truquito y la maroma.
Mijo, muchos lo hacen, no vengamos con maricadas, de que "¡uy! yo me gano la vida trabajando". ¡Trabajando! Las güevas hombre, ¡traquetiando! ¿O sabe cómo?, aflojando el culito. Niñas muy acá, bien paradas, entran por el hueco y se van de rebusque legal. Pero si el billegas no revienta como es debido, aflojan, papá. Consiguen su manager, y a cotizar de a 30 dólares por cliente. Traquetear no es plata fácil, n'ombre, eso de sacarle el quite a los federicos es muy hijueputa. La tegen que está en las cocinas se pone verde de tanto ácido. Esa drema se mete por la piel y los pulmones. No hay día ni noche. Siempre con los nervios de punta: que los tombos, que las ratas, que a ver cuándo un malparido se patracea, o se enamora de uno, que se cayó un coso, que se enfermó fulano, que tumbaron la merca. No qué va. Los traquetos echan bueno pero el camello es una lata. Y de las niñas no se diga: trabajar con el sudor de las piernas deja tapla, pero es un camello tenaz. Si usté quiere historiófilas bacanas, lo que se dice bacanas, dese un pase de muleta por la Rusvel: allí se cuecen todas las habas. Yo llevo años visajeando el paisaje, oyéndole la carreta a la pipol, pillando roles. Vea nomás, uno entra al "Abuelo" y de un golpe de retina ya tiene el Van Gogh: dos, tres manes, y un par de chimbitas empinando el codo, Tres Esquinas o Viejo de Caldas; suena el piripipí de los pitos y los celuloides, y la gente que se mosquea. Uno, snif snif, huele el negocio, el cruce, papá, lo demás es psicología. Si onu conoce al duro se acerca y suelta la gualen: "¿sabe qué patrón? Estoy mício, ¿lléveme en alguito, no?, ¿lo que sea? Lo que sea patrón, yo voy pa' todas. ¿Un murraco, papá? Yo voy pa' ésa".
¿Sí me entiende? No hay que arrugarse. Diosito aprieta pero no ahorca. Otras veces el asunto pinta por otro lao: que mover cosos o recoger algún pasajero en laguardiana, en el Kennedy, o cobrar billegas. El duro no es güevón; arriesga en lo grande, frentea con la ofis para coordinar los cortes. El juego de piernas lo ponen los futbolistas. Los goles-goles los meten los parceros. Un man de respeto maneja, dirige, pero no arriesga en lo artesanal, arriesga cuando toca que desempolvar la casta, organizar un reinado, o enamorarse de alguien. Pero en lo otro es tegen como yolanda la que mete el culito. Los varaos papá, pintas que apenas llegan o que no tienen pa'la renta. Manes que andan desbrujulaos o con la aguja pegada, se ponen pa' lo que sea. Yo nunca

había pensado en traquetear. La necesidad me puso a patinar de arriba para abajo. Tuve una liniecita, chiquita, pero mía. Al principio fue un coco, porque uno se psicosea, de que ¡uy! mi viejita me va a pillar, que mi 'apá, mis brothers, y hasta misia hijueputa. Pero la necesidad tiene cara de perro, y pues hermano, hay que entender que eso de andar de chichipato en los restaurantes, o de guachiman es muy tenaz, además con sueldos culos. Niuyorkito es una chimba para vivir con platica; y eso no se consigue con partaims de a cuatro dólares la hora, y esperado el sábado para que cancelen. Uno hace un cruce y listo, el billete se cosecha en grano; la ley es plata en mano y culo en tierra. No hay tu tía de que luego te pago. Uno mete el culo pero va a la fija con el biyuyo.

Los traquetos, papá, no son angelitos como mi "Garfield". La Rusvel está llena de triplehijueputas. Uno vive a lo correcto y se quieren pasar de listos. De esos hay que cuidarse. A veces son amistías, vecinos de abajo, pero bisne es bisne, y en éste no hay amistades que valgan: "me tumbás, te tumbo". Es la ley de la vida. He visto caer amistías, ¿me entiende?, y da cus cus en el ojo del culo, escalofríos. Uno ve un murraco y es como si le pasaran una gillette por la espalda. La sangre es cabrona, uno ve la colorada y se cagotea. Una vez le dieron a una pinta con una Magnum, y uff, todo brinca y se encochina. Fue un dum dum a quemarropa, en corto, pegadito a la bezaca, pum pum pum, y el personaje saltó hacia atrás botando salsa. La sangre es escandalosa, a la primera de cambios se viene. Debajo de la oreja se bota mucha melaza, salta el chorro, que chucsss-chucsss, y salpica; es un mierdero. Un tiro profesional tiene que ser en la nuca.

La sangre es una película nielhijueputa; si le salta a la cara dan ganas de vomitar. Luego le sale callito al mango. Al principio, cuando la gente anda de tiroloco, quema la misaca, el lionzon. ¿Sí me entiende? Les entra la perseguidora. Después no. Nada más se hace un atadito de ropa y se mezcla con otra, para no dar visaje: se mete en la máquina y san se acabó, finis. El muerto al hoyo y el vivo al baile. Se baña, y listo: se echa una boronda nocturna en la nave, un alcoholito o un cerebrazo de bazuco, a toda mecha por el Queensboro.

La Rusvel es bacana, es una nota. Vea con decirle que'l que viene a los Yores y no conoce la Rusvel, es como si no hubiera venido; igual que ir a Bogotá y no subir a Monserrate; asimismo es la Rusvel: nervio y corazón de Locombia. Si uno no la hace aquí no la hace en ninguna parte, y no es que uno crea en el sueño americano, lo que pasa es que el sueño, es un sueño soplador, y mientras uno tenga agallas siempre habrá forma de darles veneno a los monos pa' que soplen. Es su problema. Sin sopladores no hay venta. El billete llama; uno puede estar sano pero el biyuyo llama, huele a hembra salida del baño. Excita. Uno recibe un fajo libre de impuestos, ganancia neta, y se siente caliente. Es un polvito en la boca de una nena. Al caliche le gusta la moscorrobia, el truquito, la maroma. Ve los cueritos de rana y no se patracea. Es

mal de pobres pero también de pañalitos de seda. Usté le rasca y ve puro ojo traqueto, al camaján del rebusque. Entre esquina y esquina siempre lo mismo. Vea, por María Auxiliadora que no me deja mentir.

La Roosevelt Avenue en el corazón de Queens es una prolongación de Colombia; en su interior se mueven los hombres que mueven la mercancía de los carteles, de los clanes. No los jefes. Los barones de la droga viven en Colombia, algunos en la ostentación plena, otros en la discreción más absoluta. Insospechables. En Nueva York traquetean los empleados, la "gente de la nómina" de los clanes grandes, y los apoyos logísticos de los introductores menores. En los ochenta era común que algunos capos residieran por temporadas en Miami, Nueva York y Los Ángeles:

Era una plaza segura; la logística para una operación en contra de alguien era difícil de conseguir; se dificultaba. Y subir gente de Colombia era un problema. El apoyo de la gente que opera dentro, además de generar compromisos, es muy caro. El ameriquenque dice: "yo lo hago y es tanto"; luego viene y quiere participación. En cuestión de negocios, entre más lejos de los gringos mejor. Tienen mucho piloto desempleado, y se los utiliza. Del resto no. Usted abre la puerta del negocio y se le meten los sapos. El gringo cuando se ve caído negocia la libertad, se vuelve testigo protegido. Malanga. Con los sapos "tolerancia cero". En los negocios, como en cualquier empresa, los apuntados participan con efectivo; si no es así, los negocios no sirven. Los riesgos son altos, pero las ganancias también. En New Jersey o Atlantic City había muy buenas caletas, sanas. Una casa de seguridad salía en un resto pero valía la pena. En Colombia la gente ubica muy rápido donde tiene uno el rancho. Sin problemas te ponen un cohete en el culo, en Estados Unidos no. El miedo ancestral de los colombianos a caer en manos de la policía gringa era una defensa natural; resultaba más fácil eludir a las autoridades en suelo gringo. Acá el asunto de las libertades individuales es cosa seria. Nadie husmea en la propiedad privada, eso es sagrado. Si a algo teme el traqueto es a la extradición; en los noventa con la nueva Constitución se prohibió, pero luego volvió a ponerse en práctica. Cuando las aguas se pusieron turbias casi toda la gente se bajó: es "1,000 veces preferible una tumba en Colombia que un calabozo en los Estados Unidos". No se lo digo yo, lo decía don Pablo que era un varón.
Lástima, m'ijo. Los Yores es una ciudad bacana; con la perseguidora tocó volar como pedo de bruja. De recuerdo quedan las fotos de Pablo en la Casa Blanca. ¿Sabe qué

le duele a los gringos?, la mosca; sí señor, su gran problema es el dinero. Dígame a ver, ¿cuándo se ha visto que detengan chinos o japoneses, si de ese lado está fuerte el contrabando de heroína?, ¿cuándo? Nunca. Óigame, los orientales no sacan la mosca del país: el billete se queda en los bancos, en restaurantes y grocerys. El colombiano, no: pesito que gana es pesito que se baja. El chiste de esto es poder mostrar el billetico, levantar su casa de lujo, y que la gente diga, ahhhh, ¡pero qué bruto!

Nueva York es la expresión más acabada de la modernidad en términos simbólicos. Esa es la impresión que en el campo del desarrollo urbanístico expresan sus portentosas construcciones: Rockefeller Center; el majestuoso puente de Brooklyn; Lower East Side; Madison Avenue; el Empire State; la vía-parque de Westchester; las zonas adyacentes a Central Park, o la inmensa y sofisticada telaraña de autopistas que cruzan la ciudad. Muchas de estas construcciones son resultado audaz de Robert Moses, el célebre urbanista constructor de utopías de concreto. Ese universo de formas arquitectónicas que desafían la ley de la gravedad, extrañas y picudas, como monstruos alados, vecino de las nubes, hacen de la ciudad una jungla de significados que, no obstante, de significar el gran orgullo de los norteamericanos, poco a poco han ido pasando a manos de empresarios japoneses, o han terminado, como en el caso de las Torres Gemelas, convertidas en objetivos militares de grupos fundamentalistas, nacionales e internacionales.

Más que el asombro por el derroche de ingenio y formas arquitectónicas, una de las cosas que más llaman la atención es cómo en el corazón mismo de la modernidad se incrustan, como gusanos al buen queso, figuras que son la esencia misma de la desmodernidad. La metrópoli alberga un sinnúmero de individuos, portadores de circunstancias y soledades, provenientes de todos los lugares del planeta. Éstos han buscado abrigo en los intersticios de Nueva York, la gran ciudad; "criatura fatalmente fascinante" la llamó James Weldon. En la superficie, algunos, en los subterráneos, otros. Los drenajes llegan a ser palacios en disputa. El metarrelato del hambre se fusiona con el sueño de la modernidad. Ser absolutamente moderno, dice Kundera, en *La inmortalidad*, significa ser aliado de sus sepultureros. Las minorías, que año tras año aumentan en las estadísticas poblacionales, son depositarios de ese imaginario amenazante: el ta-

lón de Aquiles del país más poderoso de la tierra, y por ello mismo discriminados. Los colombianos, en un gran porcentaje, se habituaron a vivir en Queens, y lo hicieron suyo, fusionando culturalmente premodernidad y modernidad en una sola cosa. En este sector viven aproximadamente un millón de colombianos. Se mueven en el fragmento urbano con mucha propiedad. No todos los colombianos se dedican al narcotráfico, sería absurdo plantearlo. Muchos, al igual que otros inmigrantes, viven y trabajan en la más absoluta legalidad, en diversos oficios y profesiones. Sólo una parte de quienes entran ilegalmente, no sabemos cuántos ni estamos interesados en averiguarlo, brindan cobertura a las actividades del narcotráfico. Son parte de una red extensa que opera con base en intrincadas relaciones familiares. En este territorio los colombianos reproducen sus universos culturales, pero igualmente se dejan contagiar de otros. Adquieren, para decirlo con Néstor García Canclini, rasgos de una "cultura híbrida".

Los norteamericanos son un viernes en la tarde seres extraños en la zona, aunque cada vez es más frecuente encontrar a los anglosajones departiendo comidas latinas y entregándose con dificultad al frenesí de la salsa, haciendo esfuerzos por apropiarse de ese movimiento de hombros y caderas que genéticamente les ha sido negado. La metrópoli brinda seguridad económica y otras cosas: empleos, diversiones, servicios, etcétera. Espacios como Queens operan como "zonas de refugio", lugares íntimos donde las minorías se autoprotegen de los dolores de la gran ciudad y de la discriminación racial, y donde no sólo reproducen el país de origen, sino que habilitan formas nuevas de cohesión social.

La colonización del mundo vital

La armonía que presagiaba el advenimiento de la era científica, no es tal: Prometeo desencadenado danza brutalmente sobre una loza de concreto, con el fuego apenas liberado devorándole los ojos, suspendido a más de 100 metros de suelo firme, brindando un exorcismo al desorden. El mundo ya no es lo que era, no resume el sueño de la utopía civilizadora:

> El desorden absoluto que en nuestra época de barbarie racional se ha vuelto imposible de negar [...], obliga a ver el mundo, al menos desde el punto de vista del filósofo, sin unidad, ni sentido ni orden verdadero [...], como si no fuese incluso un mundo, sino más bien un conjunto disparatado (Conche, cfr. Balandier, 1999: 56).

En efecto, si algo caracteriza al mundo contemporáneo es precisamente el caos reinante, el desorden; la esencia de los valores fundamentales ha sido roturada. Los mecanismos que tradicionalmente unían al individuo con la sociedad se han modificado, registrándose una pérdida de la vida ética. Los estados modernos están muy lejos de manifestarse, hegelianamente, como manifestaciones puras de la razón.

Weber pensaba la modernidad como un proceso de racionalización, en el cual subyace una dialéctica histórica negativa que vulnera la idea de progreso. Racionalización y exceso. Los males de Occidente radican en lo que Gabel (1971) llama, valga la analogía, "geometrismo mórbido": enfermos cuya inadaptación se debe a un exceso de racionalidad. A través del análisis de los correlatos institucionales de racionalización progresiva (economía capitalista, burocracia y ciencia empírica profesionalizada), Weber descubre que la hegeliana racionalización de la sociedad contemporánea no es poseedora de ninguna perspectiva utópica que al menos la haga más humana. Al contrario, la única perspectiva del fauno moderno es su entrampamiento en una "jaula de hierro". El sujeto se expone a formas de deshumanización sin parangón en la historia de la humanidad, o de "reificación", diría Luckacs, discípulo brillante del comprensivista germano. El "ser racional" de la tradición filosófica occidental es un ser racional desvirtuado. Su protagonismo es puesto en duda al metamorfosearse en súbdito de lo irracional; transita de un racionalismo moderno a un irracionalismo, o superracionalismo de tipo medieval: epicentro de metarrelatos sin retorno, propios no de ambientes *underground*, sino de cada vez más amplios fragmentos urbanos. En ellos, tanto las drogas como la violencia, operan como resolución de incertidumbre. Anthony Burgess nos ha legado con *La naranja mecánica* (1992: 9), un texto impecable:

> Estábamos yo, Alex y mis tres drugos, Pete, Georgie y el Lerdo, que realmente era lerdo, sentados en el bar lácteo *Korova*, exprimiéndonos los rasudoques y decidiendo qué podríamos hacer esa noche, en un invierno oscuro, helado y bastardo aunque seco. El bar lácteo *Korova* era un mesto donde servían leche-plus, y quizá ustedes, oh hermanos míos, han olvidado cómo eran esos mestos, pues las cosas cambian tan scorro en estos días, y todos olvidan tan rápido, aparte de que tampoco se leen mucho los diarios. Bueno, allí vendían leche con algo más. No tenían permiso para vender alcohol, pero en ese tiempo no había ninguna ley que prohibiese las nuevas vesches que acostumbraban a meter en el viejo moloco, de modo que se podía pitearlo con velocet o synthemesco o drencrom o una o dos vesches más que te daban unos buenos, tranquilos y joroschós quince minutos admirando a Bogo y el Coro Celestial de Ángeles y Santos en el zapato izquierdo, mientras las luces te estallaban en el mosco. O podías pitear leche con cuchillos como decíamos, que te avivaba y preparaba para una piojosa una-menos-veinte.

Los personajes de Burgess son hombres modernos, instalados más allá de la racionalidad: son hiperreales. Weber no dudaría en decir: "A quienes no puedan soportar este destino de nuestro tiempo virilmente hay que decirles que vuelvan en silencio, llana y sencillamente, y sin la triste publicidad habitual de los renegados, al ancho y piadoso seno de las viejas iglesias, que no habrán de ponerles dificultades" (1986: 230). La racionalidad como exceso es, para usar una expresión de Kundera, una "paradoja terminal". El "mundo vital" es vulnerable. La vida social ha sido colonizada por grupos de interés. La razón instrumental modifica radicalmente la conducta de la vida cotidiana. Advierte Habermas que el proceso de evolución social, incluyendo la descentralización de las concepciones del mundo alteran el carácter del mundo vital; evolución que tiene que ver con problemas de orden ético. Adorno y Horkheimer en *La dialéctica del Iluminismo* abundarían sobre el tema; su interrogante fundamental tiende a cuestionar por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, desembocó en la barbarie. Y no sólo por el antecedente de la guerra mundial, sino por los signos que se anuncian en la calle, como expresión de la decadencia de Occidente, de la crisis de cultura, de civilización, que permea a la sociedad contemporánea: ese mundo sin memoria anunciado por Kafka.

La sospecha weberiana de una "fría noche polar" en el futuro del capitalismo moderno es, en los noventa, una pasmosa realidad: la fusión entre la ciencia y la técnica se manifiesta como forma real de poder. En el proceso de doma y disciplinamiento social se abre paso la ruptura entre la razón y la vida: "Los valores últimos y más sublimes han desaparecido de la vida pública y se han retirado, o bien al reino ultraterreno de la vida mística, o bien a la fraternidad de las relaciones inmediatas de los individuos entre sí" (Weber, 1986: 33). Nadie admiró tanto la racionalidad rutinizada como Weber. Sin embargo, agrega Wolin, en sus palabras se advertía una ambigüedad patética: "El destino de nuestro tiempo es que el hombre debe vivir en el 'desencanto del mundo'. El misterio ha sido proscrito y la actitud del hombre ha sido desengañada y despojada de su plasticidad mística, pero interiormente genuina" (cfr. Wolin, 1960: 456). Weber devela en su pesimismo una antiodisea: el mal cabalga sobre el bien. La razón no es un servidor sino un amo, y en su sueño, como presagiaba Goya, produce monstruos. Los medios se convierten en fines: "Maldito sea, sí, quien primero grite: ¡alto, basta! la guerra, la violencia, la historia. Las víctimas se multiplican y hay que justificarlas arropándose en el orden. Los heraldos del poder son racionalistas, cuentan con una geometría perfecta mediante la cual fundan el sitio del horror" (Stark, 1971: 205). Terror y cárcel, muerte y destrucción, Auschwitz y gulags, lobotomías y ataraxia, etnocidio y flagelo: oscuros excesos de la razón instrumental. Síntoma inequívoco de que los dioses nos han abandonado en el desierto de los infinitos fatales.

Peter Steinfels planteaba que la crisis actual radicaba en una crisis cultural: "El problema es que nuestras convicciones están llenas de huecos, nuestra moral y nuestra educación están corrompidas" (1972: 122). Bell sostiene que el desbordamiento entre cultura y sociedad, operado en el capitalismo contemporáneo, ha generado un patrón autodestructivo, en el cual se produce una destrucción de la base moral que sirve de sustento a la sociedad racionalizada. En este aspecto, Bell se aproxima a la idea weberiana: la destrucción de la ética protestante socava de manera irremediable los requisitos emocionales de su propia continuidad. Paz hablaba del ocaso del concepto platónico de alma como fundamento de la

decadencia de la cultura occidental; su declinamiento implica un problema de naturaleza ética.

Plantearse, entonces, el problema de la crisis de la cultura obliga a reconocerse en

> la realidad de una crisis cuyo significado esencial consiste en una transformación cualitativa radical con respecto a la sociedad burguesa liberal del pasado. Esta crisis global abarca todas las dimensiones de la vida en sociedad y, probablemente por primera vez en la historia, adquiere un carácter mundial que se manifiesta en cada espacio geográfico y político, aunque indudablemente de manera distinta en cada uno de los mismos (Waldman, 1989: 13).

Hoy se hace patente que la vida del hombre moderno carece de sentido lógico. Los grandes personajes de nuestra sociedad son el hombre marginal, el narcotraficante, el drogadicto: los antihéroes de Burgess o Vallejo. Estos son personajes que abundan en el escenario del narcotráfico internacional. La irracionalidad apocalíptica de los Balcanes es una prueba irrefutable de la crisis ética de la cultura occidental. Nuestra época, señalaba Heidegger, es de un tiempo de indigencia; de soledad y abandono: "Es el tiempo de los dioses que han huido y del dios que vendrá." Razón y realidad constituyen entidades irreconciliables: el hechizo del futuro, como argumento de un mundo feliz se ha desmitificado; el optimismo liberal del siglo XIX ha sido reemplazado por un pesimismo de larga duración. Quizá por ello la historia, el pasado, seducen: la nostalgia recorre el mundo. Las nuevas generaciones al regresar sus ojos al verano liberal, terminan convertidas en conservadoras. El fin del hombre y de la historia, anunciado por Fukuyama, amplifica en la sociedad del presente el discurso reaccionario de retorno al edén.

Frente a las desventuras que anuncia el porvenir, Cioran, uno de los autores que más ha profundizado en el análisis de la condición humana del presente, no ha dudado en afirmar en uno de sus aforismos: "Mi visión del futuro es tan precisa que, si tuviera hijos, los estrangularía de inmediato." Hermann Broch, en *Voces,* disecciona el choque generacional de la modernidad como un duelo de tiempos e incertidumbres: el presente amarrado a un mundo de fantasmas:

Un padre y un hijo caminan juntos la vereda...
Estoy cansado, exclama el hijo ¿A dónde nos lleva todo esto?...
El padre contesta: ¿acaso el avanzar del hombre no le
conduce siempre a espacios infinitos?
El progreso lleva a un mundo sin fronteras,
tú en cambio lo confundes con fantasmas.
Maldito progreso, dice el hijo, maldito regalo,
él mismo nos cierra el espacio
sin dejar que nadie avance.
Y el hombre sin espacio es un ser ingrávido.
Este es el nuevo rostro del mundo:
El alma no necesita progreso,
pero sí en cambio precisa gravidez.
El padre sigue avanzando e inclina la cabeza:
"Un polvo reaccionario cubre a mi hijo."

No en vano el hijo le reclama al padre: maldito progreso, él mismo nos cierra el espacio. A su manera, el consumidor de drogas expresa una idolatría por los orígenes, por el paraíso perdido, y donde hipotéticamente sobraba el espacio. Monólogos repetitivos y de rechazo al presente forman parte del catálogo argumentativo de los consumidores de drogas. El progreso ejerce los extremos y elimina los puntos de equilibrio; inaugura el caos social. Condena al individuo a la inercia. Los químicos constituyen una opción de ruptura. Hegel adjudicaba al progreso el "desgarramiento doloroso de la conciencia infeliz". Individuo y sociedad emergen como categorías antagónicas. Espacios escindidos. Los territorios de la existencia individual presentan cuarteaduras. Los sujetos al exponerse a las variables de la incertidumbre y de la indeterminación, desencadenan estados irreversibles. Anomia le llamaba Durkheim. La existencia colectiva se funde en el caos. El consumo y tráfico de drogas expresa, sin lugar a dudas, una aguda crisis anómica. Curioso dilema el de los jóvenes urbanos de la civilización occidental, planteado por Broch, autor austriaco naturalizado norteamericano: rechazar el progreso y optar por el pasado.

La deshistorización del individuo –y desde luego de la sociedad– reduce al hombre a ese estado de "desnudez universal" del que hablaba Ortega y Gasset en su ensayo *En torno a Galileo.*

La desnudez instala al individuo en un vacío de dos cabezas: en el plano interno registra el reconocimiento de la ausencia de lo que Paz llama "alma". En el orden externo, el mundo moderno no resuelve sus incertidumbres, no acude en su ayuda. No le brinda nuevos puntos cardinales. El individuo naufraga con sus penas. En consecuencia se ve obligado a reafirmarse en la invención de creencias. El universo del consumidor extremo, o del consumidor ocasional se desenvuelve en un sistema cultural donde es preciso articular un imaginario, un significante de nuevas certezas. La experiencia individual se bifurca, bien hacia el campo de las drogas, o hacia experiencias ascéticas y religiosas de nuevo tipo. Emerge, pues, la necesidad de una nueva ética como amor propio: nadie puede ser tan virtuoso como otro. Fuera del concepto de "amor propio", lúcidamente planteado por Savater, se abre un horizonte de simulación, la mayoría de las veces, abiertamente degradado.

Las religiones fundantes, primigenias, sin llegar a perder por completo su horizonte de significación, llegan a ser desplazadas, por nuevas religiones, donde la capacidad de generar vértigo y destrucción es fundamental. Citemos, por ejemplo, el caso de la secta La Verdad Suprema, de Shoko Asahara, responsable del ataque al metro de Tokio, en 1995, con gas sarín neurotóxico. Religión y droga no son prácticas excluyentes; en ocasiones las dos experiencias convergen en una totalidad absolutamente hiperreal. Más real que lo real. Más allá de lo verdadero se erige el reino de la simulación; en el ámbito de la simulación se vende la idea de que es posible la eliminación de los espacios escindidos: hombre/naturaleza/sociedad; cielo/tierra. La oposición presencia-ausencia es, ingenuamente superada, por la baudrillardiana "estrategia fatal" de prácticas extremas. Solución que no es compatible con una ética de amor propio. Las drogas son instrumentos de coadyuvancia. Los espacios escindidos, en términos experimentales, sólo pueden ser unificados mediante el uso de drogas alucinógenas visionarias, no con sucedáneos intoxicantes.

El horizonte de la simulación

El consumo de fármacos psicoactivos instala al usuario en un estado de bienestar catártico, lúdico. No obstante, es necesario develar algunas fantasías generadas por los usuarios en fases terminales que alimentan el imaginario del consumo. En sus balbuceos febriles algunos usuarios mendicantes aluden a los hechizos multicolores y sinfonías infinitas que les produce la ingesta de drogas. Simulación espectral, ingenua, que tiene como escenario cultural la fantasía del simulacro, en el que todo es posible. Ese "sentimiento oceánico", que producen las drogas –para expresarlo con Romain Rolland– sólo se percibe con sustancias alucinógenas y visionarias, no con drogas habitualmente adulteradas con sintéticos que se expenden en la calle. El carácter visionario-alucinador, donde el tiempo se detiene y el cerebro se inunda de vitrales geométricos, y de rojos borgianos que son como "una rosa en Bengala", sólo es posible bajo el efecto de alucinógenos vegetales, sintéticos o semisintéticos como el LSD, yagé, o el MDMA, pero no con sustancias adulteradas, como la cocaína, la heroína o el crack, que expenden los contrabandistas. Los fármacos visionarios capaces de procurar una "mirada a distancia", se caracterizan por poseer una semejanza estructural con los "mensajeros" o neurotransmisores monoanímicos, capaces de producir sensaciones físicas y revolucionar la química del cerebro: ese "laberinto celular rico en ramificaciones que es el reino de la mente", al decir de Paul Valéry.

En el escenario cultural de la simulación-simulacro, el individuo accede a un proceso de refundación moral basado en lo que Baudrillard llama: "Final de escena de la fantasía, final de la escena del cuerpo: irrupción de lo obsceno" (1984: 25). Lo obsceno es el escenario donde se dan cita las vidas reventadas y de glorias dudosas y, sobre todo, de vidas individuales entregadas a la orfandad y al desamparo: el lado oscuro del consumo de conductas psicopáticas, frágiles y autodestructivas que, en el extremo de su ingenuidad, creen consumir la comida de los dioses, cuando en realidad sólo devoran las sobras químicas de un plato frío, que lejos de producir hieráticas fantasías, a lo sumo sólo producen dolor de estómago, flatulencia y vómito. Pálido reflejo de la experiencia subterránea de

los consumidores "Malditos", esos locos maravillosos de la generación *beat* que hicieron de sus vidas el símbolo de la libertad total y sin concesiones. El yonqui contemporáneo reproduce y se apropia de las visiones de Cocteau, Kerouac o Burroughs, transformando la aventura embriagadora en un mito desgastado. Los malditos son grandes no por su expedición a los paraísos artificiales; lo son porque a través de su escritura lograron construir una obra sólida, y además, maravillosa. Fueron autores de vidas desgarradas. Inconformes con el mundo de cosas que les rodeaba, hicieron de su biografía una mortífera metáfora, no exenta de un salvaje sentido del humor, para clavar dardos envenenados en el corazón de la opulenta sociedad norteamericana. Falsa, intolerante e hipócrita. El sacrificio expiatorio *beat* no se ubica en el reino de la disimulación ni el simulacro; la apuesta personal que, en el transcurso de los años, evoluciona en mito, es la denuncia sin concesiones contra la sociedad convencional: vivir al margen, relajados, bajo los efectos artificiales de tóxicos que mitigan el dolor social y la melancolía.

La refundación moral de los consumidores se construye en un marco de interacción dialógica. En la dinámica de relacionamiento social, los sujetos introyectan ideas respecto a lo permisivo de la experiencia química. En el mundo del consumidor terminal existe un imaginario de consumo que se reafirma en la costumbre y en la "sustancia", la nueva deidad que opera como sustituto de Dios. Nueva religión. Dios es una sustancia. En la pauta de conducta del desorden social contemporáneo, los consumidores terminales eliminan la conjunción entre arte y vida, razón de ser de la generación de los sesenta. Los "hombres precarios" de Malraux, instalados en la "era del vacío" de Lipovetsky. En el universo de lo obsceno, la droga deja de ser el "viaje al cosmos del alma" que sedujo a Rudolf Gelpke. En su lugar emergen los caminos volátiles: la "muerte súbita por inhalación" elimina la fantasía, y asume la posibilidad real y contradictoria de placer-displacer. El primero, asociado a la experiencia dionisiaca del consumo por la vía del éxtasis, la *sobria ebrietas*; acceso "al infierno o a un vuelo angélico" prevenía Osmond. El segundo, al placer masoquista, o compulsión a la repetición. En este último caso, la relación placer-síndrome de abstinencia opera con vertiginosa puntualidad. El síndrome

descubre no sólo el drama sino también el horizonte de la simulación. El sujeto llega a "creer" que un *speedball* de heroína con cocaína de mala calidad lo transporta a la *otredad* alucinógena disociativa, cuando en realidad sólo está experimentando alucinaciones. En la Grecia clásica alucinar, era equivalente a "divagar mentalmente" o "hablar sin sentido". Para Carl Ruck, gran estudioso de la etnobotánica griega, el vocablo (*h*)*al* (*l*) *ucinari,* en latín, significa estar loco o delirar. Sólo en el terreno del sin sentido pueden entenderse los ejercicios verbales del consumidor terminal, que al perder el sustento de la realidad divaga en el delirante escenario de quien se "quedó en el viaje".

Para inaugurar el milenio, y seducido por los relatos de mis informantes, consumidores anuales de alucinógenos vegetales, nos internamos en el desierto de Wirikuta, país sagrado del jíkuri o peyote, en viaje de reconocimiento y de experimentación de la "pequeña muerte". En un modesto hospedaje de Wadley, un poblado a orillas del desierto, conocimos a un personaje extraño que bautizamos "el Burrogs"; extraviado en su delirio nos acompañó en el destartalado Jeep Willys de los cincuenta, que alquilamos para penetrar el desierto. Su equipaje se reducía a una Coca Cola, una pequeña maleta de cuero, una enorme cruz de madera, y un descuadernado ejemplar de *Retorno a Ixtlán,* de Castaneda. Vestía lustrosas botas de piel de víbora, y un blanquísimo traje de manta que se pegaba a sus largos huesos. Presencia fantasmal. Ajada la piel y las venas rotas. Nos trajo a la memoria la imagen típica de un *hippie* de los sesenta. En el trayecto, y a través de las pequeñas dunas del desierto, nos fue narrando su *viaje* a través del cosmos, y luciferinos encuentros con el más allá. Venía a finiquitar una promesa, y depositar una ofrenda: su cuerpo. Había llegado el momento de resarcir las alegrías del mundo y regresar el cuerpo a la madre tierra. Así se lo había exigido el guerrero del alba y venía a cumplir lo pactado. ¿Y la cruz, le interrogamos? "Bueno, nos dijo, es para marcar el lugar de la ofrenda. Dormiré en la tierra el sueño de los guerreros vigilantes." Nos despedimos en Bernalejo. Se quedó en un montículo de arena y piedras, rodeado de ofrendas huicholes. Tres días después, y cuando las provisiones de agua llegaron a su fin, abandonamos el lugar. La cacería del "peyote-venado" y la experiencia

con la pequeña muerte habían terminado sin sucesos que lamentar. Ni siquiera cuando cruzamos el nivel crítico de la intoxicación, rodeados de fantasmas, y de las letras malditas de Lou Reed, y el piano de John Cale, los inefables músicos de Terciopelo Subterráneo.

Llegando a Wadley, nos sorprendió reconocer la esquelética figura del "Burrogs" que llegaba arrastrando su humanidad, luego de caminar largamente por el desierto, sin agua, sin provisiones, y con su inseparable cruz de madera. No nos explicamos cómo sobrevivió, al sol calcinante del medio día, o a las bajas temperaturas del amanecer. Exhausto y con las marcas del sol en su cara verdosa, se perdió entre las calles polvorientas del poblado con su "otredad psiquiátrica" a cuestas. La disociación con el mundo real era muy clara; el saldo de una conducta masoquista es un cuadro clínico traumático de grave trastorno de personalidad. El sujeto se asume fuera de la realidad, y su imaginario introyecta el discurso de los consumidores de sustancias visionarias. En el "Burrogs", la apropiación del relato castanediano era notable, casi se sentía don Juan, el personaje del antropólogo converso. La repetición del consumo opera como una estrategia del recuerdo: simbólicamente reviven la experiencia primigenia, o el metarrelato de la subcultura de los consumidores habituales. Asumirse como decadente es una ilusoria forma de protesta.

El carácter obsceno del consumo moderno ha desvirtuado la ética social del consumo de sustancias. Miles de años revelan que los hombres se automedicaron sin que el organismo pasara facturas vergonzantes como la del personaje en mención. Dice Sahagún en su extraordinaria *Historia general de las cosas de la Nueva España,* uno de los textos más importantes del siglo XVI:

> Y ellos [los teochichimecas] conocen las cualidades, la esencia de las hierbas. El llamado peyote fue su descubrimiento. Éstos, cuando comen peyote, lo juzgan superior al vino y a los hongos. Se reúnen en algún lugar del desierto, cantan toda la noche, todo el día. Y en el día de mañana, una vez más se reúnen. Lloran, lloran excesivamente. Ellos dicen [así] sus ojos son lavados; de este modo ellos limpian sus ojos.

Registros antropológicos actuales corroboran el registro etnográfico de Sahagún: los huicholes, año tras año, organizan peregrinaciones en bús-

queda del peyote. Difícilmente podríamos comparar el consumo ritual de los indígenas con el consumo de hombres como "el Burrogs", consumidor habitual de grandes cantidades de peyote: cerca de un kilo por jornada.

La mescalina es el principio activo del peyote, y se sabe que ancestralmente ha sido utilizado por buena parte de la población adulta huichol o rarámuri, e indígenas de Estados Unidos y el Canadá, sin problema alguno de salud. En personas como "el Burrogs" el cuadro es el de un extraviado con fuertes problemas psicológicos. La mescalina reactualiza en el sujeto eventos olvidados, pero guardados en algún lugar de la memoria; esa reactualización de eventos puede llegar a ser traumática. En la actualidad el deseo de trascendencia se ha transformado en una mística espiritual de ciertos sectores del *Homo urbanus*. Mis informantes son hombres urbanos. Anualmente organizan ingestas de peyote. En el trance mescalínico reactualizan eventos de su vida pasada: vibran con los recuerdos, se emocionan, ríen interminablemente, hablan, y al igual que ciertos chamanes, lloran; tres o cinco horas más tarde, emergen a la realidad con el goce que emana de haber llegado al corazón de la verdad: el lado íntimo de la experiencia amorosa olvidada que aguijona el alma y la perturba, y que la mescalina incita a olvidar y a trascender. La relación psicoanalista-cliente es como el diálogo que se establece entre el comedor y la planta. El peyote transmite una tranquilidad suprema y una indescriptible sensación de paz anímica.

El álgebra de la necesidad o la cara opuesta de Eleusis

Nada caracteriza mejor el colapso obsceno de la sociedad contemporánea que el uso de disolventes y aerosoles, la gasolina entre ellos, motor del progreso fáustico, argumento, además, de guerras imperiales. Iraq la más reciente. La gran paradoja de los disolventes volátiles: hexano, tolueno, tricloroetileno, alcohol metílico, acetato de etilo, acetona... son parte del arsenal doméstico. Contienen el principio activo de pegamentos escolares, jabones y desinfectantes, que si bien contribuyen a la desinfección del sarro consumista, carecen de utilidad para "limpiar" los dolo-

res del alma, la freudiana "hemorragia interna", o agujero del psiquismo que se expresa a través de una desorganización del anclaje del sujeto en las cadenas significantes (Le Poulichet, 1990). El uso de este tipo de sustancias, cuyos consumidores, en México, son fundamentalmente niños de la calle, puede generar lesiones cerebrales, infartos masivos, o destruir el sistema nervioso periférico. Estos nuevos "venenos del espíritu" se agregan a la lista confeccionada por Lewin en *Phantastica,* como una forma nueva de la "revelación del espíritu", aunque esta revelación venga acompañada de olor a pintura o gasolina, y un transitorio olvido de los rigores del hambre. Misterio nuevo de la orfandad contemporánea, álgebra de una necesidad incompatible con la búsqueda espiritual y el *ekstasis* griego de los iniciados de Eleusis, donde el "alma volaba fuera del cuerpo".

"Garfield" pulsa la situación, ajeno a los misterios eleusinos y a las visiones del *telesterion,* descritos por Sófocles y Píndaro. Mira su reloj. El ambiente que nos rodea es *trinca*. Los últimos días han sido difíciles y tensos. A la mañana siguiente de la jornada musical en Harlem, he tenido que mudarme precipitadamente de departamento y, en la huida, destruir cintas, videos, y mi pequeña colección de muestras callejeras de drogas adulteradas. Los traquetos del combo desaparecieron. No hice más que seguir el principio metodológico utilizado por Geertz frente a la *pulisi* que irrumpe en una clandestina riña de gallos en Bali: escapar. "Donde fueres haz lo que vieres." Recuerdo las manchas de sangre en la camisa de uno de los hombres que nos acompañó en la juerga. Los óleos al *faltón* salieron mal. "Los tiros se fueron en sedal, y el Lázaro ya anda de descomplicao; dicen que lo vieron en Lenox y anda montao. Novillos. Dejaron sin firma al traído. Pero no me dirá, viejo Juan, que no la pasó bueno en la 125" –exclama "Gustavón" golpeándome la espalda. La muerte en estos medios es cosa frecuente, se asume como parte de la cotidianidad. Cuando fracasa un ajuste de cuentas se toman medidas de precaución, sin embargo, se siguen manteniendo las rutinas traquetas.

Finalmente llega el hombre que esperamos. Arrancamos. "Garfield" conduce a una velocidad moderada, extremando las precauciones; tratando de ser lo menos llamativo posible. En Nueva York los policías de tránsito huelen la presencia de latinos por su forma de conducir, e incluso

de caminar. "Garfield" usa un discreto Datsun gris. Vamos en camino de una experiencia visionaria: observar en su nicho una variante posmoderna del *telesterion,* o sala de iniciación de los habitantes del álgebra de la necesidad: los comedores de cuchara y cuentagotas.

"Mark" enciende un cigarro de marihuana; "si no, no puedo trabajar" –dice. "Garfield" baja ligeramente el vidrio trasero. Me pongo nervioso; essssto –me explica "Mark" enseñándome el churro y aspirando hondo– me pone liviano. "Mark" es un americano de New Jersey. Anglo puro; su padre labora en una compañía automotriz. "Mark" es polifacético, "va pa' lo que sea" y domina el español: transporta dinero en la ruta Nueva York-Miami, consigue vehículos, recibe pasajeros, sirve de traductor. Cuando no hay trabajo para hacer, "Garfield" le obsequia algunos gramos para que venda en la calle. Ahora viene con nosotros; su ayuda es de particular importancia en la expedición hacia los universos personales del consumo. Es un perito en el arte de conducir, pero obscenamente intolerante en la defensa del gobierno estadounidense y en su anticomunismo rabioso. Situación curiosa pues "Garfield" no abandona nunca la caracterización maoísta de los yanquis como un "tigre de papel". "Mark" se encrespa con los subordinados, pero con el patrón, jamás. "Garfield" ríe de las ocurrencias ideológicas de su ayudante, y cierra con una de sus profecías: "En unos años más vamos a tener a los gringos culturalmente penetrados; al imperio lo vamos a derrotar por la nariz." Vamos en camino del escenario de los consumidores extremos.

"Garfield" detiene el Datsun. Los muelles parecen desiertos. Marca un número en el celular. Esperamos. Cinco minutos después entra una llamada.

–¿"Garfield"? –preguntan del otro lado de la línea.

–Yes –contesta "Garfield".

–¿Me copia?

–Simón.

–Ahí vamos.

"Listo –dice 'Garfield'–, la pinta viene para acá. Hermano, no se nos despegue, ¿bien? Todo va a estar sano pero no se nos desprenda, hojaldras, ¿me entiende?"

Minutos después caminamos por los metederos de Brooklyn; sólo "Mark" con su tez blanca sobresale del grupo. Dos negros de mediana estatura encabezan la marcha, desabotonadas las camisas en la parte superior y sobre el pecho gruesas cadenas de oro. "Ricky" es un minorista de padre gringo y madre jamaiquina; su fuente de ingresos proviene del expendio de crack y heroína. Posee un "hueco" que abastece a "consumidores de calle". Sus clientes son negros o blancos, algunos en fases terminales, prostitutas, ladrones, y clientes ocasionales que se aventuran por el muelle. Delincuentes menores circulan con relojes, radios, grabadoras; son los trabajadores de la calle. Van y vienen ofreciendo su mercancía. Se refugian con Ricky. En ocasiones efectúan operaciones de intercambio. Tienen restringido el acceso a los clientes; ni siquiera en casos de intoxicación, cuando los sujetos prácticamente se doblan sobre los contenedores de basura, se permite que olfateen en los bolsillos. Es un pacto tácito. Evita la intromisión de la policía. La policía persigue a los ladrones no los expendios. Las transacciones de intercambio le permiten a "Ricky" mantener su negocio en paz:

> La heroína es un material que se vende bien; es barata, ninguna alcanza su precio. Se compra sin esfuerzo. La ache tiene dos caras: es cariñosa si se compra sin corte, pero muy barata cortada. Un gramo mexicano a buen precio, en temporada y a la baja, me puede costar 100 greens. Un gramo bien cortado bota por lo menos 50 tiros que se pueden soltar a 10 pesos cada uno. Sólo los anglos se comen una grapita pura; yo conozco algunos. El crack es de batalla: un vial se va fácil en 10 pesos, y un diente se consigue rompiendo la alcancía.

Las calles reptan sucias y abandonadas, debajo de largos edificios de apartamentos vetustos, macizos y uniformes. Sobre las banquetas se apiñan pequeños grupos de hombres de color y algunos blancos irlandeses. Enormes tambos de gasolina arrojan fuego debajo de los puentes, acondicionados como calefactores; en torno de ellos los hombres se frotan las manos y conversan. Nadie mira a nadie. Una mujer rubia, y de ojos azules, se acerca al círculo de hombres que se protegen del frío, arrastrando un carrito de supermercado, alarga el brazo, prende un trozo de cigarro, y se aleja hablando sola. Se detiene en la pared del puente, mira su reloj e

imperturbable continúa hablando sola. Del amasijo de ropas que trae en el carrito extrae un par de jeringas y las observa con atención, deslizando la yema de su dedo por la punta de la aguja. Bajo los pálidos reflejos de una luz mortecina que refractan en sus rasgos enigmáticos, se dibuja la belleza perdida de una de esas amantes abandonadas, descritas bellamente por Nerval, el más moderno de los románticos franceses, en cuyo rostro el dolor dejó huellas para siempre. La belleza y la muerte, escribía Hugo, son dos cosas profundas, hermanas terribles a la par que fecundas.

Muchas de estas mujeres caminan por la calle como muertas, en el extravío del consumo terminal; son bellezas fantasmales que abren sus piernas al sexo mecánico, en un intercambio de caricias y besos amargos, por dosis de heroína. Negros y blancos cohabitan en sus deseos y miserias, y sin embargo esa misma miseria que comparten es más visible y contrastante en los sujetos blancos, exhibe la fragilidad del sueño americano, sueño al fin, concebido para un mundo enteramente blanco. A pocos metros y recostados sobre lechos de cartón un par de hombres dialogan y preparan su cuota de "comida cósmica" sobre un improvisado candelero. "Ricky" saluda a alguien que manotea empuñando una lata de cerveza, cubierta con una bolsa de papel. El escenario es un paisaje típico de la temporada invernal. El frío cala los huesos y congela el torrente sanguíneo, exacerba la necesidad de un fuego artificial. Recuerdo las certeras palabras de un yonqui en la madrileña calle de El Pez, golpeado contra una puerta por las ráfagas de viento y frío de un diciembre que ya casi despedía el viejo siglo, y con un abrigo de lana en mal estado. Le alargo la botella de ron antillano que llevo en la mochila, y sorprendido escucho su rechazo al vital líquido de aquel amanecer: "¡Joder, yo lo que quiero es chocolate para calentar la hijoputa sangre!"

Los "comedores de heroína" encarnan de forma típica el espectáculo de la adicción extrema; heraldos de un amor desventurado, son consumidores *sui generis*. Cabalgan a horcadas sobre un corcel sin freno. Algunos hablan con soltura a la menor provocación y narran extraordinarias aventuras místicas, otros, son por el contrario reservados y viven en un sonambulismo permanente, náufragos del tiempo, exhaustos por la fatiga y la desnutrición. Viven fuera de la realidad. Miden el tiempo to-

mando como referencia los piquetes con aguja. Las horas transcurren entre el sueño y el deseo, el alivio de los dolores del alma y el temor del síndrome de abstinencia. El cuerpo sólo existe como una geografía de orificios diminutos para absorber, no el remedio sino el "veneno del espíritu". Cuerpo poseído. ¿Posesión química? No. Si así fuera bastaría un buen baño de temascal, o un exorcismo para expulsar las toxinas del cuerpo. Los factores extrafarmacológicos del consumo son más importantes que la omnipotencia del *farmakon:* el entorno sociocultural donde se desenvuelve el individuo. La heroína elimina estados de ansiedad y procura momentos de euforia; es lo que produce una dosis mínima de cuatro miligramos de heroína pura, por vía intramuscular o intravenosa. Los "adictos" callejeros consumen dosis miserables de heroína de mala calidad. La heroína pura y las jeringas asépticas que se les pudiera proporcionar en los hospitales, no son de su interés. La asepsia eliminaría el drama, la posibilidad de generar lástima: ¡Ay de mí, observad cómo la droga me devora las entrañas con su fuego calcinante!

El drama que escenifican en el mundo de la calle se inscribe en lo que Baudrillard denomina "reino de la simulación" o imagen social del flagelo: el hombre atormentado por el consumo, incapaz de liberarse del yugo químico que lo aprisiona: discurso del consumidor extremo, pero también de los prohibicionistas que alegan la ingobernabilidad de las sustancias. La publicidad se nutre esencialmente de este tipo de situaciones e imágenes.

"Ricky" ordena detener la marcha. "No problem, no problem, brothers; nada más no se alejen. Manténganse a la vista" –indica. El espectáculo sorprende la primera vez, luego se torna habitual. Los clientes descienden de sus carros o llegan caminando: sucios, malolientes, con signos inequívocos de no haber tocado el agua en semanas. Hombres y mujeres desfilan por el "punto". Llegan con "Ricky" o con gente de la banda. Los sobres de heroína circulan envueltos en rectángulos de papel. El cliente extiende la mano con el billete doblado en el pulgar y de igual manera recibe su ración de ache. Es una operación rápida, fugaz, y a calle abierta. Transacciones mayores se efectúan dentro de los autos o en habitaciones cerradas.

"Peter" se acerca por una papeleta; entrega el dinero y se retira con una palidez nerviosa a su auto. Sus jeans desgastados y sucios contrastan con la ropa de lino blanco del vendedor. Deposita el polvo amarillento sobre una cucharilla niquelada, y lo diluye con unas gotas de agua; acerca el fuego de un encendedor. La sustancia hace pequeñas burbujas. Segundos después el hombre se agita buscando la jeringa en la guantera, debajo del asiento y entre las ropas. La hipodérmica no aparece. Sufre. Finalmente la encuentra ensartada en la parte posterior del espejo retrovisor. Extrae la sustancia temblando. Levanta la jeringa a la altura de los ojos y luego clava la aguja en el muslo derecho. Respira gozoso; una mueca de alivio se estampa en su rostro. Enciende un cigarro; el cuerpo cae de golpe sobre el asiento como un pájaro con las alas rotas; anillos de humo brotan de una hilera de dientes separados y podridos.

"Helen" es una mujer blanca y de rostro ajado; parece de 40 años pero seguramente no pasa de los 25. Se detiene retadora y con las piernas arqueadas. Tira sus arrugados dólares y sin mediar palabra se apodera de un sobre. Da media vuelta y camina hacia la entrada del viejo edificio de paredes descascaradas y lleno de *graffitis,* la escritura prohibida de los marginales. Se inclina y atrapa con sus dedos de uñas largas una hoja del *New York Times*. Dobla la hoja y la acomoda sobre la grada, depositando en ella sus utensilios cósmicos. La cuchara se ilumina con el fuego. Los ojos de la mujer se detienen fijamente en la punta de la aguja; acaricia el delgadísimo metal con los labios; amorosamente, y con delicado empeño, enjuaga la aguja con la lengua liberándola de impurezas. Extrae uno de los cordones del zapato y lo anuda en torno al brazo. Duda. Libera el cordón. Cambia de opinión e inyecta el líquido a la altura del tobillo. Descuelga los brazos y se sienta sobre las gradas. Espera, quizá, que el líquido apague la sed que la carcome. Una hora más tarde toma sus cosas, las guarda en una cartera de piel y, silenciosa, taciturna, sin mirar a nadie se retira por el mismo lugar de donde vino, arrastrando unas pesadas botas de minero.

"Paul" sale de una camioneta y se acerca a uno de los empleados solicitando un *fije*: "me urge", dice. "Ricky" niega con la cabeza. El hombre insiste; su petición se transforma en una súplica llorosa: *please, please!*

"Ricky" accede en medio de una sonora carcajada. "Estos malparidos son una lata, comenta. Se envician y luego la montan de cocodrilo." El hombre que en ningún momento se ha despojado de sus Ray Ban pese a la semioscuridad que reina en el lugar, besa el minúsculo sobre. De regreso a la camioneta lo encuentro en el repetitivo ritual de hervir la droga, y de levantar costras de piel con un trozo de vidrio, procedimiento extremo y doloroso, teatral, que no siempre ofrece resultados. Las gotas de heroína se depositan directamente sobre las heridas. Al sentirse observado cambia de parecer. Su rostro contrahecho se ilumina al sentir el fuego iniciático detrás de la cabeza, en la base de la nuca, en el mismo lugar donde los veteranos clavan la dosis postrera.

La escena del consumo se repite casi en los mismos términos, salvo algunas excepciones, de clientes limpios y rasurados que compran algunas papeletas y se marchan a "comer" la sustancia en casa, lejos de las miradas de la calle. Abandonados a su suerte los yonquis viven en el drama permanente; se los ve en los parques, durmiendo debajo de los puentes, o escondidos en departamentos, que son como madrigueras urbanas. En la cotidianidad del consumo los yonquis son seres completamente enajenados; sus deseos se ahogan, son objetos deserotizados. Los deseos se ahogan, aunque algunos reconocen que tienen erecciones constantes y "hasta polvos con el roce del pantalón". El cuerpo es un instrumento de intercambio. "Las hembritas a cambio de un fije entregan el cuerpo de bufet, usted agarra lo que quiera, y el agujero que más le guste, pero, hermano, quién se anima con una de esas mamacitas; a veces se ven bien, pero el miedo a 'morir de amor', pesa más que una parola", filosofa "Garfield".

El edificio donde opera "Ricky" luce notables huellas de abandono. El elevador no funciona. Subimos las escaleras. Un largo pasillo en la penumbra nos conduce al *chuzo*. Huele a humedad. El piso parece deshabitado. Las puertas están manchadas de pintura negra y trazos de aerosol. A través de una puerta ligeramente abierta se observa a una negra semidesnuda de amplias caderas, con un niño en brazos, succionando un pecho voluminoso. Los cuartos tienen una penumbra extraña, misteriosa. "Ricky" me comenta que los *aches* rehuyen la luz: "Entre más oscuro el

local más pegue; a estas pintas les gusta que la olla sea verdaderamente olla; si uno les mete decoración se espantan." Mis temores se disipan; aprovecho los nexos comerciales de "Garfield" para husmear con relativa tranquilidad en el negocio. Mientras "Garfield" arregla la entrega de un teléfono celular con clave para seis meses, observo con discreción lo que sucede en las habitaciones. "A esos manes les encanta dar visaje" –dice *Mark*. Con su inglés marcado de modismos interpela a uno que otro consumidor e improvisa explicaciones: "brother, ¿como va el fix?; el man es un bisoñeta; quiere enfocar". Y no hay modo de hacerlo callar. Evidentemente el hombre que tengo enfrente no tiene problemas para que me quede observando largo rato sus movimientos. "Okey –señala, expulsando una apestosa bocanada de tabaco– I stake my life, I have it lost without avail! [apuesto mi vida, ya está perdida sin remedio]." El tipo tiene tres papeletas de heroína. Prepara la dosis sobre un artificio metálico de regular tamaño que termina en forma de pipa, ennegrecido por sucesivas exposiciones al fuego, y agrega un poco de agua.

Es un hombre de tez blanca y ojos claros como de pescado, calvo, y con una pequeña cola de caballo. Se nota tranquilo, aunque de vez en cuando se toca los labios con la manga de su camisa. Un hombre le aproxima un pequeño mechero. Lo rechaza. Palpa en sus bolsillos buscando un encendedor de "llama corta". De un pequeño maletín extrae su colección personal de instrumentos y los extiende sobre la mesa: jeringas chicas y grandes, agujas, frascos de medicina, sobres de aspirinas y algodones. Observa con atención. Se decide por una aguja de regular tamaño. La ajusta a un gotero oftalmológico. Oprime varias veces. Prende el fuego iniciático. Segundos después el líquido hace borbotones. El sujeto introduce la aguja y extrae la sustancia de la "cuchara". Enrolla la manga de su camisa hasta dejar el brazo al descubierto. Huellas de pinchazos. Pequeñas costras resecas y círculos morados resaltan sobre la piel. Anuda un cordel en el antebrazo. Cierra el puño; las costras ceden; brotan pequeños puntos de sangre como cabezas de alfiler. Tengo el gotero a la altura exacta de mis ojos. Percibo la suciedad del plástico, las huellas de nicotina en los dedos y las uñas. Los ojos de pescado se iluminan. Entierra la aguja. Uf, uf, ohhh, exclama con alivio. Oprime las paredes del plásti-

co, una y otra vez. Bombea heroína y sangre. El sujeto libera el cordón y se deja caer sobre un viejo y roto sillón de terciopelo rojo. Desprende la aguja y tapa el orificio sanguinolento con un algodón. Guarda los algodones ensangrentados. El brazo ofrece un espectáculo lamentable. Es un "dolor pasajero", que no le molesta en absoluto, me dirá más tarde: "Esta vida y otra la entrego por un golpe. Sin esto, dice señalando el brazo, ¿cómo diablos vivir?" La operación se repetirá más tarde en idénticas condiciones; sólo varía el orificio por donde penetrará la aguja: el tobillo, el muslo, los brazos.

Las horas transcurren sin mayores sobresaltos. Los clientes vienen, se inyectan y se van, fuman crack o inhalan cocaína. Se reconocen entre sí. Tienen en común una particular concepción del mundo y de la vida como un drama; coinciden en la idea de que alguien les quedó a deber algo, y por eso "comen"; se asumen como mártires de una modernidad inconclusa, que los transformó en víctimas de una "droga infernal". El lado opuesto de los personajes de Easton Ellis, en *American psycho*, consumidores voraces de cocaína y halción, pero exitosos y deslumbrantes, y que igualmente recorren las calles de Nueva York disfrutando los excesos de la modernidad. En una sociedad de individuos temerosos de los medicamentos intravenosos, los consumidores encuentran un espacio de seducción en el espectáculo sórdido de las agujas; éstas se portan en la cartera, el cinturón, o como una flor, en la solapa de las chamarras de cuero. El transeúnte no deja de mirar con estremecimiento esos pequeños artefactos metálicos, que en su filosa punta pueden transportar el temido virus del SIDA. El heroinómano es un personaje especial que ejercita ciertas pautas de vida cotidiana en el vestir, en el caminar, en el modo de relacionarse con los demás o de manifestarse; Burroughs los emparenta con cierta "álgebra de la necesidad", una subcultura que los hace ser el "otro". Sin ésta, tal como lo demuestran varios experimentos clínicos, el usuario no tiene razón de ser. El heroinómano reafirma su lugar en el mundo a través de la penosa y sacrificada expedición urbana en búsqueda de sus dosis salvadoras. Necesita ser visto. El yonquismo se transforma en espectáculo.

El heroinómano callejero alardea de su condición suicida, extrema; incluso hay quienes fingen serlo porque esto confiere prestigio dentro de

la pandilla. Sinónimo de estar en algo; ser un "drogado", un "drogota", es estar en "algo". Estética urbana. Los yonquis neoyorquinos presumen en las calles de la Gran Manzana, escandalizando a los turistas. Los heroinómanos no son "los rebeldes sin causa" que la magia del celuloide exportara en la imagen de James Dean, y su chamarra de piel. No. Los *drogos* modernos son hijos de la desesperación y el desencanto. El consumo extremo se desenvuelve desde una estrategia de la lástima. La melancolía autodestructiva de los adictos famélicos que duermen la mona en las bancas de la Universidad de Nueva York, en los muelles de Brooklyn o en Central Park, pesa más que los efectos de la droga misma. Sin la exhibición cotidiana de sus miserias, diurnas y execrables el yonqui carece de sentido. Sin rito no hay placer. El consumo de heroína otorga estatus al interior del grupo. Es en el espacio de la autoinmolación heroica donde el consumo de heroína cobra fuerza. Distintos autores lo han comprobado. A instancias mías, y recordando un experimento leído en alguna parte, "Garfield" llegó a un acuerdo con "Ricky" con el objeto de entregar unos cuantos sobres entre clientes habituales, seleccionados previamente, cuyo común denominador era la vistosidad de la demanda: "sin mi caballito me muero, ay, me muero". En uno de los cuartos se repartieron los sobres, unos de heroína con su cuota normal de adulterante, y otros solamente con un polvo inocuo de color blanco amarillento. Los sujetos consumieron sus dosis, sin advertir el cambio. En ambos casos el efecto fue similar. Un "éxtasis de poca madre". Al señalarle a uno de los hombres que se había inyectado un placebo, pareció no importarle y continuó en su "éxtasis" que, en el plano del discurso, era similar al efecto que se experimenta con una inyección intravenosa de heroína de excelente calidad: "¡Corta velada de ebriedad santa!", para decirlo con Rimbaud, en el poema *Vocales*.

La actitud de los heroinómanos modernos contrasta radicalmente con los viejos usuarios de finales de siglo, consumidores de entre uno y cinco gramos diarios de heroína barata y de buena calidad, cantidad que para los legos parece exagerada. Desafortunadamente carecemos de estadísticas confiables, pero un dato es revelador: una buena parte de los autodenominados heroinómanos lo son sólo en apariencia. El "álgebra de la

necesidad" es, en algunos casos, una farsa: se consume heroína adulterada, o sustitutos, para sentirse parte del grupo de los "otros", de una subcultura cuya identidad pasa por la ritualización de las agujas. La situación es conocida, pero es soslayada. Los burócratas prefieren optar por la maldición y la censura. El silencio cómplice contribuye a exacerbar el escenario de los simulacros. Además, la naturaleza mitómana del consumidor extremo dificulta capturar con certeza la información que aportan. Casi todos presumen de su cercanía con el infinito. Existen, incluso, jóvenes que sin poseer experiencia alguna con las drogas, hablan como veteranos de la comida cósmica. Los relatos son, en ocasiones, sorprendentes. Es ardua la tarea de desbrozar la información y distinguir lo real de lo irreal: reconocer la diferencia de efectos y síntomas entre los usuarios de los opiáceos, los alucinógenos, los depresores, los inhalables o los sucedáneos.

En el imaginario urbano es común encontrar informantes que presumen de viajes hacia "un infinito maravilloso". Viajes imposibles con dosis vulgares de heroína adulterada. Muchos *flashazos* sólo existen como figuras de un relato mágico, fantasmático. Los efectos de la heroína que vende "Ricky" en su negocio son leves y fugaces; escasamente habilitan una mínima cuota de euforia y relajamiento. Hasta la muerte por sobredosis, ironiza Escohotado, resulta patética, por exagerada: el clásico sujeto con la aguja clavada, "muerto instantáneamente". La heroína, y en general los opiáceos, no generan una muerte instantánea. Normalmente se produce un trance comatoso de varias horas. La famosa "dosis de oro" o "beso de la muerte" sólo es una dosis excesiva: tres miligramos de heroína por cada kilo de peso, introducidos en una sola aplicación. Benjamin, el filósofo de Frankfurt, se suicidó con una dosis de heroína capaz de matar un caballo. Las muertes instantáneas sólo ocurren por reacciones anafilácticas producidas por la acción de los adulterantes.

El síndrome de abstinencia, en su "versión clásica" es posible en consumidores típicos de heroína. Tres elementos son fundamentales para determinar una situación crítica de síndrome: frecuencia, dosis y calidad de la sustancia. Sugiere Escohotado que siendo la heroína que consumen los usuarios terminales, de mala calidad, el síndrome de abstinencia no pasa de ser una leve sensación de malestar, menor que los síntomas de

una gripe. El síndrome clásico, aunque puede variar, usualmente se presenta 12 horas después de la última ingesta. El cuadro clínico manifiesta oleadas simultáneas de calor y frío, "piel de gallina", fatiga, ansiedad, segregación mucosa, dolores abdominales, sudoración, vómitos y erecciones espontáneas, entre otros síntomas. La mayor intensidad se alcanza a las 48 horas. El síndrome parece estar relacionado con los receptores sedantes del cerebro, que se alteran por la interrupción brusca de la sustancia (Mothner y Weitz, 1986). Advirtamos que la heroína, y en general los opiáceos, trabajan sobre el sistema nervioso central y el aparato digestivo; sirviendo, además, para eliminar dolores fuertes. Al suspender la sustancia, en ocasiones, se activan dolores crónicos suspendidos, que no tienen que ver con la sintomatología del síndrome de abstinencia. Tal es el caso de los enfermos terminales de cáncer o sujetos con miembros mutilados. Si se les elimina la sustancia, dolores encubiertos de otro orden pueden activarse.

El síndrome con el que especulan los heroinómanos callejeros es un simulacro del simulacro. Es leve. No corresponde al cuadro de una adicción con drogas de primera calidad. La heroína consumida con regularidad genera tolerancia, es decir, el organismo requiere de dosis mayores para sentir los efectos. Un usuario suicida o extremo llega a inyectarse varias veces al día. Anuncia al mundo el encontrarse diariamente con los infiernos de Dante. En el caso de que al usuario suicida se le suministren gratuitamente dosis de heroína de excelente calidad, se negará a que el personal médico lo inyecte en condiciones adecuadas. La adicción a las "drogas duras" constituye uno los grandes mitos de la sociedad norteamericana, urgida de argumentos para abanderar la prohibición. No negamos la existencia de cuadros clínicos de adicción, como los que presenta Billie Holiday en *Basketball Diaries*, o *Junkie* de Burroughs. Sin embargo, en ocasiones, los relatos del síndrome callejero son parte de una ópera bufa hiperreal; obscena, diría, Baudrillard.

En el extremo de la incertidumbre contemporánea los heroinómanos son como una secta de la aguja. Su santo patrón bien podría ser, si lo supieran, la mujer de Alexander Wood, el médico de Edimburgo, inventor en 1853 de la jeringa hipodérmica, primera víctima de una sobredosis de

morfina, a mediados del siglo XIX (Aparicio, 1972). No de otra manera puede entenderse la veneración masoquista por las agujas. En la actualidad ser decadente ya no causa simpatía ni admiración, tampoco irritación. Los yonquis se rompen las venas y la carne para llamar la atención. En Brasil y Colombia los "comités de limpieza" los eliminan a balazos. El asombro es cosa del pasado: en París "los grandes drogados, según narra Gerbault, hacían gala de inyectarse en público. Algunos llevaban permanentemente clavada una aguja de oro por debajo del apósito. Otros, deseosos de mantener su reputación, se inyectaban agua pura, hasta tal punto era preciso pasar por decadente" (cfr. Varenne, 1973: 129). Las Barranquillas de Vallecas, en la periferia de Madrid, son un enorme punto de venta de heroína, cocaína, hachís y éxtasis. En esta suerte de "laboratorio socioquímico" el uso de agujas es una práctica disminuida. No causa asombro. En los ochenta la jeringa era un icono que se portaba con orgullo. Y el heroinómano, un sujeto contestatario que batallaba por pagar los altos precios de la droga. En la actualidad la heroína de Vallecas es, incluso, más barata que en Ámsterdam. El uso de la jeringa ha cedido a prácticas menos ortodoxas como aspirar humo de heroína, expuesta al fuego sobre papel aluminio. La jeringa sólo es usada por consumidores extremos. En el Distrito de Vallecas se ha puesto en marcha un programa diseñado para garantizar condiciones de asepsia entre los consumidores. Parte de este plan consiste en dotar a quien lo solicite de jeringas nuevas. Institucionalizar la jeringa implica eliminar su áurea infernal; destruye el valor significante de la aguja. El fantasma de la clandestinidad se evapora y, al hacerse público, pierde su carácter contestatario. En este sentido muchos consumidores extremos, pasan el día recogiendo jeringas usadas y las intercambian por nuevas. No las usan: las venden a un euro a los usuarios nocturnos que se arriesgan a comprar en las chabolas. Con el dinero obtenido adquieren sus dosis: el nuevo drama que escenifican consiste en inyectarse con jeringas usadas. Reactualizan de este modo el álgebra de la necesidad: el dolor como espectáculo.

El medio sociocultural de los heroinómanos extremos es parecido al de los primeros consumidores de crack y sus "guetos químicos", que hicieron de la miseria y la desgracia personal una virtud. Nada que ver

con el ambiente de los usuarios de cocaína o el éxtasis (MDMA) que popularizaron las fiestas químicas o raves de *acid house*, mezclas sónicas, en Ibiza. En Nueva York el consumo se concentra en zonas marginales de negros e hispanos y de blancos de economía restringida. Herramienta, también, de sectores medios que, a finales de los ochenta, expresaban su repudio al medio en que vivían. Es frecuente que grupos cuyas edades oscilan entre los 14 y 25 años simpaticen y comulguen con el universo psicológico y cultural de los "comedores" de heroína o crack, que vegetan en edificios abandonados, en la red del sistema de drenaje, en los parques, o en la amplia zona de muelles del puerto natural más grande del mundo, como leprosos medievales o "modernos salvajes", para decirlo con Vacca. La satanización de los medios de comunicación, rica en imágenes, hace de las drogas, una manzana prohibida "que vale la pena probar". Los resultados de la prohibición son inversos: los escolares abren su apetito al más ordinario de los productos que circulan en las calles: el crack: pasta base de cocaína de regular calidad, mezclada con bicarbonato de sodio, agua, "y anfetaminas a criterio del cocinero", o acceden a procesos de experimentación más radical: anfetaminas fumables, o mezclas inyectables de cocaína y heroína.

"Ricky" dispone de lugares para fumar bazuco o crack; el más disputado es el excusado, aunque es el que más problemas provoca dentro de la clientela por razones que son de suponer. Las habitaciones para fumar bazuco están completamente blindadas; gruesas capas de cinta adhesiva sellan los orificios o filtraciones de luz de puertas y ventanas. "Es una urna –me comenta "Garfield"– para que el humo no escape y sea más efectivo, más nítido."

Tres clientes compran una "bola" de regular tamaño, "un cuarto de ocho", precisa "Ricky", y tres viales de crack. La bola es pasta básica de cocaína o bazuco, una de las formas clásicas de droga para fumar. El bazuco se puede fumar introduciendo el polvo de color marrón dentro de un cigarrillo, o revolviéndolo con tabaco o mezclado con marihuana, formando lo que popularmente se conoce como un *maduro con queso*. El crack se comercializa en forma de pequeñas piedras; se fuma en pipas de vidrio, en recipientes plásticos con perforaciones y pitillos para absorber. En México se usan pipas artesanales que se improvisan con latas perforadas de

cerveza o refresco: sobre un lecho de ceniza de cigarro se depositan las piedras, se encienden, y se succiona el humo por el extremo superior. Últimamente se ha popularizado el uso de pipas de agua, de origen árabe.

Los hombres comparten silla y mesa; disponen además de una botella de ron a medio consumir y cigarrillos. A diferencia del cuarto donde se consume heroína en éste hay mucha luz. Una lámpara de 100 wats ilumina la instancia. El ritual se inicia con la "armada" de los carrujos. Se desmenuza un cigarrillo con suavidad. Se mezcla el tabaco con la sustancia. La punta de una navaja sirve de instrumento para rellenar los cigarros. Con ayuda del índice y el pulgar se enrosca la punta, y se ensaliva ligeramente, "para que no se queme". Una vez encendido el cigarro se aspira profundamente, una, dos; "tres fumadas son las reglamentarias", y se pasa en círculo. La acción es sorprendentemente rápida: "el golpe es fulminante; ilumina el cerebro: bluf, bluf, y ya; un sube y baja; plas, plas, plas".

La euforia es visible; "se siente uno bien, muy bien". Minutos después se enciende otro cigarrillo y el proceso se repite. "Es como un viaje con pececitos de colores; bluf. Un sube y baja." La acción continúa con intervalos menos espaciados; de vez en cuando toman un trago de ron para aliviar la resequedad de la garganta, "para emparejar el genio". Encender los cerillos parece costarles una enorme dificultad; éstos se acumulan sin cabeza sobre la mesa. La llama de los encendedores es muy grande y quema la pasta; por esa razón se descarta. Sólo los usan para encender las pipas de crack. Los sujetos se prenden a la pipa de vidrio con una urgencia insólita; el humo que expele es de un sabor dulzón. Mis preguntas cada vez encuentran menos eco; no hay respuestas, sólo monosílabos. Mis interrogados se muestran inquietos, se levantan; dan vueltas por la habitación, se sientan. Dan la impresión de no poder quedarse quietos. Se muestran sumamente nerviosos, paranoicos; uno de ellos ataca sus uñas con sevicia. "Ya les dio la caminadora –me alerta 'Garfield'. Los monos se ponen locos con esa vaina." Para entonces ha pasado como hora y media. "Y esto no es nada; a veces se dan encerronas más largas; a las pintas les gusta venir aquí. Dar visaje. Se les acaba el billete y vienen por más, o por ahí se meten a tomar trago hasta más tarde."

No todos "los clientes disponen de dinero para comprar una bola; la mayoría compra uno o dos frascos, de cinco o siete pesos, se lo calibran y ya. Vienen aquí por el ambiente. Cotiza alto en el medio decir que fueron al hueco; antes no era tanto, pero hoy en día esta vaina se está poniendo de moda" –confiesa "Ricky". En efecto, no todos tienen para pagar "derechos de piso"; de cualquier modo consumir "piedritas sale más barato que una rumba en El Paladium". Pasado el entusiasmo, la efímera experiencia de la euforia que proporciona el crack, los hombres abandonan el negocio de "Ricky", pálidos, con un extraño color rojo amarillento en las pupilas; apuran con deleite grandes sorbos de ron y guardan la droga sobrante. Caminan con dificultad.

En el consumo no hay crédito. "A veces quieren dejar cosas en prenda; si es una buena bamba, se le piensa, sino geraf. Esto no es peña; antes recibíamos mucho aparato; pelaos de escuela llegaban aperaos de planchas o relojes; hoy no. Feriar cosas no es negocio. Todo se cancela en efectivo." El crack goza de particular estima en Harlem; es uno de los lugares de mayor venta. En la calle 125 se disfruta de buena comida, excelente jazz, pero también de las drogas más adulteradas del planeta. Los distribuidores colombianos entregan la pasta y los *dealers* se encargan de hacer las piedras y venderlas. La impureza del crack lo convierte en una sustancia de cuidado. "Su precio hace que los consumidores le disparen a la cabeza una y otra vez, sin descanso; si el hombre tiene su plante puede irse con un ocho y chutárselo; el pasón es bacano. Un free base es leve; pero una roca de peso completo de una es bye bye man."

"La acción del crack es instantánea; en menos de 10 segundos se siente el golpe en el cerebro; es rico pero nada más. La sensación es chévere pero pasajera." No se conoce el grado de adicción. Señalan los usuarios un problema: "Entre más se usa más rápido se le pierde el gusto." Mezclado con alcohol ocasiona resacas memorables. Usualmente se combina con otras sustancias. En torno al crack se levanta una áurea mítica. Se le hace responsable de adicciones instantáneas y conductas que segregan desastres. Sabemos que la autoinmolación cotidiana es producto solamente de un consumo irresponsable. El crack, incluso, ha sido utilizado exitosamente en tratamientos terapéuticos, sin problema alguno.

Los adeptos al crack gustan de las cabinas telefónicas o los autos abandonados. No temen sacar los frascos de rocas y preparar la pipa o armar los sopladeros de plástico. Los transeúntes observan a los jóvenes pegados a los tubos de vidrio aspirando el humo grisáceo que expelen las rocas, pero no dicen nada. Siguen de largo. Los jóvenes al sentirse observados gustan de dramatizar con posturas jocosas, el proceso de absorción. Recogen sus mochilas, sueltan el cuerpo al caminar, se bambolean echando el cuerpo hacia atrás y descolgando los brazos. Se alejan fumando o deslizándose en sus tablas rodantes.

El crack es de amplio uso entre los jóvenes; experiencia pasajera que se une al hábito de la marihuana. El gran problema del crack, según lo manifestaron consumidores habituales, no es el precio si no los efectos de la resaca. Al igual que sucede con ciertas drogas, la frecuencia del consumo elimina la sensación de goce; pierde sus efectos. El usuario voluntariamente abandona la sustancia. Fuera de ciertos límites el consumo de crack ocasiona malestar:

> ...para evitar la pálida, el bajón, el crack se amortigua con ron; la pálida es muy dura: no hay sueño; puede uno acostarse pero conciliar el sueño es imposible, las ventanas permanecen abiertas; las pepas se ponen rojas, y es como si se quisieran reventar. Medio kilo de ron amaina el desvelo, es cierto, pero uno carga el miedo de un cruce. Si uno llega al nivel del cruce ¡sálvese el que pueda!; se va, uno se va [...] Y es ahí donde cualquier locura es posible; yo lo veo, usted me ve, pero no lo estoy viendo; es algo raro. Cruzado uno va para lo que sea.

La mezcla de crack y alcohol puede producir alteraciones de conducta que acaban en violencia y muertes. El alcohol nubla la visión del individuo, elimina la aprehensión del riesgo; aunado al crack genera una combinación de fuerzas encontradas que hacen eclosión. El crack y la cocaína eliminan la ebriedad alcohólica, reaniman al sujeto: "matan la perra y se puede seguir de carnaval". Los efectos del crack se prolongan con alcohol y viceversa. De esa forma se establece una sinergia entre las dos sustancias, permitiendo el consumo de gruesos volúmenes de alcohol, frente al cual el hígado, el corazón, el páncreas y el cerebro permanecen vulnerables. Las muertes violentas que se registran en la calle, en los suburbios, o casos extremos de sevicia en asuntos domésticos tienen que ver con cir-

cunstancias de toxicidad conductual ocasionada por la disminución del nivel de conciencia. Normalmente se atribuyen hechos de violencia al consumo de drogas; en realidad son producto de intoxicaciones alcohólicas. La emergencia y saturación de crack en el mercado norteamericano, generó una alarma inusitada. William Bennett, el zar antidrogas, llegó a decir del crack que era un "nuevo Vietnam". No se produjo, sin embargo, la anunciada catástrofe por todos tan temida. Hoy en día el consumo de crack ha descendido considerablemente. Se supone como causa la baja en los precios de la cocaína, que ahora está al alcance de cualquier sujeto. Los precios han dejado de ser prohibitivos.

Lo público y lo privado

El submundo de la droga tiene una estructura bífida que tiene que ver con lo público y lo privado. El primer rostro es el más publicitado; las agencias televisivas norteamericanas emiten a diario miles de imágenes sobre los temibles y oscuros personajes que se dedican al narcotráfico y sobre los consumidores extremos. El segundo, que no trasciende, es el de los usuarios privados, domésticos, consumidores de fin de semana, a quienes nadie molesta pues su conducta no contraviene públicamente las normas sociales. Estos son usuarios ocasionales de cocaína, marihuana, éxtasis, o activos consumidores de antidepresivos, anfetaminas, barbitúricos, para conciliar el sueño o aliviar el estrés. Ejercen el derecho a la automedicación. A este nivel de consumo corresponden sectores de clase alta y media de Nueva York. Necesitan de un *dealer* que los abastezca de cocaína con un ochenta o noventa por ciento de pureza, pero no infringen abiertamente la ley. Su estatus económico les permite asegurar raciones diarias o semanales sin problema. La prohibición sólo genera para este tipo de consumidores un problema de costos.

Existen distribuidores altamente especializados, blancos en su totalidad. Incluso se maneja servicio de crédito. La limpieza en el servicio a domicilio no elimina el lado sucio del comercio clandestino. El más publicitado de este tipo de servicios fue llamado jocosamente por la prensa norteamericana "pizza nostra". Este tipo de usuario no se adscribe al concepto de

adicción. Adictos, afirman, "son los otros", los yonquis, los que habitan las zonas periféricas de Nueva York, los hispanos o los *niggers*, el término más despectivo de los anglosajones hacia los negros. Reconocen sí su "afición" a los psicofármacos, toda vez que su estado emocional los desborda; al mismo tiempo reclaman para sí cierto grado de conciencia y voluntad, que los pone a salvo de los "venenos".

Los sucedáneos circulan en cantidades alarmantes dentro del público escolar. Sustancias como el éxtasis o las tachas holandesas son, entre el público juvenil, amante de los *raves*, más populares que la misma cocaína que, luego de momentos de esplendor, amenaza con irse a la baja en el mercado estadounidense. Los precios han disminuido considerablemente. La irrupción de los sucedáneos, probablemente, ha obligado a los narcotraficantes a permitir que grandes volúmenes de cocaína se queden en países que, como México, eran tradicionalmente de paso. O, por cuestiones técnicas, los introductores colombianos han empezado a manejar los pagos, no en dinero en efectivo sino en especie, es decir en cocaína, a sus intermediarios. Este hecho explica el incremento en el consumo de cocaína barata pero de baja calidad, en países como México, y de la proliferación de cientos de puntos de venta al menudeo en la ciudad capital.

El tráfico de drogas sintéticas es altísimo. Es más cómodo y más fácil de negociar. Una pastilla de 250 gammas de anfetaminas, más chica que una aspirina, se puede conseguir en tres dólares: "golpean como un cañón y se pueden transportar por miles". Sustancias como la dolantina, la cetobemidona, la dextromoramida, o el fentamil, circulan al amparo de recetas farmacéuticas y del mercado negro. Los hogares permanecen llenos de medicamentos contra el estrés. Tan pronto cae la prohibición sobre ellos, éstos empiezan a circular en el mercado negro. Errores o síntesis defectuosas en laboratorios caseros, producen sustancias cuyos resultados son fatales para los usuarios. Muchos de los sintéticos que circulan en la calle, contienen compuestos químicos de origen desconocido. Hofmann registra el caso de un joven de Basilea, muerto a causa de una sobredosis de LSD adquirida en el mercado negro. Los análisis de la sustancia consumida, efectuados por Hofmann, dieron como resultado que el sujeto había consumido no LSD, sino estricnina, un alcaloide muy venenoso (1980).

Cualquier aprendiz de químico puede, desde luego, fabricar sucedáneos o drogas de diseño de dudosa calidad, sin dificultad, y distribuirlos con éxito. En Internet circulan instructivos para efectuar procesos de síntesis, incluso información para los usuarios sobre reactivos para probar la pureza de las sustancias. El Marquis, por ejemplo, es un reactivo que se utiliza para verificar la calidad del éxtasis. Los jóvenes holandeses comprueban con Marquis, la calidad de las pastillas de éxtasis, antes de efectuar la transacción con el *dealer*. Estrategias, pues, de la posmodernidad. No todo es consumo irracional. No obstante, como advierte Hofmann, a propósito del LSD, aislar y obtener preparados estables, requiere de instalaciones, experiencia y habilidad en el manejo de las sustancias, que no siempre se poseen. Los usuarios normalmente no reparan en la calidad de lo que compran en la calle. En el caso de los ácidos, o del éxtasis, el consumidor deposita la confianza en su *dealer* personal, o en la información de otros usuarios, que señalan las ventajas que contiene determinado logotipo o marca: Superman, un conejito, el hombre araña, o un tulipán. Los grandes laboratorios controlan las patentes, pero en la calle es fácil encontrar cocineros que se aproximen a la sustancia original. Las imitaciones son, en ocasiones burdas, sin embargo, los clientes novatos no reparan; pueden, incluso, en el colmo de la parodia juvenil, tomar un cóctel de anfetaminas con Red Devil, un bioenergético, y "disfrutarlo" como la exquisita "leche del paraíso" que celebra Coleridge, en el poema *Kubla Khan*. Paradojas, pues, de la vida cotidiana, parodias del mundo moderno, anunciadas premonitoriamente por Joyce, en ese mítico 16 de junio de 1904, en las vidas de Bloom, Moly y Stephen Dedalus, los personajes de *Ulises*.

Capítulo 6

Hermenéutica de la prohibición

EL CONSUMO de drogas en los Estados Unidos se ubica en el horizonte de un imaginario colectivo que fascina y de un dispositivo cultural que seduce y atrapa, incorporando a nuevos fragmentos de la población. Los límites de la escena y de la verdad se han transformado. El paraíso soñado, el edén maravilloso del *American Dream* ya no atrae, como antaño, el ancla de los barcos. El edén ha evolucionado en la metamorfosis de la desilusión. La ilusión, ese imaginario efectivo que hizo decir a Apollinaire: "Mi barco zarpará mañana para América y jamás volveré" es hoy en día un desvarío. La "estival hierba de los prados" de Whitman, el poeta del Destino Manifiesto, es sólo el recuento de un edén desventurado, pasto seco donde una sociedad opulenta, pero en crisis, dormita su incertidumbre; vulnerable, se enclaustra en el miedo. El mito cuáquero desciende a los infiernos: los temblores físicos no devienen ya de la posesión divina o de violentos trances místicos, si no de los calores psíquicoactivos que revientan la carne de los sujetos en un aquelarre de convulsiones anafilácticas.

Los "ponches de ácido lisérgico" y jugo de naranja, descritos por Wolfe (2000) en su brillante descripción del épico viaje a través de los Estados Unidos, de Cassady y Kesey, en los orgiásticos sesenta, se han metamorfoseado en consumo desmesurado de sustancias chatarra adulteradas o, en el delirante arsenal recreativo de "comidas-trip" y *smart drinks* del siglo XXI, estímulos artificiales de energía, que afectan en

menor grado el sistema nervioso, y diseñadas para exteriorizarse a través de un derroche de esfuerzo físico nocturno: combustible cósmico de discotecas y de los *collages* electrónicos de las fiestas *rave*. Los combustibles químicos se fijan en la lengua de los *ravers* y se deslizan por el tubo del esófago con un cristalino vaso de aminoácidos y vitaminas rehidratantes, al ritmo machacante y repetitivo de la música *tecno*.

El imaginario contenido en la moderna subcultura de las drogas se despliega, en una red de sensaciones e interrogantes varios. No en vano los hombres han curioseado con sustancias que modifican el estado de conciencia; esto, sin embargo nunca significó sacrificar la condición humana, al contrario, reivindicó para el hombre la posibilidad de despojar a las nubes de sus ropas y cabalgar como hijos del viento, potenciando la capacidad humana, sin atadura alguna; "tendencia inescrutable del espíritu hacia el infinito", dice Santayana en *El último puritano*. Los viajes psicodélicos se encadenaron en una reproducción simbólica, gestual, oral, que se transmitió sin problemas de generación en generación. ¿De dónde acá la prohibición de drogas que podrían circular libremente, bajo estrictos controles de calidad, como cualquier otra medicina, o calculando los riesgos? La prohibición ha generado el narcotráfico y con éste a los verdugos victoriosos: modernos sacerdotes de *estados adulterados* de conciencia, que como el mítico Cronos terminan saqueando las entrañas de sus hijos.

En un combate así, escribe Jünger en *La guerra, nuestra madre*, el más débil sucumbe. El vencedor, blandiendo su arma, penetra más profundamente en la vida y prosigue su marcha victoriosamente escalando el cuerpo maldito. El consumidor queda a merced del contrabandista de drogas, el épico narco que despierta la admiración de los cantores:

A un hombre sacrificaron
le cortaron la cabeza...
Adentro de la cabeza
kilo y medio acomodaron

del valioso polvo blanco
para llevarlo a Chicago.[20]

Paisaje *gore* de la geografía prohibicionista. Las explicaciones sobran. Tenemos frente a nosotros, con frialdad extrema, la cara oculta del consumo de drogas. El universo de los traquetos no posee límites éticos ni morales. Su acción se inscribe dentro de una dialéctica de la sobrevivencia: "Somos damnificados económicos", se justificaba un informante. Son parte, quizá, de ese "nihilismo fuerte" del que hablaba Nietzsche, con el que nace el capitalismo y donde cualquier actividad mercantil es moralmente posible. Respuesta salvaje al *Horror económico* de Forrester. El elenco del narcotráfico es muy amplio. De él forman parte personajes inverosímiles: hombres de negocios, individuos de diversa condición social, profesiones y abolengos, pero igualmente una jauría de personajes marginales, que llegan a los Estados Unidos en busca de oportunidades y que al no encontrarlas terminan "haciendo favores" a los sectores duros del truquito y la maroma: los que manejan la logística de la introducción de cocaína, o convirtiéndose según sus habilidades, en pequeños patrones o en muchos casos, en "mulas", el eslabón más bajo de la pirámide del narcotráfico. Todo es posible en un mercado como el norteamericano, abierto al escalonamiento y a la competencia. El azar y la necesidad juntan en un mismo saco a hombres de diversa condición social: el polvo blanco borra las fronteras sociales y las convicciones. En la cárcel se oye cantar a los ingenuos, los peces chicos de los clanes caídos en desgracia. Los peces grandes excepcionalmente caen en la red de la justicia. Fruko y sus Tesos alivianan con una salsa memorable los dolores del encierro:

Virgen de la Mercedes
Patrona de los reclusos;
Dame si puedes la libertad
que te pido;

[20] Fiden Astor, *La rubia y la morena*, s.f.e.

Seré honrado y honesto;
te lo juro de rodillas,
Que al vicio no vuelvooo...

Arrepentimiento tardío. Las autoridades norteamericanas hacen valer con creces su condición de gran gendarme y de "protectores" de la salud pública; ejercicio de la simulación: los magnates de cuello blanco del narcotráfico, los que *blanquean* el dinero, disfrutan de la complicidad de instituciones corruptas.

Acercarse a la cara oculta, a la intimidad de los antihéroes del narcotráfico, los hijos que parió la prohibición, tropieza con problemas de estómago: primero, para reprimir las emociones frente a relatos tórridos y, segundo, para aprehender el *hinterland* cultural y tratar de comprenderlo desde los recursos de la antropología contemporánea o, para expresarlo con Ricoeur, desde una hermenéutica de la sospecha. La antropología tiene entre sus tareas la de leer y descifrar la selva de signos y símbolos culturales del mundo contemporáneo, y ampliar el universo del discurso humano; la cultura es un libro de páginas abiertas, un conjunto de signos interpretables (Geertz, 2001). Interpretar implica "conversar" con el Otro, el moderno salvaje metropolitano, el vehículo de lo prohibido, el gatillero. Despreciar lo que no comprendemos, escribía Montaigne, es una peligrosa desfachatez. Y conversar, ejercitando un diálogo oculto, es el procedimiento que hemos empleado con los sujetos, los hijos legítimos de la prohibición, variante trágica de la modernidad y la incertidumbre contemporánea.

En la conversación, en el diálogo, adoptamos una actitud interpretativa, ha señalado Ricoeur. El estudio de la cultura debe plantearse desde la estrategia de una ciencia interpretativa a la caza de significaciones, no desde los límites de las ciencias formales. Interpretar tiene algo de sospechoso para quienes gustan de la asepsia en los datos, o de lo que jocosamente Weber llamaba "peste metodológica"; y tienen sus razones, la principal es de que la interpretación, tal como la define Ricoeur (1975) en tanto discurso, funciona, en las intersecciones de dominios: el metafórico y el especulativo. Pero confrontar la realidad, obliga a la metáfora.

La "metáfora viva" que vivifica un lenguaje constitutivo. La metáfora lo es en virtud del hecho de introducir la chispa de la imaginación en un "pensar más" en el plano conceptual. Esta pugna por "pensar más" guiada por el "principio vivificante" es el "alma" de la interpretación (Geertz, 2001). No estamos, pues, ante la rosa de los vientos, tenemos con nosotros la esperanza semántica de los desesperados, los hijos predilectos de la incertidumbre: los que habitan, decía Julius Fucik, antes de caminar hacia el patíbulo, en "las entrañas del monstruo", y que viven de contrabandear lo prohibido. Vivimos días inciertos, enfermos de violencia y melancolía, temerosos de las balas perdidas, o de estar en el lugar equivocado y morir en un cruce de disparos de bandas rivales. Lo políticamente correcto parece ser el encierro voluntario, el enclaustramiento monacal, que nos ponga a buen resguardo de la podredumbre cotidiana y de la vulnerabilidad hipócrita, de quienes han convertido la prohibición y el combate a las drogas, en una cruzada moral. ¿Ignoramos, acaso, que el narcotráfico es una construcción o invención jurídica?

"Garfield" camina a mi lado, luciendo un espléndido Cartier en su muñeca izquierda. Es una soleada mañana del mes de julio; apuramos el paso observando con desenfado la mercadería de los *sex shops,* confundidos en un universo multicolor de hombres y mujeres que van y vienen, desprevenidos, ligeros de ropa por los rigores del verano. Nos detenemos en un aparador de brillante mercadería. En uno de los extremos se observa una escopeta de dos cañones: "Me gusta –dice 'Garfield'–, clavando su mirada gatuna en el metal, pero habría que recortarle el cañón." Imaginar el arma fuera del aparador, en las garras de la calle, me hizo recordar una frase de Lévi-Strauss, en *Tristes trópicos*: El mundo, que empezó sin nosotros, posiblemente terminará sin nosotros. En uno de mis bolsillos cargo una cuartilla "poética" que me entregaron en la cárcel:

No te preocupéz por la bida,
tomá aguardiente y brindá
por los fiambres, por los finaos.
Limá, ermano, la punta,
que un puntaso mal calculado

te puede bolver finao;
¿De qué me sirve la vida,
sino es pa' ponerla en juego?
¿Y si me muero, y si me matan?
Ja, ¿Quién me quita lo bailao?

Mi anónimo e inspirado informante no conoce a Lévi-Strauss; su referente más inmediato quizá sea el homónimo inventor de los *jean*s, y mucho menos a Jacques Monod, pero la forma azarosa como intuye su vida lo acerca al paisaje que se describe en *El azar y la necesidad*: sólo el azar está en el origen de toda novedad; no el azar matemático al que estamos acostumbrados sino el azar esencial, la incertidumbre: lo esencial es imprevisible. Esa humanidad que veo desfilar alborozada con motivo de la fiesta de independencia, es ignorada por mi informante desde la única dialéctica que conoce: limar la punta de su puñal para no errar. Habitantes inciertos. La vida depende del azar de un encuentro desafortunado. La muerte súbita tras un cruce de disparos. En la calle el urbanita que desfila no está a salvo; es un ciudadano enjaulado en la cultura del miedo: como el jugador de Dostoievski, gana en la ruleta, pero a la mañana siguiente puede perder en una partida de baraja.

Los habitantes de la noche

Los movedores de cocaína de *niuyork* se autodenominan traquetos. El término incorpora a todos los que habitan el reino del truquito y la maroma: la metáfora de los que sueñan con ganarle a la vida. Por ello están en el parche y la jugada. El vocablo nació en Colombia, probablemente en Medellín. Forma parte de lo que Martín Barbero denomina lenguaje fragmentado o "sintaxis rota". Algunos estudiosos llaman "parlache", a este lenguaje malevo que identifica al marginal, al Otro, el que no cabe en el territorio de la cultura que identifica al roussoniano contrato social: el traqueto, moderno espécimen, guerrero de la selva urbana. El soberbio comercio de cocaína desterró el negocio de la marihuana, y trajo a los traquetos, inaugurando el universo de los sicarios, los parceros, las bandolas y

los pistolocos: los "Alexis", el antihéroe urbano de Vallejo (1994), la "Rosario Tijeras" de Franco (1999), los relatos deslumbrantes y sin concesiones, de una orgía de sangre, propiciada por adolescentes asesinos y fumadores de bazuco; fantasmas maldicientes, seres a la deriva. Punto de ruptura con el pasado y sus valores; actores fundamentales del teatro intoxicante de la globalización: las comunas de Medellín se encadenan con las calles de Sao Paulo, los rascacielos de oficinas del Japón, o los suburbios de Nueva York.

Los hijos de la prohibición no tienen fronteras. Los he visto desfilar con desenfado y odio arcado en los ojos en los suburbios de Bogotá, en las favelas de Río de Janeiro, o en los barrios pobres de Buenos Aires ofreciendo sus servicios; niños-ángeles, poseídos por la lujuria del trueno y el deseo de reventar huesos por unos cuantos pesos. El furor vandálico de estos adolescentes asesinos se alimenta de pegamento sintético, o de un "mix de vino con pepas", en el lunfardo argentino. La precocidad delictiva está asociada al comercio de drogas. Cerca del 40 por ciento de homicidios que se cometen en la actualidad, tanto en Colombia, Argentina o Brasil, tienen como protagonistas a menores de edad. En el subterráneo mundo de los negocios clandestinos, el niño, el adolescente, el asesino precoz, tiene a su favor, y lo saben sus contratantes, la edad de la inimputabilidad. Con desparpajo los traficantes buscan los servicios de los adolescentes en las calles de Logan, San Diego, en Tijuana, o en el barrio bravo de Tepito, en México.

Una realidad ya no tan invisible es el hecho de que la globalización, no sólo amplió las rutas del narcotráfico, sino que también ha creado un mercado de nuevos consumidores. En 1980 según el Informe Mundial sobre la Droga 2000, divulgado por la ONU, 120 países daban cuenta de incautaciones de drogas; en 1998, la cifra aumentó a 170. Las estimaciones oficiales de la Organización de Naciones Unidas para el Control de Drogas y Prevención del Crimen, calculan que en la actualidad hay cerca de 180 millones de consumidores de drogas en el mundo, incluyendo entre ellos a menores de 15 años: el 4.2 por ciento de la población mundial. La droga, además de exportarse a los mercados tradicionales de Estados Unidos o Europa, tras el fenómeno de la globalización económi-

ca, ha inaugurado un floreciente mercado en los países de América Latina: una parte de la producción de cocaína se exporta, otra se queda en casa, para los consumidores locales de Colombia, Brasil, Centroamérica o México. El narcotráfico del nuevo milenio opera como una "empresa red" a escala planetaria. Existe una conexión directa entre la globalización de la economía y la globalización del crimen (Castells, 1999). La prohibición de las drogas es el argumento central que agrupa a la red del crimen en un mundo sin fronteras. La legalización de las drogas eliminaría el gran negocio del narcotráfico. Esta opción ni siquiera es considerada por el gobierno norteamericano, abanderado del prohibicionismo. Como negocio es más rentable la guerra contra las drogas. Advirtamos que el número de consumidores de drogas ilegales, es muchísimo menor al de consumidores de drogas legales: alcohol, nicotina y cafeína. Anualmente mueren en Estados Unidos 320,000 personas a consecuencia del tabaco y 200,000 como resultado del consumo de alcohol. Las drogas ilegales en su totalidad producen entre 3,000 y 4,000 muertes anuales (Nadelmann, cfr. Ott, 1996).

Drogadicción y violencia, sinónimos de prohibición. La ley al restringir el sistema de acceso a las drogas ha desatado impresionantes oleadas de violencia. Se delinque en torno a lo prohibido. La desobediencia marcó nuestra huida del paraíso. La ley estructura el deseo, señalaba Lacan. La cruzada moral contra las drogas en los Estados Unidos tiene el tufillo teológico del senador Volstead. El 17 de enero de 1920 anuncia al pueblo norteamericano la puesta en escena de la XVIII Enmienda Constitucional:

> Esta noche, un minuto después de las 12, nacerá una nueva nación. El demonio de la bebida hace testamento. Se inicia una era de ideas claras y limpios modales. Los barrios bajos serán cosas del pasado. Las cárceles y correccionales quedarán vacíos; los transformaremos en graneros y fábricas. Todos los hombres volverán a caminar erguidos, sonreirán todas las mujeres y reirán los niños. Se cerraron para siempre las puertas del infierno (cfr. Vázquez Montalbán, 1977: 151).

Hoy, vaya paradoja, las puertas prohibicionistas continúan cerrando el paso de los hombres libres. El sistema jurídico ha dado lugar al comercio

clandestino de una sustancia menos dañina que el alcohol: la cocaína. Y con ella el caos del narcotráfico y los habitantes de la noche. La sobria ebriedad ha sido eliminada. En su lugar, el usuario de sustancias adulteradas ha sido obligado a convertirse en un moderno "recolector del sueño nocturno".

Metáforas de lo prohibido

–"Negro, ¿sabe qué?, póngase pálido y no me descuide a esta mamacita, choro hijueputa; a la primera de cambios lo pone a parir sapos, estállelo" –ordenan. El silencio cubre la estancia y un frío sobrecogedor recorre mi espina dorsal. El hombre se encuentra "bajo arresto" acusado del más terrible de los ilícitos: robar material, traicionar la confianza del patrón, "pasarse de fariseo".

–¿Y este loco, qué? –pregunto, apropiándome de la sintaxis rota de mis informantes. El escenario me recuerda a *Perros de reserva*, el violento filme de Tarantino. La realidad supera la ficción. El sujeto yace amarrado de pies y manos a una silla metálica; la mirada perdida, suplicante; consciente del problema en que se ha metido: subvertir las reglas del truquito y la maroma.

> Es una caspa, una gonorrea –me explica el vigilante. Se quiso pasar de avispa y ya ve. Mal aconsejado el malparido, la montó de sastre; le metió cizalla a la merca: 15 misacas que mandaron para cortar y el hombrecito ya le había dado baje a las mangas; chalequió un encargo que iban a subir pa' danaca. Lo pillaron como con cinco ochos.

–¿Y es tan grave el asunto, o qué?

Hermano, ¿qué si es grave?, a este man ya se lo llevó el putas. Lo que el hizo no se hace, uno tiene que ser un fino, no ponerse de chichihuero. No se le puede faltar el respeto al patrón. Al hombrecito la jermu le dañó la bezaca, se dejó iniciar, ¿me entiende?, y ahora está tenaz que salga caminando con sus patulecas. A como yo entendí, el monito de aquí sale en pijama de madera. Yotas a lo mejor se la perdonaba, porque el man no es mala gente, pero quien decide es el patrón, y el bacán está emputao. La pinta no fue a lo correcto. Y el que la hace la paga.

–¿Y el mono? –interrogo al patrón, al ofendido, un hombre de pelo entrecano y fumador empedernido, con fama de parrandero y bonachón.

–No sé mi Johnny, creo que se nos va. Habla con malicia, mirando al amarrado. Uno no puede dejarse ver la cara; es como sentar un precedente. Si uno no pone orden, más de uno va a querer pasarse de listo; esto es así. Es la ley de la vida y, bueno, del negocio también. Mire nomás. Yo le di trabajo al hombre, no lo conocía, su placa me llegó importada, un parcerito de medallo lo recomendó: "que mire que'l pelao es bueno, que es un chino serio, dedicao, que su mujer ya está pa' darlo", y en fin, una película ni la hijueputa. Y sí, el chino es bueno, ¿pa' que voy a decir que no? La pinta cumplió a lo correcto los primeros encargos; el chino se ganó la confianza, le dimos autopista para que camellara en la cocina. Sólo dios sabe cómo me le dañaron la cabeza a este muchacho. No faltó alguien y cantó la zona. Lo pillamos con medio kilovatio encaletao, ¿qué de dónde lo sacó?, ese es el problema. Si quiere tumbar que tumbe, pero afuera; sólo las gonorreas meten la mano al mate en la casa donde papea. Al mono se le hizo fácil echar cizalla. Vea, la oficina me entrega 15 cosos, 8as. Yo los corto; ese es parte del camello mío, refino y despacho. Un buen corte deja tres cosos limpios para miguelito, pero hay que hacerlo bien; un cliente que pille el corte lo deja fuera de la jugada.

El corte requiere de un buen modisto; los cosos deben quedar nítidos. El monito lo que hacía bajo cuerda era esquirlar el corte, for exempol, si uno cortaba con 200, el man lo hacía con trescientos. Es mucho. Riata el hijueputa; se atarzanaba 100 gramos por coso. Esa nota no está bien, es muy peye. Uno a lo bien le está dando de papiar. Entienda que es gente sin líchigo. ¿Y que luego salgan con esto?, pues no. Se tira el negocio. Los monos saben oler y oler bien, y si uno les falla cambian de proveedor. En este negocio tener un buen cliente, es como tener mamá de 40 años, tesa, bonita y querendona. Al cliente hay que cuidarlo como a la niña de los ojos. Sorry mono güevón; tocó maniarlo mi Johnny. El detenido no alega nada, asume la culpa; observa cabizbajo. Al color verdoso de su piel, típico de una constante exposición a los ácidos, se agrega la palidez del miedo. En sus ojos se perfila el temor de las inciertas horas que están por venir.

–¿Lo van a quebrar? –insisto. El hombre me mira despreocupadamente, gira un cigarro con sus dedos y lo golpea contra la uña del pulgar. Me toma del brazo y en voz baja susurra cerca de mi oído:

–No vale la pena mascar al hijueputa, es un chichipato; ahí lo voy a tener un rato, para que se le mueran las lombrices. Está difícil que alguien le quiera dar trabajo, la fama de choro no se la quita con jabón; si vuelve a entrar a una cocina será para que lo hagan caldo. En el fondo me dan lástima estos faltones. Lo voy a apanicar un rato.

–¿Entonces qué van a hacer con el monito? –pregunto al vigilante, que ignora la decisión del patrón.

–Pues verá, si el patrón dice que le casque, yo le casco.

–¿Así nomás, a la cañona? –replico.

–A la cañona, ¿y qué más da?, no es mi perro, ¿entiende? Además son cinco lucas por un sólo changonazo. Eso se paga por quiñar una chunchurria. Si esto fuera al revés el mono estaría aceitando el changón. Así es esto. Él cuida lo suyo y yo lo mío, ¿te parece raro, verdad?.

–Simón –le digo, y no dejo de imaginarme a este hombre joven, amarrado al respaldar de una silla, en la vieja bodega de una casona a unos cuantos kilómetros de Boston. Sorprendido en falta será castigado ejemplarmente: "Para que no me vuelva a ver las güevas." Historias de estas se pierden por cientos en el anonimato.

> Es un negocio tenaz –me señala "Garfield" cuando le comento la anécdota del mono amarrado–, y en el parche es fácil que a la gente se le corra el champú; la gente ve dinero, o el material, y se le hace normal cascariar. Pero en la calle todo se sabe; las paredes tienen oídos. Vienen y me dicen: "vi a fulano de tal en éstas y éstas". La información cuesta, suelta uno el billete y le cuentan la película completa, ata cabos y descubre al faltón. Y las tumbadas de plata son faltas graves. A veces se la perdonan, en otras se la cobran. Le digo, es un oficio tenaz.

En la indagación antropológica los personajes del narcotráfico saltan a escena de manera inesperada; situaciones disímiles pero interconectadas a través de la red se suceden una tras otra, se entrecruzan en un imaginario plató:

En Colombia, me juzgaron por lesiones personales y tentativa de homicidio, y Chuchito se portó a la altura, eso creo yo, porque la cosa estaba tesa. No me agarraron con las manos en la masa, pero la pillada en la vuelta era nítida. Un güiro ni el malparido. Pille parcero: el fusco lo encontró la ley debajo de unas almohadas, en el apartaco de mi jermu. Un tubo bacano, con cacha de nacar y una carita de caballo, casi de estreno; me lo gané en una partida de dominó en el rioba. Juancho, vea, fue legítima defensa, pero a la hora del té los jueces se hacen güevones, son pirobos los hijueputas. Siempre lo quieren joder a uno, son la ley; el gobierno les paga para buscar el quiebre. No se fijan en el detalle; si uno se apanica se le van encima. Pero un buen guango pone a un loquito de paticas en la calle. Si el aboganster es listo, viene y le toca el corazón a esos pirobos. Aunque sea juez sin rostro, la maricada esa que inventaron para que la pipol no los pille, siempre caen, tienen su corazoncito, y los cueritos de rana les gustan, más que el agua de panela con queso. Es cuestión de llegarles al precio. O que los patrones los pongan en nómina mensual.

El güiro me salió en 10 pesos largos, seis de mi bolsillo, y cuatro que me colaboraron mis cuchos; los cuchitos se portaron firmes, no me dejaron colgado. Yo siempre les aflojé buenas primas. Diosito es testigo: de cada cruce, el primer guango era para los cuchos, que medio peso, que un peso, dos pesos; sí, una vez les tire cinco pesos largos. La marmaja de un camello fue buena: 17 pesos largos. Será que la ley de la compensación existe, sino no me hubiera librado de la guandoca. Me querían meter alevosía y ventaja, eran como 15 vueltas ¿se imagina? Pero no, que va, chuchito no me podía abandonar en esta partida, y no me abandonó. Todo empezó en La Piñuela, en Metrallo. "Candelo", "Periquín" y yotas prendimos una jornada de farra. Era una noche fresca, fresquita, me acuerdo porque llevaba mi chaqueta gris, que sólo sacaba de vez en cuando o de cuando en vez, plástica, suave, ligera, como para ir al parche. Me fijo en ese detalle porque yo he sido poco amante de andar con el baúl encima, me gusta tener las manos, los brazos sueltos, libres, sin amarres; una chaqueta muy grande es estorbosa a la hora de repartir lechuga. Y a mí me gusta tropeliar sin tanta mecha. Nadie iba montao, sólo yotas llevaba con qué querer; costumbre, por lo que se pueda necesitar. No salgo a cagar si no voy montao.

Salimos, pues, de La Piñuela, el ambiente pintaba medio aburrido, queríamos algo más pecador, algo de vacilón. "Periquín" dijo que fuéramos a echar guinda por Moravia y San Isidro, con unas peladas que eran de parche completo. Agarramos la nave, un forcito viejito pero metelón. Bajamos de miranda por Aranjuez. En el Botánico nos calibramos unos calillos, y luego vuelta y vuelta por las calles de Medallo. Ya cerebriados entramos a Moravia, y ni nos acordamos de los Pájaros y los

Quesos, que eran galladas bravas de por ahí. Llegamos con las peladas, unas hembritas como paco; les hicimos el quiebre y que bla bla bla, usté sabe, y pilsen va y pilsen viene, y que la miusic. Las chinas tenían su loro, con casetes del Binomio de Oro; y oiga que ya estábamos amarrando pa' irnos a bailar al centro, cuando oigo que'l "Candelo" guuuug guuug guuug; mierda coño, en mitad de la función y rin rin renacuajo, y que me volteo y veo que al "Periquín" ya lo tenían atarzanao, y el "Candelo" recibiendo pata a lo loco; y esas un man se me viene encima voliando un cable de alambre con un balín en la punta; apenas y le saqué al corte, y patas pa' que te quiero.

Y las sardinas gritando que "déjenlos, déjenlos, no sean gavilleros", que pim pim, los manes las cascan: "tengan por sapirosas"; y las hembritas chille como un putas; yo corra pa' rriba como alma que lleva el diablo, con los hijueputas atrás, agggh, aghh, aghh, ya sin respiración. El cigarro papá. Yo fumaba como murciélago, con velocidad de preso. Mierda. Alcanzo una lomita como de arena. Me atrinchero, saco el fusco, corto cartucho, y pum pum, los rompo. Cayeron dos, rotos los malparidos, veo los chorritos de sangre, y furufufú y farafafá. La gente gritando qué "hijueputa bandolero los mataste". La pipol en las esquinas, y yo fresco; que si quieren plomo, plomo les va; cañándolos, porque ya no tenía píldoras en el cargador, pero no es película y la gente no cuenta los fogonazos.

Ya entrao en confianza, con cara de bandido, acelero el paso y voy bajando bajando, los hijueputas quietos, hasta donde las peladas, y el "Periquín" y el "Candelo" en el piso, echos mierda, que ay ay. Las hembras gritando como locas, pero firmes; ahí me ayudáron a subir los parceros al forcito y rum rum que nos vamos a la caleta. Esa fumigada estuvo tenacísima. En el camino nos fumamos un diablito y horror, horror, a descansar y curar las cáscaras. Ocho días después me cayó encima la ley; llegaron al rancho, en Granizal, y me llevaron. Me salvaba que era defensa personal, pero el fiscal decía que disparar un fusco no era simple defensa personal. Hermano no es que tenga mucha puntería pero me los agarré de a pechito, fácil como a cinco metros, no se los metí todos, pero la carga se fue completa. El arma la agarraron de chiripa donde mi mujer. Yo no la encaleté, pa' qué. Rutina. Pasé como ocho meses becado, en la finca; y le cuento, con 10 pesos largos mi abogado ablandó a las pintas. Me dolió por mi viejita, pues qué culpa, pero igual yo la sigo amparando. Una madre, hermano, es una madre. Ese par de heridos me despegaron, sin quererlo me despegaron. Como di cara, rápido corrió el chisme de que yotas era un descomplicao; bajar dos pájaros, no era cualquier cosa. La gente me fotografío y no faltó quien me ofreciera camello; y pues sólo Chuchito sabe cómo me la he jugado. Él sabe y yo no soy faltón: le cumplo; en mi house nunca falta su altarcito y sus veladoras; ahí está el ligue. El man no me falla.

Pistolocos: trabajar con el dedo

El pistoloco o sicario es un instrumento de muerte; su oficio es el asesinato. Actúan en cualquier sitio y a la luz del día; para ellos no existen límites ni fronteras. Son jóvenes. Es una profesión para individuos entre los 15 y los 20 años: la edad justa "en que la vida no vale nada". El arrojo suicida de estas criaturas salvajes, los *suiches*, los *desechables*, es cotizado en cualquier parte. Ellos lo saben y lo asumen:

> ...uno es desechable papá, es un plato, pero si uno va pa'todas, que más da, es un cartón nítido. Que vienen y le dicen a uno "¿sabe qué chino? tengo camello pa' un morible". No, pues yo soy el personaje que busca, ¿sí me entiende? Los enemigos de los cárteles conocen su potencial de ataque: ceden o se repliegan. Pasados los 20 años estos jóvenes asesinos, ya están viejos para el "golpe en moto", si es que logran sobrevivir a una vida llena de sobresaltos. No sólo por la persecución policiaca, las "campañas de limpieza" de la guerrilla, los paramilitares, o de grupos rivales, a que son sometidos, sino, también, por su participación en empresas difíciles, como el asesinato de dirigentes políticos. Los mejores dan el salto a la red operativa de los cárteles, las oficinas, o brindan sus servicios como "cobradores" o guardaespaldas de los jefes clánicos. Su trabajo es ajustar cuentas y que el "crédito de la palabra" no se demerite. Los sicarios no forman parte de estructuras organizativas. Normalmente son contratados por alguien del clan. Terminado el "contrato" la relación desaparece. No obstante, el ser parte de una suerte de red delictiva, invisible, a veces, les permite incursionar libremente en actividades como el secuestro, la extorsión o los asaltos bancarios. Algunos sicarios logran evolucionar económicamente y operar sus propios negocios, como por ejemplo, enviar droga a los Estados Unidos. Algunos "suben" a los Estados Unidos "jalados" por gente cercana a los patrones, y se les ayuda a instalarse en la Pequeña Colombia. Son hombres leales. Su cercanía con el patrón los transforma, en ocasiones, en confidentes. El patrón procura tenerlos a su lado, visibles a la hora de finiquitar un negocio. Los sicarios que sobreviven y obtienen éxito económico, obtienen un rápido reconocimiento en el imaginario mítico: son los que "le ganaron a la vida".

La instrucción de los *pistolocos* es escasa. Los hay con estudios primarios, algunos tienen secundaria; otros son ex militares, o excepcionalmente, miembros de clases medias cuyo *hobby* es "trabajar con el dedo". Su contacto con las letras se limita al *Diario Hispano* y novelitas de vaque-

ros. Les apasiona el futbol, los *trillers* en video, *Don Francisco, El show de Cristina*, telenovelas colombianas que ven por cable, y la comida abundante de la Roosevelt, "que haga bollo", rica en grasas y carbohidratos, y que deja en el estómago el placer de sentirse lleno. Normalmente duermen hasta el mediodía. Las horas de la tarde los sorprenden esperando el sonido del bíper o jugando cartas. Su actividad, al igual que la de los demás traquetos, es básicamente nocturna. La noche es una cómplice perfecta. Los ex desechables transformados en cobradores, hablan con desenfado de sus habilidades personales.

"Malena" se ha transformado en una interlocutora eficaz. En momentos difíciles contribuye a destrabar conversaciones estancadas. Sabe reír graciosamente e ir al grano: "A ver, pues, marica, siga contando, o si no para ir a sacar unas cintas al video." Reímos a coro. "Malena" es una traqueta de dos caras, como Jano, el dios romano; de día es una chica normal, moderna, viste de jeans y blusas cortas, que dejan ver un *piercing* con una pequeña esmeralda en el ombligo, regalo de "un parcerito que ya está marcando calavera". Ríe con desenfado, cinéfila consumada; gusta de largas caminatas por Central Park. Nada delata su oficio. En la noche se cubre de negro, y las líneas de su cara se tornan duras, tensas. Un tatuaje de colores en forma de alebrije, corona el lado izquierdo de su espalda. "Es un basilisco", me aclara. La noche que me la presentaron, frunció el ceño, interrogante y sorprendida: "¿Antropólogo? –me exploró de arriba abajo. Pensé que eras de la oficina", dijo. Y continuó aceitando las piezas de un arma, dispersas sobre una mesa.

–Es una Ingram –comenté.

–Mini-Ingram –corrige.

–Calibre 380, ¿no?

–¡Ajá! ¿Conoce el fierro?

–A "Garfield" le dieron una de cumpleaños.

–¡"Garfield"! ¿Usted conoce al "Garfield"?

–Sí.

–¡Hijueputa "Garfield"! Se lo trae de gancho ciego –exclama soltando una contagiosa carcajada y moviendo la cabeza. La noticia de mi

amistad con "Garfield" contribuyó a romper el hielo. Y con los días su apoyo se volvió indispensable.

–Entonces qué, hermano, va a contar, o nos vamos por las películas –insiste Malena.

> Dedicaliente no soy Juanchíbiris, en serio, no lo soy, pero cuando toca, toca. El "Garfield" nomás que me la monta, porque a veces se me corre el champú y me aloco con el tote. Para quiñar hay que tener calidad, no vale encebarse, un tirito fino, noquea a cualquiera, sin necesidad de tanta remolacha. Lo mejor es disparar al mango con un tres ocho. El changón es un reventadero de tripas. El tres ocho es un golpe seco: pum y el marrano se dobla sin decir ni pío. No se vale hacer sufrir al muñeco; la paga siempre es la misma. Mi familia es sanahoria, sanísima, pobre pero sana; mi apá era maestro y mi ama modista; sanos los cuchitos, y mis hermanos no se diga, el mayor trabaja en una farmacia y mi hermana, la chiquita, todavía va a la secundaria. Uno nace con vocación de oveja negra: yo desde chiquito me daba mis borondas por el vecindario viendo qué agarraba, y ya en el centro ni digamos. En el rancho metía la mano al mate. En mí pillaron que vivía del rebusque por un canaso; siempre comieron el cuento de que yo camellaba con una pipol rica de Envigado. ¿Qué le parece? Mi cuchita casi se muere, puro buuu, buuuu, y ya. Nunca me faltó el merco en la finca, el bravero era mi apá y con razón, él era ticher y la gente lo respetaba mucho; ya en el juicio se acercó conmigo y me dijo que no me preocupara que todo iba a salir bien. Bacano el cucho.
>
> Ahora creen que trabajo en una agencia de carros. Descansaron con la noticia de que me venía a los Yores. Yo les hago llegar su biyuyito, le juro que ni apenas se imaginan en las cosas que ando, ni Dios lo quiera. Por mi viejita, vea, yo hago lo que sea. Por eso, hermano, no ponga mi chapa y le testimonio lo que sea. Matar no es bueno, lo sé, nomás que uno se mal acostumbra a echar bueno, usted sabe, la percha, los naiks, las sardinas. Nada es lo mismo después del primer muñeco; la sangre te mira en el espejo. Uno se lava y ahí está el finadito, se afeita y sigue allí. Te miran desde el más allá, hablan: "Hijueputa te tengo visto, y te la van a cobrar." Si uno se descuida lo levantan. La vida es una recocha: te da y te quita, te quita y te da, maestra vida camará.

La rutina de "vivir del dedo" se despliega de diversas formas; el aprendizaje es vital. En el oficio no se permiten errores. Existe una metodología empírica que se ejerce a través de los trucos que pregonan los parceros, los experimentados. De la aplicación exacta de un plan preconcebido depende el éxito de una empresa. Una acción bien hecha genera presti-

gio. Es una posibilidad para que los patrones les "echen ojo" y los incluyan en la lista. Estar fuera de un grupo, significa estar solo. La independencia total no existe. Estar dentro de una gallada o una bandola es una meta transitoria: el objetivo final es asegurar un lugar dentro de la gente cercana al patrón, de un duro; el que hará posible el sueño de la vida: "A mí que me lleven a los Yores." Para ser traqueto de respeto se necesita "pagar derecho de piso" y sobre todo tener predisposición para aprender:

> Uno no va a la loca, país, primero se fotografía la zona, se analiza la pinta, se le monta inteligencia al paciente, que dónde entra, cómo sale, a dónde va. El arte de un pistoloco es reventar la tapa de la múcura, y que uno no tenga que dormir en carretera. Destriparse es como morir; la familia del murraco, monta la perseguidora, y en la finca es requetefácil que uno marque calavera. Este camello es sin heridos, si uno va pa' esa, hay que afinar la puntería y tener un trueno, un tote responsable. Rezar las balas funciona, pero sin puntería, ni el milagroso de Buga es garantía. Fallar no es bueno, aunque sea a pellizcos pero el que se tiene que morir se muere. Es mejor que los finados anden en pena y no de culebras. La gente cree que es fácil, no papá, trabajar con el dedo requiere de güevos más que buena voluntad, y ojo fijo. En cualquier momento llega una pinta y se enamora de uno y lo pasa al papayo; da risa, pero es la verdad. Nadie se retira a tiempo. Pero también es la costumbre, el dedo se mantiene inquieto. Nadie se arruga por cinco lucas. Mi base es: "Si no agarro el trabajo, viene otro más avión y lo acapara." Estamos condenados a vivir del pum pum.

Entre más rápido se entre a la "escuela de la vida", mucho mejor. La vida es corta y la posibilidad de alzarse con una buena cantidad de dinero, antes de sucumbir, también. La muerte es una presencia constante, forma parte de una historia de fantasmas que rodean al sicario. El número de muertos se pierde en la memoria, aunque algunos para ponerse a salvo del olvido graban una línea en la cacha de la pistola o agregan un tatuaje a su epidermis: "uno por cada finadito". Del rosario de muertos quedan dos o tres imágenes impregnadas de recuerdo; éstas vienen en forma de amenaza; muerte que se conjuga: "me tumbas, yo te tumbo, nos tumbamos". Violencia circular. Rodeado de culebras, el sicario sabe que, tarde o temprano, los parientes vendrán a cobrar por el difunto. Los fantasmas tienen forma de culebra; en la mitología del sicario la culebra ataca por la espalda, esto la convierte en peligrosa: nada se puede hacer ante un ataque por sorpresa. El niño venga al padre, el

padre venga al hijo, el hermano a los hermanos; es un círculo de sangre de nunca acabar. En las comunas orientales de Medellín o en las favelas de Sao Paulo, es necesario hacer el "preescolar" cuanto antes:

> Mi primer chulo fue a los 15 abriles; yo andaba de farol en una lleca de Aranjuez, con unas amistías que ya tenían su combo propio: los Carepipí, manes tesos. Me llamaban la atención. Los manes navegaban en unas kawasakis bien plenas, nítidas, cuatro cincuenta, siete cincuenta, unas cucas, bien lujis, y su chimbita atrás. Yo era un culicagao pero me nacían las ganas de domesticar mi dama. En Aranjuez, allá en Medallo, uno se iba de miraflor y, eso loco, se me iban las babas, de pillar las galladas bien montadas y con harto escamoso de por medio, que "Los Truscos" "Los Heribertos", "Los Chachas", "Los Pembas"; todos bien embambados, y uno ahí de marica goterero, con un escapularito al llueco, nomás de banderola. Y uno de pille y pille, esperando. "Los Carepipí" me daban juego, pero yo todavía le botaba cuide a mi viejita, y como que no me animaba. Y el "Fer", mi parcerito, que en paz descance, déle con su cantaleta de que "no sea ave de corto vuelo" y que "mire que si usté le entra por aquí se sale por allá", y que el billetico, y que las bambas, y que los livais y que "mire los ribú". Toda esa carreta pues que la cuchita no me podía financiar. Pero, hermano, me daba culillo. Un día andaba de farol y pillo un roca que viene despacio, despacito, como queriendo la cosa y la cosa queriendo; y yo me pongo mosca, pensé que a lo mejor eran esas caspas de la milicia, pero algo me contuvo y no me eché a correr. Me quedé fijo, cagao del susto, porque los milicos cuando se enamoraban de alguien barrían con todo. Pero yo estaba sano, ni modo que se hubieran enamorao de miguelito.
>
> Me hice el loco, fingiendo demencia. La nave paró. Y yo no me movía, le juro que un pelo no se movía. Y entonces oí al "Fercho", "¡hey chino!"; que volteo y veo al "Fercho" con sus raibanes. Y que me dice: "¿Querés camello?" Sí, no, sí sí sí, le dije sin darle vuelta. Ya montao en la nave el Fercho me suelta que es pa' darle en la torre a un fariseo, que le está metiendo calcio en la bezaca. Me pregunta: "¿Y tenés con qué?" Y yo por dármelas de varón experimentao le dije que sí, pero que la tenía empeñada con un parcero. Y entonces me dijo, "no te preocupés que yo tengo con que querer". Salimos de la ciudad, casi llegando a Bello, entramos a una finquita. Yo estaba en la sala tomándome una ponymalta cuando el man se apareció con un tubo-largo, una 12, nueva la malparida, sin usar casi, la culata se veía de estreno, sin mugre. Como a eso de las 11 de la cheno llegamos a Campoamor, un barrio más o menos. El ruco me cantó la zona; sólo una luz chiquita, como de lámpara se veía en la pieza. La lleca estaba solana. Dimos una tavuel. Sudaba un poco, pero no podía pasarme de chunchurria; imagínese qué iba a pensar el patrón. Sentía las manos frías; es raro,

pero siempre que tengo que levantar a alguien las manos se me ponen paletas, frías; es como si el frío del muerto se me pasara a las manos. Alisté el tubolargo y esperé, esperé, como un putas; que me "dieron la una, las dos y las tres"; y yo con la preocupación de que ese man no fuera a salir y llegar a mi casa como una güeva, y ni cómo presumir. El santo cachón: "fresco mijo, fresco, que'l malparido sale". Y sí, casi como a las tres y media el faltón abre la puerta, mira a un lado, mira al otro, como midiéndola, porque usté sabe, el que la debe la teme. No ve a nadie y sale, sano, sanísimo, como Pedrito Navajas.

"Chino es él", me dice el cucho y me lo señala; "haga lo suyo que yo lo espero del otro lao con el carro". Me echo una ruana encima, y empiezo a caminar con la escopeta pegada al cuerpo, rápido pero sin correr, para no dar visaje. El man para en la esquina como para coger taxi; me acerco, suave, me le voy acercando, el man voltea a ver pero se queda sano; le falta malicia, no la pilla, y cuando la huele es tarde porque yo ya tengo el cañón levantao, y ¡cataplum! Le dejo ir el fogonazo, que se lo pongo de a pechito, y el man salta y cae de espaldas; tomo aire, me acerco y le pego otro fogonazo en la fais. Lo último que vi fueron sus ojos rotos, reventados y la cabeza abierta. Es el recuerdo más malparido que me queda; y en algunas noches esos ojos me vienen a visitar: los veo llegar como volando y es como si se quedaran suspendidos en el aire, en la mitad del cuarto. Me tapo con la cobija y cierro los ojos fuerte, fuerte, pero aún así los siento afuera vigilando. Y esto cuando estoy sanahorio; con unas chupadas de bazuco la visión es jijueputa. Di media vuelta y me abrí en llamas. Por ese fiambre me cancelaron medio peso; nimas volví a saber del cucho. Ya en el roca el cucho me contó la telenovela, pero yo no estaba para esas. Conté la mosca peso por peso, 100, 200, 300, 400, puf, 500,000 que no faltara un solo peso, y me fui al rancho, me tapé y ya no supe nada, como hasta las siete de la mañana que mi hermano gritaba, ¡que se nos hace tarde para la escuela!, ¡se nos hace tarde, güevón! Ya ni quise mi chocolate con arepa y huevo, porque tenía ansia de dar cara. Era como si de pronto hubiera despertado a una nueva forma de vida, si no lo sabía, lo sentía, casi como cuando uno se echa su chorrito de taparoja y siente caliente, calientico, como si se fuera yendo piano, pianito por las venas.

Mi vida cambió. Mi parcero nunca creyó la historia, pensó que lo estaba balseando, que era pura botadera de corriente; ni siquiera cuando le mostré el periódico, con un aviso grandote anunciando el muñeco de Campoamor. "Ni sueñe, me dijo, eso es pincelada guajira, chéquele bien la cara al personaje; es firma clara. Si algún día usté está listo para ponerle cara de zapato a alguien, búsqueme." Y ya no lo busqué, el "Fer" se estalló a los pocos meses en un trueque mal hecho en Titiribí; lo subieron a la báscula bien feo y le dieron una medida de aceite, que pare de contar, lo dejaron al estilo Bruce Lee: con un tonto clavao a la pared; faltó que le hicieran el corte de franela. Subirme, me subí hace un par de años, primero estuve en Los Ángeles, luego en

Miami; siempre en lo mismo, unas veces moviendo y otras cuidando material, siempre con el mismo patrón. El hombre es todo un señor, un varón, tiene su propia base y casi no le gusta tropeliar; le buscan, pero él dice que es mejor negociar. Su base es que el negocio da pa' todos, no le gusta agandallar, pero que tampoco le agandallen. Los paisanos, usted sabe, son vivos y si tienen chance de joderlo se lo joden. Mi patrón es una sano pero si le sacan la piedra, ¡sopas! que se arma la de San Quintín.

La industria del narcotráfico es una empresa sofisticada que requiere de expertos para cada uno de los oficios. Delinquir requiere de escuela. No se opera en abstracto. La voluntad sirve, y el coraje también, pero no es suficiente. Un hombre sin habilidades no ofrece garantías, es parafraseando a Musil, un "hombre sin atributos". Es necesario agregar aprendizaje para cualificar cada uno de los trabajos y perfeccionar las mañas. En un oficio en que se juegan tantas cosas, la diferencia entre la vida y la muerte, quizá dependa de la habilidad y el conocimiento para golpear al adversario en el momento propicio, cuando la coyuntura es oportuna o, para decirlo con "Garfield", "cuando la acumulación de fuerzas garantiza la continuidad del golpe y la defensa de las posiciones". La necesidad de profesionalizar a los atacantes devino en la aparición de "escuelas de sicarios", donde instructores, se cree que de origen israelí, desplegaron sus artes pedagógicas:

No digamos que las oficinas no entrenan a su gente, claro que lo hacen: tomar posición de tirador, destrabar una automática, armar y desarmar un Aka, accionar una piña, fabricar un bombombum, sí, eso sí. Pero instrucción militar como de escuela, no tenían las oficinas. Si había un jaleo grande en tabogo, o en licalabel se reunía el combo, se preparaba un plan, y listo. El corte se dio más bien con dueños de fincas que empezaron a armarse y a contratar hombres para defenderse de los guerrillos. Por ahí va la cosa, ¿me entiende? Pero de traqueto uno aprende de a poquito con los parceros. Los finqueros trajeron instructores y con el tiempo se formaron grupos de autodefensa como la de Carlitos Castaño, que son propiamente guerrilla pero de otra ideología. Manes ofendidos con el secuestro de sus familiares. Las farc secuestraron al papá de los Castaño, y de ahí en adelante casi todos los secuestradores están muertos. Los sicarios entraron en su salsa en Medallo, porque era una forma rápida de hacer plata.
Galladas había de toda la vida en Medallo, parches de esquina para empinarse unas nieves o fumarse un cachito de maracachafa y bueno, un polverito de vez en cuando o de cuando en vez. Pero la mecha de los pistolocos se prendió en los ochenta

con los traquetos. El Doctor ya tenía su oficina en grande, y la gente no se bajaba de los R-15, las mini uzis, los radios portátiles para copiar. El talco entraba a la lata por La Fania (Puerto Rico) y por El Rancho (México), directo a los yunais. De Medallo despegaban los Turbos a las Bahamas, a Guatemala o México. N'ombre, el negocio en los ochenta era una uvita, en grande. En esos roles nació el trabajador del dedo y la gente empezó a regalarse: pelaos de 13 o 15 años iban pa'lo que fuera: "¿que un faltón? Yo se lo arreglo; ¿que no quiere pagar? Yo le cobro; ¿que está muy flaco? Con plomo se lo hago subir de peso". Aranjuez, Manrique, Envigado, Bello, Popular, La Estrella, se llenó de bandolas y pistolocos; muertos van y muertos vienen. Las galladas eran unas superbandolas de 20 o 30 chinos bien montaos, con fierro y motocicletas. Un pistoloco de respeto se mueve en moto para los cruces. Si alguien tenía un traído, nada más se arrimaba por los lados de Aranjuez o el Oriental y listo, salía el "Chino" con su motocicleta, las 175 eran efectivísimas, y el artillero atrás, con su casco y su chaqueta de cuero; y rum rum rum, salía como pedo de bruja a buscar la caza. El pistoloco se formó en la lleca, con los mompas, vacunando a los tenderos, exigiendo mecato para la gallada, cobrando derecho de piso, colgando gente: "que esto es mío y si quiere pasar me paga; y si no le tagus diga de una vez para no perder el tiempo". Chinas también había, hembritas bacanas de esas que no se arrugaban para nada, guerreras, unas cuquitas, papá, para el vacile, para el truquito y la maroma. Los fines de semana se armaba el pachangón y las hembritas le picaban arrastre a los parroquianos y "¡tenga, guárdeme esto!". La rumba se armaba en los jibariaderos con dos o tres tamaleras para la gallada; y la loquiza luego, y que vamos a voltiar; así se armaban los tropeles con las galladas del vecindario, con uno, dos murracos, heridos y unas corretizas del putas. Yo conocí algo de eso; por asunto de camello frecuentaba a los capuchos, los poisos, los cariñositos, los monjes, los pispos, un resto de bandolas. Dependiendo del cruce iba y buscaba un suiche; sirven para uno que otro trabajo, para poner en orden la casa o ponerle cara de zapato a los faltones. Me respetaban los manes porque yo rodaba con un duro, que en paz descanse; él le hacía vueltas al Doctor; y las pintas sabían que si yo ponía un pie en el rioba era para encargar trabajo. Conocí un resto de trabajadores del dedo; a un suizo de bandola uno lo ocupa para uno o dos trabajos y, luego, por cuestiones de seguridad, se cambia de personal. Es la rutina. Conmigo iban a la fija y a lo bien, a lo correcto: les ponía la motorola y los fierros; teníamos gente encargada de conseguir las motos. Esos trabajitos se hacen con maquinaria prestada. Nadie es tan marica para trabajar con un aparato empapelao. Muerto el perro se acaba la sarna: los manes traían el recorte del Colombiano y, tenga, en grama, peso sobre peso se cancelaba. El patrón era muy estricto en el asunto de liquidar las cuentas. Cuando el asunto era de un desechable, él mismo se aseguraba con el contador de que se le entregaran los pesitos a las viejitas; decía que faltar a una deuda no tenía perdón de Dios. Había gonorreas que con-

trataban desechables y luego faltoniaban, le sacaban el culo al trato. No, mi patrón, era una finura; todos los que pusieron su muerto recibieron los pesitos convenidos. Las señoras cuando van al cerementio a llorar por sus difuntos, llevan flores, unas para sus hijos y otras para el patrón.

Diosito hazme el milagro y dame puntería

El aspecto religioso permea casi todas actividades del narcotráfico. Antes de cometer un crimen el asesino pide la protección de los santos y de su "virgencita". Ruega por el éxito de la acción delictiva. Los sicarios se pegan al cuerpo imágenes y escapularios, o traen burdos tatuajes de la Virgen y la Santa Muerte, elaborados con tinta china. Los "códigos éticos" van a contrapelo del no matarás cristiano. Poseen una ética que les permite justificar el asesinato como un trabajo normal. Finalmente, señalan: "El que peca y reza empata." Los traquetos no escatiman en gastos para ofrendar a María Auxiliadora, su patrona. Se comenta que el fervor por esta Virgen entronizada en Sabaneta, Medellín, se inició con Pablo Escobar; su madre, doña Hermilda optó siempre por el Santo Niño de Atocha, incluso, le mandó construir una capilla en el barrio que construyó su hijo para los habitantes de un basurero. Este santo, de procedencia italiana, preside las rituales visitas de la señora a Montesacro, Itagüí, donde está enterrado Escobar. En los pueblos anexos a Medellín, los traquetos corren con los gastos de la fiesta. Comida, alcohol, salsa, y disparos al aire, sirven de fondo a las exigencias espirituales de los pistolocos:

A diosito le pido puntería y nada más. Ni salud ni dinero, sólo puntería. Si me cumple le compro sus veladoras y le rezo tres padrenuestros. Y siempre me ha cumplido, si no, no le estaría contando el cuento, ja, ja, ja. En esta empresa usted se la juega, siempre se la está jugando. La vida está colgada de un hilo, y en la mano de Dios está que el hilo aguante. Si falla en un trabajo hasta allí llegó. Yo me encomiendo al altísimo pidiendo puntería, de ahí depende todo, un buen disparo y usted se abre en llamas del polvero, sin güiros. Si falla el primer tiro pierde el factor sorpresa y le pueden dar en la nuca. En este oficio el que pega primero pega dos veces. Ayuda poner el altarcito a los santos, son los ayudantes de Dios, el patrón mayor, con sus veladoras curadas y flores frescas. Se acaba una vela y se pone otra. Los santos no pueden estar a oscuras, les gusta la luz. Si el viento sopla y las apaga y usted no se

> da cuenta, tiene que reparar el daño con un rezo. Por eso es mejor usar la veladora que viene en vaso de cristal. Es más efectiva. Un santo con la vela apagada lo deja desprotegido y fuera de acción. El altar es parte de la manda: me ayudas, yo te ayudo; me cumples, yo te cumplo. Si el santico no cumple se le apagan las velas por unos días. Si algo sale mal es que el santo no está cumpliendo con el trato, entonces viene uno y le pide directamente al patrón: "Dios mío, hijueputica, no me abandonés." Con los días uno se calma y le prende de nuevo sus luces al santo.

El fervor sacro de los traquetos es una mezcla sincrética: cristianismo, magia negra, curanderismo y santería. En los departamentos de Queens, no faltan los altares de santos, las veladoras de colores, ajos, patas de conejos, piedras con poderes mágicos, inciensos y calaveras. Las santeras cubanas y los curanderos haitianos gozan del afecto y la generosidad de los traquetos. Antes de una transacción importante se les consulta, se organizan rituales de limpieza o se les encargan preparados para ablandar las sentencias de los jueces. Algunos pistolocos, luego de un trabajo exitoso, acostumbran picarse un dedo con una aguja y darle de "beber una gotica de sangre a la Santa Muerte" tatuada en el pecho, del lado del corazón. En los altares, al lado de la Virgen y calaveras de animales, se colocan fotografías y el "fierrito de trabajar", para que se "cure en salud" y no "se tuerza" a la hora de los disparos:

> Usted sabe, va uno a la fija y de pronto el aparato se traba. Hasta ahí llegó, despídase papá; en un segundo se lo lleva quien lo trajo. La única contra son los santicos. La patroncita no falla si usté le cumple con su alumbrada, o le encomienda las balas con un poquito de agua bendita y tierra de panteón.

La impotencia de los pobres

Las milicias fueron grupos civiles armados, creados *ex profeso* por algunas organizaciones guerrilleras, sin más propósito que defenderse de las galladas de jovenzuelos que asolaban los barrios, asaltando transeúntes, comercios y cobrando peajes. Frente a la incapacidad del Estado para asumir la defensa de los ciudadanos, en muchos lugares prosperó la idea

de organizarse militarmente para enfrentar a los delincuentes en su propio terreno. El accionar de las milicias de autodefensa se transformaría en un ingrediente más del proceso de violencia social. Los trabajos de "limpieza" o eliminación física de los delincuentes, sicarios y drogadictos, enrarecieron el paisaje. Muertos de uno y otro bando amanecían tirados en la calle. Una mano anónima garabateó un graffiti paradigmático en un baldío: "Se prohíbe tirar muertos." En poco tiempo el contenido político de las milicias sucumbía, y al igual que los adversarios, se colocarían a las órdenes de los "buscadores de talentos" del narcotráfico e ingresarían a la nómina de los patrones:

> Las milicias se formaron para proteger a la gente de los faltones; un pobre que le da baje a otro pobre es un faltón, un gonoplasto. Se formaron combos grandes, en barrios bravos de la ciudad, como el combito del San Javo. A mí me cantaron la zona los mecánicos; sabía de ellos por mi camello en Coltejer. Un tiempo me moví con las bases del sindicato, chapoliando o en el tropel, sin cargo, porque yo no me encuentro en asuntos de dirigir gente. Los mecas del tocadisin me tenían checado por metelón, y yo a ellos, ¿me entiende? Sabían que era guerrero y que podían contar conmigo. Yo medio me hacía el güevón pero pillaba toda la película de la clandestinidad. Un día me llamaron aparte, me dieron cita en un putiadero del trocen, y allá voy yo, sin saber bien como estaba la cosa. Y que me empiezan a preguntar que cómo veía eso de que Los Salados le faltoniaran a la gente. Con toda sinceridad les dije que eso estaba muy mal, que no era justo el abuso de estar colgando al pueblito que vive de su camello, quitándoles lo de la papa. Le faltaban a las peladas. ¡Ah! eso sí, los hijueputas se las querían comer a todas. Me reemputaba que les faltaran a las compitas, yo tengo hermanas, ¿me entiende? A las seis de la tarde la gente corría a taparse del miedo. Si uno picao de tropelero se cagaba del susto, imagínese al resto. Los malparidos azaraban en montón. No había chuzito a salvo. Tienditas pecuecas de tres panes y media docena de pepsicolas llevaban del bulto; en un santiamén los faltones cargaban con todo. La tomba ni entraba, era como vivir sin Dios ni ley. Los mecas me cantaron la zona de una: "Vamos a organizar un combo con gente del rioba para que se defienda y les vamos a dar infraestructura." A mí me sonó la cosa. "¿Sabe qué? Me dijo el responsable: nosotros sabemos que teus es serio; su tarea de ahora en adelante será la de reclutar compas para la milicia, ¿okey?"
>
> En menos de lo que canta un lloga, teníamos armada la selección. Después del camello nos reuníamos en una bodega por los lados de Las Mercedes, un barrio limpio y sin problemas de seguridad. En medio de sacos de café y tiestos viejos, recibíamos entrenamiento en el manejo de pistolas, revólveres y changones, fuscos

sencillos. Aprendimos a manejarlos y a botarles cuide con escobilla y aceite. "Lo importante, decía el instructor, era que los tubos siempre estuvieran a punto para entrar en combate." Yo me encariñé mucho con un truenito polaco, ligero de peso y que me calaba perfecto en la chueca. Yo he sido zurdo desde pelao, y no siempre se me acomodan bien las cosas en la mano, a veces voy en carro y me desubico, y quiero agarrar para la izquierda, cuando es para la derecha. Este trueno, ni mandado a hacer, me llegaba bien para los disparos. El combito era pleno, bonito, lleno de gente ofendida, con ganas de tropeliar. El responsable nada más decía, "esperen, esperen, que a todo marrano gordo le llega su Noche Buena". Los mecas eran gente seria, no mandaban a la gente a la guerra por calentura. Nerviosos y comeuñas, con los güevos en la garganta, esperábamos la hora de entrar en acción. El día llegó. En el barrio estaban de fiesta, unos de casamiento invitaban a tomar un par de copas. La gente estaba contenta. Las bandolas hacían su numerito en una de las esquinas, con cerveza, música y chimbitas. Con tiempo la montamos de inteligencia y habíamos pistiado a quién quiñar, no íbamos en balde; teníamos un inventario de manes para viajar; el tur venía con todas las de la ley.

Llegamos temprano y visajiamos que la bandola estaba sanabria, parchando con un estéreo a todo pulmón. Montamos un operativo en pinza; el asunto era dirimir de una, con fuego cruzado. A la voz de un, dos, tres, nos fuimos en picada con los truenos de fuera, y la cara tapada con medias de nylon. Y ring ring, y no era el gran combo. No'mbre eso se armó la de los 1,000 demonios, una ratonera de película. Los malparidos no tuvieron tiempo de decir ni pío. Y tenga y tenga, chillaban que daba gusto. "Que a mí no, que a mí no", pedían a gritos. Quebramos dos, algunos se encaletaron en casas de la vecindad: Para no hacerla de emoción, y para no darle a algún inocencio, la dejamos por lo sano y nos pisamos. La gente nos aplaudió. Tiramos propaganda. Todo el mundo cayetano, no hubo run run, que "aquí no ha pasado nada". Siguió el festejo, los novios culipanochitantearon de lo lindo, el que pichó pichó, y luego las señoras pasaron el mate para enterrar los difuntos. Así es la vida. Pobres cuchitas, que culpa tienen de parir faltones. Ellas quedan sanas y la gente así las ve; no es fácil que a uno lo sacudan de un hijo, así de la noche a la mañana; pero es la ley de la vida: si me faltás te falto.

Güiros tenemos todos, lo malanga es que los faltones se van sobre gente que no tiene ni dónde caerse muertas. Los grupos armados contribuyeron a crear este nuevo tipo de conciencia: que si no hay autoridad, que si no hay ley, pues que sea la misma gente la que se defienda. Si no hay autoridad el pueblo mismo es la ley. La autodefensa libró a la ciudad de mucho gonorrea. Pregunte en San Javo, en Manrique, o Cristo Rey, y verá lo que la gente cuenta. La misma ley reconoce que los combos de autodefensa ayudaron a la limpieza de Medellín, la ciudad de la eterna primavera. Pero los tropeles siguen, es una cosa de nunca acabar, ahora la farc y los Elenos

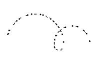
tienen mucha gente armada en las comunas, y se dan bala con la tomba y con los paracos; una chimba de red urbana. Yo me abrí del tropel y me subí a los Yores. Gracias a Dios, no he tenido necesidad de vivir del dedo; eso de tener murracos es malanga. Los difuntos se sueñan. Una bemba partida en dos, me hace cus cus en el ojo del culo. No, mis respetos para quienes viven de eso. Si hay plata perdida yo prefiero amarrar a la gente abajo; la amenaza es más funcional. Usted le amarra un sardino y el deudor cancela de una. En las noches si hay luna, se me espanta el sueño: oigo voces que me llaman, ¿serán las ánimas?

Fierritos para el camello

Las armas son instrumentos de trabajo, elemento básico para deambular por el submundo de los negocios clandestinos. Un traqueto sin arma no es un traqueto, es un hombre sin respeto. Un traqueto de respeto porta invariablemente una pistola enchapada en oro. Son báculos fálicos, inspiran poder, solvencia, prolongación del individuo. En Estados Unidos existe un poderoso mercado negro de armas de diversos calibres, en Colombia también; la venta de armas en zonas marginales de Cali o Medellín es un próspero negocio. Los trueques de armas por drogas son una nueva modalidad en el mundo de los negocios; enormes cargamentos de armas de asalto se intercambian por heroína o cocaína. Los embarques vienen de países de Europa del este o de la ex Unión Soviética, utilizando la red de las mafias rusas o la *Cosa Nostra:*

En Medallo hay fierros como arroz; excepcionalmente se prestan, sólo una llavería te desembala, de resto no. El man que vende los aparatos no hace preguntas. Normalmente se compran y el alquiler llega a ser rarísimo. "¿Que quiere una Uzi? Tome", que "me urge un R-15", ahí le va, que "una tartamuda", tenga. En Medallo se consigue lo que sea, desde un trabuco, melcochas o anfo para reventar edificios. Sólo hay que ser conocido, de lo contrario no hay trato. ¿Qué tal y le llegue un polocho disfrazado de chico malo? Encontrar un aparato efectivo no es nada del otro del mundo. El quiñador llega a querer su arma, tanto, que se vuelve cábala. Hay sicas que si no es con el fierrito de su corazón, no quiñan. Cosa de agüeros, supersticiones. Cuando están ganados compran su ángel de la guarda, su fierrito. Si lo empeñan, esperan a tener plática para liberar la boleta. El precio del fierro depende del cliente; si lo ven novillo le sacan un ojo de la cara, sino, le tasan a un precio normal; ahí pues van detalles como si el fierro es nuevo, el calibre, la calidad, potencia, la munición, las estrías, todo eso. Y sin papeles de por medio.

Los aparatos se consiguen de a uno o en canal. Depende de la cobertura. Si es un banco, mínimo hay que llevarse cinco aparatos, tres cortas adentro y dos largas afuera, de cortina. Si es un baje, digamos a una caleta, toca rifarla de inteligencia o a la cañona; he sabido de tumbadas bacanas sin disparar un solo tiro, pero en otras es un regadero de pólvora. Si es pa' levantar a alguien, solano, una nueve milímetros es suficiente.



Comer del muerto

La venganza, en ocasiones, llega a situaciones límite. El castigo no culmina con la eliminación física del adversario; es necesario exorcizar el cadáver, cobrar en la carne la traición, el dolor producido, o la infamia cometida en vida por el ajusticiado, generalmente cuando lo que se está cobrando es la muerte de un hijo pequeño, o de la madre. En estos casos el sicario "come y bebe del muerto", reinaugurando, una nueva edad de salvajismo. Heródoto, el célebre narrador griego, cuenta cómo la traición de un soldado del faraón Amasis, quien cambió de bando y condujo a Cambises, rey persa, en contra de Egipto, motivó que los hijos del traidor fueran capturados y desollados vivos, sobre una vasija de barro, de tal modo que litros de sangre fueron mezclados con agua y vino, que fueron bebidos por los soldados. A cierta distancia el padre observaba cómo los soldados se saciaban con la bebida sangrienta. La venganza de sangre tiene antecedentes remotos, Hands Staden da noticia de una tribu india, los Wayganná, cuyos miembros por "odio feroz" cortaban los brazos y piernas de los enemigos antes de degollarlos (cfr. Spiel, 1972: 173). En México un narcotraficante, emulando a Salomé, mandó cortar la cabeza de la mujer de uno de sus enemigos, y se la hizo llegar en un paquete a la puerta de su casa, como si fuera la de Juan Bautista. Voltaire, en su *Diccionario filosófico*, sostenía: "Qué importa, una vez muerto, ser comido por un soldado, por un cuervo o por un perro." Bueno, a estos nada filosóficos comensales sí parece importarles y por ello mismo acceden a esta suerte de antropofagia simbólica. Se saborea la sangre del difunto sobre el borde de un cuchillo y se lanzan maldiciones que "duren todita la eternidad":

> No es maldosidad, ni que uno se pase de chucha con las pintas, pero si a uno le marcan un cliente, aparte del plomazo de rigor, así uno vea que va pa'dentro, directo al mango o al pulmón, toca que rematarlo con su tiro de gracia. No es caridad ni porque uno diga: "pobre man metámosle anestesia, no, el tiro de gracia es para asegurarse el pago". Mire, a usté le pueden dar un contrato y pagarle por adelantado, pero si el traído se le escurre, bien porque quede herido o porque le levante el vuelo en plena granizada, el que paga tiene derecho a revirar. Y usté si es serio, cumple, sino mejor bota cuide, porque al mejor descuido lo ponen a cargar tierra con el pecho. Si se incumple con un muñeco, fácil, facilito se lo papean. No hay nada peor que un cliente ofendido, uno no los puede falsiar, ni irse con la finta de que el man es sanahorio. No falta quién y le daña la cabeza al hombre, que lo jorobe: "que no sea güevón, que mire que le están viendo la cara"; usté sabe: un bobo cariao mata la madre. Mire, si el candidato a finao se escurre, toca echar cabeza y atinar a dónde lo llevan, la policlínica, el hospital, o la Cruz Roja, y allí, a como de lugar le descerraja un tiro.
>
> Un general de 100 batallas, no necesita graduar al traído con el tiro de gracia; uno de novato quiere quiñar con una 22, que es como querer matar un perro a pedradas. Un vete se va a la guerra con una metra Ingram, un Magnun 44, un tres ocho, una Beretta, o una Sig Sauer, nueve milímetros, que era el fusco de Pablito. Con un aparato de éstos usté no falla ni por el putas; un toro no resiste una pastilla blindada, menos una expansiva, eso es otro paseo, con otras putas y en distinto río. Ahora que si el patrón ordena salpicón y chunchurria a la brasa, igual y se le complace; al cliente lo que pida. Si el pago viene con un extra ni pensarlo dos veces. Por plata baila el diablo. Si hay que faltonearle al muerto sus razones habrá, digo.

Los "trabajadores del dedo" hablan con desparpajo; sus relatos circulan con normalidad y al calor de botellas de aguardiente. No hay remordimiento alguno. Asumen sus experiencias con la muerte como un oficio más. Los pistolocos se toman su tiempo para recordar, evocan sus hazañas sin solemnidad y con una frescura inaudita, apenas interrumpida por la constante insistencia: "esto aquí entre nos"; o cuando se paran a improvisar unos pasitos de salsa o cantar trozos de tango. El tango los apasiona, tanto así que algunos se dicen miembros del "Gardel de Medellín". En madrugadas feroces y cuando el alcohol recorre el torrente sanguíneo las estancias se llenan de sonidos de bandoneón, y del estilo confesional del polaco Goyeneche:

Un otoño te trajo... Tu nombre era María,
y nunca supe nada de tu rumbo infeliz...
Si eras como el paisaje de la melancolía,
que llovía...llovía sobre la calle gris.

El tango revive en ellos la nostalgia de la ausencia, la tristeza del desarraigado; el argumento de las letras reproduce a la perfección la miserable historia de sus vidas, el arrabal, el cabaret, los negocios truculentos, la traición de los parceros, la madre abnegada que llora y sufre, el desamor de la *hembrita*: "Percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida." Gardel murió en Medellín en 1935, en un desafortunado accidente aéreo, y desde entonces existe un culto desmesurado hacia su figura. El tango se escucha con fervor religioso en las cantinas. Tocados por el alcohol los informantes se desinhiben y hablan largamente:

> No sé llavecita, le echo bezaca y no le atino, y no es que no le quiera colaborar, porque pa' todas éstas el patrón me dio luz verde para que le contara la película de los alcaloides. ¿Así les llaman verdad? Pero no sé de dónde inventaron faltoniarle a los muertos; eso de nota no tiene nada: un muñeco, así haya sido una soberana gorzobia, merece respetico, ¿no cree? La base mía es "el muerto al hoyo y el vivo al baile", como dice la canción, y ahí muere. Dígame, ¿qué se gana maluquiando al muerto? Nada más traerle dolor a los familiares del difuntico, y eso no está bien. Uno quiña como negocio, por oficio, es un arte, porque no cualquiera aprende a cascar; se requiere calidad, sangre fría: el trueno en la mano derecha y las pelotas bien puestas. Así sea una dos dos, que una soba soba, si usté amarra con cariño, y totea directo, a lo cordobés, no hay problema: el man se dobla porque se dobla: una foto de frentolín, bien tomada no tiene por qué fallar. Uno no puede cagar una buena pincelada, agarrando al muñeco a pellizcos. ¿Para qué rematar, dígame, para qué?, pero hay cada caspa que quiere, ¿como le digo?, matar al muerto, y se la pican de peluqueros, con su barberazo a las güevas, o la montan de pollito a la brasa. Yo he visto esa mierda y lo único que da es ganas de botar la seba. La carne de cristiano, cuando se chamusca, huele a diablo, y es un olor que dura varios días. Y ya eso de pasar la navaja por la herida del muerto y, lamer la colorada, me parece una cochinada, falta de ética y una cosa de enfermos.

Los sicarios no difieren en mucho en los métodos, basta un disparo certero en la cabeza o en el corazón, los centros vitales por excelencia; no

obstante algunos buscan enviar un mensaje a los enemigos vivos, y en esos casos se ensañan con los cadáveres, incinerándolos o aplicando una sevicia inusitada, piqueteándolos hasta el cansancio o desfigurando el rostro con ácido sulfúrico hasta transformarlos en un amasijo de carne macerada. La idea es transmitir pánico a los adversarios. En otros casos se rinde culto a la sangre y a la carne: "me como al hijueputa muerto". Algunos narcos han sido vinculados con prácticas satánicas y de adoración a la Santa Muerte. Sobre estos temas se evita hablar; el temor rodea a los entrevistados cuando se les interroga al respecto: "En cosas del diablo no me meto yo; los duros pa'eso son los mexicas, pregunte allá." Algunos rememoran experiencias directas:

> Cierta vez yo venía de hacer un camellito, con unos parcerines de la Francia, y arranqué pal' rancho que en esa época quedaba por Everfit; prendí el Nissan y me fui en picada, con la chancleta hasta el piso, y ya pasando por Villa del Socorro oí una gritería nilahijueputa, como si estuvieran agujeriando a alguien, detuve el Nissan para brujiar, y no hermano, que cosa tan malparida: unas pintas tenían un fiambre en el sopi, rociao de perfume, creo, porque ardía de lo lindo, y la gente, tratando de echarle agua. Pero no qué va, las pintas estaban bien montadas, amagando: "que al que se acerque lo quiebro, ¡lo reviento!" Metí la chancla y me pisé, "que ese muerto no lo cargo yo, que lo cargue el que lo mató". Pregunté a unos camaradas cómo había sido el cruce, pero nadie supo decirme nada. Esa es otra cosa, si usté pregunta en Medallo, nadie sabe nada, todo mundo come callao; en boca cerrada no entran moscas. La gente no canta, se queda a esperar, a veces años, a que le den el ladito para cobrarse, a lo guajiro. Y es que vea, una deuda de sangre, tarde o temprano se cobra; por eso es que uno no deja ofidio con vida. En cualquier momento le ponen su San Benito. No hay enemigo chiquito; se ha sabido de enclenques que se han servido con la cuchara grande a manes duros: "que usté me debe y tenga, guárdeme esto, pa'quel finao duerma en paz". Un cortauñas es un misil en manos de un ofendido. Y vea, uno puede aceptar que le quiñen un pariente, porque negocios son negocios, y a lo mejor el hombre no actuó a lo correcto, ¿me entiende?, porque si alguien ha faltoniao aunque sea de la familia es de ley que lo metan en formol, pero de ahí a que le hagan cochinadas, ¡quieto mijo!
>
> A mí a Dios gracias, no me ha tocado una cosa de esas y ojalá nunca me toque, pero sí he conocido de amistías que les han profanado el difunto. Eso es una grosería. Cuando los parientes se cobran, vuelve y juega, primero le hacen salpicón, y luego condimentan el cuerpo para salchicha. Eso es como la rueda de Chicago, vuelta y

vuelta: "Me faltás yo te falto", a lo Cruz Medina. Usté sabe: "No me pregunte la gente quién es el hombre que me ha herido; que'l hombre para ser hombre no ha de ser delator."

No todos coinciden en dejar en paz a los cadáveres. Para algunos es necesario hacerles pagar sus culpas más allá de la muerte misma y "asegurar que si hay otra vida no regresen". La madre es intocable, agraviarla en lo más mínimo equivale a una profanación. Si alguien la "toca" el culpable se tiene que morir dos veces:

Uno la monta de emoción, ya embalao, uno va pa' lo que sea. El ofendido pide cirugía plástica para que el muerto aprenda a respetar, y los deudos también. Si el faltón se metió con la más viejita de la casa, que se lo trague la tierra. Vivo no vale, se muere dos veces. La primera para que pague y la segunda para que ande en pena por toda la eternidad.

Si no hay respeto no hay nada, cualquier chichipato se pone al brinco. Ven sangre y se ponen respetuosos. Unos a la primera de cambios cantan hasta el himno nacional, otros no, entonces toca acariciarlos, ¿me entiende?, a veces se van de viaje, sin boleto de regreso, y de la pura piedra toca llenarlos de chumbimba; no puede uno ir con el patrón y decirle: "Se nos murraquió". Si cantan, aunque sea desafinado, no hay problema, uno lo que quiere es oír, que digan dónde metieron la güaca, pero si la montan de cayetanos, ¿qué quiere que uno haga?, rogar, sólo se le ruega a la madre. Si se ponen duros hay que romperlos. Me emputa la rogadera.

Una vez amarramos a un vicioso de la 45, por una moscorrobia mal habida. Era un loco de Manrique. Al hombre se le dio juego, porque se le veía bien, buena gente, micio como un putas. Mal antecedente, porque la micies es mala consejera. Un micio vende a la madre. Pero así y todo el chef lo metió a una cocina en Bello. Todo iba bien. Pero de repente este man dizque apareció con un punto en la 45; cosa rara porque uno empieza a preguntarse, ¿de dónde agarró línea? El chef nos canta la zona. Vamos y lo aseguramos de una y churumbulúm al banquillo: "¿de dónde sale el basuco?"; "no, que no es cierto, que yo no ando vendiendo nada, que quién dijo", y furufufú y farafafá. "Mirá marica, le dice el chef, vos me has estado avionando y es mejor que soltés la papa de una vez: ¿dónde tiene lo que se chorío?, por que si no te sacudimos a la cañona." Sisas, que'l man canta: nueve tamaleras armadas, pero no soltó los billegas. Lo aguijoniamos un rato, con pielrojas, una virueliada en seco. Al final se nos pasó la mano y no conseguimos la plata choriada. Lo montamos en la camioneta y lo fuimos a tirar a un mangón; le dimos jugo de batería; ese loquito quedó irreconocible, sin feis; pero las bandolas sabían que era el faltón de la 45.

Dígame, ¿qué hacer con un loco de esos?, ponerle marcapasos y ahí muere. Yo no sé usté qué pensará, pero no: el negocio es como la madre, es algo sagrado; no se toca, si es para faltoniar ¡quieto en primera!; métase a camellar a lo sano, al gobierno, o donde quiera y úntese, pero si quiere andar de traqueto, olvídese de andar tramando, porque esto ¡sopas! no tiene cuerpo ni tiene corazón.

La madre como heroína

La madre es para el traqueto una heroína; su rol es central, en torno a ella giran todas las relaciones familiares. El padre es figura secundaria, tránsfuga golpeador y desentendido de las responsabilidades hogareñas, el borracho jugador que pierde su dinero en la cantina. La madre constituye la síntesis más acabada del único valor que los sicarios pueden defender; es única: lo contrario a todos los referentes habituales: leal, sincera, solidaria. "Madre, coinciden todos, sólo hay una." El padre es un generador de incertidumbres, la madre en cambio es únicamente certeza, el gesto amable en medio de la barbarie. Se le venera con misticismo religioso. Por ella parecen estar dispuestos a lo que sea, incluso dejar la "mala vida". Promesa que invariablemente se repite en los cumpleaños de la "viejita" y en las reuniones de año viejo, el 31 de diciembre: "deme chance, viejita, una vuelta más, y le juro que al vicio no vuelvo". La madre es receptáculo de todos los amores, de todas las pasiones; ella logra dominar al criminal más fiero. El apoyo de la madre es incondicional, con ella se cuenta para todo. Imagen de la lealtad, de lo bello, de lo realmente útil. Es la única capaz de entender a cabalidad las acciones de sus hijos; puede enojarse "pero nunca juzga". La madre es una figura sagrada, la "reinita", el estereotipo de la mujer que se busca por esposa: fiel, honesta, limpia, leal, hogareña, abnegada. En la orgía metafórica de las batallas domésticas, es usual que el marido ofendido exprese con un lirismo crepuscular: "A mi madre la encontré en la casa, pero a vos te encontré en la calle." La calle alude al mundo de las putas y las hijas de la chingada; la casa, en cambio, es el hogar sacrosanto de la madre. Miguel Bucino, el viejo tanguero, es un referente de los valores traquetos:

Diga, madre, si es cierto que la infame
abusando de mi cana me ha engañado
y si es cierto que al pebete lo han dejado
en la casa de los pibes sin hogar.
Si así fuera... ¡malhaya perra!,
algún día he de salir y entonces, vieja,
se lo juro por la cruz que hice en la reja
que esa deuda con mi daga he de cobrar.

"La madre –comenta 'Garfield'– es la psicoanalista del pobre: oye, entiende y justifica. Nunca condena. La madre se la juega por los hijos, el padre en cambio es juez." Venerada hasta el exceso, la madre es la expresión simbólica de una correspondencia simétrica: "Nódulo de todas las desgracias", diría Freud, pero certeza protectora ante el desamparo. Edipos no resueltos anidan en el inconsciente de los traquetos:

> Mi viejita es sagrada, que no me la toquen ni con el pétalo de una rosa, que entonces sí como del muerto; es una santa mi cuchita; ahí donde usté la ve, con sus 60 abriles, es una tesa. Va pa'lo que sea, no come de nada; si yo con lo lacra que he sido pagaba escondederos de a peso cuando se salía del traje. Me tiraba, me tiraba la cuchita, pero yo hermano, por mi Dios que no me deja mentir, nunca le alcé la mano, se lo juro por diosito lindo. Más de una vez me puso el ojo colombino, pero yo fresco, me cubría la cara con los brazos y nada más le rogaba: "fresca cuchita". Me daba chancla ventiada. Nadie me aguantaba; hasta limpias me hicieron en Urrao. Mi mamita decía: "hombre María, que así se llama mi amá, que mirá que ese muchacho está endemoniado; andá que yo pago la limpia". Dos veces me llevaron con una cucha, medio bruja la malparida; me empelotaron y yo con una vergüenza ni la hijueputa porque apenas me estaban saliendo pelos, imagínese, y yo con las güevas al aire, veringo hermano, y todo sicosiao de que tal y se me para la pichola. ¿Otra vez en pelota? Ya voy Toño, sólo con mi mujer o las putas. Un parcero sin ropa es un parcero sin moral. Póngale la firma mijo. Hasta el más varón se dobla: los que amarran saben. Pille el video que le estoy contando: la pieza estaba en penumbra, "a media luz los dos", como dice la cionca, a media vela, llena de santos y veladoras con papelillo rojo. Yo que he sido maldadoso estaba cagao del susto. La ñora me embadurnó de alcohol y luego me sacudió unas ramas en el pecho, que olían a misía hijueputa. Y después me chantó una mantilla negra en los ojos.

Recordar, no recuerdo lo que decía, porque eran unas oraciones raras, extrañas, que en mi vida había oído. ¿Usted vio esa cinta Corazón satánico? Era como una carreta de esas. Después que me salpicó las ramas, me hizo dar vuelta y me agarró la cabeza; yo sentía que se iba a quedar con los manojos de pelo en la mano, porque la cucha me jaloniaba duro, duro; vuelve y juega a frotarme alcohol en la nuca, en la espalda; hasta en las tapas me echó una dosis, todo con esas benditas ramas, que saz saz, y yo de marica ahí tumbao. Mi cuchita se gastó sus centavos en esa maricada, y pues que, qué me iba andar curando, si uno lleva lo que es de uno bien instalado en su disco duro. ¿Usté ha oído esa salsita: "Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza?", asimismo, país, uno no cambia, ni porque le queme veladoras a lo loco al milagroso de Buga. Lo único real, y que eso sí ya es de la base mía, es estar agradecido con la viejita, no faltarle; mientras uno no le falle a la cucha es como tener el cielo asegurao.

Le decía que mi cucha es una tesa: un día caí en desgracia y me echaron dos vueltas, por una güevonada, algo sin importancia: me tocó salir a voltiar con una pinta en un bar del Guayaquil. Un pleito malanga, unas copas de más y la botadera de corriente terminó en vals: uno pa' delante y uno pa'tras, "porque era bravo el hombre". Me enrollé el chal de mi hembrita en el zobra derecho y me fui de chori, amagando aquí, amagando allá, fino, con un mataganao, que no sé de donde salió, pero a la hora de salir a voltear yo lo tenía bien agarrao con la chueca; zurdiar es una ventaja del putas porque basta un quiebrecito de cintura, aquí y allá, aquí y allá; la pinta se descontrola y lo demás es locha. Mis parceros firmes, dándome cobertura: "que nadie se meta hijueputas, déjenlos solanáceos, o les tronamos el culo a todos".

Los varones se prueban valsiando, aunque haya aparatos, de vez en cuando hay que valsear, se siente chévere, toda la pista pa' uno, y música a todo pulmón. La pinta babeaba, con un chuzo más bien corto, tiraba a la loca; por encima se le veía lo bisoñeta, no le pegaba ni al mundo hinchao: me le ponía de a pechito, controlando claro, con el chalito en el zobra, y el man medio arañaba; en una de esas le dejo ir una estocada, con efecto, saz, de abajo hacia arriba, usté sabe, y le hago la siza en plena tula, un corte lindo: yo le calculo del ombligo a la chucha. El hombre se fue de balada: "Me dieron, me dieron", y que "ayiyuy ayayay". ¡Pura mierda! porque fue una tajada plena pero suavenola; mi base no era ponerle olios al peye e irme de balú, sino amansarlo. Total, para hacerle corto el cuento, llegó la leyenda y se acabó el sarambambán. Los polochos tomaron nota y bueno, por puro gil fui a dar a la finca, pero me sirvió de experiencia, loco, uno no puede andar de floristería, adornándose: el chiste es encender de una y ¡despéguela! Porque la vida vale la pena pero de empastre, no para vivirla en sombra. Me dieron un par de tavuels.

Y allí es donde le digo que mi cuchita mostró la casta, lo que se llama amor de madre. Se emberracó conmigo, no por el tropel sino por pendejo. "Es que sólo a usté

se le ocurre, me dijo, ponerse a dar papaya y estallarse, así de chimba: pues ahora paga por pendejo." Y ya no me dijo nada más. Nunca me falló en las visitas; siempre, siempre se aparecía con su merco y uno que otro diablito, para fijar aguante, porque le digo una cosa: Bellavista es una cosa tenaz; llegando, llegando toca caerse con el dueño del balón y negociar los tiempos compartidos. Si uno no arma su combo le hacen hasta pa' vender, mínimo le montan una vaca los calaveras. Un buen chorro con el man que controla te pone a salvo de desgracias. En Bellavista uno puede taparse y no despertar. No hay que amurarse porque se la montan, toca estar pilanderas y, si se puede, coger alguito de cartel. Si toca salir a voltiar se voltea. Después de este canazo no me han vuelto a pillar, ni marica que fuera. No digo que no me vaya a destortillar, pero uno extrema las precauciones, se va a la fija y siempre con la múcura fresca pa' saber el punto de fuga. Cuando uno se alquila tiene que preverlo todo, para no pasarse la vida viviendo como conejo, a salto de mata. Aquí en los Yores la situa es trinca, sobre todo al principio, pero luego uno como que se acostumbra: se vuelve una cuatro por cuatro. Yo siempre voy a la fija, en el fondo sé que mi viejita no me olvida con sus oraciones, ella está conmigo y yo con ella; yo aguanto todo, menos que me nombren la cucha. Las riatas saben que no la tengo de caucho, mejor evitan; eso sí que no; le digo, es que para mí, mi viejita es una santa; si Dios me la quita del camino, seguro que me la lleva al cielo, Bacano ¿verdá?

La madre es esencia, fuerza que inspira; su nombre se grava en la piel, usando artefactos al alcance de la mano, una hoja de afeitar, una navaja o una aguja impregnada de tinta. En la soledad y el tedio que ataca en las caletas donde se esconden los cargamentos de droga, la madre es evocada y su rango de veneración *sólo* es equiparable al que se tiene por María Auxiliadora o Valverde, el santo patrón de los narcos mexicanos. En los momentos de ebriedad alcohólica lloran su ausencia y la reclaman; si está muerta siempre habrá flores en su tumba. En las situaciones críticas es común oírlos exclamar: "mamita, ayúdame":

Uno consigue un camellito, en cualquier cosa, de ayudante de obra, electricista o hasta de bulteador. Y todo por hacerle caso a la cuchita; para ella es un gusto que uno se gane la vida honradamente; todo el cuento de que el trabajo no deshonra a nadie, es una gallina diaria. Ya en la calle, uno se va dando cuenta que la quincenita no alcanza, que no sirve de nada, que la vida es camarona; y uno lo siente en carne propia: uno invita a una pelada al cine o a una taberna y toca que andar medido, pasando vergüenzas porque el billetico no alcanza pa' nada; uno anda entre com-

prarse un par de pisos o invitar a la china de boronda. Y uno mira a los parceros con su buen güango de billetes, que eso no les duele una muela, buena mecha, hembritas. Y uno con la pelada en remojo, esperando, tres, cuatro, cinco años, tratando de despegar, y nada; lógico las peladas se aburren y lo dejan a uno como el ternero, mamando. Se van tras el billegas; ellas saben que si se agarran de un buen barco van a flotar bacano. Se nos va torciendo la mente; primero la piensa doble, triple si quiere, pero después cuando se pilla que cualquier hijo de vecino anda bien montado, mejor que'l suscrito, pues uno se toca; se empieza a cavilar y a tratar de tirar serenidad, para que no se crea que se anda a la caza de algo para sapiar. Porque hay gonorreas que viven de eso: se pasan de sanahorios con los parceros, se hacen los gildardos y hay quien les suelta información de los cruces. En menos de lo que canta un gallo, tan tan, está la bandola con los totes encima: "la vida te da sorpresas, sooorpresas te da la vida". Si se cala un video hay que hacerlo a lo correcto.

En mi barrio se celebraba un pachangón dedicado a nuestra Señora de las Nieves: salsa y control, usté sabe: que futbolito, que misa, empanadas y baile. A las siete empezó a echar candela la cosa; mis pisos echaban fuego: "Que los compadres murieron, ¡mentira!, que los compadres son viejos, ¡mentira!" Empecé a tirar paso, uff, salsita ventiada, El Gran Combo, la Ponceña, nada de salsa catre, pura calistenia para desentumir el esqueleto. Entre paso y paso me calibraba un chorro de Tres Esquinas. Pillé una dama y empezamos a cotizar; una hembrita bien parada, embambada; eso me llamó la atención, pero no le paré muchas bolas, porque era linda la hijueputa, un casete parejito, blanco, y un par de pepas color miel, ¡mamacita! Nadie me dijo nada, las bandolas estaban tranquilinas; sólo "Moncho" un niño beibi recién llegado de tabogo, a casa de unos parientes, me dijo "ponete mosca; esa chimba está tan buena, que no sé por qué anda botada a borde de carretera". No le hice caso: "cuando se para ésta se pierde ésta". Quedamos en que al otro día nos vidrios por el Nutibara. Llegué temprano, como una hora antes, no fuera a ser la de malas de llegar tarde. La vi venir con su tumbao, bandera, con unos mallones negros y una blusa cortica, el ombliguito filmando, papá.

"¿Ton's qué, papito, bien o pa' qué?", dijo, y me estampó un pico de lengüita. Me quedé frío, mudo. Se me paró la verga. Y disimule tapando con las manos. La vergüenza se me vino encima; yo tenía mis pesitos contaos. Calculé: la invito a chuletiar, un par de nieves y unos toncolis y allí muere. Y si ella quiere, lo demás. El asunto era echar calidad, pero no tanto. Caminamos un rato y de repente la hembrita me marca el alto y me zambulle a un restaurante carioca; casi me da la pálida. Hasta ahí llegó mi quincenita; recaro todo. Yo me pedí un arroz con pollo y una gaseosa. Maricadas. Para controlar el gasto. Era lo más barato, pero quien controlaba comiendo a esta belleza de Calero: pidió milanesa, ensalada rusa, jugo de naranja, y como medio pastel de postre. A esta niña todo se le iba para atrás: tenía una cajita musical,

linda, responsable; culos de esos no se encuentran todos los días. Salimos y ya entrao en calor la apercuellé contra una esquina, como para descontar la quincena. No, eso fue una chupadera de trompa de película, porque para qué, esa pelada pa' chupar piña era una profesional. La chimba me conquistó cuando se desafanó con unos billegas y rumbiamos toda la noche. Era parcera, porque las parceras no se arrugan y comparten gastos. Nunca había sentido la salsa de esta manera, rica, lo que se dice rica. Yo a esa hembra me la gocé con La Ponceña, Fruko, y la Sonora Matancera, Johnny Pacheco, con Piper Pimienta, que en paz descance, uff, ¡una bacanidad!
Ya de regreso al rancho, después de haber dejado a mi nena en su cambuche, sentí que se me torcía la mente. No estaba rascao, había botado cuide, para no cagarla; entré con los pisos en la mano para no espantar los cuchos; mi piecita era para llorar de lo pecueca. "Esto tiene que cambiar y de que cambia, cambia" me dije, mientras tiraba la ropa con una piedra la tenaz. Veía la chimba, esos ojazos color miel, esa cintura que parecía de avispa. Me sentí encoñao, llevao del putas, sin biyuyo pa' hacerle frente al corte; una cuquita de esas se cotiza por lo alto. Me dormí pensando en cómo conseguir un fierro. Sí, eso era lo único que me faltaba para conservar mi hembra: un fierro. Me armé de valor y le monté un operativo a un hermano de mi cucho que era ferruncho; llegué un viernes dizque de visita, pura mierda, yo lo que quería era el tubo, y el man tenía varios. Así me hice de mi segundo amor: severo Magnun 375, que ni el mismo "Roñas", que era el terror del barrio, cargaba encima. Avión me vi, porque un trueno de éstos no es para aficionados. Una semana después ya tenía un fiambre en mi cuenta y un peso largo bien coronado; metí parte debajo del colchón y lo demás lo tiré en mecha y una tuerquita enchapada en oro para mi hembra.
En mi casa todo el mundo sano, salía en las mañanas como si fuera al camello y no me juntaba con nadie, para no dar visaje; monté el cuento de que me había matriculado en la nocturna para justificar mis ausencias. Puro cuento. Durante el día parchaba con mi pelada o negociaba un cruce y, ya entrada la noche, salía al rebusque, solano siempre, aunque a veces para algún operativo grande iba en montón: tres o cuatro, nunca más, para que no pareciera mitin. Mi sardina fresca, no se arrugaba para nada; era una pelada bien centrada; ella me despegó. "¿Sabe qué?, me dijo un día, yo creo que usté no debería andar guerriando por chichihuas, sino meterse en algo más grande, algo que deje un buen plante. Si quiere yo lo conecto con un personaje; eso sí júreme marica que no se va a pasar de avión, porque me mete en un lío nielhijueputa, y eso no es bueno: usté agarra fama de faltón y no se quita el dedo de encima y yo no quiero llevar del bulto. Así que piénselo." No pues, qué lo iba a pensar. Y aquí estoy.
Conocí la pinta, un man sereno. Me dijo, "yo lo traigo pa' que ruede conmigo, porque la sardina lo recomienda, sino nequis, pero ya sabe, no quiero vicio, ni cascareros, sólo gente con fe en el negocio: si esto se va p'arriba nos vamos todos pa'l

baile: todos en la cama o todos en el suelo". Como la china ya me había cantado la zona, yo a todo dije que sí y no me ha ido mal. Tengo casa, departamento y una finquita en La Dorada: allá vive ella con mis dos hijitos, están a todo dar: usté sabe, la familia por delante, lo demás, la vida misma, es ganancia. Hace un año bajé a verlos, de japonés: cámara al cuello y cargao de regalos; nada de cruces extras. Yo le dije al patrón: "oiga que si me da la oportunidad de ir a ver la family, orita que no hay tanto movimiento". "Claro, me dijo, pero ya sabe, buen juicio y no se meta en güevonadas." No se puede andar de avión, porque en esta vida todo se sabe, el mundo es chicorio; mejor andar a lo seguro, a lo correcto, más vale pájaro en mano que cien volando. Esto es como un bombombum, es chévere ver la explosión de lejos, la candela vuela por todos lados, se ve nítido, como cuando uno corona una nena; pero igual si uno es tránsfuga y lo pillan, todo se ve oscuro, como la muerte; la gente ceremenita de grone, porque la muerte es negra.



La justicia alterna

La muerte llega de distintas maneras, en ocasiones por solicitud expresa de alguien que quiere resolver un problema de manera radical; y para ello siempre existe la mano generosa que ordena jalar del gatillo de manera oportuna. Es una forma segura de resolver los problemas cotidianos y sin esperar que la justicia se decida a intervenir. Frente a una justicia inoperante nada mejor que la "justicia alterna". La "dogmática jurídica" de los patrones, convertidos en jueces y verdugos, actúa de manera expedita y sin tropiezos burocráticos.

A mi hombre lo mataron por gurre, bien merecido lo tenga; y no es por faltarle al difunto, pero mi Dios santísimo lo tenga en su gloria, porque lo que's yo y mis nenes, lo que le teníamos era miedo, pánico escénico al malparido; buena gente, sano, pero cuando le entraba al vicio, el finao se ponía insoportable, necio y celoso como un putas. No lo aguanté; busqué quien lo tumbara. Saqué mis centavitos del banco y el resto lo pagué en especie. Yo era, como se dice un tarrao, mucha mujer pa'l hijueputa, pero se daba en la torre y no había quien le parara el macho, se sentía el divino putas el malparido. Mis pelaos andaban todos psicosiados de que'l hombre en una de esas me quebrara. Fui y hablé con un conocido de la oficina y le monté el show. No pues, el señor este me dijo: "fresca m'ija que ese personaje ya es cadáver, deme unos días y lo sacamos de la película". Mi Dios me lo perdone, pero no había de otra. No hay mal que por bien no sirva: este señor que me hizo la vuelta, lo seguí viendo, al principio me daba pena con mis nenes; se me hacía que era como en la telenovela de "Doña Flor y sus dos maridos", y

que el difunto se aparecía, pero no, este señor era una belleza de persona. Los primeros polvos fueron un relajo: yo no me venía por nada; me moría de la vergüenza con este señor, porque era a todo dar, pero yo le decía "ni modos papi, no todo el tiempo el palo está para cucharas". Ya en serio, pudimos tener un meneito tranquilo en un viaje que hicimos al Rodadero; sería que el mar me quitó esa sal: el difunto desapareció del todo. El señor me ayudó mucho, él puso de su bolsillo para el pasaje; él arregló todo para meterme por el hueco, con todo y nenes. Hará cosa de dos años se enfermó en Los Ángeles y le montaron conspiración; lo vi en el verano y le ha sentao: tiene una tula grandísima, ¿será por el murrio no? El siempre tan jovial, está confiado en salir rápido de ese atolladero, pero yo la verdá la veo muy trinca. A él lo salva que tiene sus pesitos para tocarle el corazón al juez. Yo de mi parte, ruego al Señor de los Milagros, que lo saque con bien: él se lo merece, y fíjese lo que son las cosas: mis nenes preguntan más por él que por su papá. Y lógico, nunca sabrán por mí, que yo le pagué el paseo por toda la eternidad.

Sucedáneos a la cañona

La irrupción de drogas sintéticas en el mercado norteamericano es vista no como un problema de competencia, sino como algo que tiene que ver con la "locura americana". El término "gringo" ha llegado a convertirse en sinónimo de loco: "ya no tienen qué inventar". La frase "esos manes están locos" resume el diagnóstico que los traquetos hacen sobre la sociedad norteamericana. Lo curioso es que pese a lo que pudiera creerse los traquetos no son consumidores potenciales de las sustancias que expenden. Su mayor placer lo representa el consumo de aguardiente colombiano, ocasionalmente combinado con cocaína, para ponerse a salvo transitoriamente de la ebriedad alcohólica y gastar dinero a manos llenas. Incluso, afirman algunos, que no le "encuentran chiste a la soplada". En las fiestas las restricciones se liberan un poco y se tolera el consumo de unas cuantas líneas para contrarrestar la ebriedad, pero en las "horas de trabajo" el consumo de cocaína o marihuana es restringido por los riesgos de seguridad que puede llegar a ocasionar un ataque de paranoia. El vicioso es generalmente relegado de cargos de responsabilidad:

El gringo de por sí busca a la cañona la forma de darse en la torre; el problema es de ellos. Nosotros no vendemos corte; esa mierda es patrimonio de ellos. En mis filas nadie consume una pizca de vicio, no digo que no lo hagan, pero si alguien se destor-

tilla, ¡yeraf! Parece contradictorio, pero es verdad. En medio de un montañal de droga, nadie mete navaja, sólo el catador: una puntica y ya. La droga del narco es el dinero. Eso sí, y se gasta como Dios manda, porque para eso es. Se guarda lo que no se puede gastar. La gente dice que uno es picao, porque compra esto o compra lo otro. ¿De qué sirve andar de pichicato? Pablo tenía sus hipopótamos, ¿y qué?, era su gusto, a lo mejor de niño nunca pudo comprarse un gato. El gusto de esta vaina es echar bueno. Los gringos igual, pero a su modo, viven para darse sus gustos: casa, carro y beca. A lo bien. Si algo no les gusta, le batallan. No se quedan quietos. El caso de la droga es claro. Se cansaron de oler, le entraron al crack, bazuco en piedra. Están locos. Tienen las ñatas rotas de tanto oler, pero como no, si hasta cal, pepas y una pizca de perico, meten. El perico no raspa, lo que rompe es el corte. Una línea a lo sumo le hace cosquillas, eso es normal, pero haga la prueba y agarre un toquecito de base, rebájelo con bicarbonato, Portland o anfetas, échele candela y sóplelo, ¿qué quiere que pase, ah? En menos de un año el tabique revienta.

Un loco con las ñatas agujeriadas no sopla. ¿Y sabe qué?, le entra a la aguja: coca y hero. Un roto es un suplicio: sopla y se le viene la regla, porque la fosa se enllaga. De ahí saltan al piquete o la pipa de frasco. Igual. Revientan. El speedball, el crack, son corte. Y vaya usté a saber los efectos de estas sustancias en el organismo. Supongamos que el bicarbonato no le haga nada, ¿pero y el resto? o, ¿el polvo de ángel? Si usté me pregunta, ¿qué pito tocamos en esto?, yo le digo que ninguno. Así de simple. Introducimos calidad. El resto les compete a los gringos; las oficinas nada tienen que ver con el crack, el Ice, los metiles, o el éxtasis, que ahorita se está poniendo de moda, y compitiendo con el perico. Los Ángeles, Washington, Nueva York, están saturados de hielo. Lo que pasa es que los gringos están enseñados a hurgar en el solar vecino y no en su patio. Al rato van a estar diciendo que las oficinas envenenaron a Maryon Barry, el alcalde; que el pobre negro marica fue víctima de Los Extraditables. ¿Me entiende? Los colombianos no exportan sintéticos, póngale la firma maestro, ¡no exportan! No es negocio. El sintético es tecnología gringa. Las patentes son gringas, pero cuando meten metyl a la calle, la gente los activa como les dé la gana, el nombre es lo de menos.

Un champú de metyl y anfetas, se consigue en tres pesos y golpea 20 veces más que un gramo enterito de coca. Y es más, ¿sabe quiénes se están metiendo fuerte a traquetiar con eso?, los mexicas, esos manes dentro de poco van a controlar el mercado de las anfetas. Nosotros no, porque con la coca y con la heroína, el "secretico mejor guardado del mundo", ja, tenemos más que suficiente, ni siquiera es un problema de precios. El quid del asunto radica en que los americanos cada día están más deschavetados, no se contentan con nada: la marihuana no los satisface, la coca tampoco; echan mano del botiquín a la lata. Es más barato y aseguran viajes marcianos.

El planeta americano de finales y principios de siglo se avoca a sugerentes procesos de experimentación farmacéutica. Todos los desvaríos son posibles, y el ansia de poner en el mercado nuevos productos es insaciable. En un mercado global lo ideal es poner productos al alcance de todos los gustos y bolsillos; para ello los laboratorios trabajan en sustancias que estimulen el apetito de consumo:

> Los gringos son unos duros para estar inventando pendejadas, lo que sea, siempre tienen a la mano inventarios completos de lo que quiera, hasta de lo que persiguen, ahí están de ejemplo los manuales para cultivar marihuana; yo la verdad no los entiendo. Tanto problema por el consumo de drogas y no reconocen que ellos mismos son los dueños de la situación. Ellos venden sin ningún empacho los tips para sacarla sin semilla, ¿cuál es el problema?: que los hispanos se metan. Ahora dizque el problema es la cocaína pero, ¿cuál problema?, si en las farmacias usté encuentra lo que quiera para darse en la cabeza. Yo le digo una cosa: hay formas de sacar coca sintética y la gente queda sana, ni siquiera se mosquea. Se van felices a su casita a oler perico ventiao, ¿pero cuál perico?, son mezclas: anfetamina, fenmetracina, benzocaína, xilocaína, y masa para darle bulto. Hable con los cocineros y verá, lo que es amar a Dios en tierra de indios. Ahora, si usté me pregunta si esto es dañino, pues hombre desde luego que sí. Todas esas mierdas producen un daño del putas en la cabeza. La gente se está muriendo de eso, no de la cocaína, porque la coca no le jode la bóveda. Da lástima ver lo que los pelaos se meten; con razón se alocan y le entran de chompis para evolucionar con el vicio.
>
> En Washington la cosa es trinca; me ha tocado verlo. No es la coca: es el crack o el speedball el que está jodiendo a la gente; los pelaos se meten eso al cuerpo y se alocan; por eso hay tanta violencia allá, después de las seis nadie anda tranquilo en la calle. Invenciones gringas, le digo, inventan cada pendejada. El crack es gringo; hay quienes lo confunden con el bazuco, pero no es lo mismo. Los dos se fuman pero son distintos. En Colombia el bazuco se puso de moda hará cosa de 10 años; es pasta: sulfato de cocaína. Se fuma en cigarro, sólo o mezclado en un cacho de marihuana. Siendo un producto con muchas impurezas es natural que produzca efectos desastrosos. Pille que esa vaina todavía tiene los ácidos vivos.
>
> El crack es una mezcla rara, pero fácil de elaborar, no tiene mayor complicación y se puede hacer en una ollita de aluminio; todo va en gustos: lo más rápido consiste en calentar una mezcla de pasta básica con bicarbonato de sodio y un poco de anfetaminas; o un poco de base, polvo para hornear y agua. Es un asunto puramente químico. El bicarbonato o el polvo de hornear, es el que le da consistencia de piedra, es un excipiente. Es una droga sumamente barata. El crack se descubrió de pura chiri-

pa, en alguna cocina, cortando. En una de esas se les pasó la mano y se les amelcochó. No faltó alguien y se fumó las piedras. De ahí en adelante la gente se siguió montando en el carro. Si la base no es oxidada, en el momento de echar la pasta pa'rriba para sacar la coca, se empanela, o no seca, si no seca toca mezclarla con algo que la endurezca, harina, por ejemplo. Pero también sucede que a la hora de secar el microondas cristalice todo. Ya luego la gente pilló el asunto, vio que era negocio y lo siguió haciendo; pero por lo general el material que se usa para el crack es material malanga, de desecho. Un cigarro trae un 30 por ciento de clorhidrato. El humo va directo a la cabeza. Si a mí me llega una base, digamos medio malona, yo no pierdo el tiempo tratando de sacar perico, que sé que va a salir culo, lo que hago es crackearlo. Igual si es perico malo, lo echo para atrás y saco mis piedras. Ahora como están las cosas no hay pierde, se vende lo que sea. Un frasquito de piedras se vende hasta en tres pesos; es un regalo y los negros lo consumen como arroz.

Mucha gente no le entraba al vicio por lo caro: un gramo de coca cortada le cuesta su buen billete, en cambio una piedra se la dan casi regalada; los latinos pobres están metiendo a la lata. Ya no se puede ir con la finta de que los viciosos son gringos, no, el crack generalizó el consumo. Los potorros son consumidores bravos. Gente que tiene líneas abiertas por San Juan, me comentan que da lástima. No es nota; el pueblito se está dando en la cabeza. ¿Sabe qué dicen?, que es más barato crackearse que tomarse una bavaria. Yo no he probado, pero eh, Ave María, dicen que la traba es brutal. Un pipazo y a volar en seco. Los manes que están más en la olla son los que meten crack; por los lados del muelle, en Brooklyn eso está túquio de caspas, metiendo crack. En la noche por el surf o cropsey, eso se pone bien tenaz. En invierno los grones hacen sus fogatas, y ni se ponen moscas; pasa uno en el roca y ahí están con las pipetas prendidas quemando piedras: que uf, uf, uf; se siente feo ver a las pintas en eso, sopletiando. Parece que se les van a salir los ojos. Cada bombazo es como de a minuto; aspiran y pasan, aspiran y pasan; quién sabe para donde irá el humo porque no se ve que suelten nada.

Pobres pintas, están tiraos al tres; esos manes cuando se quedan sin un centavo, hacen lo que sea por un atao; se alocan refeo; salen al rebusque. Consiguen dos, tres pesos y se dejan ir a los puntos. Compran su frasco y dele, dele; desespera verlos fumando, parecen murciélagos. El crack los acelera. La gente se pega unas encerronas tenaces, dos, tres días; cuando salen a la calle parecen calaveras; lívidos casi transparentes; no comen. Se encierran feo. Esa vaina se parece al bazuco; porque igual, la gente compra 10, 20 gramos y se va de encerrona; no salen ni a cagar; se recargan sobre las paredes hechos unas güevas. Lelos, loco, lelísimos, como si estuvieran viendo a la abuela en pelotas, así se quedan. No hablan y cuando les entra la paranoica son un show, horas y horas brujiando por las ventanas, con la caminadora, sudando frío. De veras que dan lástima; es, como dice el "Garfield", como si se hubieran quedado del otro lado de la luna.

Hay crack bueno y crack malanga. El crack cuando viene de calidad golpea rapidísimo; un bombazo y el humo salta del pulmón al cerebro sin hacer escalas. Son tres, cuatro, cinco golpes por roca. Una delicia. Vale la pena, lo vale; cuesta además muy poco: cinco reales. Un vial te aguanta lo tuyo, más que un porro de 10 pesotes. Y te pone como un rey. Si sabes calar bien el tubo el flashazo es inmediato; si no lo sabes calar bien es un desperdicio. Con el tubo no hay tiempo que perder. Se pone la roca en la cazuela y metés fuego y a bombear hasta que agarre fuerza. Se aspira hondo pero despacio, como si fuera un porro, aguantando la respiración unos segundos. El efecto es inmediato, va pasando el humo y la lengua y la garganta se van entumeciendo, se duermen; igual que cuando ponés una pizca de coca en la lengua. Lo demás lo pone el cuerpo. Hay que saber hacerlo, si no estás predispuesto no hay nada, te quedás con la lengua dormida. Mucho depende de uno. Si le entrás tenés que entrarle bien; si le entrás mal, de entrada vas perdiendo. No se puede calar con miedo. Es como la yerba, si no la sabés manejar, no hay nada, quizá un poco de dolor de cabeza o mareo; hasta ganas de vomitar. Para una buena experiencia es necesario estar predispuesto, darse confianza, vamos, querer hacerlo; de lo contrario es tiempo perdido. No sólo perdés la experiencia sino los riales; por suerte que un vial te cuesta poco.

La opulencia de los de abajo

El dinero parece resumir las expectativas de algunos jóvenes, sin él es como vivir en el sinsentido. Lo obtienen de manera relativamente fácil, pero igualmente lo gastan. No hay sentido de acumulación. El ahorro maniqueo es, en su opinión, recurso de los que "viven del salario"; cuesta tanto ganarlo que es necesario guardarlo. El dinero traqueto, en cambio, viene y va. Se gasta con la certeza de que cantidades mayores aguardan en cualquier parte. Así las cosas la opulencia de los "nuevos ricos" es eminentemente transitoria. Sólo los patrones invierten. Podría hablarse de la existencia de una estética narca, donde el mal gusto contrasta con la opulencia de los propietarios. Los volúmenes de coca son altos; mensualmente entran cientos de kilos a los Estados Unidos por distintos sitios. Las rutas se abren constantemente, cae una, se abren dos. Los Estados Unidos son un paraguas perforado:

Los radares, los aerostatos, los aviones son malangas frente al ingenio y la capacidad de compra de las oficinas; el hombre es voluble. Nadie resiste la tentación de un fajo de verdes. Pablo demostró hasta qué punto la policía antinarcóticos, el ejército, son vulnerables. Pero de que hay necios, tercos, que no reciben dinero, los hay. Con

decirle que hasta el Gloria, el buque-insignia de la armada ha sido "prestada" para traquetiar. El dinero de las oficinas toca a mucha gente, no sólo en Colombia, sino acá dentro; de lo contrario sería muy difícil mantener el negocio. Más que soborno, las oficinas lo que realmente efectúan, es una política de "inversiones" a gran escala. El policía gringo tiene su mística, pero no son incorruptibles, se les puede tocar el corazón; el dólar no tiene color. La dea es corrupta. El policía de la calle tiene pundonor; "subsidiar" un tránsito es imposible, pero un feo se entrega, no todos, pero que los hay los hay. Igual pasa con los jueces, el abogado muestra el dinero, y ellos rinden la plaza. En Colombia es más fácil: el arreglo es directo, el juez sabe de antemano que llevar la contraria lo puede meter en dificultades; entonces prefieren recibir su "subsidio" y hacerse los locos. La gente se unta por necesidad y porque es bueno tener como gastar. Unos se admiran y a otros les da risa: pero dinero que no se ve no es dinero. Por eso las bambas, las casas, los carros, ofenden a los que siempre han sido ricos, pero para el hombre que viene de abajo mostrar sus cositas es un placer.

La necesidad de trascender la miseria cotidiana del barrio, obliga a mirar hacia los ostentosos paraísos residenciales de los ricos. El robo es una acción primaria; ir de *chompis* es un ejercicio de aprendizaje, normal y recurrente, antes de abrirse camino hacia las "ligas mayores" del narcotráfico. Don dinero es un personaje seductor:

Lo que vale es la plata, dicen que no es la felicidad pero como dice el "Garfield" es lo más parecido a ella. Lo dice la canción, ¿ha oído usté el disco?: "Amigo cuánto tienes, cuánto vales, principio de la actual filosofía, amigo, no apuestes la partida pues todo es oropel." Si usté tiene plata cualquiera lo respeta, infunde presencia, pero si no tiene ni en qué caerse muerto todo mundo le hace el feo. "Cuando mi cucho tenía plata le decían don Tomás, y ahora que no tiene un centavo, le dicen Tomás nomás", ¿sí ha oído eso no?, es un dicho muy conocido en el pueblo. Yo me hice a la vida de "hola soledad, no me extraña tu presencia, soledad yo soy tu amigo, ven que vamos a bailar"; me cansé locuaz de andar todo descuajaringao por el barrio: sin un peso para invitar, "que si no me das guita mejor me voy con papá". Armé una selección de futbol rápido y a camellar putas que'l mundo se va a acabar. Cámara en pecho, a lo Casanova, videamos todo El Poblado, uf uf, con los ribuck bien grifintiaos. Puro ricarrondo; carnes frías brujiando, a lo seminarista de los ojos negros. Pille, locuaz, "lente oscuro pa' qué no vean que estoy mirando". ¿Conoce eso verdad? Una caminera de miranda, sagaz, de inteligencia. De regreso pa' Santa Elena ya sabía dónde clavar las banderillas: una saca esmoll, de floristería, llena de ornamentos y

figuras de animales. Sólo era de esperar una cheno parcera, para este "toro enamorado de la luna". ¿Le da la risaralda, verdad? A mí siempre me picó arrastre la prosa, el verso; era una pepa, para aprender de memoria: "que cómo fue señora, cómo son las vainas cuando son de la invisible, ella era muy chévere y el man un duro". Todas esas me las sabía; ful mano.

En las semanas culturales los maestros siempre me buscaban por entucador: un sainete, una poesía, un verso; un día de éstos le muestro mis cuadernos, ahí tengo puros acrósticos de las peladas; mi'amá siempre dijo que la vena poética me venía de mi abuelo. Cuadramos el día; uno de la gallada patració porque lo agarraron en curva y lo pusieron a jugar 31; la selección se quedó sin su Higuita, pero quedamos cuatro. Un takis... y todos a sus puestos, a mover el cuero. La "luna estaba lela escuchando la trova paralela". No hubo ruido nadie me oyó; la casa parecía sola, sin luz, sin rospes a la deriva. Un pasesito de muleta y saz saz, con el alicate corté un cable que salía de la ventana y parecía del teléfono, quién sabe, veo muchas películas, el caso es que lo corté a lo yeisbond. Entramos. La house estaba solana, bueno eso creímos, porque estando en tan alegre función, oímos el pito de la chota. Aannn aannn, y el gentió echando visaje. Algún chivato sapio. Y fuaz, que nos abrimos en llamas, sin coronar nada; pecuecas, como a la semana volvimos y fumigamos el vecindario pa' sicosiarlos. Nadie murió; pero vuelve y juega que nos montan la perseguidora; y hora sí nos tocó defendernos a la cañona. Sólo quiñaron un lateral: le metieron un tote cerquita al mango y se babió. El novenario del hombre estuvo a su altura: la cucha sacó su estéreo y puso la música que de vivo le gustaba al parcero: salsa, naturalmente, y comida, mucha comida pa' los acompañantes y la cancioncita de Lavoe que le tocaba el corazón: "Ella va, sola y vacía, por ese amor que no la merecía." Antes de enterrar al parcero, lo agarramos por los hombros y lo paseamos un rato por la comuna, y de despedida le dimos un chorrito de antioqueño.

En el combo quedamos tres. Y vea, coronamos. Un loquito nos cantó la zona de un loco que salía los viernes a consignar las ventas de un chuzo en el Banco de Antioquía. Mire la finura, el detalle: me le voy detrás, le echo mano, lo apercuello con un tonto y "vomite pelao, vomite"; la gente sana. Llegan mis dos parceros agarran la chuspa y a meter pique, 100, 200 metros, persecución individual; doblamos y agarramos pavimentada en un taxi. El pelao quiso revirar y le dejé el tonto de recuerdo. El tonto es una ventaja: deja huequito y no sangra. Ese billete nos lo repartimos en partes iguales: un peso y medio para cada uno; hicimos una vaquita y al man que nos cantó la zona le tocaron seis tablas. Ese viyuyo lo invertí en lionsos, pisos y misacas, mecha de boutique; porque eso del almacén agáchese ya no va con la personalidad de uno; mi cucha estrenó nevera y una bambita de oracio, que todavía conserva. El rancho que tiene ahora en Cristo Rey es una suite: yo le he puesto los forros; está lujis, lujis. De acá le mando de todo y billete pa' que viva como una reina. Desde

que me tiré al ruedo he vivido como un bacán, nada debo nada tengo prestado; todo lo cancelo al chin chin. Con "dinero y sin dinero, hago siempre lo que quiero" ¿Eso es mexicano, no? Cumpliendo los veintes dejé la bandola; eso queda pa' los pelaos; ya con un plante uno se dedica a administrar los cruces; se opera a la fija y el porcentaje es bueno. Hoy en día tengo mi puestico en la ofice, armando y desarmando; aquí me tienen por vivo; vea no se me escapa ni una. El patrón sabe que yo no me le tiro al agua. Como y visto a la lata, porque para eso es la plata; pa'que putas guardarla, si cuando llega la parca uno no carga con nada; rico es morir con gusto; lo demás son vanidades. Con la carne de uno se revientan de gordos los gusanos. Del otro lado de la luna no hay mosca para gastar, sólo silencio y soledad.

Dinero, siempre es el dinero el argumento que motiva a los traquetos; se busca con ansia infinita como si sirviera de alimento. A través de él los desclasados, los olvidados se reivindican frente a los amigos, la sociedad y el mundo. No importa que en el afán de conseguirlo se les vaya la vida; vale la pena intentarlo si el éxito de un *cruce* les permite exhibir el abandono transitorio de la pobreza: un paréntesis a una vida marcada por el hambre y, además, como pago extra "domesticar a las hembras":

La base de un crusao es la money, si es en moneda nacional está bien, pero si el pago viene en divisas, mejor. Si te llega un canazo, es mejor que te agarren confesao. Sea como sea, el billete da para todo: una buena nave, ¿qué te digo?, un Mitsubishi, una Ninya; mecha y bambas. Analice nomás: si lo ven esmirriao, es un man sin luk, un rejo, un gamín, un lamemelculo; pero llega un plante y las cosas cambian: Las sardinas lo buscan para un vueltón, se va de piropazo y ya no le reviran. Las chimbas son gasolineras: ven la nave y de una le toman la medida al paciente, no se hacen de rogar, van pa' todas. Las hembras ven el viyuyo y la bisagra les suda champaña. ¡Ay, papá pero que no me lo pillen líchigo!, porque vienen, lo huelen y se van. ¿Firigniar gratiniano?, las güevas mijo. Sin plata no sueltan el culito. Los centavos llaman, como la miel a las abejas. Dos, tres pesos largos y los tarraos piden pista; el jet set aparece como por arte de magia después de un gane: los concorde, los mirage, con propulsión a chorro, qué pilas, en un santiamén, se chupan todo. Si usted es un finol las hembritas le hacen hasta la mamada del diablo. No hay asare, las hembras son como el Rey Midas, un parcero las toca y se vuelven oro; y es un camello berraco bajarlas de la nebulosa, porque los centavitos son como el agua, como vienen se van. Si le cae la roya y lo becan a la universidad tiene que pagar matrícula: los abogados se embolsillan el plante; y las chimbas ni en pintuco: "si te veo no te conozco mosco".

Son avionas, será el medio, pero que son avionas, son avionas. Pero pichar es rico, firigniar es lo máximo: después de un culipanochimanitanteo, sólo el periquillo le iguala, ¿o no?; no hay pierde: yo doy ella me da. Y si es virgoleto, dígame, cuando putas se le quita el gusto: un modelito reciente, digamos, un 80, es una cajita de pedos verrionda, la berraquera, lo máximo; pero ni modos que se lo ofrezcan gratis; hay que cotizar. Un cruce bueno da para todo, circo, maroma y teatro: lo de la lata para la cucha, uno que otro chupacorriente, mecha de marca y vicio si es soplador: las nenas son adornos del combo, la parte bonita de las bandolas. Una Ninya, sin su nena a bordo, es una Ninya cualquiera: lo bacano es lucir una buena cajita de música; se vuelve uno la admiración de barrio; nomás se quita el silenciador y abran las puertas que aquí les voy; ya en el camello propiamente dicho, los aparatos cargan su silencioso, para no alertar a los feos; detalles ¿no? Si no hay billegas como para vivir más o menos, toca entucar y batear con la izquierda, no hay de otra, lo bueno cuesta, y a menos que se lo gane en un Lotto, tiene que salir a buscarlo; piense que nadie lo desembala gratis. Es una ley de la vida: yo no pedí que me trajeran al mundo.

Salir del gueto, de la orfandad económica, es una ilusión que se abriga desde niño, en la soledad taciturna de un cuarto sin ventanas, en las horas frustrantes del dolor que no se calma y que se clava como un aguijón en el abdomen. En momentos como ése, los pensamientos giran hacia otra realidad, al espejismo de los hijos de vecino que un día salieron del hueco, de la ratonera y se instalaron, prósperos y felices en otro lado de la ciudad, a disfrutar de la calidez de unas sábanas limpias y del abrazo de un baño de agua caliente:

Mal agradecida no, porque pa' que hablar lo que no es, siempre tuve mecha, melona y dormida, pero de tiraleches; uno agradece por el cambuche, pero hay otros gustos, otras cosas: ropa bacana, merco firme, un parchecito de viernes; pero no, en la choza no hay de eso. Llegaba pacho y usted cree que había para tuallas de farmacia, nel, operación trapo. Y uno tres días con la gotera. Horrible, mi amor, lavar porquerías menstruales, ¿qué es eso?, ay no, si viera lo estorboso que es andar con un tamal de esos en la cuca, horror, horror. No es que uno nazca malo, pero si la situa es tesa, los muchachos tienen que acicalar pescuezos a la lata; por ahí se empieza y luego vienen los camellos grandes. Eso es impajaritable.

Ahora, le digo una cosa, uno de hembra, si de todos modos va a soltar la bisagra, tiene que sacarle jugo. Conmigo no va eso de que se lo coman gratis; y no es que uno se vaya a poner de fufurufa, qué bueno, yo respeto a las que se dedican a eso, pero toca que rifarse bien, y ahí con nadadito de perro se va saliendo a flote. Ya voy

Toño con eso de aflojar el culo gratis. Hay pelaos muy bacanos, buena gente, bien paraos, lo que quiera, pero, ¿pa' que le sirven a uno, si no cargan ni pa' un hijueputa tinto?, pa' nada. De amor viven los tontos; pero este mundo es de los vivos, sólo los tontos pagan el cover. Hay gente que le gusta vivir chichipatamente y yo no los juzgo, allá ellos, yo paso; mi base es vivir bien, si se puede de reina, de reina. Mi marido es un duro, tiene lo suyo; de haber seguido consejos estaría de secretaria o de mantecanotaquígrafa. Gracias a Dios preferí montarla de oveja negra y aquí me tiene: no me duele una muela; sólo me agüita la gotera, los cólicos me amuran como el putas, de lo demás no me quejo; si ando con la bailadora, saco la percha y me voy pa'l Palladium. No soy celosa y mi hombre es fresco, pero como dice el dicho, ¡ay "jueputa si lo agarro con otra!"

Tragones

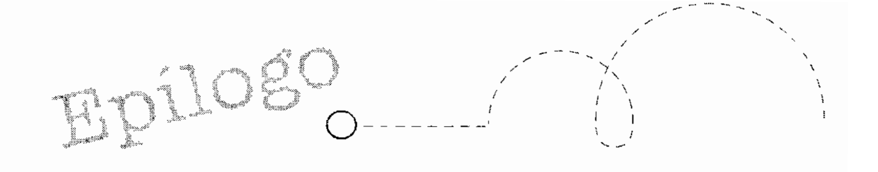
El ingenio de los narcos es a todas luces reconocido, gozan de una infinita posibilidad de invención para hacer llegar la droga a los usuarios en Nueva York. Ningún recurso es tan dramático como el de los llamados "tragones", o comedores de droga. A éstos no los usan los cárteles que prefieren introducir cientos de kilos de cocaína en una sola acción; su práctica es patrimonio de introductores en pequeño, quienes han encontrado en el "hormigueo" un excelente medio de transporte. Se experimentó con cocaína pero reditúa mucho más para introducir heroína, cuyo costo es potencialmente alto. Un buen comedor puede cargar hasta medio kilo de heroína en los intestinos, o unos pocos gramos en el recto o la vagina:

El tragón es un man teso, muy bragao, o con una necesidad del putas. No hay de otra. Son compas que en un asare de billetes se regalan para una vuelta. Es difícil que se caigan. Sólo el nerviosismo los traiciona, o que violen el reglamento: con los "dedos" adentro no se come; una pizca de comida con sal le alborota los ácidos del estómago y "listo Medellín cabina ocho": se rompe el "dedo", y la pinta muere de pasón estomacal. Un tragón aguanta hasta una libreta, dependiendo de la pinta; si es muy flaco, la carga es menor. Depende. Igual hay manes de garganta estrecha, que no resisten los "dedos". Otros los pasan sin problema. No es fácil. La gente entrena con uvas moscatel, para afinar la garganta. Un racimo diario.

Lo más efectivo para este camello son los guantes de cirugía; es un látex muy bueno, resistente. Se atan los "dedos". Un "dedo" bien arreglado recibe hasta dos gramos.

Se corta con tijera y con él mismo se amarra, es un amarre de dos vueltas. Las chimbas son tenaces amarrando; es un trabajo muy fino, casi que de lente de contacto. Las uñas cortas para evitar un rasguño accidental. El cliente agarra de uno en uno y pa' dentro, hasta completar la carga. Se los tragan sin hacerla de emoción. Lo normal es que la gente se aviente con 250 o 300 gramos; suave; si es droga líquida se puede encaletar más en el estómago. Y es raro que lo pillen, pues a una persona cargada sólo la pueden detectar con rayos X, con nada más. A no ser que los jugos gástricos revienten las bolsas. Subir perico no es negocio; el loto es coronar heroína; 300 gramos de ache puestos en los Yores son como 60 lucas libres de impuesto. En un viajecito "tipo todo incluido", la gente llega a subir el kilo completo: tres o cuatro personas le hacen la vuelta. Para sacar la merca no hay problem, basta un laxante y la mercancía se viene con mierda y todo. El man se encunclilla sobre un plástico y empieza a pujar, haga de cuenta que está cagando, nada más que en público, y a contar: uno, dos, 50, 80, hasta que salga el último cartucho, de golpe se aviva y se roba un dedo de material. Al principio la gente se psicosea, pero luego termina acostumbrándose a mover los dedos entre la mierda. Se agarra la merca y se limpia con clínex, antes de desanudar. Dicen los viciosos que el material es una chimba. El olor no importa, la mierda se la lleva el agua.

Reflexiones curiosas. No temo molestar a mis lectores, finalmente como advirtiera Barthes, la mierda escrita no huele.



Epílogo

La noche llama. Llueve. Times Square luce a reventar. La gente se agolpa para protegerse de una lluvia que no cesa. "Garfield" luce una inmaculada camisa negra de seda. Desde hace varias semanas había venido insistiendo en conocer un "metedero de tacón alto" y cerrar la investigación. Hoy es el momento. Si bien se han tomado todas las precauciones mi seguridad está en riesgo. Hemos cambiado de vivienda varias veces y ya no es tan seguro husmear en los bajos fondos, ni aparecer en público en los restaurantes de Manhattan. Urge ir preparando la salida de la ciudad de Nueva York y poner a salvo las notas cifradas del trabajo de campo. Sumido en mis preocupaciones abro el paraguas y empezamos a caminar en dirección a la décima; nos detenemos y tomamos el auto recién lavado. Tiempo después nos apeamos del auto y seguimos caminando. Los edificios se pierden en la noche. La noche es propicia para hablar de muchas cosas; en el fondo sabemos que nuestros caminos son equiparablemente inciertos, quizá no volvamos a vernos. Sin darnos cuenta hemos llegado, "Garfield" se aproxima al tablero y oprime tres veces.

–¿Quién? –pregunta una voz desde el otro lado del citófono.

–Gregory –responde "Garfield". Entramos.

El sitio luce tranquilo, digamos que rebasa mis expectativas. Me había imaginado algo más *underground*, pero no, es un apartamento clasemediero. "Garfield" dialoga mientras me dedico a husmear la casa. Tres habitaciones "habilitadas", "sala de espera" y comedor. Una música suave

inunda el apartamento. El lugar, dice la operadora del hueco, incluye varios servicios; la idea es darle al cliente lo que quiera. De hablar pausado, no deja de mirarme, recelosa, mientras ataca ferozmente las uñas. Mira a "Garfield"; éste sonríe malicioso, sin dejar de apuntar: "no se preocupe mija, yo le respondo". Transcurren los minutos y la conversación comienza a volverse más fluida. Gente de "Garfield" abastece el negocio desde hace un año. El negocio es relativamente nuevo:

> ...antes tenía mi agencia telefónica con unos dominicos; tenía mis conectes, buscaba el cliente y los dominicos arreglaban los celuloides: tres lucas el service por seis meses, barato. Pero esa es otra historia, luego te cuento. Un día cambié de giro. Vi unos hoyos en Chinatown y se me ocurrió montar algo parecido; aunque el foco, según tengo entendido, ya se había prendido en otros sitios. Seleccionar la clientela es básico; como en cualquier discoteca se reserva el derecho de admisión. Si no se quema el chuzo.
>
> Los clientes llegan por invitación expresa de alguien conocido, nadie llega solo. Es una medida de seguridad para poner a salvo la casa. Los días más agitados son los viernes y sábados; pueden visitar el lugar hasta 50 personas en una noche; el servicio es de 24 horas. Y simula ser un lugar de reuniones sociales. Los fumadores llaman, jamás llegan de improviso; excepto los asiduos que son recibidos a cualquier hora de la semana, siempre y cuando no estén ebrios. A los borrachos no se les da servicio. La casa ofrece servicio de "piso", armadores, bar y "lo que se quiera probar", generalmente coca, pero también bazuco. Las tarifas dependen del tipo de servicio. Una "encerrona" de dos horas para tres personas puede llegar a costar 300 dólares. Incluye droga, pipas y armadores. El armador es fundamental, sobre todo cuando la sustancia a fumar es bazuco, sulfato de cocaína. Es el encargado de "armar" los cigarros o preparar las pipas. Cigarros y pipas se preparan en intervalos de cinco o diez minutos; requieren de habilidad. El armador no consume nada. El bazuco, al igual que el crack, se consume en menos de un minuto. El arte de los crackers consiste en no dejar que el humo escape sin que antes haya entrado a los pulmones. Una vez prendido un trozo de crack, el usuario debe aspirarlo con rapidez y circularlo. Entre más tiempo se retenga en los pulmones mucho mejor. Su efecto es veloz. Las habitaciones están hábilmente selladas. Ni un solo orificio queda suelto; la idea es conservar el humo dulzón dentro de la habitación.
>
> Una encerrona puede durar desde una hora hasta dos y tres días. Hay encerronas legendarias de hasta una semana, no en esta casa desde luego, pues para ello se requiere de habilitar una habitación al margen de cualquier sospecha; generalmente se usa un domicilio particular. En tres días un grupo de personas puede llegar a con-

sumir una bola de 100 gramos de bazuco o 50 viales de crack. Depende de la resistencia física de los individuos.

En los sitios de consumo se vive un ambiente promiscuo. Sin embargo, lejos de lo que pudiera pensarse, las relaciones sexuales son prácticamente inexistentes; el deseo de fumar ininterrumpidamente supera cualquier posibilidad amatoria. Los deseos sexuales son eliminados, la experiencia es de otro tipo. La desnudez incluso no desconcierta y alguien para sentirse cómodo puede despojarse de alguna prenda sin problema.

Tan pronto se termina una pipa, el fumador desea otra. El apetito desaparece por completo. En este negocio las "encerronas" no son muy usuales, por el riesgo que representa tener cierto número de gentes drogadas. Lo normal es la presencia de personas que vienen a quemar un rato, tomar una copa, charlar. Gente tranquila. Se les atiende como es debido. Se dan tres o cuatro golpes de cocaína de excelente calidad y ya. No son viciosos del todo. Gastan casi igual que en un bar: entre 50 y 100 dólares. La ventaja de tener clientes así es que no se rajan, pase lo que pase protegen la coartada. Son personas que tienen una imagen que cuidar. Si llega la policía no encuentra nada, pueden raquetiar lo que quieran y téngalo por seguro que no encuentran nada. No hay delito que perseguir. Necesitarían agarrarlo a uno con las manos en la masa; pero uno tiene sus mañas para eludir ese tipo de cosas.

Ni pepas ni ache, con ésas no me meto. Sí las piden pero es mucho problema, mucho lío, para eso hay otros metederos; son otra cosa ¿Qué tal un pasón y que se me quede el cliente? El ache, mis respetos, ésas son palabras mayores; eso es para locos, gente normal no le entra. Le tengo inquina a los arponazos. Prefiero traquetiar perico. Un canazo por ache es para toda la vida; una caída con polvo, un par de años. Los "huéspedes" son blancos, consumen y salen con tranquilidad. La música del Aiwa flota discreta en el ambiente. Es Bob Marley. Horas después estamos de nuevo en la calle. Caminamos. La lluvia ha cesado. "Garfield", como es su costumbre, sonríe sosteniendo un palillo entre los dientes. Me mira y dice palmeándome en el hombro: "Ojalá, viejo Juan, salga un buen librito".

Luego de algunos "accidentes" y cuando el círculo se iba cerrando abandoné la ciudad de Nueva York. Los tiempos estaban cambiando y los traquetos se disponían a un *cocatour* en Europa. La coyuntura mundial había cambiado. La diversificación del mercado y la globalización obligaban a instalarse en Madrid, París, Londres, y crear la infraestructura necesaria para el intercambio. A finales de los noventa el mercado de cocaína ya no era suficiente para los carteles colombianos, necesitaba ampliarse.

Asimismo, la nueva generación de traquetos se vio obligada a negociar acuerdos con grupos internos de los Estados Unidos y acceder a repartir mayores cuotas de ganancia del gran pastel de cocaína. La distribución al mayoreo dejó de ser patrimonio exclusivo de los clanes colombianos. Los acuerdos facilitaron negocios nuevos, como el trueque de cocaína por heroína del Afganistán postalibán, y el acercamiento de los clanes a los euros de la flamante Unión Europea. Participar, incluso, con cuotas mayores en el contrabando de heroína en Estados Unidos, monopolizado tradicionalmente, por chinos y birmanos. El desmoronamiento de la Unión Soviética y de los sistemas de Europa del este, agregó componentes nuevos en la infraestructura criminal. Liberó, por ejemplo, cientos de profesionales de la química a la economía de mercado, que en pocos años lograron modificar la apariencia de la droga. El épico polvo blanco modificó su presentación mercantil. Los narcotraficantes manipulan cocaína de colores: negra, que se confunde con el grafito, y roja, el temido color de los puritanos y anticomunistas norteamericanos en la Guerra Fría. ¡Vaya paradoja!

Una madrugada feroz suena el teléfono de mi departamento en México. Miro el reloj con preocupación. Son las tres de la mañana. Es "Malena". "¡Quebraron al «Garfield!»", me comunica sin mayor preámbulo. La muerte le ganó la partida. No le pudo ganar a la vida. Me quedé sin palabras. Cientos de imágenes me nublaron la mente. "Garfield" murió en Caracas. "Lo cazaron hablando por el celu negociando un cruce." El sicario descendió de una motocicleta y lo tiroteó a quemarropa. Un proyectil se alojó mortalmente en su cabeza. Murió en su ley, rebelde en su agonía: al estilo del zurdo Cruz Medina, el tango de Óscar Larroca, que escuchara por última vez, antes de emprender la aventura en Nueva York, el *Sudamerican dream*: "Déjenme nomás que muera, y de esto nadie se asombre, que el hombre para ser hombre no ha de ser batidor."

Tres meses antes del atentado nos habíamos reunido en el departamento de una colaboradora, en el norte de Bogotá, para revisar la versión final del libro. Gracias a los buenos oficios de la anfitriona y de amigos comunes, el reencuentro resultó muy cálido, y sin que faltara salsa, valle-

natos y aguardiente. Reímos a gusto evocando anécdotas de la vida política y de los ayeres neoyorquinos. Esa noche exorcizamos nuestra propia incertidumbre. Insistió en conservar uno de sus alias: "Me deja el 'Garfield', las demás chapas del combo las cambia para evitar los güiros. Total, un día de éstos me dan de baja." Presentía la muerte, y no le intimidaba.

Los más fieles de sus parceros se trasladaron a Venezuela y, fingiendo ser sus familiares, recuperaron el cadáver de la morgue. No hubo sala de velación. Durante una semana vagaron con el cuerpo lleno de formol. Lo introdujeron a Colombia por una ruta de contrabandistas. Una procesión macondiana acompañó la carroza fúnebre a su última morada. Y dando cumplimiento a sus extraviados, pero no olvidados deseos juveniles, descendió lentamente a la tierra, acompañado del violín solitario de un músico cubano que entonó, en esa ocasión, las notas inmensamente tristes de la Internacional.

Meses después "Malena" estuvo de paso por México y nos encontramos en Yelapa, Puerto Vallarta.

–¿Me hace falta mi "Garfield", viejo Johnny? –me dice nostálgica mirando el mar a través de la cabaña.

–Esa muerte me sacó de onda –le confieso.

–¿Lo del libro sigue en pie?

–Simón. Voy a terminarlo en Medallo. Siempre hablamos con "Garfield" de ir a tomar una copa en la tumba de Pablo. No se pudo. Ahora creo que debo hacerlo.

–Chévere loco. Se me cuida en Itagüí. ¿Y luego...?

–No sé negrita. Yo soy antropólogo. Quizá escriba la segunda parte sobre vos –agrego riendo, y alcanzándole el Jack Daniel's.

–¡Salud topapi!, teus siempre burlándose de todo –exclama levantando la botella a la altura de los ojos– si no me mueren mañana, camaleón, me busca en los Madriles. Maestra vida camará, te da y te quita, te quita y te da.

Glosario traqueñol



A bordo: acompañante
A la cañona: a la fuerza
A la hora del té: a la hora de la verdad
A la lata: con todo, sin miedo/que se consume mucho
A la loca: sin planificación/Actuar sin pensar
A lo correcto, a lo bien: sin hacer trampa/algo que se hace bien
A todo pulmón: música a todo volumen
Abrirse en llamas/ventiado: huir rápidamente
Acelerao: que hace las cosas "a la carrera"
Acicalar pescuezos: asalto callejero a mano armada
Acostar: matar
Ache: heroína
Adúltero: adulterador de droga/cocinero
Agarrar línea: inaugurar un lugar de introducción de droga
Aguarnís: aguardiente
Aguijoniar: inyectarse droga/picar un cuerpo con arma blanca
Al piso: al zapato
Alquilarse: delinquir por dinero/hacer un trabajo
Alzao: que se cree mucho/arribista

Amarrar abajo: secuestrar en Colombia a un pariente para obligar el pago de una deuda en Estados Unidos
Amarrar: retener a alguien para obligar a los deudores a pagar
Ameriquenque: gringo
Amistía: muy amigo
Amurao: aburrido/nostálgico
Anfa: explosivo
Apanicarse: que le da miedo
Aparato: arma de fuego
Apartaco: departamento
Apretar: amenazar
Armar la selección: formar un grupo, una "banda"
Arpón: jeringa
Arponazo: inyección de heroína o cocaína
Arreglar: matar
Arrugarse: echarse para atrás en una acción
Atadito: fajo pequeño de dólares/porción pequeña de hojas de coca
Atao: fajo de dinero
Atarzanar: agarrar a alguien por la fuerza
Atravesao: que tiene mal carácter
Aventao: que se juega la vida sin temor
Aventar: denunciar
Avión/aviona: que le gusta pasarse de listo, que saca ventaja
Avionado: persona estafada
Avispa: listo, zorro
Azarao: preocupado, con temor
Azaroso: que gusta de molestar a la gente

B

Bacán: que tiene don de mando/valiente/que vive bien
Bacano: algo muy bueno/sentirse bien
Bajar: robar

Baje: artículo robado
Balseo: tomar el pelo
Banderiar: exhibirse, dejarse ver luego de una acción
Bandola: pandilla
Bataniar: echar relajo, ir de fiesta
Batear con la izquierda: forma de resolver un problema difícil
Basuco/bazuco: pasta básica o sulfato de cocaína para fumar
Becado: encarcelado
Belleza de calero: persona habilidosa/jugada certera
Bezaca: cabeza
Bien montao: persona con armas poderosas o joyas en el cuerpo
Bisagra: vagina/mirar
Bisoñeta: novato en el negocio de la droga
Biyuyo: dinero
Bola: pasta básica para fumar/bola de basucò
Boleta: persona identificada por la policía/viste o exhibe armas de manera ostentosa
Boliche: boliviano/Bolivia
Bolita: boliviano
Bom bom bum: bomba/carga explosiva
Bombombunazo: explosión de una carga de dinamita
Bombón: bomba
Boquifrío: revólver
Boronda: dar una vuelta
Botar caspa: hablar, "cotorrear" entre los amigos
Botar corriente: hablar mucho
Braviar: retar/impugnar
Brinco: ponerse al brinco, de igual a igual. Listo
Brujiar: ir a mirar



Caballo: heroína/se usa también para quien no consume droga
Cables: venas
Cacho: cigarro de marihuana
Caer: morir/ser detenido
Caja de pedos: el trasero de una mujer
Cajita musical: el trasero de una mujer
Calavera: dedicado al vicio/que no es cumplido en el hogar
Caleta: refugio para guardar dinero o droga
Calibrar: calcular
Calichano: oriundo de Cali, Colombia/colombiano
Caliche: oriundo de Cali, Colombia/colombiano
Caliente: sitio de mucho peligro
Camaján: traficante carismático y de atuendos vistosos
Camarón: una situación está difícil
Cambuche: refugio para dormir/casa
Camello: trabajo
Cana: cárcel
Candela: bala
Canero: que está preso
Canoso: persona con juicios pendientes con la justicia
Cantar la zona: advertir a alguien de un peligro/informar sobre un posible negocio
Cantar: denunciar, delatar
Cañar: amagar/engañar
Capirucho: capitán de policía
Carepipí: nombre de una banda de Medellín
Cargar la lápida: que lo van a matar
Cargar tierra en el pecho: muerto, enterrado
Carreta: lenguaje ambiguo y exagerado
Carroloco: que presta servicios menores
Cascar: herir, pegar
Cáscara: juego de futbol callejero

Cascarero: ladrón menor, *esquirlero*
Casete: prótesis dental
Caspa: tránsfuga
Casposo: mentiroso, *riverita*
Caucherazo: intermediación en un negocio de marihuana
Cayetano: guardar silencio, no delatar
Celuloide: teléfono celular
Cerementio: cementerio
Chalequiar: robo de partes pequeñas de cocaína en los laboratorios, "hacer chaleco del saco"/cortar droga
Champaña en rama: marihuana
Champurrao: coctel de drogas/mezcla
Changón: escopeta de cañón recortado
Changonazo: disparo con escopeta de fabricación casera
Chapa: alias, sobrenombre
Chapolas: propaganda impresa
Chapoliar: distribuir propaganda impresa
Cheno: noche
Chequiato: observado
Chico malo: delincuente joven
Chichihua: objeto de escaso valor
Chichihuero: ladrón de poca monta
Chichipato: que asalta en la calle/ladrón de poca monta
Chimba: mujer/muy bueno
Chimbita: mujer joven y bonita
China: mujer joven
Chivatear: delatar o denunciar
Chivato: delator
Chocha: vagina
Chocolate: hachís
Chompi: robo
Choro: ladrón
Chorro: un trago de ron o aguardiente
Chota: patrulla de la policía

Chucha: axila mal oliente
Chuchito: Dios
Chucho: Dios
Chueca: negocio turbio
Chuletiar: matar/comer carne
Chumbimba: bala/disparar
Chunchurria: hombre de poco valor
Chupacorrientes: electrodoméstico
Chupamelculo: problema/problemático
Chupar piña: besarse
Chupar trompa: besarse
Churretear: tener miedo/echarse para atrás en un negocio
Churro: cigarro de marihuana
Chutamero: cultivador de amapola
Chutar gente: matar
Chutero: intermediario para contratar la muerte de alguien
Chuzo: negocio pequeño/cuchillo
Cionca: canción
Cirilín: persona problemática, que causa dificultades
Cirugía plástica: desfigurar el rostro de alguien con ácido sulfúrico
Cizalla: robar algunos gramos de droga/"echar cizalla"
Coban: banco
Cocina: lugar donde se procesa la cocaína
Cocinero: procesador de cocaína
Cofres: fresco, guardar la calma
Coger cartel: volverse famoso, hacer que le tengan respeto
Coger pescuezos: asaltar transeúntes/cuchillo en el cuello
Colgado: robado
Colgar: robar
Colombiabiris: colombiano
Colorada, la: sangre
Combo: banda/grupo de referencia
Comer: hacer el amor

Comer callado: guardar silencio
Con la aguja pegada: andar en muy mala situación económica
Cora: moneda de 25 centavos de dólar
Coronar: introducir exitosamente un cargamento de droga
Corrido: loco/drogado
Cortar: rebajar la pureza de una droga
Corte: sustancia para adulterar droga/una situación
Coso: un kilo de cocaína
Cruce: negocio
Cuca: atractiva, muy bonita
Cucha: madre
Cuchitos: madre y padre
Cucho: padre
Cula: de mala calidad
Culebra: enemigo
Culipanochitanteo: juego erótico sin llegar al coito
Culito: mujer bonita
Cus cus: sentir temor



D

Danaca: Canadá
De farol: persona que está vigilando, "campana"
De sanidad: momento de inactividad de un delincuente
Dedicaliente: que dispara por cualquier cosa o por poco dinero
Dedo: terminación de un guante de cirugía usado para transportar heroína
Derecho de piso: pagar por vender droga en la calle
Descomplicao: sin problemas, que no le teme a nada
Desechable: sicarios suicidas
Desembalar: sacar a un amigo de un problema económico
Despegar: solucionar un problema económico
Destriparse: perder la vida/ser detenido con droga
Diablito/calillo: cigarro de marihuana

Divino putas: deidad que se lleva al que está perdido o que falló en algo
Doctor: alias de Pablo Escobar
Dos vueltas: dos años de cárcel/dos millones de pesos
Dum dum: bala expansiva
Duracel: narcotraficante poderoso
Duro: narcotraficante muy poderoso/Persona con influencias

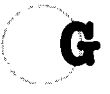
E

Echar bueno: vivir bien
Echar cizalla: sustraer gramitos de cada kilo de cocaína
Elenos: persona del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia
Empapelado: con documentos de identificación
Emputar: enojarse
Emputarse: enojarse
Enamorado de uno: que me quiere matar
Encoñao: enamorado
Enfocar: ubicar a alguien para matar
Enguayabao: estar "crudo", con resaca alcohólica
Entucador: valiente
Entucar: enfrentar
Esnifar: aspirar cocaína
Esquirla: poquita cosa
Está con huevo: está bobo
Estallarse: confesar/caer preso
Estállelo: mátelo, elimínelo de una vez
Evolucionar: iniciar un negocio, un trabajo
Extranja: extranjero



Faltón: desleal
Faltonear: quedar mal con alguien
Fania, la: Puerto Rico
Fariseo: traidor, mala gente

Farol: parado en una esquina
Farrucos: persona de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)
Federico: policía federal
Feis: cara
Feo: detective
Fercho: chofer
Ferruncho: detective
Fiambre: muerto
Fierro: arma
Fingir demencia: hacerse del loco en un negocio o frente a la policía
Finito/fin: fin de semana
Firigniar: copular
Fix: dosis de heroína
Flashaso: sensación de la droga al llegar al cerebro
Fotografiar: disparar en la cara
Frentolín: que da la cara, de frente
Fría: cerveza
Frío: muerto
Full: rápido; muy bueno
Furufufa: puta
Furufufú y farafafá: palabrería, "bla, bla, bla"
Fusco: arma de fuego



Gallina diaria: cantaleta
Gallo: clítoris
Gallo/gallero: objeto robado/que compra objetos robados
Gamín: niño de la calle
Ganzo: detenido por un ilícito no cometido; *cargar un ganzo*
Garulla: ventajista, transa
Gasolinera: mujer que gusta de andar en automóvil

Gavillero: que ataca en grupo
Gonoplasto: cerdo, hijo de puta, traidor
Gonorrea: cobarde, vendido, traidor, cerdo, de lo peor
Gorzobia: desleal, traidor, mala gente
Gotera: menstruando
Goterero: bebe de los demás pero no gasta; *poner la canal*
Güaca: dinero escondido
Guandoca: cárcel
Guango: fajo de billetes
Guárdeme esto: acción de apuñalar
Guardiana, la: aeropuerto La Guardia
Guerriando: peleando en la calle/traficando en la calle
Guerrillo: guerrilleros
Güevón: tonto, ingenuo
Guinda: mirar
Güiro: dificultad, problema
Gurre: mujer fea/individuo despreciable

H

Hacer la judía: negociar con engaño, "transar" a alguien
Hielo: droga sintética
Hoyo: sitio por donde se introduce la droga
Hueco, el: frontera México-Estados Unidos/paso de indocumentados

I

Imparajitable: inevitable
Iniciar a alguien: negocio engañoso; *lo inician y luego lo venden*
Inocencio: inocente
Ir a la fija: ir a lo seguro
Ir de balú: ir tranquilo después de un negocio, sin precaución
Ir de chori: seguir de largo
Ir montao: ir armado



Jangri: hambre
Jíbaro: expendedor callejero de droga
Jorme: mejor
Jugar 31: persona coja
Jugo de batería: ácido sulfúrico



Kilo de aguarnís: litro de aguardiente
kiloncho: un kilo de cocaína o heroína
Kilovatio: un kilo de cocaína



Lamemelculo: cobarde, adulador, vendido
Lázaro: sobreviviente de un atentado
Levantar: golpear/matar
Levante: conseguir una novia
Ley, la: la policía
Leyenda: policía, la *ley*
Libreta: medio *kilo*
Licalabel: Cali, la bella
Líchigo: sin dinero
Liebre/culebra: enemigo mortal
Limón: persona de mal carácter
Lionson: pantalón
Lionsón: pantalón
Listo Medellín, cabina ocho: estar listo para algo
Llave/llavecita: amigo
Lleca: calle
Lleva: valle del Cauca
Llevar del bulto: sortear una situación con mucha dificultad
Loco: expresión de amistad
Locuaz: se le dice a alguien muy amigo
Locha: pereza
Londra: ladrón
Loro: radio de pilas

Los del pipián: oriundos de Popayán
Loto: lotería
Luca: mil dólares
Lujis: algo fino
Luquiar: ganar muchos dólares



Madreteresearse: actitud excesivamente generosa
Mágico: mafioso
Malanga: a la mala
Malparidez: melancolía/nostalgia
Mambear: mascar hoja de coca
Mango: corazón
Maniculipanochitanteo: acto amoroso sin llegar al coito
Mano al mate: robar en la propia casa
Maracachafa: marihuana
Marcando calavera: en situación de muerte; que lo van a matar
Marimba: marihuana
Maroma, la: negocios ilícitos
Marlboro salvaje: cigarro barato con filtro, marca Pielroja
Marmaja: fajo grande de dinero
Marrano: desleal
Mataganao: cuchillo de carnicería
Matancinga: masacre
Material: droga
Mecánicos: persona del Movimiento 19 de Abril de Colombia (M19)
Mecas: persona del Movimiento 19 de Abril de Colombia (M19)
Mecha/percha: ropa
Medallo/metrallo: Medellín
Medir el aceite: enterrar un cuchillo en el abdomen
Merco: comer
Meter cizalla: extraer subrepticiamente cantidades pequeñas de cocaína de un laboratorio

Metra: ametralladora
Mi perro: saludo de camaradas, *mi perrito, mi parcero*
Micio/misio: que no tiene dinero, muy pobre
Mierda en la cabeza: perder el control/alocarse
Miguelito: yo
Miraflor: ir a mirar
Miranda: ver
Misaca: camisa
Miura: hombre bravo
Moledor: el que muele droga
Molienda: moler droga
Mompas: amigos
Mono/a: norteamericano, "gringo"/persona rubia
Montarla de emoción: exaltarse
Montarla de sastre: presumir de ser un buen adulterador de droga
Montarla: molestar a alguien
Moridero: zona marginal
Mosca, la: el dinero
Moscorrobia: dinero
Mosquita muerta: hacerse el ingenuo
Mostrar finura: hacer una cosa con elegancia
Motorola: motocicleta
Múcura: cabeza
Mula: persona que transporta droga
Muñeco: muerto
Murraco: muerto
Murrio: comida de la cárcel



Narigón: vicioso/cocainómano
Nel camanel: no
Nequis: no
Nieve: cerveza/cocaína
Nilahijueputa: exclamación

Nina: estricnina
Niple: artefacto explosivo artesanal construido con un tubo de agua
No comer de nada: sin miedo
Nosma: manos
Novillo: novato en el negocio de la droga



Ñata: nariz



Octavas: del Clan de los Ochoa
Ocho: un paquete de 250 gramos
Oficina: organización delictiva/cártel
Ofidio: desleal, "hombre víbora"
Oler formol: persona que va a morir
Oracio/Bambas: oro, cadenas de oro
Organizar un reinado: organizar un negocio
Organizar una selección: organizar una banda delictiva



Paciente: hombre/alguien que será asesinado
Pacho: menstruación
Pagar cana: pagar cárcel
País: amigo
Pailo: sin dinero, sin droga
Paja: mentira/masturbación
Pajaso: masturbación
Pálida, la: desvanecimiento
Pana: amigo
Panela: un kilo de cocaína de forma rectangular
Paniquiarse: dejarse poseer por el miedo
Papaya: algo fácil
Papear: robar o matar a alguien
Parca: la muerte
Parcerines: amigos

Parcero: amigo
Parchando: estar en una fiesta, en una esquina
Parchar: ir de fiesta, reunión de amigos
Parche/parchecito: fiesta pequeña entre amigos; reunión de *parceros*
Paro: hacer un favor, resolverle a alguien una situación complicada
Pasar al papayo: matar a alguien
Pasar de chori: seguir de largo
Pase de muleta: mirar hacia adentro de un auto o casa que se va a robar
Paseo: llevar a alguien para matarlo
Pasodoble: dosis de coca
Pastilla blindada: bala blindada
Patina el coco: se pone loco
Patinar: caminar
Patrasiar: reconsiderar un negocio; traicionar
Patrocinar: apoyar a alguien; dar dinero
Patrón: el jefe/el que contrata
Patulecas: pies
Pecueca: un tipo mala gente/hombre despreciable
Pedros: grupo guerrillero
Pegue: fumada de un cigarro de marihuana
Pelada de parche completo: mujer sin prejuicios
Pelada: muchacha
Pelaos: jóvenes
Peluche: cosa bonita
Pepas: pastillas
Percha: ropa
Perder el año: caer preso/ser asesinado
Perra: mujer fácil
Perro no come perro: que se sabe como está un negocio; que no se deja engañar
Perseguidora, la: efecto paranoico posterior al consumo de bazuco

Peso largo: un millón
Peye: ser despreciable, miedoso, que no vale la pena
Picar arrastre: engañar a alguien
Picarse: inyectarse
Picha: pene
Pichar: hacer el amor
Pichicato: tacaño
Piedra: rabia
Pielroja de tacón alto: marca de cigarro barato con filtro
Pielroja sin zapato: marca de cigarro sin filtro
Pilanderas: estar listo para un negocio o acción
Pilas papá: alerta/cuidado
Pille: mirar
Pinta/pintoso: hombre/ropa vistosa
Pirobo: hombre sin importancia; un don nadie; pobre diablo; maricón
Pisos: zapatos
Pistiado: persona ubicada, vigilada
Pistolo: base de coca con cigarro
Pistoloco: sicario/afiebrado
Piyama de triplex: ataúd
Plante: dinero; suma importante de dinero
Polocha: policía
Polvero: riña
Pollito a la brasa: cádaver rociado con gasolina
Poner olios: sentenciar a muerte
Ponsá, la: orquesta la Sonora Ponceña
Porro: cigarro de marihuana
Potorros: puertorriqueños
Prendido: un poco ebrio
Primera de cambios: disparar a la primera oportunidad
Probar finura/un finol: demostrar la valentía, la casta
Pueblito: Colombia
Pueblo: Colombia

Pum pum: disparar
Puntear: vender droga en la calle
Punto de quiebra: hasta donde se puede aguantar
Punto: expendio de droga callejero



Quebrar/quiñar: eliminar, asesinar
Quieto en primera: ¡alto!
Quiñador: sicario



Rancho, el: comida de la cárcel; clave para identificar a México
Raquetiar: requisar
Ratón: pequeño lapso
Rebacano: algo bueno/buena gente
Rebambaramba: bulla/fiesta/pelea
Regalado/carroloco: que se alquila por muy poco
Rejo: mujer fea y flaca
Remolacha: sangre
Repepo: intoxicado de anfetaminas/tachas
Revirar: protestar
Rezar las balas: rociar las balas con agua bendita
Riata/gonorrea: mala gente
Ribú: marca de zapatos
Ricarrondo: persona adinerada
Riendazo: golpe
Riflis: arma segura y bonita
Rioba: barrio
Risaralda: risa
Riverita: mentiroso
Roto: miedoso/marica/herida de bala
Roca: carro, automóvil
Rompepecho: pan duro/bocanada fuerte de marihuana con pasta básica, que lastima la garganta
Rospes: perros

S

Sacar el culo/Patrasiar: eludir un trabajo a última hora
Sacudir: matar, eliminar a alguien molesto
Sala de juntas: sitio donde se arregla un negocio
Salado: que tiene mala suerte
Salirse del traje: enojarse, exaltarse abruptamente
Sanabria: muchacha sana, sin problemas
Santo cachón: hombre engañado por su mujer, "cornudo"
Sapiroso: engreído, "poca cosa"
Sapo: delator
Sardina: adolescente
Sastre: el que corta cocaína/adultera
Sastrería: lugar donde se adultera la cocaína
Se enfermó/se estalló: fue detenido
Se fue de balú: ingenuo/sano
Se le corrió el champú: se puso loco
Seba: vómito
Selección: integrantes de una banda
Serio: hombre leal, cumplidor
Serpa: con hambre
Sicas: sicarios
Sicosiao: que se deja impresionar por algo
Simón: sí
Sin semilla, la: variedad de marihuana cultivada en EE.UU.
Sisa: corte de cuchillo en el abdomen
Sobrado: muy bueno
Solano: solo
Sopas: admiración
Soplador/soplar: adicto a la cocaína
Soyado: estar bien
Suavenol: suave, tranquilo
Subido: migrante/que "sube" a EE.UU.
Subir a la báscula: sorprender a alguien y robarlo
Suiche/desechable: sicario suicida
Surtir: golpear a alguien



Tabogo: Bogotá
Tamalera: caja de cigarrillos de bazuco
Taparse: acostarse para dormir
Tapas: nalgas
Tarrao: mujer despampanante
Tartamuda: ametralladora
Tavuels: vueltas
Tea: persona identificada por la policía
Telefaxiar: enviar un mensaje
Tener base: que tiene su propio pensamiento
Teso: hombre valiente
Teus: usted
Tin marín: a la suerte
Tíos: agentes federales de narcóticos de los EE.UU.
Tipo cagada: persona alegre/chistosa
Tipo holy: droga de primera calidad
Tira/feo/federico: agente secreto
Tirado al tres: adicto, borracho, lacra
Tiraleches: hombre cobarde
Tirar al piso: matar a alguien de manera fulminante
Tocadisin: sindicato
Tombo/a: policía, la policía
Tonel: tonelada de droga
Toner: tampón
Tonto: desarmador con punta redonda y afilada
Topapi: papito
Topun: punto
Toque/toquecito/diablito: dosis, dar una fumada
Torcido: desleal, mal amigo
Torre: cabeza
Tote: arma de fuego
Totea: mata
Totiar: matar

Trabuco/changón: escopeta hechiza
Tragado: enamorado
Traído: objetivo del sicario; hombre para matar
Traje de batalla: ropa vieja para trabajar
Tránsfuga/gonorrea: individuo despreciable
Traqueto: narcotraficante
Tres ocho: revólver calibre 38
Trinca: situación en extremo difícil
Tropeliar: pelear
Tropelito: pelea callejera sin importancia
Truquito, el: negocios ilícitos
Tubo/boquifrío: arma de fuego
Tubolargo: escopeta
Tuerca: argolla matrimonial o de compromiso
Tula: panza, estómago abultado
Tumbar: matar
Tuqui tuqui lulú: matar a alguien
Tuquía de caspas: llena de traidores, desleales
Tuquía: llena

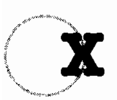


Un baje: un robo
Un culito: mujer guapa
Un dos-dos: arma de calibre 22
Un free base: un viaje de droga
Un ocho: 125 gramos de cocaína
Un raven: una fiesta en la que se consume droga
Un roto: herida de cuchillo/lugar por donde se introduce droga en los EE.UU.
Un soye: un "viaje" de droga
Un tránsito: policía de vialidad
Una foto: dispararle a alguien
Una grapa del rancho: heroína mexicana
Una libreta: medio kilo de droga
Una mamacita: persona con la que hay que tener cuidado
Una pil: una píldora o pastilla

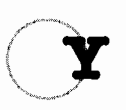
Una vuelta: un negocio
Uno A/centavito: droga de primera calidad
Uno dos, uno dos: pelear con cuchillo de manera rítmica



Vaca: reunir dinero entre amigos/hacerle vaca: violar entre varios
Vacuna: cobrar dinero/impuesto
Vals/valsiar: pelear con cuchillo
Varón: hombre valiente
Ventiado/a: escapar de prisa
Verdes: dólares
Vete: persona vieja, "veterano"
Viajar: morir
Vial: frasquito con piedras de *crack*
Videar: ir a ver
Vidrios: ver
Villegas/viyuyo: dinero
Virgoleto: adolescente virgen
Virilitud: macho, ser "muy hombre"
Viruliar: dejar marcas en la cara
Visaje/banderiarse: mostrarse llamativamente
Visajiar: delatar la presencia en un negocio
Vivir del dedo: que vive de matar gente, sicario
Vivorrio: vivo
Voliar fruta: disparar en ráfagas
Voltiar/tropeliar: pelear
Vuelta: negocio



Xilo: xilocaína



Yatiao: propietario de un yate
Yolanda/yotas: yo

Yonqui/yunquie: adicto a la heroína
Yunais: Estados Unidos



Zanabrio: que no está identificado, que dispone de pasaporte
Zanahorio: persona muy sana
Zapato: mujer fea
Zobra: brazo

Bibliografía

AGUSTÍN, J., *La contracultura en México. La historia y el significado de los rebeldes sin causa, los jipitecas, los punks y las bandas*, Grijalbo, México, 1996.

ANAYA, J.V., *Los poetas que cayeron del cielo. La generación beat comentada y en su propia voz*, Gobierno del Estado de Baja California-ICBC-Juan Pablos Editor, México, 1998.

APARICIO, O., *Drogas y toxicomanías*, Editora Nacional, Madrid, 1972.

APOLLONIO, U., *Futurist Manifest*, Viking, Nueva York, 1973.

APPADURAI, A., *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Trilce-FCE, Buenos Aires, 2001.

ARTAUD, A. (1938), *El teatro y su doble*, Hermes, México, 1987.

AUGÉ, M., *El viajero subterráneo. Un etnólogo en el metro*, Gedisa, Barcelona, 1998.

———, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Gedisa, Barcelona, 1999.

———, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 2000.

BACHELARD, G. (1938), *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, FCE, México, 1970.

——— (1970), *El derecho de soñar*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

BALANDIER, G., *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona, 1999.

BARLEY, N., *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro,* Barcelona, 1989.
BARTRA, R., *Oficio mexicano,* Grijalbo, México, 1993.
———, *Las redes imaginarias del poder político,* Era, México, 1981.
———, *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro,* Anagrama, Barcelona, 2001.
BAUDELAIRE, Ch., *Obras completas,* Aguilar, Madrid, 1963.
——— (1860), "Los paraísos artificiales", en *Obras completas,* Aguilar, Madrid, 1963.
BAUDRILLARD, J., *Las estrategias fatales,* Anagrama, Barcelona, 1984.
———, *Cultura y simulacro,* Kayrós, Barcelona, 1987.
BECKER, H., *Los extraños. Sociología de la desviación,* Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1971.
BÉJAR, H., *El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad,* Alianza Universidad, Madrid, 1988.
BELL, D., *Las contradicciones culturales del capitalismo,* Alianza Editorial, Madrid, 1977.
BENJAMIN, W. (1938), *El París del Segundo Imperio en Baudelaire,* Taurus, Madrid, 1999.
BERG, G., *La droga, potencia mundial,* Planeta, Barcelona, 1981.
BERMAN, M., *Todo lo sólido se disuelve en el aire. La experiencia de la modernidad,* Siglo XXI, México, 1982.
BOYER, J.F., *La guerra perdida contra las drogas. Narcodependencia del mundo actual,* Grijalbo, México, 2001.
BRIGGS, J. y Peat, *Espejo y reflejo: del caos al orden,* Gedisa, Barcelona, 1989.
BRUN, J., *El retorno de Dionisos,* Extemporáneos, México, 1971.
BURGESS, A. (1962), *La naranja mecánica,* Minotauro, Barcelona, 1992.
BURROUGHS, W. (1959), *El almuerzo desnudo,* Anagrama, Barcelona, 1989.
——— (1953), *JUNKIE,* Ediciones Júcar, Gijón, 1976.
CABALLERO, A., "I took Manhattan", *Semana,* Santafé de Bogotá, 1997.
CAJAS, J., *La sierra tarahumara o los desvelos de la modernidad en México,* Conaculta, México, 1992.
———, "Drogas: del ritual primigenio a la farmacia", *La Jornada Semanal,* México, 1991.
CASARINO, E. y M. Leonetti, "Factores psicológicos tempranos en la estructura de la personalidad adicta", en A. Musacchio (comp.), *Drogadicción,* Paidós, Buenos Aires, 1992.

CASTELLS, M., *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols., Siglo XXI, México, 1999.
CASULLO, N., *El debate modernidad-posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires, 1989.
CIORAN, E. (1964), *La caída en el tiempo*, Tusquets, Barcelona, 1993.
———, *En las cimas de la desesperación*, Tusquets, Barcelona, 1990.
———, "Fascinación de la ceniza", *Vuelta*, núm. 131, México, octubre de 1987.
COCTEAU, J. (1929), *Diario de una desintoxicación*, Letras Vivas, México, 1999.
DE QUINCEY, T. (1822), *Confesiones de un opiómano inglés*, Fontamara, México, 1981.
——— (1854), *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, Alianza Editorial, 1985.
DE ROUGEMONt, D., *El amor y Occidente*, Kayrós, Barcelona, 1979.
DERRIDA, J., *La diseminación*, Fundamentos, Madrid, 1975.
———, *Retóricas de la droga*, Pasto, Elipsis ocasionales, 1990,
DETIENNE, M., *Dioniso a cielo abierto*, Gedisa, Barcelona, 1997.
DORNBIERER, M., *La otra guerra de las drogas*, Grijalbo, México, 1991.
DROWER, E., *Water into Wine*, John Murray, Londres, 1956.
DUVIGNAUD, J., *Sociología del teatro*, México, FCE, 1996.
EASTMAN, J., *Amapola, coca y...*, Editorial Gente Nueva, Bogotá, 1993.
ELIAS, N., *La soledad de los moribundos*, FCE, México, 1982.
ESCOHOTADO, A., *Historia de las drogas*, 3 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1989.
———, *El libro de los venenos*, Mondadori, Madrid, 1990.
———, *La cuestión del cáñamo. Una propuesta constructiva sobre hachís y cáñamo*, Anagrama, Barcelona, 1997.
———, "Drogas y dignidad humana", en J.M. Fericgla (comp.), *Los enteógenos y la ciencia. Nuevas aportaciones científicas al estudio de las drogas*, La Liebre de Marzo, Barcelona, 1999.
FADANELLI, G., "Cultura subterránea", en C. Martínez Rentería, *Cultura contra cultura*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000.
FERICGLA, J.M., *Al trasluz de la ayahuasca. Antropología cognitiva, oniromancia y conciencias alternativas*, La Liebre de Marzo, Barcelona, 1997.
FERNÁNDEZ, M., *Antropología de la convivencia. Manifiesto de antropología urbana*, Cátedra, Madrid, 1997.
FRANCO, J., *Rosario Tijeras*, Plaza y Janés, Bogotá, 1999.

FREUD, S. (1930), *El malestar en la cultura,* Alianza Editorial, Madrid, 1984.

——— (1884), "Sobre la cocaína", en R. Byck (comp.), *Freud: escritos sobre la cocaína,* Fundación para la Investigación y la Cultura, Bogotá, 1985.

FROMM, E., *Y seréis como dioses,* Paidós, Buenos Aires, 1990.

GABEL, J. *et al., Presencia de Max Weber,* Nueva Visión, Buenos Aires, 1971.

GARCÍA, M., *Los barones de la cocaína,* Planeta, México, 1991.

GARCÍA-ROBLES, J., *La bala perdida. William S. Burroughs en México (1949-1952),* Ediciones del Milenio, México, 1995.

———, *El disfraz de la inocencia. La historia de Jack Kerouac en México,* Ediciones del Milenio, México, 2000.

GEERTZ, C. (1973), *La interpretación de las culturas,* Gedisa, Barcelona, 2001.

———, *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos,* Paidós, Barcelona, 2002.

——— (1989), *El antropólogo como autor,* Paidós, Barcelona, 1997.

GENOVÉS, S., *Expedición a la violencia,* FCE, México, 1991.

GINSBERG, A. (1956), *Aullido. Poemas escogidos,* Plaza y Janés, Barcelona, 1997.

GIRARD, R., *El chivo expiatorio,* Anagrama, Barcelona, 1982.

———, *La ruta antigua de los hombres perversos,* Anagrama, Barcelona, 1989.

GOETHE, F. (1856), *Fausto,* Porrúa Editores, México, 1963.

GRINSPOON, L. y J. Bakalar, *Marihuana. La medicina prohibida,* Paidós, Barcelona, 1997.

GUIRAUD, P. (1972), *La semiología,* Siglo XXI, México, 1986.

HABERMAS, J., *El discurso filosófico de la modernidad,* Taurus, Madrid, 1989.

———, *Ciencia y técnica como ideología,* Tecnos, Madrid, 1984.

HARNER, M., *La senda del shaman,* Editorial Swan, Madrid, 1987.

HELLER, A., *El péndulo de la modernidad. Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo,* Ediciones Península, Barcelona, 1994.

HENMAN, A., *Mama coca,* Hassle Free Press, Londres, 1978.

HILL, E., "Anti-Oriental agitation and the rise of working-class racism", *Society,* núm. 2, 1973.

HOFMAN, A., *LSD,* Gedisa, Barcelona, 1980.

———, *Mundo interior. Mundo exterior,* La Liebre de Marzo, 2000.

——— *et al.* (1979), *Plantas de los dioses. Origen del uso de los alucinógenos*, FCE, México, 2000.

HUSAK, D., *Drogas y derechos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

HUXLEY, A. (1954), *Las puertas de la percepción*, Hermes, México, 1991.

——— (1956), *Cielo e infierno*, Hermes, México, 1991.

JOSEPH, I., *El transeúnte y el espacio urbano*, Gedisa, Barcelona, 1988.

JÜNGER, E., *Acercamientos. Droga y ebriedad*, Tusquets Editores, Barcelona, 2000.

KEROUAC, J. (1960), *México inocente y otros relatos de viaje*, Ediciones del Milenio, México, 1999.

———, *Los subterráneos*, Anagrama, Barcelona, 1999.

KOLB, L., *Archivies of Neurology and Psychiatry*, núm. 20, Nueva York, 1928.

KOLTENIUK, M. (1960), *Cultura e individuo*, Grijalbo, México, 1986.

KRAUTHAUSEN, S. y L. Sarmiento, *Cocaína & co. Un mercado ilegal por dentro*, Tercer Mundo Editores-IEPRI, Bogotá, 1991.

KRÜGER, H., *The Great Heroin Coup: Drugs, Intelligence and International Fascism*, South EndPress, Boston, 1980.

KUNDERA, M., "Novelas contra el mundo", *Ciencia y Desarrollo*, México, 1984.

LA BARRE, W. (1938), *El culto del peyote*, Premiá Editora, México, 1987.

LACAN, J. (1965), *Escritos*, I y II, Siglo XXI, México, 1975.

LAURIE, P., *Las drogas*, Alianza, Madrid, 1969.

LAUTRÉAMONT, C. (1869), *Cantos de Maldoror*, Premiá Editora, México, 1988.

LAPORTE, D., *Historia de la mierda*, Pre-textos, Valencia, 1998.

LE POULICHET, S., *Toxicomanías y psicoanálisis. Las narcosis del deseo*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1990.

LEARY, T., *The politics of Ecstasy, Palladin*, Nueva York, 1964.

LEFEBVRE, H., *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

LEWIN, L. (1924), *Phantastica*, Payot, París, 1970.

———, "Cocainismo" (1924), en R. Byck (comp.), *Freud: escritos sobre la cocaína*, Fundación para la Investigación y la Cultura, Bogotá, s.f., pp. 289-304.

LIPOVETSKY, G., *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 1986.

LÓPEZ IBOR, J.J., *Alienación y nenúfares amarillos*, Depesa, Barcelona, 1976.

LUMSDEN, Ch.J. y E. Wilson, *Promethean Fire: Reflection on the Origin of Mind*, Mass Harvard University Press, Cambridge, 1983.

LYOTARD, J., *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1984.

MACCOY, A., *The politics of heroin in Southeast Asia*, Harper, Nueva York, 1972.

MAFFESOLI, M., *El tiempo de las tribus*, Icaria, Madrid, 1990.

MARCUSE, H. (1954), *El hombre unidimensional*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.

MAYANS, J., *Género chat o cómo la etnografía puso un pie en el ciberespacio*, Gedisa, Barcelona, 2002.

MCKENNA, T., *El manjar de los dioses*, Paidós, Barcelona, 1993.

MCLUHAN, M. (1964), *La aldea global*, Gedisa, Barcelona, 1980.

MICHAUX, H. (1957), *El infinito turbulento*, Premiá Editores, México, 1989.

MISES, L. Von, *Human action*, Yale University Press, Connecticut, 1949.

MONOD, J. (1968), *Los barjots. Etnología de bandas juveniles*, Ariel, Barcelona, 2002.

MOTHNER, I. y A. Weitz, *Cómo abandonar las drogas*, Ediciones Martínez Roca, S.A., Barcelona, 1986.

NIETZSCHE, F. (1865), *Así hablaba Zaratustra*, EUM, México, 1987.

——— (1881), *Aurora*, EUM, México, 1986.

——— (1888), *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

——— (1870), *El nacimiento de la tragedia*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

——— (1882), *La gaya ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

——— (1887), *Más allá del bien y del mal*, EUM, México, 1984.

NIXON, R., *En la arena*, Grove Press INC, Nueva York, 1990.

ONTIVEROS, J.L., *Apología de la barbarie*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1987.

OROZCO, J., "Consecuencias de la muerte de Dios en el pensamiento contemporáneo", *Estudios*, México, invierno de 1992.

ORTEGA Y GASSET, J., *En torno a Galileo, Obras completas*, vol. v, Madrid, s.f.e.

ORVAÑANOS, M.T., "Más allá de la demanda", en N. Braunstein (comp.), *El discurso del psicoanálisis*, Siglo XXI, México, 1986.

OTT, J., *Pharmacotheon. Drogas enteogénicas, sus fuentes y su historia*, La Liebre de Marzo, Barcelona, 1996.

PAPPE, S., *La mesa de trabajo, un campo de batalla (una biografía intelectual de Walter Benjamin)*, UAM-A, México, 1986.

PAZ, O., *Corriente alterna*, Siglo XXI, México, 1967.
———, "Fascinación de la ceniza", *Vuelta*, núm. 131, México, octubre de 1987.
———, "La experiencia del viaje", *Vuelta*, núm. 199, México, junio de 1993.
———, *Los hijos del limo*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.
———, *Pasión crítica*, Seix Barral, España, 1986.
PELICIER, Y., "Dependencia y objeto totalitario", en A. Musacchio (comp.), *Drogadicción*, Paidós, Buenos Aires, 1992.
PEPPER, L. y Art, *Straigt Life: History of Art Pepper*, Schirmerbooks, Nueva York, 1979.
PIZARNIK, A., *De la última inocencia*, Ediciones Poesía, Buenos Aires, 1956.
POUND, E. (1938), *Guía de la cultura*, Editorial Fontana, Madrid, 1976.
QUINTERO, A., *Salsa, sabor y control. Sociología de la música tropical*, Siglo XXI Editores, México, 1998.
RESTREPO, L., *La fruta prohibida. La droga como espejo de la cultura*, Panamericana, Santafé de Bogota, 2001.
RICOEUR, P., *Ideología y utopía*, Gedisa Editorial, Barcelona, 1989.
———, *The rule of Metaphor*, University of Toronto Press, Toronto, 1975.
RIMBAUD, A., *Una temporada en el infierno*, Premiá Editora, México, 1989.
ROSZAK, T., *El nacimiento de una contracultura*, Kayrós, Barcelona, 1974.
SADE, D. (1791), *Obras completas*, Justine, vol. I, Edasa, México, 1985.
SALAZAR, A, y A.M. Jaramillo, *Medellín. Las subculturas del narcotráfico*, CINEP, Bogotá, 1992.
SAVATER, F., *Ética como amor propio*, CNCA, México, 1991.
SHOELL, F., *Histoire des Etats-Unis*, Payot, París, 1965.
SIEGEL, R., *Intoxication*, E.P. Dutton, Nueva York, 1989.
SILVA, A., *Imaginarios urbanos*, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 2000.
———, "El cártel de Medellín y sus fantasmas", en R. Winocur (comp.), *Culturas políticas a fin de siglo*, Flacso-Juan Pablos Editor, México, 1997.
SMITH, P., *El combate a las drogas en América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
SPIEL, C., *El mundo de los canívales*, Barcelona, Grijalbo, 1972.
STARK, L. *et al.*, *Presencia de Max Weber*, Pléyade, Buenos Aires, 1971.
STEINER, G., *En el castillo de barba azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Gedisa, Barcelona, 1992.

STEINFELS, P., *The Neo-conservatives*, Nueva York, 1972.
STENT, G., *The Coming of the Golden Age: a View of the End Progress*, Schirmerbooks, Nueva York, 1969.
SUMMERS, A., *The Arrogante of Power: The Secret Word of Richard Nixon*, Viking, Nueva York, 2000.
SUTHERLAND, E., *Ladrones profesionales*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1993.
———, *El delito de cuello blanco*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1999.
SZASZ, T.H., *Ceremonial Chemistry*, Doubleday, Nueva York, 1975.
———, *Droga y ritual*, FCE, México, 1990.
———., *Nuestro derecho a las drogas*, Anagrama, Barcelona, 1992.
TERCERO, M., "Entrevista con Winberger", *La Jornada Semanal*, México, 6 de septiembre de 1992.
TOFFLER, A., *El shock del futuro*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976.
TOMPKINS Y SALERNO, *The Crime Confederation*, Funk & Wagnalls, Nueva York, 1973.
TOURAINE, A., *¿Qué es la democracia?*, FCE, México, 1995.
VALLEJO, F., *La virgen de los sicarios*, Alfaguara Hispánica, Santafé de Bogotá, 1994.
VARENNE, G., *El abuso de las drogas*, Guadarrama, Madrid, 1973.
VATTIMO, G., *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona, 1985.
VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. *et al*. (comps.), *Imágenes y recuerdos: 1919-1930*, Difusora Internacional, Barcelona, 1977.
WACHTEL, P., *Miseria de la opulencia*, FCE, México, 1989.
WALDMAN, G., *Melancolía y utopía*, UAM, México, 1989.
WASSON, R. G. (1980), *El hongo maravilloso: teonanácatl. Micolatría en Mesoamérica*, FCE, México, 1983.
——— *et al., La búsqueda de Perséfone. Los enteógenos y los orígenes de la religión*, FCE, México, 1996.
——— *et al.* (1978), *El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios*, FCE, México, 1995.
WEBER, M. (1922), *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
WHYTE, W., *La sociedad de las esquinas*, Diáfora, México, 1972.
WOLFE, T. (1968), *Ponche de ácido eléctrico*, Anagrama, Barcelona, 2000.
WOLIN, S., *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Amorrortu, Buenos Aires, 1960.
ZIEGLER, J., *Suiza lava más blanco*, Diana, México, 1990.

Índice

El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York

Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido



se terminó de imprimir
en la ciudad de México
durante el mes de diciembre
del año 2004.
La edición, en papel de
75 gramos, consta
de 2,000 ejemplares más
sobrantes para reposición
y estuvo al cuidado de
la oficina litotipográfica
de la casa editora.

ISBN 970-701-549-7
MAP: 132285-01

El truquito y la maroma constituye una contribución original para la comprensión del intricado problema del narcotráfico y su relación con la sociedad contemporánea. El autor, antropólogo de oficio, se sumerge en el violento submundo de los traficantes de drogas y, desde ese particular campo de observación, reconstruye paisajes importantes de la subcultura del narcotráfico en Nueva York: la imaginaria capital del orbe posmoderno; el faro omnipresente en los deseos diurnos, nocturnos y fantasmáticos de una moderna generación de migrantes. Hombres y mujeres que sueñan con ganarle a la vida, no desde los oficios "de tercera" que el "sueño americano" ofrece a los "hispanos", sino a través del riesgo de comerciar con sustancias prohibidas, en el mercado de consumidores más grande del planeta.

JUAN CAJAS, erudito e irreverente, haciendo gala de destreza narrativa, atrapa al lector con un texto intimista y despiadado, sin concesiones. De su pluma emerge una provocadora y contumaz lectura antropológica sobre la condición humana, tomando como punto de apoyo analítico sus ricos datos etnográficos. Esta obra fue merecedora del Premio Fray Bernardino de Sahagún, otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.



CONACULTA • INAH



